



Pregíntame quiénes somos

Alejandra Beneyto



Lectulandia

Pregúntame quiénes somos

Alejandra Beneyto

A mis padres y mi hermano.

*«Cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien,
deseas que el resto de tu vida empiece lo antes posible».*
Cuando Harry encontró a Sally.

Sinopsis

Claire y Neal son amigos desde hace años. Comparten preocupaciones, sueños y rutinas.

Tras una ruptura inesperada con su novio de toda la vida, Claire toca fondo. Durante los meses siguientes, Neal estará a su lado en cada mensaje de buenos días, en cada plan para evadir la realidad y en el proyecto de reconstruir su día a día.

Eso hará que se unan como nunca. Y que se encuentren. Y que, más tarde, se pierdan.

Con el paso de los meses, tendrán que aprender a gestionar los cambios y a buscar un nuevo punto de encuentro que les permita retomar esa amistad que los mantenía cerca. Solo que, tal vez, cuando lo hagan, se den cuenta de que sus sentimientos han cambiado demasiado como para ignorarlo.

A partir de entonces, Claire y Neal se verán en la situación de cuestionarse todo aquello que creían saber sobre ellos mismos, de aprender a ver la vida a través de los ojos del otro y de preguntarse en voz alta quiénes son en realidad.

Nota de la autora

Si estás aquí por casualidad, quería avisarte de que *Pregúntame quiénes somos* forma parte de la *Saga Pregúntame*.

La primera historia está dividida en una bilogía: *Pregúntame si me importas: 1ª y 2ª parte*. En ella conocerás a Will y a Olivia, quienes también tienen muchas cosas que contarte.

No obstante, este libro que tienes en tus manos puede leerse de manera totalmente independiente. No es necesario haber leído las novelas anteriores para entender el desarrollo de esta. Ambas historias son autoconclusivas y hablan sobre personajes distintos pertenecientes al mismo grupo de amigos.

Aprovecho para avisarte de que aún queda una entrega más de esta serie. En ella, Christina y Matt compartirán protagonismo en una novela coral en la que, a través de las páginas, cada uno podrá contarnos cómo encontró el amor.

Ahora sí, te dejo con Neal, Claire y el camino en el que aprendieron lo que significaban el uno para el otro.

¡Feliz lectura!

Claire

¿Es difícil pedir perdón?

23 de Noviembre de 2013.

Ojalá hubiera escuchado más a Liv la infinidad de veces que ha divagado acerca de qué ropa es la más adecuada para cada situación. Ahora mismo me vendría de miedo uno de sus consejos.

¿Pantalón o falda? ¿Pelo suelto o recogido? ¿Look informal o arreglado?

Mis grandes ojos azules me devuelven asustados la mirada desde el espejo. En un momento como este no puedo dar con la indumentaria apropiada, aunque sí con la canción. Soy una persona muy musical y sé que si esto fuera una película, ahora mismo Chicago estaría sonando en estéreo. En concreto sonaría *Hard to say I'm sorry*, porque de eso va esta tarde: de pedir perdón.

Paso casi todo el trayecto en metro retorciendo mis manos la una con la otra y respirando hondo. ¿Debería haberme preparado un discurso? ¿Debería haberme asegurado de que vaya a estar en casa? ¿Debería haberlo citado en algún bar para ponerlo en sobre aviso de que íbamos a vernos los dos solos?

Voy alimentando mis nervios con millones de preguntas mientras las paradas se van sucediendo a toda velocidad frente a mis ojos. Sé que esta es la decisión correcta. Sé que es lo que tengo que hacer, pero mis manos temblorosas y mi respiración irregular parecen decididas a sabotear la escasa seguridad que tengo en mí misma en estos momentos.

Cuando por fin salgo del metro, camino unos cuantos pasos hasta el bloque de apartamentos al que me dirijo. Me ajusto la bufanda y dejo que el frío viento del otoño neoyorkino despeje los malos pensamientos que tratan de confundirme. Cojo aire y, sin más, toco al timbre.

Al salir del ascensor cuatro pisos más tarde, mis piernas vuelven a temblar. «Tienes que tranquilizarte, Claire», me sermoneo a mí misma mientras avanzo por el pasillo enmoquetado. «Confía en tu instinto».

La luz que vislumbro al final del pasillo dibuja la silueta de Neal sobre el suelo, y eso logra que mi respiración se module un poco. Está esperándome. Doy los últimos tres pasos en el mismo momento que él sale al rellano y se yergue al verme, pasándose la mano nerviosamente por la nuca cuando por fin me detengo.

Lo miro y respiro hondo hasta llenarme los pulmones de él. Parece tan perdido cuando nuestros ojos se encuentran, que siento cómo mi corazón se salta un latido para a continuación arrugarse dentro de mi pecho. Me esfuerzo por sonreírle con timidez cuando pronuncio la primera palabra:

—Hola.

Neal sujeta la puerta de la casa impidiendo que se abra del todo, como si eso le procurase algún tipo de protección. No puede evitar mostrar en su rostro que mi visita le ha dejado fuera de juego; está claro que no me esperaba.

—Hola. —Se aclara la garganta—. Matt no está.

—Ya lo sé —susurro—. Vengo a verte a ti.

Sus ojos se abren por la sorpresa y parpadean varias veces mientras me estudian.

Hasta ese punto ha llegado nuestro distanciamiento. Hasta el punto de que resulte raro que venga a verlo, como si necesitase una excusa para hablar con él, como si no hubiéramos sido uña y carne durante tanto tiempo.

—Está bien —dice después de lo que me parecen siglos. Abre del todo la puerta para dejarme entrar, deshaciéndose de su protección—. Pasa.

Cuando paso por su lado la esencia de su aroma me golpea con fuerza. Huele a él, a su casa, a mi hogar. Me quedo plantada en el salón mientras escucho la puerta cerrarse y recorro con la mirada cada rincón del piso. Ese estilo industrial que tanto les pega albergando en su interior la esencia de un hogar; tan desordenado como siempre, tan de ellos dos.

Neal me mira desde la entrada, con su metro ochenta y pico reclinado sobre la puerta. Lleva una sudadera roja y un pantalón de chándal que en su día debió de ser negro, pero al que el paso del tiempo y los lavados han vuelto algo blanquecinos. A los pies, sus pantuflas de estar por casa. Sonríe por dentro. Está tan él que me duele.

Mi dulce Neal, cuánto te echo de menos.

Él sigue observándome, con sus ojos color café brillando con cautela, como si intentara descifrar mi interior y crear una solución hecha a mi medida. Su mirada es tan transparente y a la vez tan perceptiva, que siento como si estuviéramos iniciando nuestra conversación pendiente ahora mismo, en silencio, con solo mirarnos de frente.

Cuando por fin se dispone a romper el silencio ensordecedor que reina en el piso, su voz suena directa y conciliadora a partes iguales.

—¿Quieres tomar algo? ¿Zumos? ¿Agua? ¿Te hago un té?

Sonríe tímidamente de nuevo. Lo que necesito es valor líquido.

—¿Tienes cerveza?

Alza las cejas, sorprendido. Yo rara vez tomo cerveza porque no me va demasiado, y casi siempre que lo hago es en situaciones sociales, no como una elección puramente intrínseca.

—Eh... Sí. Claro.

Neal se dirige a la cocina y yo aprovecho para quitarme el abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes. Como siempre, el perchero de la entrada está lleno de cosas, así que juego al tetris hasta que consigo dejar mis cosas y que no se caiga nada.

Antes de que vuelva, evaluo rápidamente cómo me quedan los *jeggins* con la rebeca de lana negra que finalmente he escogido, y después tomo asiento en el amplio sofá azul marino que predomina en el centro del salón.

Desde aquí escucho el sonido de la nevera al abrirse a mi espalda y el de las botellas chocando unas con otras. Un vaso contra la encimera y el sonido de las chapas. Seguidamente, Neal aparece con dos botellines de su cerveza de importación favorita y un solo vaso. Lo deja todo en la mesita del centro, vierte el contenido de una de las cervezas y me tiende el vaso con una sonrisa tensa. Yo lo cojo. Está frío, y me arrepiento durante un segundo de no haberle pedido un té, pero aun así doy un sorbo.

—Bueno... —dice Neal mientras toma asiento a mi lado, a una distancia prudencial.

Se gira para quedar de frente a mí y se lleva la cerveza a los labios, sin dejar de

mirarme.

—Sí, bueno.

Me sudan muchísimo las manos y mi corazón está empezando a latir con más fuerza. Estoy demasiado nerviosa. Me vuelvo a acercar el vaso y le doy un trago bastante largo que lo deja casi vacío. Mi cara dibuja una mueca de asco; no me gusta lo suficiente la cerveza como para beber tanta de golpe.

Neal inclina la cabeza, mirándome preocupado.

—Oye... ¿Está todo bien, Claire?

—Lo cierto es que no. —Dejo el vaso en la mesa, respiro hondo y clavo mis ojos en los suyos—. Podría darte un discurso de horas, como los que salen en las películas. De esos en los que el protagonista dice un montón de cosas bonitas, siguiendo una estructura con la capacidad de emocionar hasta al espectador más duro, pero... no voy a hacerlo. Yo... Mejor lo simplifico todo confesándote que te echo de menos. Es lo único que necesito decirte de verdad. Te echo de menos, Neal. No aguanto más que estemos así.

Mi mirada es seria cuando lo digo, pero transparente como un lago de agua cristalina. Neal me observa con expresión reservada, como si estuviera navegando por una dimensión espacio-temporal que le permita ser capaz de entenderme. Noto la boca cada vez más seca. Sus ojos, siempre cálidos y comprensivos, se internan en los míos de esa manera que solo él sabe.

Después de unos segundos eternos, suspira ruidosamente y se coge la cabeza entre sus manos. Se pasa los dedos por el pelo, desbaratándolo aún más, e inspira con fuerza antes de hablar.

—Yo tampoco lo aguanto —dice, alzando su mirada hasta encontrar la mía—. Y también te echo de menos. Cada día.

Algo se cierra en mi garganta al oírle decir eso. Mis costillas tiemblan y mis párpados se cierran con fuerza.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad.

Cuando abro los ojos, me está sonriendo. Todo mi cuerpo de desinfla, relajándose como si acabasen de aflojar un cinturón que comprimía mi estómago. Cientos de ideas empiezan a surgir de cada rincón de mi mente y me decido a liberarlas, llenando el aire con ellas.

—Lo siento tanto, Neal. Por todo. Me avergüenzo mucho de cómo han sido las cosas, pero tenemos que arreglarlo. Tenemos que superar lo que nos pasó y volver a encontrar la forma de ser amigos como lo éramos antes, no esto que hemos estado haciendo los últimos meses. Sé que me he portado fatal, pero si me dejas, voy a compensarte por todo. Voy a...

—Claire...

—No. Déjame hablar —le corto, interponiendo una mano entre los dos—. Prometo dejar de ser tan arpía. Quiero que volvamos a estar bien juntos. Si estás dispuesto a darme otra oportunidad, si aún quieres que esté en tu vida, pondré todo de mi parte para superar todo lo que pasó. Te lo juro. Si tú quieres superarlo, claro —añado nerviosamente—. O si crees que podemos superarlo.

Se acerca un poco más a mí, de manera que sus rodillas entran en contacto con mi

pierna derecha. No puedo evitar temblar una vez más al sentirlo tan cerca.

—Shhh, Claire. Tranquila. Claro que vamos a superarlo —dice con una calma que sé que no siente—. Relájate. Ya está olvidado.

Lo miro confusa.

—¿Está olvidado?

Me sonrío con cierto aire nostálgico.

—Obviamente aún me acuerdo, me refiero a que he pasado página. He dado millones de vueltas a nuestra situación en este tiempo, Claire, y te aseguro que entiendo perfectamente lo que somos y lo que no somos. Siento si te he puesto en algún momento en una situación delicada, pero todo eso ya está en el pasado. Ahora toca pensar en el futuro, y créeme cuando te digo que no contemplo un futuro en el que no estés tú. —Me dedica una mirada sincera, cargada de preocupación y de cariño—. Lo que más me importa es nuestra amistad, y no voy a arriesgarla por nada, ya te lo dije. Haré lo que sea por tenerte en mi vida.

Mis pestañas bailan en su dirección mientras mi cerebro registra el significado de sus palabras. Neal no contempla un futuro en el que no esté yo. Hará lo que sea por tenerme en su vida. ¿Lo que más le importa es nuestra amistad? Parpadeo lentamente, abrumada por todo. ¿Hasta qué punto me tranquiliza esa declaración? Por desgracia, la línea entre lo que siento y lo que creo que debo sentir sigue estando demasiado borrosa, por más que haya tomado la decisión de venir hasta aquí.

Intento hacer pasar un nudo de confusión por mi garganta.

—¿De verdad aún te importo, Neal? ¿Aunque haya sido la peor amiga de la historia?

Expulsa el aire contenido.

—De verdad, Claire. De verdad.

—Pero estos meses...

Me callo, pero sé por su mirada que sabe lo que quiero decir. Estos meses los dos hemos estado muy distantes. No solo yo; él también. Aunque nos hemos visto a menudo gracias al nexo de unión que son nuestros amigos, la verdad es que nos hemos mantenido bastante alejados en todos los demás sentidos. En ocasiones he llegado a pensar que el cariño que sentía por mí se diluía con el paso de los días.

Neal permanece unos segundos más ordenando sus ideas, observándome como si entre mis suspiros se escondiera el gran enigma de nuestras vidas.

—Necesitaba tiempo para pensar, y al mismo tiempo quería darte espacio a ti —dice por fin en tono solemne—. No quería agobiarte. Creo que era bueno para los dos pasar una temporada alejados, de la misma manera que creía que lo mejor era esperar a que tú dieras el siguiente paso. Después de cómo pasaron las cosas, me parece que era lo más indicado.

Me mira sin ocultarme nada, como de costumbre. Tiene razón en lo que dice. Jamás podría culparlo por no haber venido él a buscarme. Sus ojos se desnudan siempre ante mí y ahora veo en ellos tristeza. Este tema le entristece. Está tan perdido o más que yo, aunque él siempre lo haya afrontado con mayor serenidad y madurez. Mi corazón se retuerce sobre sí mismo al pensarlo. Ambos hemos sufrido mucho nuestra situación, pero en su mirada veo que nos importamos el uno al otro por encima de todas las cosas. Esa idea me hace sonreír por dentro, y quiero pensar que,

muy en el fondo, siempre lo he sabido.

—Tú no me agobias, Neal —le digo con delicadeza, y me aventuro a tomar una de sus manos entre las mías. Noto cómo flexiona tímidamente sus dedos, que acarician con cariño la palma de mi mano. Necesito que perciba cuánto me importa. Necesito que sepa que soy sincera—. Lo único que me agobia de todo esto es que nos convirtamos en desconocidos. Lo que más quiero en este mundo es que tú y yo volvamos al punto en el que estábamos antes de... Bueno, ya sabes. — Intercambiamos una sonrisa tímida que me acelera la respiración, pero enseguida me centro de nuevo—. Lo que pasó, pasó. Son cosas que... que pasan, supongo. Pero... tenemos que seguir adelante. ¿Crees que es posible?

La intensidad de su mirada cuando la clava en mis ojos me perturba, pero no aparto la vista. Aguanto la respiración hasta que se pronuncia.

—Claro que es posible. Si los dos queremos de verdad que funcione, funcionará.

—Yo quiero que funcione —digo con la voz rota.

—Yo también.

Lo miro y mis ojos se humedecen. Está demasiado cerca. Es demasiado real, y sé que lo necesito más de lo que me puedo permitir. Pero por primera vez en meses no estoy dispuesta a dar la espalda a ese sentimiento.

—¿Puedo... abrazarte?

Me observa durante unos segundos, y a continuación dibuja una sonrisa enorme, sincera, suya. Algo cobra vida en mi interior cuando percibo el brillo que hay en sus ojos.

—No puedo creer que preguntes eso. Ven aquí.

Tira de mí y sin más me coloca entre sus brazos, apretándome con fuerza. Se recuesta un poco en el sofá y yo me acomodo en su pecho, enroscando mis brazos alrededor de su torso. Aspiro su aroma, que me procura la paz que llevo meses buscando y sin previo aviso me pongo a llorar. Soy así de tonta. Lloro en silencio, aunque él se da cuenta y susurra en mi oído palabras dulces para que me tranquilice. Me dice que está aquí y que con él nunca tendré por qué esconderme. Me conoce bien, y sabe que las sensaciones intensas para mí son como un gatillo que activa mi emocionalidad.

Dejando una sonrisa contra su ropa, me permito seguir llorando.

Lloro porque necesito sacar todas las emociones que llevo dentro, porque estoy aliviada, porque estoy feliz, porque estoy entre sus brazos, porque ahora sé que no he perdido a una de las personas que más importan en este mundo, porque aún le importo yo a él, a pesar de los errores.

Lloro porque lo quiero muchísimo y no puedo vivir sin él.

—Oh, Dios. Tenía tanto miedo de haberte perdido...

Neal me besa repetidamente el pelo mientras me acaricia la espalda. Me siento tan protegida a su lado que ahora mismo solo puedo sentir paz. Lloro de puro alivio, rodeada de su cariño que ahora sé que es incondicional.

—No me perderás jamás, pequeña. Te lo juro —susurra, y me da un último beso en la frente, incrementando la fuerza de su abrazo.

Permanecemos así, quietos y abrazados durante un buen rato. No necesitamos hablar, porque nos lo hemos dicho todo. Con palabras, con gestos, con los ojos.

Los minutos pasan en el reloj que hay en la pared, frente al sofá, pero ninguno nos atrevemos a romper el momento, hasta que el sol finalmente se esconde y vacía la estancia de esa claridad que nos permite vernos las caras.

—¿Qué estabas haciendo antes de que llegara? —pregunto, incorporándome.

—Acababa de apagar el ordenador; estaba acabando una cosa del trabajo. Ahora iba a ver *Intocable*.

—¿Otra vez?

—Sí, ya sabes...

Las comisuras de mis labios tiran para arriba cuando veo cómo se encoge de hombros. Siempre tan... no sé. Tan sencillo. Tan consciente de él mismo. Sin miedo a alargar la mano para coger lo que le ofrece la vida y sabiendo disfrutar de aquello que tiene a su alcance.

—¿Puedo quedarme?

La sonrisa que me dedica como respuesta consigue que algo burbujee en mi vientre. Se recoloca él también en el sofá y me mira.

—Claro que sí. ¿Quieres palomitas?

—Sí.

—¿De mantequilla?

Sonrío.

—De mantequilla.

Neal se encarga de poner la película y yo de hacer las palomitas y preparar algo rápido para picar; ya son las ocho, y enseguida nos entrará hambre. Entre los dos ponemos la mesa del centro y acondicionamos la iluminación del salón para disfrutar de la película de la mejor manera posible.

Cuando acaba, permanecemos tirados en el sofá. Nos reenganchamos a un programa de investigación sobre gente con problemas de adicción a los opiáceos y apenas un cuarto de hora después, Matt entra por la puerta.

Lo vemos avanzar hacia nosotros con las manos ocupadas y el ceño fruncido, como si no acabase de asimilar la situación que se desarrolla ante sus ojos. Nuestro amigo ha pasado todo el día en un congreso, y me juego un dedo a que ahora mismo está pensando que se ha dormido en una ponencia y que acaba de adentrarse en el mundo de los sueños, el único lugar en el que contempla que la imagen de Neal y yo compartiendo un rato de sofá pueda ser real.

—Hola —dice vacilante, al pararse a nuestro lado—. ¿Qué está pasando aquí?

Neal sonrío, con la vista fija en la pantalla haciéndose el interesante. Es tan difícil pillar a Matt con la guardia baja y conseguir que se le atasquen las palabras, que ambos queremos asegurarnos de saborear el momento.

—Hola, Matt. ¿Conoces a Claire?

—Hola —digo yo, saludándolo con una sonrisita desde mi posición.

Matt ladea la cabeza, arrugando mucho más su entrecejo. Su expresión revela algo parecido a la perplejidad, mezclado con cautela y una pizca de maliciosa alegría.

—¿Ha pasado algo que me haya perdido?

—El tiempo —dice Neal en tono despreocupado—, que lo cura todo.

Matt enarca las cejas, recobrando lentamente su tono de siempre.

—Ya... ¿Habéis vuelto a follar?

Sus palabras consiguen que Neal se gire bruscamente hacia él.

—Joder, tío...

—¿Qué? ¿Qué quieres que piense si llego a casa después de todo el día fuera y os encuentro en el sofá a oscuras? ¡Si hasta ayer no se os podía dejar ni dos minutos solos!

—No es eso, Matt —le explico con delicadeza—. Simplemente hemos decidido arreglar las cosas.

—Como amigos —añade concienzudamente Neal.

Matt suelta un jadeo de incredulidad y se nos queda mirando como si no nos entendiera. Niega varias veces con la cabeza y agita la carpeta y el abrigo que sostiene en sus manos antes de dar media vuelta.

—Estáis mal de la cabeza. ¿Lo sabíais? Los dos.

Lo escuchamos farfullar en voz baja en todo el camino hasta su habitación y también cuando sale para dirigirse al baño. Nosotros observamos sus movimientos con los ojos bien abiertos hasta que cierra la puerta haciendo sonar la madera con ímpetu.

Neal y yo nos miramos el uno al otro de reojo y compartimos una sonrisa cómplice.

—No te preocupes —dice, posando una mano fugazmente sobre mi brazo—. Hablaré con él.

Lo miro y le sonrío ampliamente sin poder evitarlo.

«No me preocupo, Neal. Ya no».

Neal

¿El inicio de todo?

Diciembre 2007

La primera vez que vi a Claire fue una tarde de diciembre en Hoboken, Nueva Jersey. Eran las vacaciones de Navidad del primer año de facultad y yo no quería volver a casa. Mis padres habían contratado un crucero para viajar en aquellas fechas y Sophie, mi hermana mayor, tenía previsto pasar las fiestas con el novio de turno.

Mi compañero de habitación de la universidad, que en pocos meses había empezado a convertirse en lo más parecido a un hermano que he tenido jamás, me sugirió que lo acompañara a su casa para las vacaciones.

Matt era hijo único, pero tenía una amplia familia y me aseguró que donde él creció las navidades eran el acontecimiento más importante del año; que eran días de comer, beber y de asistir a eventos con la familia y amigos. Y que no podía perdermelo.

La tarde que llegamos, los amigos de Matt habían quedado en una cafetería para reencontrarse después de muchos meses sin verse. El Café Elysian, dijo que se llamaba el sitio. Era donde tenían la costumbre de reunirse cuando todos estaban en casa.

Cuando llegamos al local, algunos ya estaban allí: Christina, Olivia y Aiden, el hermano de Olivia. Nos presentamos y algo en ellos hizo que me cayeran bien al instante. Agarré una de las sillas de madera y perdí mi mirada brevemente en las molduras que decoraban el techo del establecimiento. El sitio era cálido y el olor a canela me llenó las fosas nasales mientras empezábamos a hablar de los primeros meses de universidad; aquel había sido el primer año para todos nosotros.

Justo cuando estaban sirviéndonos lo que habíamos pedido, se abrió la puerta y entró una familia con dos niños pequeños, seguidos de una chica de nuestra edad. Obviamente yo no sabía que aquella era Claire, la otra amiga a la que estábamos esperando, pero me cautivó desde el instante en que entró y se paró al lado de la puerta, desabrochándose distraídamente los primeros botones de su abrigo gris oscuro. Tenía unos enormes ojos azules que escudriñaban cada rincón de la cafetería y la expresión acelerada de quien sabe que se le ha hecho tarde.

Siguió quitándose el abrigo mientras iba buscando con la mirada a sus amigos, ajena a que había gente observándola desde varios rincones de la cafetería, como yo mismo, que era incapaz de apartar la vista de ese aura tan especial que la envolvía.

Matt se percató de mi repentino ensimismamiento y buscó con la mirada qué era lo que yo observaba con tanto interés que me había dejado mudo. La comisura izquierda de sus labios se curvó hacia arriba cuando reconoció a su amiga. Poniéndose en pie, levantó la mano y gritó:

—¡Claire! ¡Estamos aquí!

Ella lo detectó enseguida y esbozó una amplia sonrisa que le iluminó la cara. Cuando vi que empezaba a caminar en dirección a nosotros se me secó la boca. Parecía un ángel, con su espesa melena castaña llena de ondas asomando debajo de su gorro y aquellos ojos tan brillantes.

Matt se acercó para recibirla y se fundieron en un abrazo mientras me analizaba con curiosidad. Dibujé una sonrisa cuando noté que me miraba y aparté la vista en cuanto se separó de Matt y se puso a saludar al resto.

Cuando los hubo abrazado a todos, Matt me presentó como su compañero de habitación y «uno más de nosotros» a partir de ese día. Yo agité la cabeza, algo incómodo, y me puse de pie para saludarla. Mi intención era tenderle la mano o algo así, pero ella me sorprendió abrazándome a mí también, como había hecho con el resto.

—Si vas a ser uno más de nosotros, lo serás desde el principio.

Esas fueron las primeras palabras que me dijo. Un sentimiento desconocido cobró vida dentro de mí, de tal manera que solo pude rodearla con mis brazos y susurrarle un «gracias» al oído. Nos separamos y nos miramos a la cara, sonriéndonos. Fue la primera vez en mi vida que entendí lo que significa que el tiempo se detenga. El tiempo, el espacio y el mundo entero, en ese caso.

Matt tenía razón: tras unas pocas horas con ellos, empecé a sentir esa complicidad que se siente con gente a la que hace mucho tiempo que conoces. Pasamos la tarde hablando de la vida y poniendo en común experiencias del día a día. Yo aún no lo sabía, pero acababa de encontrar mi lugar en el mundo.

Aiden era un tío genial, con mucho sentido del humor y con el que tenía bastantes cosas en común, como los deportes y la buena música. Christina me pareció una chica independiente y con las cosas muy claras para la corta edad que tenía por aquel entonces. Olivia hablaba por los codos, relatando una anécdota tras otra. Era graciosa de una manera muy suya, y tenía el don de hacer que todos tuviéramos ganas de compartir nuestras propias historias. Matt era el bromista del grupo, el que se dedicaba a picar al resto y el de los comentarios sarcásticos e inteligentes.

Y Claire... Claire, sencillamente, era magia. Música. Distinta. Pasé la mayor parte del tiempo observándola de manera discreta. Analizando la cadencia de su voz, el vuelo que alzaban sus pestañas, esa manera tan dulce de dibujar sonrisas. Era alguien especial que estaba cómoda en su papel de madre de todos. Conmigo no fue diferente. Sentí que se preocupó por que encajara y que no me sintiera un extraño. Se ganó mi corazón desde aquella tarde, la misma tarde en la que tuvo lugar el inicio de mi amistad con esas personas que estaban destinadas a convertirse en mi segunda familia.

Al día siguiente por había una fiesta en casa de Olivia. Era una especie de evento anual en el que la familia Gallagher aprovechaba para celebrar el cumpleaños de sus dos hijos al tiempo que compartía con sus más allegados una noche de temática navideña.

—Ni siquiera les he comprado un regalo —le dije a Matt cuando me informó del plan de asistir a dicha celebración.

—Da igual, tío. Ya se te ocurrirá algo.

Lo único que se me ocurrió fue escaparme a la librería más cercana y comprar un ejemplar de mi novela favorita para Olivia y la biografía de Kurt Cobain para Aiden, puesto que habíamos estado hablando del cantante la tarde anterior en el Café Elysian. No los conocía lo suficiente como para pensar en el regalo apropiado para

cada uno de ellos, así que recurrí a la literatura. Para mí no hay regalo más personal que el de un libro que ha dejado huella en tu alma.

Aiden sonrió satisfecho al ver la novela, y la sonrisa de Olivia al darme las gracias cuando abrió su regalo me tranquilizó bastante. Deslizó sus dedos por la cubierta y le pasó el ejemplar a Luke, su novio por aquel entonces, que había estado siguiéndola con la mirada durante toda la velada.

Con una expresión traviesa en la cara, Olivia giró el cuello, buscando a alguien.

—¡Claire! ¡Mira lo que tengo! —exclamó llamando a su amiga, que en ese momento se encontraba junto a la chimenea hablando con Christina.

Ambas se dirigieron a nosotros con paso ligero y los preciosos ojos de Claire se encendieron como dos luceros cuando Luke le pasó la novela para que la examinara.

—¡Guau! ¡Qué bien! ¡Qué buen regalo! ¿De quién es?

Yo permanecía de pie, mirándola mientras sus estilizados dedos pasaban cuidadosamente las páginas del libro. Me abstraí con el sonido del papel nuevo desvelando los trazos de tinta de *El viaje de Teo*, una historia que me había marcado bastante y que releía de vez en cuando.

—He sido yo —anuncié.

Los ojos de Claire se elevaron hasta encontrarse con los míos. Tomó una inhalación profunda, y la manera en que lo hizo, pestañeando delicadamente y reflejando una estela de curiosidad hacia mi persona, provocó que quisiera tomar su mano y arrastrarla fuera de aquel salón. Deseaba pasar horas mirándola de cerca. Hablando, conociéndonos mejor. Solos ella y yo.

—¿Te gusta ese libro? —preguntó.

Vi sus pupilas dilatarse al mirarme más intensamente y algo sacudió mi columna vertebral.

—Me encanta. ¿Lo has leído?

Se mordió el labio, conteniendo la sonrisa que luchaba por formarse en su rostro.

—Es mi favorito.

A día de hoy aún recuerdo hasta el más mínimo detalle de esa noche. La amplitud del salón principal de la residencia Gallagher, los sofás pegados a la pared, las luces salpicando de color la estancia, el árbol de Navidad. Recuerdo la música sonando y los murmullos alborozados de los invitados viajando por cada rincón de la casa. Recuerdo la sensación de estar en el sitio adecuado, pese a mi escasa vinculación en aquel momento con la mayoría de los presentes, y recuerdo a la perfección la mirada que intercambié con Claire en aquel lapso de tiempo. Si cierro los ojos, aún percibo el sonido de su garganta cuando hizo pasar la saliva y cómo el color azul de sus iris brilló de una forma diferente al observarme como si de pronto yo fuera la única persona parada en el salón. Creo que esa fue la primera vez que me vio de verdad, como si el día anterior solo hubiera echado un vistazo a la superficie y ahora tuviese acceso a explorar lo que había debajo.

—Supongo que si Neal también lo recomienda y tengo mi propio ejemplar, ya no tengo excusas para no leerlo —dijo de pronto Olivia, ajena, como todos, a lo que pasaba entre su amiga y yo.

Claire parpadeó y parte de la magia se evaporó entre sus pestañas. Con una sonrisa, dirigió la mirada hacia ella de nuevo.

—Ya era hora.

La noche siguió, con la música y el espíritu navideño serpenteando entre los presentes. Gente paseándose por la planta baja de la casa, con las manos ocupadas por sus copas y el tentempié que hubieran escogido llevarse a la boca. Gente riendo, gente compartiendo, gente cantando cuando pusieron el karaoke. Mis ojos siguiendo a Claire cuando le tocó interpretar junto a Matt *This never happened before*, de Los Beatles, y su cuerpo meciéndose suavemente al compás de la melodía mientras sus cuerdas vocales se esforzaban por afinar las notas que marcaban la canción.

Más tarde de la una, la mayoría de los invitados empezaron a irse. Los que quedábamos ayudamos a recoger y a continuación buscamos un sitio donde descansar los pies. Yo me senté en el sofá color verde botella que había al fondo del salón. Crucé las piernas a la altura de los tobillos mientras veía a Matt aupando a Christina para subir algo a un altillo.

Al cabo de un rato, Claire se acercó tímidamente hacia mí, con intención de hacerme compañía.

—¿Puedo? —me preguntó, haciendo el amago de tomar asiento a mi lado.

—Claro.

El sofá se hundió ligeramente bajo su peso cuando se dejó caer en él. Nos miramos a la cara y ambos sonreímos. La expresión que lucía era tímida, y me llevó a pensar que parte de ella también buscaba acercarse. ¿Había despertado yo su interés al igual que ella había despertado el mío?

Los primeros segundos ninguno hablamos, como si de pronto ninguna palabra tuviera cabida en el espacio entre los dos. Apenas nos conocíamos. Mirarnos de reojo mientras pensábamos qué decir parecía la única estrategia que se les ocurría a aquellos niños que éramos por aquel entonces.

—¿Echas de menos tu casa? —preguntó por fin.

Podía parecer una pregunta cualquiera, pero la manera en la que formuló me hizo darme cuenta de que era una idea a la que había estado dando vueltas. Tal vez me había percibido como alguien melancólico. Tal vez quería saber qué tipo de persona era o qué me había llevado a pasar las navidades en aquel lugar, lejos de mi familia.

—Pues...

—¿Tienes que pensártelo? —volvió a preguntar, esta vez sonriéndome con cierto aire cómplice.

Agité la cabeza y también sonreí.

—No. Estaba pensando que igual es muy pronto para ser totalmente sincero. No nos conocemos tanto.

—Nunca es demasiado pronto para ser sincero, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo. —Me acomodé en el asiento, sin dejar de mirarla—. En ese caso... La respuesta es no. No echo de menos mi casa.

—Y... ¿crees que es demasiado pronto para que te pregunté por qué?

—Supongo que no. —Volví a sonreír—. No echo de menos mi casa por muchas razones. Asuntos familiares, problemas que necesitan tiempo y distancia... No sé. Ese tipo de cosas. Aunque ahora mismo la más importante es que... Creo que siento que estoy donde tengo que estar, ¿sabes?

Sus ojos parecieron iluminarse un poquito más cuando dije aquello. A nuestro

alrededor, los demás no parecían haber reparado en que Claire y yo estábamos viviendo nuestro primer acercamiento. La música seguía sonando, aunque más floja que horas atrás. La iluminación también se había atenuado, pero seguía habiendo color bañando el salón.

—¿Estás cómodo aquí?

—Sí. Mucho.

—¿Eres muy amigo de Matt?

—Pues... Solo lo conozco desde hace unos meses, pero parece un buen tío.

—Es el mejor, ya lo verás.

Asentí lentamente. Eché un vistazo al salón y reparé en las risas de Chistina y Olivia a razón de uno de los comentarios ácidos de Matt. Sonreí para mí.

—Se os ve muy unidos a todos.

La expresión de Claire se llenó de una mezcla de ternura con nostalgia al desviar su mirada hacia sus amigos.

—Sí... Aunque ahora nos vemos mucho menos. Dicen que la universidad separa a los amigos del instituto. Espero que a nosotros no nos pase.

Sus palabras fueron seguidas de un silencio en el que me pareció que callaba muchas cosas. No me pasó desapercibida la intensidad de su mirada, que reflejaba las vueltas que había dado a ese tema.

—Os conozco poco, pero creo que no os pasará —dije, en un intento de tranquilizarla.

Volvió la cabeza hacia mí de nuevo y exhaló profundamente.

—Ojalá. Ojalá en unos años todos volvamos a vivir en la misma ciudad y creemos una nueva vida con nuevas tradiciones. —Hizo una pausa que aprovechó para mirarme, pintando en sus labios una sonrisa amigable—. Y, ¿quién sabe? Tal vez te veamos por allí a ti también.

Volví a sonreírle.

—Ojalá.

Soltó el aire con la mirada fija al otro lado de la sala.

—Bueno... Será mejor que vaya para allá a echar una mano. —Se levantó, alisó la falda de su vestido morado y dirigió su voz hacia mí antes de marcharse—: ¿Sabes, Neal? Yo a veces también he tenido esa sensación de la que hablabas. Creo que si sientes que estás donde tienes que estar, probablemente sea porque es así.

La seguí con los ojos mientras pisaba con decisión el mármol del suelo y enroscaba su brazo con Olivia, lanzándome una intensa mirada desde la otra punta del salón.

Los días siguientes los pasamos entre eventos con la familia de Matt y ratos con Claire, Christina, Olivia, Aiden y Luke. También con otros amigos que habían ido al instituto con ellos. Siempre que venían las chicas, la perspectiva de ver a Claire me hacía sentir algo inquieto. No habíamos vuelto a tener una conversación a solas desde la noche del cumpleaños, pero cada vez que estaba cerca eclipsaba mi campo atencional con su sola presencia. Tenía algo especial que hacía que me sintiera atraído por ella como una polilla hacia la luz. Me gustaba de una manera absoluta. Nueva. Compleja. Como esas obras de arte que solo quieres observar, nunca poseer.

La noche de fin de año la pasamos en casa de George, un amigo al que conocí en casa de los Gallagher la noche del cumpleaños. Había organizado una fiesta a la que finalmente asistieron más de sesenta personas. El ambiente que se creó fue como el de esas fiestas que aparecen en las películas de universitarios en las que el ambiente tarde o temprano se acaba desmadrando.

Bebimos, charlamos y dimos la bienvenida al nuevo año. Pasadas las doce de la noche, fui a reponer mi vaso y me encontré con Claire haciendo cola para lo mismo. Ambos habíamos bebido, lo que nos facilitó sonreírnos de esa manera que rozaba ligeramente los límites del coqueteo.

—Feliz año nuevo —me dijo, enseñándome su blanca dentadura.

—Feliz año nuevo a ti también.

Nos miramos en silencio durante el tiempo suficiente como para saber que entre nosotros había algo más de lo que podía parecerle al resto. Teníamos una complicidad tácita a la que a ambos nos daba apuro mirar de frente. Ella porque parecía de naturaleza tímida en materia de chicos; yo porque no sabía hasta qué punto era inteligente que nos acercáramos. No sabía si después de esos días volvería a verla, y algo en su mirada me advertía que no debía jugar con ella. Era demasiado especial para no ser tratada como tal.

—¿Tienes deseos de año nuevo, Neal Cooper? —preguntó con ese tono dulce que había identificado como característico suyo.

Me apoyé en la pared hasta la que nos habíamos desplazado y la miré. Ella era una cabeza más baja que yo, pero, aun así, siempre me miraba a los ojos cuando hablábamos.

—No. No suelo pedir nada especial. ¿Tú sí?

—Yo siempre pido que el año acabe teniendo a mi lado a las personas con las que lo empiezo.

—Eso es bonito.

—Sí... —Sonrió—. Creo que al final es lo único que importa.

Pasamos un largo rato apoyados en el rincón donde estábamos, hablando un poco de todo. Las clases, la vida en la facultad, los días lejos de casa. Estuvimos allí cerca de una hora. Puede que dos, no sé. El tiempo al lado de Claire transcurría de una manera distinta. Era una persona que realizaba observaciones inteligentes. Aprendimos a reírnos juntos a pesar de no tener la confianza suficiente. Era divertida de una manera muy particular y sabía hacer que su interlocutor se sintiera escuchado. Me gustó eso de ella. Me gustaba las apreciaciones que hacía de cosas cotidianas y la manera tan franca con la que exponía su opinión acerca de temas delicados. Era sencilla de una forma singular que me enganchó sin que yo pudiera hacer nada por pararlo.

Después de una conversación bastante intensa sobre los sueños que queríamos perseguir, nos mantuvimos la mirada y a continuación la dirigimos hacia nuestro alrededor, donde la gente seguía bailando y bebiendo con la música de moda de aquella época de fondo. Pensé en mis amigos de Albany y en cómo habíamos perdido el contacto desde que finalizamos el instituto. Lo comparé con esa gente a la que conocía desde hacía apenas una semana y me pregunté qué hacía falta para mantener una amistad así a lo largo de los años.

—¿En qué piensas?

—Me alegro de haber decidido acompañar a Matt. Han sido unos días... —guardé silencio, ignorando cómo finalizar la frase sin parecerle un rarito.

—¿Sí? —me animó a continuar, acercándose un poco más.

—Supongo que la palabra que busco es especiales. Ha sido genial.

—Yo también me alegro de que acompañaras a Matt —dijo en medio de una inhalación nerviosa—. Y me alegro de que hayas estado aquí para empezar el año con nosotros.

Acto seguido, un leve rubor se extendió por la piel de su cuello en el mismo momento en que se apoyaba en mi brazo para ponerse de puntillas y dejar un beso en mi mejilla izquierda.

Se dio la vuelta y cruzó el salón en busca de Christina sin mirar atrás. Si lo hubiera hecho, se habría encontrado con la imagen de un chico de dieciocho años paralizado siguiéndola con la mirada.

Pasaron varios meses hasta que la volví a ver. La vuelta a la facultad se hizo cuesta arriba al principio, pero enseguida nos sumergimos en esa espiral de fiestas, clases y nuevas experiencias. Seguí adelante con mi vida sin llegar a sentir que haber conocido a Claire me había cambiado. De vez en cuando me acordaba de ella, principalmente porque mi relación con Matt siguió creciendo y él hablaba de sus amigos con frecuencia, aunque no daba más vueltas al tema de las necesarias. Claire me había encantado, pero no sabía cuánto tiempo podía pasar hasta que volviera a verla, así que seguí a lo mío.

Conocí a varias chicas en aquella época, salí con alguna de ellas e hice todo lo que tocaba para un chico de mi edad. Fui encontrando mi lugar, pensando lo que quería de la vida y deshaciéndome de cosas que arrastraba y que ya no me servían.

Al finalizar el primer curso, antes de regresar a Albany, hice una parada en casa de Matt. Aunque solo serían un par de días, la idea de volver a ese lugar me parecía lo suficientemente tentadora como para aceptarla.

Al llegar la primera noche quedamos para cenar en una pizzería de la ciudad. Cuando entramos en el establecimiento, Claire ya estaba allí. Sentí algo en lo alto de mi pecho cuando la vi sentada, con sus ondas castañas peinadas al aire y su piel bronceada por el sol de principios de verano.

Matt se aproximó a ella por detrás y la abrazó por el cuello mientras le revolvía el pelo.

—¡Qué guapa, Clairens! Se nota que estás conociendo la buena vida...

Ella se puso en pie para recibirnos y me dedicó una sonrisa fugaz que me impactó en el estómago. Matt tenía razón. Estaba realmente preciosa. Más incluso de lo que yo recordaba, lo cual ya era decir bastante. Era como si brillase. La piel, los ojos, su expresión en general. Si en algún momento tuve la idea de que aquellos sentimientos relámpago que experimenté en su día fueron imaginaciones mías... desapareció de mi mente.

—Un placer volver a verte, Claire —le dije, besando delicadamente su mejilla.

Ella me miró con una sonrisa y volvió a tomar asiento.

Tres minutos más tarde, Christina y Olivia entraron por la puerta. Nos pusimos de

pie para saludarlas mientras Olivia comentaba que Aiden seguía en San Diego y que mandaba recuerdos para todos.

Nos situamos alrededor de la mesa cuadrada de madera y enseguida volví a sentirme integrado, tal y como había pasado meses atrás.

Cuando el camarero nos tomó nota, Olivia hizo un movimiento nervioso con la cabeza en dirección a Claire y con un gritito dijo:

—¡Dios! ¡Cuéntalo ya!

—Por Dios, Liv —la reprendió Christina—. Dale tiempo. Acabamos de llegar.

Todos nos volvimos hacia Claire, que escondía una sonrisita misteriosa. Empezó a retorcerse los dedos de las manos, remoloneando para demorar unos segundos más el tema. Las chicas la animaron a que rompiera el hielo.

—Parece que ha empezado a salir con alguien —me dijo Matt en voz baja, poniéndome al día.

Reprimí una mueca. ¿Claire estaba saliendo con alguien? Joder. No es que me extrañase; al fin y al cabo, se trataba de alguien demasiado increíble como para pasar desapercibida. Lo que me extrañó fue el nudo de algo parecido a los celos que se me atascó en el pecho sin previo aviso. No me gustó lo que sentí, aunque no tuviera sentido reaccionar así por alguien a quien hacía seis meses que ni siquiera veía. Sacudí la cabeza, tratando de no torcer el gesto para no revelar demasiado.

—¿Cómo es? ¡Cuéntenoslo todo! —exigió Olivia.

—Espero que sea mejor que *Donald McDuck* —apuntó Matt por lo bajini.

Claire le pegó suavemente en el brazo.

—¡No lo llares así!

—No irás a negar ahora que tenía un sospechoso parecido con el Pato Donald...

—Tenía la boca rara, Claire. Hasta tú lo dijiste un día... —le recordó Christina.

—No era mal chico...

Matt sonrió con malicia.

—No. Solo era feo.

Todos se rieron hasta que yo pregunté:

—¿Quién es *Donald McDuck*?

—Un antiguo novio de Claire —dijo Olivia acompañando sus palabras de una risilla.

—El que le robó la virtud.

Claire volvió a darle a su amigo en el brazo; esta vez con más fuerza.

—¡Matt! ¡No creo que a Neal le interese saber ese detalle en concreto!

—Solo lo pongo en situación —se defendió.

—Tampoco puede decirse que se la robara... —comentó Christina—. Ella estuvo conforme con entregársela.

—¿Podemos dejar de hablar de mi virtud, por favor?

—Eso —dispuso Olivia—. Háblanos de Alfred.

—Aaron —la rectificó con fastidio.

—Sí. Eso. Aaron. Habla.

El camarero dejó lo que habíamos pedido sobre la mesa y Claire aprovechó el momento para observarnos a todos, como si quisiera estudiar a conciencia las palabras que debía pronunciar.

—¿Y bien? —la animó Christina una vez el camarero se hubo marchado.

—Pues Aaron es... Es... —Suspiró con aire soñador—. Maravilloso.

—¿Vais en serio?

Claire se mordió el labio, esquivando la mirada de Christina. Jugeteó con la servilleta que sostenía entre sus dedos y su voz sonó algo indecisa.

—Él quiere ir en serio. Yo no sé si es demasiado pronto.

—¿Habéis follado ya?

—¡Matt!

—¿Qué? ¿Lo habéis hecho o no?

—¡No es asunto tuyo!

—O sea que sí. ¿Y qué pasó? ¿No dio la talla y tienes que pensártelo?

Claire entornó los ojos.

—Sí dio la talla.

—¡Lo sabía! —Se rio—. ¿Entonces?

Claire empezó a despedazar la servilleta de papel en pequeñas tiritas, como si fuera una especie de método antiestrés. Mientras se tomaba su tiempo para elaborar una respuesta, me dio la impresión de que esquivaba mi mirada.

—No sé. Su familia es de Kentucky. Vamos a estar todo el verano sin vernos y él... propone soluciones que no me convencen.

—¿Cuánto hace que estáis saliendo? —me atreví a preguntar.

Claire alzó la mirada hasta que sus ojos azules se toparon con los míos. Si iba a estar presente en esa conversación, tal vez era buena idea que participara. Con suerte mi punto de vista ayudaría de alguna manera. Aguanté el tipo mientras ella me estudiaba con sus pestañas moviéndose muy lentamente, como si no quisiera perderse ni la más mínima información que yo revelaba.

—Dos meses solo.

—¿Y cuál es el problema exactamente?

Tragó saliva.

—¿Problema? Oh, no. No hay ningún problema. Es solo que él quiere que vaya a verlo a su casa este verano. O venir él aquí. Yo creo que es pronto.

—¿Sientes que es pronto?

—Sí.

—Entonces igual sí lo sea.

Me sonrió con timidez, agitando la cabeza.

—Sí... Eso creo yo...

—¿Pero? —intervino Christina.

Claire se volvió hacia ella, volviendo más seria su expresión.

—Pero... Todo el verano sin verlo es mucho tiempo. Hablamos todos los días, pero no sé si es suficiente.

—Te gusta, ¿no?

—Sí. Es... Tierno. Divertido. Muy buena persona. Creo... Creo que le gusto de verdad.

Nos quedamos en silencio durante algunos segundos que aprovechamos para empezar a cortar las pizzas que habíamos pedido. Aún debían de quemar bastante, pero el olor que desprendían nos estaba haciendo la boca agua.

—Ve a verlo —dijo Christina tras dar el primer bocado a su porción con pepperoni.

—¿Cómo?

—Ve y coge un hotel. No te quedes en su casa si no quieres, pero ve a verlo.

—¿Y qué le digo a mi padre?

—Pues la verdad. Creía que con tu padre no tenías secretos.

—Y no los tengo, pero...

—Yo también creo que es buena idea —dijo sonriente Olivia—. Si te gusta, ve.

—¿Estáis todos de acuerdo?

—Sí —dijimos al unísono.

Claire nos fue estudiando a todos, uno por uno. Como si buscara asegurarse de que estábamos convencidos de aquella afirmación. Cuando me miró a mí, me esforcé en sonreírle con complicidad. Algo dentro de mí vibró cuando ella me miró intensamente a los ojos, devolviéndome la sonrisa.

—Vale. Tenéis razón. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

¿Lo peor? Lo peor fueron los cinco años que Aaron y Claire fueron pareja. Lo peor fue crecer a su lado, pero en la distancia. Lo peor fue esa barrera que nos separó durante tanto tiempo, pero que no evitó que muy dentro de mí, en un lugar al que nunca miraba, esa enredadera que son mis sentimientos por ella creciera lentamente, esperando el momento de florecer.

3 ¿El equilibrio?

El tiempo siguió pasando y años más tarde, cuando por fin acabamos la universidad, los cinco nos mudamos a Nueva York. Cada uno por nuestro lado, pero juntos al finalizar la jornada. Nuestras vidas habían ido tejiéndose lentamente, siguiendo diferentes recorridos que nos acabaron llevando a un nuevo punto de partida.

Christina empezó un posgrado de Neurociencia en la Universidad de Columbia que la consumía de lunes a lunes, pero que mantenía perenne una sonrisa en su cara. Matt entró en la Escuela de Negocios, tal y como siempre había querido, y buceaba por portales de empleo para encontrar un trabajo que le permitiera subsistir en la ciudad. Liv completó sus estudios con un posgrado orientado a la publicidad creativa y pasaba horas pegada a una cámara de fotos. Y Claire combinaba un trabajo en una empresa de organización de eventos con sus estudios en la Escuela de Diseño de Interiores de Nueva York.

En cuanto a mí, había comenzado un programa de dieciocho meses para especializarme en seguridad informática y había alquilado un apartamento en pleno Brooklyn con Matt. Mi objetivo era seguir formándome en aquello que me gustaba al tiempo que ganaba experiencia profesional gracias a las horas de prácticas en empresas. Quería trabajarme el camino que siempre había soñado seguir y buscar en mi día a día un equilibrio entre las diferentes facetas de mi vida.

Con nuestro traslado a Nueva York empezó esa nueva etapa. Recuerdo los primeros meses en la ciudad como un continuo de papeleo, descubrimientos y horas de metro. Millones de cuestiones, dudas que surgían cada día a las que debíamos dar respuesta inmediata.

¿Qué tipo de abono de transporte era el más adecuado? ¿Dónde nos venía mejor hacer la compra? ¿Qué compañía de internet contratábamos? ¿Cambiábamos de seguro médico ahora que no éramos solo estudiantes?

Eran las primeras decisiones que tomábamos como adultos independientes y estábamos aprendiendo a tomar conciencia de que de ahí en adelante siempre sería así.

Recuerdo lo inseguros que nos sentíamos, cada uno a nuestra manera; las cientos de charlas chorreando frustración frente a una jarra de cerveza, las conversaciones teorizando hasta altas horas de la madrugada, las responsabilidades, los horarios, la madurez. ¿Sabríamos encontrar el balance entre las exigencias de la vida adulta sin perder las ilusiones que habíamos arrastrado durante toda la vida?

Pasados los primeros meses, empezamos a asentarnos. Para entonces, miraba a mis amigos y ya me sentía como uno más. Sentía que estaba en mi sitio. Contaban conmigo de la misma manera que yo contaba con ellos. Éramos los unos para los otros un punto de seguridad dentro de aquel maremágnum de cosas inestables que en aquel momento regía nuestras vidas.

Una tarde, después de haber comido algo en casa de Claire en la zona de East Village, Matt y Liv nos obligaron a todos a desplazarnos hasta Brooklyn para enseñarnos algo. Discutieron durante todo el trayecto acerca de quién de los dos merecía adjudicarse la autoría de la hazaña. Al parecer, habían descubierto un sitio.

—Os va a encantar —dijo Liv cuando ya estábamos llegando.

Llegamos a una zona relativamente tranquila de Brooklyn, no lejos de donde Matt y yo habíamos alquilado el piso. A esa hora de domingo apenas se veía gente cruzando las calles, pero aun así el ambiente era familiar.

Nos paramos cuando llegamos a los ventanales de lo que parecía una cafetería de barrio. Liv y Matt se adelantaron hasta situarse frente a una puerta de cristal doble que esperaba a ser abierta.

Claire, Christina y yo los seguimos dentro del establecimiento cuando cruzaron el umbral. Nos gustó al instante. El lugar era espacioso. Solo unas cuantas mesas colocadas de manera estratégica cubrían las baldosas, contribuyendo a la sensación de amplitud que caracterizaba la estancia.

Había unas cuantas lámparas antiguas alumbrando desde el techo, aunque la luz que entraba por los ventanales era suficiente para iluminar todos los rincones. Alguien se había encargado de que hubiera buena música llenando el ambiente. Sonreí al reconocer las notas de *You've got a friend*, una canción de James Taylor que sé que le encantaba a Claire. La busqué con la mirada y ella me la devolvió con una sonrisa cuando vio que mi atención estaba puesta en su forma de tararear la letra.

Seguimos avanzando hasta llegar a una mesa situada al fondo. Me fijé en las paredes revestidas de madera que albergaban cuadros de diferentes partes del mundo y en el buen humor que parecían tener todos los camareros que trabajaban allí.

Para cuando conseguimos sentarnos los cinco, ya había decidido que me encantaba el sitio. The New, se llamaba.

—Matt y yo hemos pensado que este puede ser nuestro sitio —anunció Liv cuando nos hubimos acomodado en la mesa. El resto permanecíamos callados, mirando a nuestro alrededor—. Podemos venir aquí todos los domingos. Como si fuera nuestro nuevo Café Elysian.

Christina, Claire y yo intercambiamos gestos de complicidad y volvimos a mirar a nuestros amigos, que se mostraban convencidos de estar presentándonos el escenario de nuestras vidas.

—¿Desde cuándo nuestra vida se ha vuelto una *sitcom*? —preguntó Christina divertida.

El camarero se acercó en ese momento a la mesa y se presentó. Peter, dijo que era su nombre. Nos contó que The New había abierto hacía unos pocos meses y nos explicó por encima el contenido de la carta. Después se marchó, dejando que decidiéramos qué queríamos tomar.

Pasamos la tarde alrededor de aquella mesa, hablando de todo. De cómo había ido la semana, de los líos amorosos que nos traíamos cada uno en ese momento, de lo difícil que era ahorrar lo poco que ganábamos y seguir teniendo vida social.

Matt y Liv tenían razón al decirnos que el sitio iba a gustarnos. Tenía algo especial que invitaba a las confidencias y a compartir risas frente a una buena porción de tarta.

Cuando ya estaban por cerrar, decidimos que iba siendo hora de marcharnos. Antes de salir, Liv y Matt nos miraron esperando el veredicto, aunque nuestras sonrisas lo decían todo: nos habían ganado.

—Me encanta. Me encanta todo. Me encanta el sitio. Me encanta la idea. —Claire

suspiró con aire soñador y se giró hacia el otro lado de la mesa—. ¿Neal? ¿Christina?

—Yo estoy completamente a favor de venir cada domingo —contesté yo.

—En ese caso, yo ya quiero que sea domingo otra vez —dijo ella.

Cuando salimos a la calle de nuevo la oscuridad había envuelto cada rincón. El otoño se anunciaba a través del viento que movía las ramas de los árboles. Claire caminaba a mi lado sonriendo ensimismada, haciendo crujir con sus botas las hojas secas que encontramos en el trayecto hasta el metro.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me dijiste que nosotros no seríamos como esos grupos de amigos que se separan?

—Sí. Claro.

Por supuesto que me acordaba. Siempre recordaba todo lo que tuviera que ver con Claire, y aquella fue la primera conversación que mantuve a solas con ella.

Alzó la cabeza para mirarme y sus ondas castañas se deslizaron sobre la tela de su abrigo, brillando a la luz de las farolas.

—Tenías razón. —Sonrió—. ¿Cómo lo supiste?

La miré y suspiré despacio. ¿Cómo le decía que parte de mí deseaba formar parte de algo como aquello tan desesperadamente que no concebía que el tiempo no fuera a sostenerlo?

—Simplemente lo supe, Claire. Un pálpito, tal vez.

Entornó sus preciosos ojos azules y dibujó una mueca misteriosa.

—¿Nada más?

Sonreí para mí.

—Bueno, también porque conocía a Matt lo suficiente como para saber que no se permitiría a sí mismo perderos. Siempre hablaba de vosotras.

Ambos miramos hacia delante, donde Matt mostraba su afecto hacia Christina y Liv a su manera habitual: con bromas sarcásticas y metiéndose con ellas.

—¿Te acuerdas de algo más de lo que hablamos? —volvió a preguntarme Claire.

Dirigí mi mirada de nuevo hacia ella y tragué saliva al preguntarme qué buscaba sacar de esa conversación.

—Sí. Dijiste que tal vez yo también estaría.

—Sí... Apenas te conocíamos, pero al visualizar la vida aquí... Te vi. No sé explicarlo. —Me acarició tímidamente el brazo, en un gesto amistoso, y su expresión se dulcificó—. Ahora formas parte de esto. Eres uno más. Te sientes así, ¿verdad?

—¿Te sorprendería si te dijera que me sentí así casi desde el principio?

Los ojos de Claire rieron en respuesta y ese *algo* que seguía enterrado dentro de mí, se agitó dentro de mi pecho.

—Claro que no. Siempre he pensado que si Matt decidió meterte en nuestras vidas... fue por algo.

Claire y yo nos habíamos hecho bastante amigos en los últimos años. Había estrechado lazos con las tres, pero con ella había sido distinto desde el principio. Claire seguía con Aaron, que también se había trasladado a Nueva York para continuar con sus estudios de Medicina. Llevaban juntos el tiempo suficiente como para que yo tuviera más que claro que la suya era una relación estable, y que no debía aspirar a algo con Claire por mi propia salud mental. Aunque mis sentimientos por

ella eran bastante complejos, había aprendido a vivir con ellos muy dentro de mí. Tanto que la mayoría del tiempo olvidaban que existían.

Ella vivía totalmente ajena a esto, como todos. Jamás hice ni dije nada que pudiera implantar la duda acerca de que mis sentimientos fueran algo más que puramente amistosos. Por muy especial que fuera para mí, nunca entró en mis planes urdir un plan que cambiase el rumbo de nuestra historia. Más bien todo lo contrario. Respetaba por encima de todo su relación con Aaron. Siempre se los había visto unidos y en sintonía, y eso para mí era sagrado. Él era un buen chico. Salía con nosotros de vez en cuando, aunque sus estudios consumían la mayor parte de su tiempo libre. Aaron la quería y cuidaba de ella, así que no había motivos de peso para que yo evitara que siguiera siendo así.

Por supuesto, yo también había tenido mis historias. Había estado con varias chicas de manera informal durante los años de universidad y también después de ello.

Todos habíamos pasado por diferentes etapas, hasta que un buen día nos encontramos a nosotros mismos declarando sentirnos en casa. Nos habíamos adaptado al ritmo de vida, controlábamos del todo la ciudad y habíamos perfilado un poco mejor nuestro camino.

Fuimos avanzando en los estudios, perdimos trabajos, encontramos nuevas empresas. Conocimos gente nueva, aprendimos a lidiar con los jefes y a negociar condiciones de empleo mejores. Equilibramos nuestras vidas, sin perdernos de vista los unos a los otros. Juntos dimos la bienvenida a nuevos años y nuevos proyectos.

Nuestras vidas se fueron estabilizando. Todo iba bien, sin grandes cambios de rumbo ni sobresaltos, hasta que una tarde de domingo en The New nos sentamos frente a nuestras bebidas calientes para encontrarnos a uno de los nuestros con la cara enrojecida y los ojos hinchados de tanto llorar.

—¿Claire? ¿Se puede saber por qué tienes tan mal aspecto? —quiso saber Christina cuando se sentó junto a nosotros.

Claire sorbió por la nariz y se hizo con una de las servilletas que descansaban en el centro de la mesa para limpiarse un poco. Parecía que ya no lloraba, pero tenía el rostro empapado de desilusión.

—Aaron y yo hemos roto.

Un sombrío silencio nos paralizó, extendiéndose sobre la mesa.

—¿Qué?

Claire se mordió el labio, conteniendo un puchero. Retorció un mechón de pelo en su dedo índice derecho y habló casi sin mirarnos.

—Bueno... Aaron me ha dejado.

—¿Qué estás diciendo, Clairens? —preguntó Matt con voz ronca.

—Es fácil de entender, ¿no? Se acabó. Ya no estamos juntos.

A continuación soltó un soplando. Lo hizo como si de pronto se hubiera dado cuenta de que el aire que contenía en su interior la estuviera envenenando de amargura y tuviera que sacarlo de su sistema.

Volvieron a dejarse de oír voces en nuestra mesa, haciendo que de pronto el silencio pareciera pesar demasiado sobre nosotros. Pasamos varios minutos sin decir nada. Únicamente nos limitábamos a mirarla desde nuestras respectivas posiciones.

La nada serpenteaba por nuestras cabezas, vaciándolas de palabras adecuadas. Ninguno lo habíamos visto venir.

—¿Estás bien? —pregunté cuando fui incapaz de soportar la tensión.

En ese momento me importaba muy poco saber qué había pasado. No quería entender nada, solo me importaba ella.

—No lo sé —contestó con voz quebradiza al cabo de unos segundos—. Creo que no.

Quise agarrar su mano, pero me contuve. Sabía que Claire no era una persona frágil, a pesar del aspecto delicado que podía transmitir a veces. Pero verla tan triste, tan encogida sobre sí misma en medio de tanto dolor, me hizo darme cuenta de lo importante que era para mí ser capaz de procurarle algún tipo de calma. Me dolía ser testigo del sentimiento de rechazo que la sobrecogía cuando era una persona que en mí despertaba tantas ganas de acercarme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Liv, acariciándole un brazo.

Claire abrió los ojos, esforzándose por evitar derramar más lágrimas, y sacó fuerzas para hablar.

—Llevábamos raros unos meses. Él está muy agobiado con las clases, yo también tengo mis cosas... No sé. —Hizo una pausa durante la cual volvió a pasarse la servilleta por la cara—. No estábamos bien, pero pensaba que sería una etapa. No pensaba que...

Volvió a callarse. Esta vez por más tiempo. Dejó que unas cuantas lágrimas que le abrasaban los ojos se deslizaran por sus mejillas. Las recogió con cuidado y volvió a coger aire; después lo expulsó de manera profunda y repitió el proceso unas cuantas veces hasta que decidió seguir hablando:

—Me ha dicho que ya no siente lo mismo por mí. Así de sencillo. Dice que no quiere engañarme. Que no ve justo continuar la relación si no se siente al cien por cien.

Todos volvimos a guardar silencio mientras ella dejaba escapar una exhalación y daba un trago al chocolate caliente que seguía humeando frente a ella en la mesa.

—Joder, Claire —dije yo—. Lo siento.

Las chicas me acompañaron enseguida.

—Sí. Yo también.

—Y yo.

—Quiero partirle las piernas a ese cabrón —añadió Matt apretando los dientes.

—En realidad no ha hecho nada malo —dijo entre suspiros—. En todo caso es cosa mía. Él no tiene culpa de haber dejado de quererme.

—¿Culpa? Me cago en la puta, Claire. Tú no tienes culpa de nada —terció Matt—. Si él no ha sabido valorar lo que tenía delante, es que es gilipollas. La culpa es suya.

—No creo que haya que buscar culpables —expuso Liv—. A veces las cosas pasan sin más. Igual en el fondo no estaban hechos para estar juntos.

Claire hizo un gesto impreciso con la cabeza y se dedicó a hacer una pelotita con las servilletas que había ido usando, como si fuera una manera simbólica de dar forma a sus propios sentimientos. Se quedó con la mirada perdida y la atención puesta en sus pensamientos.

—¿Sabéis que es lo peor de todo? Que no puedo odiarlo. Se ha portado como un

buen chico hasta el final.

—¿Y por qué crees que eso es algo malo? —la interrogó Christina.

—Creo que olvidar a alguien que no te conviene es mucho más sencillo porque hay miles de razones que te recuerdan cada día por qué es buena idea pasar página.

—Ya, entiendo. Crees que sería más fácil superarlo si fuera un imbécil que no te merece.

—Imbécil o no, que no la merece está claro —sentencié yo con rotundidad, atrayendo las miradas del resto de mis amigos. Normalmente me esfuerzo por ser diplomático y exponer una explicación de los hechos desde un enfoque asertivo—. Quiero decir que... Que Claire merece alguien que la quiera hasta el final. Hay alguien ahí fuera para ella. Aaron no es ese alguien.

Claire parpadeó, frunciendo los labios.

—Gracias, Neal.

Hubo algo en su mirada que produjo una ráfaga de calor en mi pecho. Aunque a esas alturas ya me había acostumbrado a la intensidad con la que sus ojos azules escrutaban los míos, la manera en la que intentó agradecerme en silencio mi intervención en medio de aquella lluvia de tristeza que iba calando su interior significó mucho para mí.

Matt carraspeó desde su asiento.

—Dinos qué necesitas, Claire.

—No lo sé. Es todo tan raro... No sé si voy a saber llevar la situación. Me da miedo no saber estar sin él.

—Claro que vas a saber —dispuso Christina con soltura—. No estarás sola, nena. Nosotros estamos contigo.

Claire le dedicó una sonrisa con la emoción condensándose en su garganta de nuevo.

—Lo sé. No lo digo por eso. Es solo que... Han sido cinco años. Ya no concibo mi vida sin Aaron cerca. —Se giró hacia Liv, tratando de buscar consejo en su experiencia—. ¿Cómo fue para ti cuando lo dejaste con Luke?

Liv y Luke habían finalizado su relación varios años atrás. A pesar de sus intentos por seguir adelante, las diferencias que tenían habían ganado la batalla. No fue un ruptura traumática, pero sabía de primera mano que ambos pasaron una temporada difícil hasta que se acostumbraron a la ausencia del otro.

—Fue raro al principio —admitió, sonriéndole con cariño—. Es demasiado tiempo. Demasiadas cosas del día a día que al principio te harán pensar en él, demasiados recuerdos... Pero de todo se sale, Claire. Solo necesitas un poco de tiempo.

—¿Y si nunca dejo de quererlo? ¿Y si no vuelvo a sentir esto por nadie?

—¿Cómo no vas a volver a querer a nadie? —intervino Christina—. ¿Tú? ¿Precisamente tú, te planteas no volver a enamorarte?

—Soy complicada. Ya lo sabes.

—¿Quién es sencillo, Claire? Si pudiste ser feliz con Aaron, está claro que podrás serlo con la persona adecuada. —Christina me dirigió una mirada rápida y sonrió—. Creo que Neal tiene razón. Sé que quieres a Aaron y que habéis sido felices juntos este tiempo, pero hay alguien más ahí fuera que te está esperando. Tu vida amorosa

no acaba aquí.

Claire se quedó mirándola y se mantuvo tanto rato en silencio que no pude evitar perderme en mis pensamientos. A pesar de que mi mente tenía muy claras las cosas, a pesar de que mi amistad con Claire estaba por encima de todo, mi corazón empezó a latir más fuerte dentro de mi pecho al escuchar las últimas palabras de Christina.

¿Y si a la vuelta de la esquina esperaba un nuevo comienzo?

¿Un nuevo comienzo?

Reconozco que no sé si era miércoles o jueves, pero recuerdo todo lo demás de aquel día. Recuerdo los cinco grados bajo cero y lo que había pedido para comer. Recuerdo a qué hora me había sonado el despertador aquella mañana. Recuerdo de dónde venía y hacia dónde iba.

El hecho de que en el último momento hubiera decidido andar unos pasos más en vez de coger el metro en la parada habitual, me hizo plantearme que tal vez aquel encuentro nos lo estaba preparando el destino desde hacía tiempo.

Después del trabajo había quedado con Maggie, la chica con la que estaba saliendo. Nos habíamos tomado unas cervezas en un bar cerca de la Sexta Avenida antes de que ella tuviera que acudir a un evento de su trabajo. Había sido un rato agradable, pero como cada vez que la veía, volvía a mi casa con la sensación de estar perdiendo el tiempo.

Sé que suena fatal. Lo reformularé: Maggie era buena chica, pero me costaba proyectarme en un futuro a largo plazo con ella. Incluso si lo planteaba a medio plazo, veía claro que algo no terminaba de cuajar. Tal vez en otro momento de mi vida... Pero no entonces. Yo sabía lo que buscaba. Y no, no estaba como loco desesperado por tener una relación, pero tampoco estaba cerrado en banda a la posibilidad, y tenía claro que si me metía en una relación tenía que estar cien por cien convencido de que era con la persona adecuada, y Maggie... Maggie aún tenía que crecer.

Decidí caminar un rato más mientras pensaba en mis cosas y en el rumbo que estaba tomando mi vida. Hacía mucho frío, pero en ese momento me dio igual. Solo quería que mi cerebro dejase respirar algunas ideas.

Pensé en mi trabajo en el departamento de seguridad informática de una gran multinacional. Acababa de empezar hacía unos meses y era un proyecto que sabía que podía satisfacer mis inquietudes profesionales.

Mientras caminaba por las aceras cubiertas de nieve, también fui pensando en mi rutina en Nueva York: mis amigos, algunos compañeros de estudios con los que salía de vez en cuando, mis horas diarias dedicadas al deporte, mis días en el trabajo. Desde que acabé la universidad hacía ya varios años había ido construyendo una vida de la que me sentía orgulloso. El motor que me movía era alcanzar el equilibrio. Quería que cada faceta de mi vida me hiciera feliz por separado y que entre ellas conformasen un todo que me llenase a diferentes niveles.

Como siempre me pasaba cuando me paraba a hacer balance, acabé pensando en mis padres y mi hermana; en mi vida en Albany. Hacía años que me había distanciado de todo lo que tuviera que ver con aquello.

Tal vez que el área de mi vida que más cojease fuera precisamente aquella que se supone que ha de venirte dada por cuna, estuviera detrás de esa motivación mía por conseguir ese estado de armonía entre el resto pilares que me sostenían.

El tema, más que ponerme triste, proyectaba en mis huesos algo parecido a la desidia. Lo cual, paradójicamente, acababa por hacer que me sintiera apenado por la situación. No podía decir que mi relación con mis padres fuera mala, solo era distante

y fría. No había ningún hecho clave al que achacar el mal funcionamiento de nuestra dinámica familiar, solo años de hostilidad, malas palabras e incompreensión, que nos habían forzado a mí y a mi hermana a buscar calor en otros lugares. En mi caso, lo había encontrado. Nueva York, mis amigos, yo mismo y la vida que estaba construyendo. En el caso de Sophie todo era bastante más complicado. Pero ese es otro tema.

Mis pies siguieron pisando fuerte sobre las aceras resbaladizas hasta que acabé adentrándome en el complejo comercial de Rockefeller Center, que hacía solo un par de meses brillaba de forma espectacular a causa de la iluminación navideña. Caminé entre algunos de los comercios sin prestar demasiada atención a los escaparates. Ya era tarde. Empecé a valorar la opción de pedir algo de comida para llevar, aprovechando que Matt no cenaría en casa esa noche, cuando en unas escaleras de piedra vi la silueta encogida de alguien que llamó mi atención.

¿Era posible que fuera ella? Me pareció que el aire cambió ante la posibilidad. Decidí avanzar y comprobarlo, aun a riesgo de acabar pareciéndole un loco a esa persona en el caso de que no lo fuera. Bordeé la pista de hielo con paso rápido y reduje la velocidad de mis pasos cuando estuve lo bastante cerca. No había duda de quién se trataba. El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que estaba llorando.

—¿Claire? —dije cuando apenas un metro me separaba de ella.

Levantó la cabeza asustada por el sonido de mi voz y tardó en unos segundos en procesar qué pasaba. Me miró, parpadeando muchas veces seguidas para que las lágrimas abandonaran sus ojos. Parecía tan desconcertada en ese momento como desolada había estado un minuto antes. Se pasó las manos por la cara, obligándose a dejar de llorar, y se alisó el pelo con las manos con la esperanza de recomponer su aspecto.

—Ho-hola.

Di un paso más.

—¿Qué haces aquí? —pregunté vacilante.

Fue a abrir la boca para contestar, pero algo debió de romperse dentro de ella justo en ese momento. Todo su cuerpo se agitó y se tapó la cara con las manos para ponerse a llorar de nuevo. Mi corazón se arrugó un poco al presenciar cómo dejaba escapar los gemidos de dolor que le nacían de dentro, desgarrándola para morir en el aire.

Sentí su dolor impactarme en el estómago como si fuera mío. Mi cuerpo reaccionó y me senté rápidamente a su lado en las escaleras de piedra. La abracé con fuerza, sosteniéndola entre mis brazos mientras lloraba. Sus espasmos vibraban en mi cuerpo, a pesar de las capas de ropa que ambos llevábamos. Su llanto sacudía mis tímpanos. No sabía qué podía hacer para calmarla. Me sentía tan perdido como desesperada se sentía ella.

—Shhh, tranquila —susurré en su oído—. Claire. Tranquila. Estoy aquí.

Siguió llorando contra mi abrigo. Lágrimas, sollozos, respiraciones forzosas. Yo iba besando intermitentemente su cabeza cubierta por un gorro de lana, tratando de calmarla. No recordaba que nada me hubiera dolido tanto como me estaba doliendo verla así. Había visto sufrir a mi hermana en muchas ocasiones, pero su llanto escondía más rabia que tristeza. Lo de Claire... era otra cosa. Eran lágrimas, pena,

recuerdos descosidos que se escurrían hacia fuera. ¿Existía alguna manera de extirpar ese dolor? Porque habría bajado a los mismísimos infiernos para que ella se sintiera un poco mejor.

La gente que paseaba por la zona nos miraba al pasar. Parecíamos dos locos tirados en la calle a varios grados bajo cero, pero no me movería hasta que se sintiera mejor aunque se me escarchara cada centímetro de tela que me cubría.

Cuando al cabo de un rato dejó de llorar, se quedó con la cabeza apoyada en mi pecho mientras su respiración trataba de volver a la normalidad. Sentía cómo cogía aire poco a poco y lo soltaba más despacio aún. Así una y otra vez, hasta que por fin encontró la voz al fondo de su garganta:

—Siento que me hayas encontrado de esta manera —murmuró mientras se incorporaba de nuevo.

Agaché la cabeza para seguir mirándola a los ojos.

—Y yo me alegro de haberte encontrado. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

Tragó saliva con dificultad.

—Aaron —dijo con voz trémula.

—¿Aaron? ¿Lo has visto? ¿Te ha llamado?

Negó lentamente con la cabeza y sus labios temblaron.

—Está con otra, Neal.

—¿Cómo que con otra?

—Con otra mujer.

Se me heló la sangre.

—¿Cómo lo sabes?

—Los he visto.

—¿Cómo que los has visto? ¿Has hablado con él? —pregunté sintiendo cómo un intenso instinto de protección despertaba dentro de mí.

—No. Él no me ha visto a mí. —Hizo un gesto negativo con las manos, suspirando abatida al recordar el momento—. Van en serio, Neal. Creo que empezaron hace tiempo.

—¿Por qué lo piensas?

Me sentía un poco imbécil por no ser capaz de ofrecer alguna palabra de consuelo y no parar de hacerle preguntas como una cotilla de barrio. Pero... Joder. Tenía que poner las piezas en su lugar antes de poder decirle algo que mereciese la pena.

—Porque la conozco, Neal. Conozco a la chica. Es una compañera del hospital, y... no estaban solos. Estaban cenando con los amigos de Aaron de toda la vida. No puede haberle dado tiempo en un mes a empezar a salir con ella y decidir presentarla en sociedad.

Guardé silencio durante unos segundos. Me cagué en la puta mil veces y respiré hondo para no perder la perspectiva. Me abroché un botón más del abrigo para guarecerme del frío mientras en mi mente le daba una paliza a Aaron por gilipollas.

—Ha sido tan humillante... Estaba metiéndole mano por debajo de la mesa.

—Joder... Quiero matarlo —dije entre dientes, apretando los puños solo de pensar en tener a ese cabrón cerca.

—Me siento tan ridícula, Neal. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Escúchame, Claire. No se merece que estés así por él. Ni él ni nadie, pero él

menos. Si realmente estaba con otra lo único que merece es que... —Me callé. Claire no necesitaba que yo perdiera los nervios justo ahora, ni que me comportase como un troglodita. Solo necesitaba que estuviera ahí para ella—. Mereces algo mejor. No quiero verte así por él.

Sonrió débilmente al mirarme a los ojos y descubrir al fondo de ellos cómo me sentía.

—Tranquilo. No te preocupes por mí. Solo... Solo estoy impactada.

Así era Claire. Ella podía estar destrozada, presenciando cómo el único referente que había tenido del amor se desmoronaba ante sus ojos, pero sufría al detectar malestar en mi voz. Me conmovió profundamente que en medio de su propia tristeza encontrara fuerzas para preocuparse por otra persona.

—Ven aquí.

Volví a abrazarla. Me dije que lo hacía para que mis brazos ejercieran algo de consuelo en medio de aquella sensación de pérdida que la consumía, pero creo que también lo hice con la esperanza de sentirme mejor yo mismo. Besé una vez más su cabeza y sonreí cuando ella acarició mi brazo derecho con su nariz.

Cuando volví a mirarla de frente, sus ojos habían recuperado algo de brillo, pero sus mejillas seguían húmedas por las lágrimas que había derramado. Acerqué los nudillos hasta su rostro y las sequé. Sentí el frío de su piel a través de mis guantes de lana. Ahora que me fijaba, toda ella estaba helada. Sus labios se estaban oscureciendo y su cuerpo tiritaba bajo el abrigo.

—Estás temblando —dije tendiéndole una mano mientras hacía el amago de ponerme en pie—. Vamos. Te llevaré a cenar.

Apoyé una mano al final de su espalda cuando comenzó a caminar y entramos al primer restaurante que tenía libre una mesa para dos. Me dio igual el precio del cubierto que marcaba la carta de la entrada, solo quería encontrar un ambiente cálido en el que Claire pudiera comer algo.

Nos dieron una mesa al fondo del establecimiento y agradecí que al menos ambos lleváramos aún la ropa de trabajo; parecía que allí se tomaban en serio el *dresscode*.

Escogimos un poco de todo cuando nos trajeron la carta y Claire se disculpó para ir al aseo. Volvió unos minutos más tarde con la cara lavada y una trenza ladeada que acababa de hacerse para domar su melena.

Hablamos de cosas sin importancia hasta que nos trajeron la comida. Cuando nos sirvieron los platos, Claire cogió la cuchara plateada y tardó poco en hundirla en la sopa de marisco que había pedido. Sonreí. Me apostaba lo que fuera a que se estaba quemando, pero me tranquilizó ver que al menos conservaba el apetito.

—Ya tienes algo de color —dije al cabo de un rato, cuando acabamos el primer plato—. ¿Estás mejor?

Asintió con la mirada perdida mientras daba un trago a su vaso de agua. Hundió los hombros con desánimo y empezó a jugar con la servilleta.

—Soy un desastre.

—No eres un desastre, Claire. Estás pasando por un mal momento.

Sus ojos parpadearon varias veces, aún fijos en la tela blanca que sostenía entre los dedos. Se armó de valor para mirar de frente sus problemas y ponerles sonido.

—¿Crees que me engañaba?

Tragué saliva con dificultad.

—Claire...

—Quiero que seas sincero conmigo. Sé que piensas que soy débil, pero puedo aguantarlo.

—No creo que seas débil. Nunca lo he pensado.

Sus ojos volaron a los míos y me entristeció vislumbrar un puñado de emociones marchitándose en sus pupilas.

—Neal, por favor. Necesito tu opinión.

Exhalé profundamente.

—Está bien. —Me acomodé frente a la mesa, apoyando los codos en el mantel e inclinándome levemente para poder verla mejor—. Pero antes que nada, déjame decirte que Aaron siempre me ha parecido un buen tío. Hasta hace un rato, pensaba que era imposible que te hubiera engañado. Ahora, después de lo que me has contado, reconozco que tengo mis dudas.

Claire asintió despacio sin dejar de mirarme. No podía imaginar lo que estaba sintiendo en ese momento. Estuviera con esa chica desde hacía tiempo o no, la realidad era que a día de hoy sí que estaba con ella. Aaron había sido su novio durante cinco años y apenas un mes después de haberla dejado ya estaba en brazos de otra.

—Me juró que no había nadie —dijo en un susurro.

—Igual no había empezado nada con ella.

—Aun así había alguien, Neal. No se ha enamorado de ella en un mes y ha decidido presentársela a la gente. Me mintió. Y yo le creí.

Sentí una llamarada de indignación trepar por mi esófago.

—Si es así, es que es imbécil.

—Ambos sabemos que es así —dijo con resignada tristeza—. Los hechos hablan por sí solos.

—Vale. Pero en cualquier caso es imbécil. La gente no encuentra a una chica como tú y la deja escapar.

Pestañeó lentamente y sonrió con timidez.

—Sea lo que sea lo que ha visto en esa chica, ha salido perdiendo —añadí.

Me miró, y a continuación cerró los ojos, dolida, como si aún estuviera asimilando el hecho de que había otra; que otra chica de carne y hueso paseaba ahora con Aaron de la mano.

—Eso lo dices para hacerme sentir mejor. Él seguro que piensa que ha salido ganando con el cambio.

—No lo digo para hacerte sentir mejor, Claire. Te lo digo porque te conozco. Te conozco y sé que es muy difícil encontrar a alguien como tú. Él te ha tenido durante años y no ha sabido valorar lo afortunado que era.

Se encogió de hombros y sus ojos se oscurecieron levemente.

—Creo que él no lo ve de la misma manera. O igual no soy tan maravillosa como tú piensas.

Reí para mí mismo con ironía. Estaba seguro al doscientos por cien de lo maravillosa que era.

—No te ves como yo te veo.

—¿Cómo me ves?

Me di cuenta por la mirada que me lanzó a continuación de que si quería que tomara en serio mis palabras, debía darle una respuesta. Me armé de valor para dejarle ver todo lo que me despertaba sin llegar a perder el enfoque de lo que diría un amigo.

—Eres... la mejor persona que conozco. Eres buena, dulce, te preocupas por la gente que te importa. Te gusta poner música a los momentos y hacer la vida más bonita. Eres trabajadora. Podrías tener todo lo que quisieras, pero nunca has querido tener una vida fácil. Estudias y vives tu trabajo con dedicación. Siempre estás ahí para todos. Tomas tus propias decisiones y no buscas reafirmarte en los demás. A veces tienes miedo, pero lo enfrentas con valentía. Por eso sé que eres fuerte.

Mientras me escuchaba, sus ojos habían ido perdido la tonalidad gris que los había encharcado aquella noche y en ellos ahora brillaba una emoción nueva. Inicialmente, me preocupé por si había ido demasiado lejos, pero enseguida me di cuenta de que la sonrisa que dibujaba se parecía a la de la Claire de siempre, así que me apunté mentalmente un tanto y me dije que daba igual el precio si el resultado era ver luz en su mirada.

—¿En serio ves todo eso en mí?

—¿He dicho algo que sea mentira?

Sonrió cohibida.

—Supongo que no, pero nadie me lo había dicho de la manera en la que tú acabas de hacerlo.

—Te conozco bien —aseguré.

Enrolló el final de la trenza entre sus dedos sin dejar de mirarme y su sonrisa se ensanchó.

—Eres un buen amigo, Neal. Maggie tiene mucha suerte de tenerte a su lado —comentó con dulzura, a lo que yo contesté con una sonrisa tensa. En momentos como ese en los que pensaba en todas las cosas que me gustaban de Claire, me resultaba aún más fácil ver que Maggie no era lo que yo buscaba—. ¿Cómo van las cosas con ella?

Suspiré, sin poder evitar imprimir cierto aire apático en ese gesto.

—Van.

—¿No os va bien? —preguntó extrañada al detectar el desaliento en mi voz.

—No creo que dure.

—¿Por qué no?

—No le veo futuro.

Frunció el ceño.

—¿No te ves con ella, por ejemplo, de aquí a un año?

Volví a suspirar prolongadamente y la miré. Aún no había tomado ninguna decisión respecto a Maggie, por mucho que cada día que pasaba tuviera más claro que debía aclarar mis ideas pronto para no acabar haciéndole daño.

—El problema es que no me veo con ella de aquí a un mes —confesé.

—Suena serio —dijo ella—. ¿Quieres hablar del tema?

Ladeé la cabeza.

—No hay mucho que decir.

Claire se me quedó mirando los segundos siguientes, esperando a que me decidiera a añadir más información. Chasquéé la lengua para mí. ¿Por qué me costaba hablar de lo mío con Maggie? Creo que mi principal problema era hablarlo precisamente con ella, y eso me confundió. Si fuera con Liv, Christina o Matt con los que hubiera salido el tema, no habría tenido ningún problema en comentar abiertamente mis preocupaciones. En cambio, hablarlo a solas con Claire... Me resultaba mucho más complicado, y tenía que superar esa barrera.

—Es buena chica —empecé a decir—, pero no creo que sea para mí. Creo que yo necesito alguien que tenga las cosas más claras. O por lo menos que quiera tenerlas. Maggie se conforma con improvisar cada día. No quiere crecer.

—¿Tener una rutina clara es indispensable para ganarse tu corazón, Neal Cooper? —preguntó divertida.

—Por supuesto que no. Me gusta la gente flexible; la gente que duda y se cuestiona cosas buscando una mejora. Lo que no me gusta es la gente que da la espalda a los problemas y prefiere esperar a que alguien venga a solucionarle la vida.

—¿Maggie es de ese tipo?

—Exacto.

Claire se quedó pensativa, sin dejar de mirarme. Ella y las chicas la habían conocido fugazmente un día que vinieron a mi casa y casualmente Maggie estaba allí. Fue un encuentro breve del que no pudieron extraer mucha información, pero la primera impresión fue favorable.

Pestañeó, como si estuviera deliberando la respuesta más acertada, y acto seguido asintió con firmeza.

—Entonces tienes razón, no creo que dure. ¿Cuánto lleváis saliendo?

—Poco más de dos meses.

Dulcificó su expresión.

—Estarás bien, ¿no?

—Por supuesto —le aseguré.

—Volveremos a estar todos solteros. La primera vez en años.

Aunque lo intentó, no fue capaz de evitar que sus palabras sonaran envueltas en melancolía cuando las dejó escapar. Volví a clavar mis ojos en ella al percibirlo. Sabía que por mucho que se esforzase en mostrarse entera, la tristeza le ganaba terreno por dentro. El camarero volvió en ese momento para preguntar si queríamos algo más y, cuando se marchó, seguí mirándola intensamente, tratando de devanarme los sesos en averiguar si existiría alguna fórmula mágica que le facilitase aquel trago.

—No me mires así —dijo, agachando la cabeza.

—Estoy preocupado por ti.

—Ya lo sé.

Alargué la mano y la puse encima de las suyas, que permanecían enredadas la una con la otra. Quería que sintiera en su propia piel que no estaba sola. A pesar de que una ruptura es un proceso que se cura por dentro, yo estaría allí para ella si me quería a su lado.

—Solo quiero saber que estarás bien. La vida no se acaba aquí. Aunque él esté con otra y aunque ahora sientas que no vas a salir adelante. Te esperan grandes cosas por vivir.

De verdad lo creía. Claire era una entre un millón. Tal vez le costara sobreponerse, pero sabía que tarde o temprano resurgiría de sus cenizas con más fuerza que nunca. Tenía muchas cosas que aportar al mundo, y el mundo tenía que tener reservado grandes planes para ella.

Claire suspiró, con la vista fija en nuestras manos, y levantó la cabeza para mirarme a la cara. En sus ojos brillaba un pequeño rayo de esperanza.

—Igual es más fácil ahora que sé que está con otra y que probablemente lo ha estado un tiempo —dijo con reserva.

—¿Tú crees?

—Sí. Parte de mí no terminaba de creerse que esto hubiera pasado, ¿sabes? Pensaba que tarde o temprano Aaron se arrepentiría y volvería pidiendo perdón. Ahora sé que no va a pasar. Es más, después de lo de hoy... Ya no quiero que pase.

—Si lo de hoy en el fondo te ha ayudado a verlo así, entonces igual ha merecido la pena.

—Sí. Supongo que pasarán días hasta que deje de dolerme la imagen de Aaron tocando a otra. —Hizo una mueca de disgusto—. Pero por muy duro haya sido... creo que me ayudará. O al menos eso espero.

Le sonreí con orgullo. Estaba convencido de que lo acabaría logrando.

—Sé que probablemente no sea lo que quieres escuchar, pero tu vida empieza ahora, Claire —dije con total convencimiento—. Tienes tantas opciones delante de ti... Volverás a ser feliz. Créeme. Y todos estaremos ahí para verlo.

Sus ojos se iluminaron en agradecimiento a mis palabras y desplegó una sonrisa preciosa en su bonita boca.

—Gracias, Neal. No sé qué habría hecho esta noche sin ti.

Entrelazó sus dedos con los míos y dejó un beso en ellos.

—No sabes cuánto me alegro de haber estado —declaré.

Cuando la acompañé al taxi ya era noche cerrada. Con el frío que hacía quedábamos cuatro locos cruzando las calles de Nueva York. Claire caminaba cerca de mí, pensativa, pero con mejor cara que cuando la había encontrado tres horas antes.

—Estarás bien esta noche, ¿verdad? —quise saber.

—Sí. Creo que necesito dormir. ¿Tú te vas en metro? —me preguntó cuando localizó el que sería su taxi.

—Sí.

—¿Me avisas cuando llegues a casa?

Me reí.

—Claro que sí.

Arrugó la nariz, levemente avergonzada por estar ejerciendo una vez más su papel de «madre». Matt se metía con ella por eso cada dos por tres, pero a mí sencillamente me parecía que era parte de quien era.

Antes de irse me dio un abrazo muy fuerte y después se apoyó en mí brazo para alzarse y dejar un beso en mi mejilla.

—Gracias por estar ahí —me dijo justo antes de cerrar la puerta del taxi.

—Gracias a ti, Claire —susurré a lo lejos cuando el vehículo inició la marcha.

Mientras veía cómo giraba la primera esquina, mi estómago dio un vuelco al que

no estaba acostumbrado. Solté una nube de frío al exhalar. ¿Por qué de pronto tenía la sensación de que mi vida también estaba a punto de empezar?

¿Solo amigos?

Me gustaría poder decir que a partir de esa noche en la que encontré a Claire en Rockefeller empezamos a vernos el uno al otro como algo más que amigos. Pero no puedo. No fue así como ocurrió. Lo que sí que es cierto es que todo cambió a partir de ese día. Claire había formado parte de mi vida en los últimos años, pero tras esa primera cena a solas se coló de lleno en mi día a día. Fue deslizándose por los recovecos que conformaban mi rutina, hasta llegar al punto en que un día sin saber de ella me pareciese algo imposible.

Estaba en cada mensaje de buenos días que tecleaba por las mañanas, en las llamadas porque sí, en los paseos por Little Italy antes de volver a casa y cuando nos escribíamos para desearnos las buenas noches. En los planes conjuntos y en las horas los dos solos, que cada vez fueron más.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó una tarde que quedamos para tomar un café cerca de su trabajo.

Se quitó los guantes mientras se sentaba en la mesa y me miraba fijamente. Dejó su bolso colgando de la silla y se apartó el pelo con los dedos antes de apoyar la mano sobre el mantel.

—Más o menos como esperaba —contesté encogiéndome de hombros.

La noche anterior por fin me había decidido a poner fin a lo mío con Maggie. Me lo puso difícil, porque me recibió con una botella de champán enfriándose en la nevera y un conjunto de lencería que me la puso bastante dura. Ese hecho me complicó un poco las cosas. No dejo de ser un tío con necesidades que flaquea si la chica con la que sale le ofrece un rato de sexo que promete ser memorable. Aun así, no pude seguir engañándola cuando aquello que crecía entre los dos no tenía la suficiente fuerza como para alzar el vuelo.

Claire, sintiéndose ahora una experta en rupturas, me había dado un par de consejos para suavizar el golpe y estaba esperando un informe detallado de cómo había ido.

—¿Se lo tomó mal?

—Sí.

—¿Pero le dijiste aquello que te dije sobre estar en puntos diferentes?

Asentí.

—¿Y lo de que es maravillosa tal cual es?

—Sí, pero Claire, no hay una manera delicada de cortar con alguien. —Hice un gesto al camarero para que viniera a tomarnos nota, y a continuación la miré fijamente al añadir—: Además... Ese no fue el problema.

Un chico más o menos de nuestra edad se paró junto a nosotros con una libreta en la mano. Yo pedí un café con leche y Claire consultó la lista de té hasta que por fin se decidió por uno de frutos silvestres.

—¿Cuál fue el problema, entonces? —insistió cuando volvimos a quedarnos solos.

Carraspeé, rascándome la barbilla mientras lo hacía. Me sentí un poco violento por tratar ese tema con ella.

—Cuando llegué, Maggie... Maggie estaba... En fin.

—¿Estaba qué? ¿Borracha?

Desvié la mirada brevemente hacia el fondo de la sala antes de fijarla en ella de nuevo.

—No. Desnuda.

—¿Desnuda?! —Su voz, un tanto chillona, atrajo la mirada de algunas personas que se encontraban a nuestro alrededor. Se sonrojó y bajó la voz—. Perdón. ¿Desnuda?

—Bueno, estaba en ropa interior, pero creo que planeaba desnudarse en los próximos minutos y que yo me uniera a ella.

Claire hizo una mueca que me pareció de disgusto y empezó a despedazar la servilleta de papel que acababa de coger, casi sin mirarme.

—¿Y tú... tú qué... qué hiciste?

Suspiré.

—Le paré los pies.

—¿Le paraste los pies?

—Claro. No me parecía justo aprovechar la situación cuando tenía claro que de esa noche no pasábamos —expliqué.

Compuso una expresión que me hizo pensar que estaba satisfecha con mi explicación de los hechos.

—Muy bien, aunque imagino que para ella fuera difícil sentirse rechazada como mujer y como novia en una misma tarde. Pero bueno, me alegro de que aún queden hombres coherentes en esta ciudad.

—¿Hombres coherentes?

—Sí.

—¿Por qué lo dices?

Se aclaró la garganta, mordiéndose el labio al dirigir la mirada a su regazo. Se ruborizó levemente.

—Pues porque la noche... La noche antes de que Aaron... Nosotros... Eso.

—¿Lo hicisteis? —pregunté, aunque decididamente no quería pensar en el tema.

—Durante toda la noche —admitió con timidez.

—Menudo cabrón.

Claire alzó la cabeza y me miró a los ojos.

—Pues sí. Parece que aprovechó para hacer una despedida por todo lo alto. —Dejó escapar el aire lentamente de entre sus labios al recordar el momento—. Nunca se lo había dicho a nadie. Me da vergüenza recordarlo. Me hace sentir ridícula.

Tragué saliva, incómodo al imaginarme a Claire gimiendo toda una noche en brazos de ese gilipollas que iba a dejarla unas horas después.

Ya habían pasado un par de semanas desde que lo había encontrado cenando con sus amigos y aquella otra chica. Desde entonces, estaba siendo testigo de cómo Claire libraba una batalla de superación continua. Hablábamos a todas horas y nos veíamos casi todos los días. Su proceso de duelo estaba evolucionando. Ahora estaba más enfadada que triste; más dolida por sentirse reemplazada como mujer que por haber sido rechazada como pareja.

Claire, dentro de que es una persona afable, reacciona de manera intensa cuando alguien toca su amor propio, por lo que ahora estaba en una fase de odio supremo a

los hombres en general, y a Aaron en particular.

—Cada vez me gusta menos ese tío y tengo más claro que te ha hecho un favor yéndose.

Claire compuso una sonrisa tensa e hizo un gesto despreocupado con las manos.

—Bueno, sea como sea, me alegro de que tú al menos fueras consecuente con Maggie —dijo, dando por zanjada la cuestión—. Ya aparecerán las personas adecuadas para nosotros.

Nos miramos a los ojos y, sin saber muy bien por qué, ambos sonreímos.

El invierno acabó y dimos la bienvenida a la primavera. Aún hacía frío, pero después del trabajo seguía habiendo luz y eso nos animaba a seguir aprovechando las horas. Claire y yo empezamos a vernos con más asiduidad todavía, aprovechando que nuestros respectivos trabajos se encontraban relativamente cerca, en el distrito de Flatiron.

—Nunca hablas de tus padres —comentó una tarde mientras recorríamos juntos los caminos cada vez más verdes del Madison Square Park.

—No hay mucho que decir.

Se mantuvo en silencio unos minutos, dejando que entre los dos solo fluyeran los sonidos que inundaban el parque: niños corriendo, murmullos de turistas y las ramas de los árboles bailando con el viento.

—¿Sabes, Neal? A veces te miro... y pienso que no sé nada de ti.

Arrugué la frente.

—Eso no es cierto. Sabes muchas cosas de mí.

—No sé nada de tu familia. Y tú lo sabes todo de la mía.

Sonreí para mí.

—¿Lo sé todo?

—Sabes bastante. Sabes que mis padres se separaron cuando yo era un bebé y que he vivido con mi padre desde los cuatro años. Sabes que más tarde mi padre se casó con Sue y que gracias a ello tengo dos hermanas pequeñas...

—A las que adoras —añadí.

—Sí, a las que adoro. —Las comisuras de sus labios se curvaron cálidamente hacia arriba—. Sabes que mi madre es un alma libre que cada día amanece en un sitio nuevo y sabes lo de Cafeteras Wallace.

—Toda América sabe lo de Cafeteras Wallace —apunté con una sonrisa.

La familia de Claire poseía una de las fábricas de cafeteras más antiguas de la Costa Este. Todo el mundo había oído hablar de ellos. Habían pasado una especie de crisis tras el boom de las cafeteras eléctricas, pero se habían reinventado y continuaban a la cabeza de la lista de los grandes proveedores de cafeteras del país.

—Ya. Pero tú eres de los pocos que saben que la heredera del imperio no bebe café.

Sonreí de nuevo y seguimos avanzando. Claire esperó pacientemente a que le diera una respuesta acerca de cómo era mi familia al tiempo que pasábamos por la terraza de Shake Shack. Ella siempre buscaba la manera de intentar colarse por mi cerebro para conocerme un poco mejor; como si coleccionara las piezas de un puzle que estuviera deseando resolver.

—No hay mucho que saber —murmuré mientras esquivábamos las mesas, cada vez más concurridas—. Mis padres son buena gente, pero son un poco raros. Son muy serios. Nunca se han preocupado por tener una relación estrecha ni con mi hermana Sophie ni conmigo. Nos quieren, pero a su manera. No son cariñosos, como pueden ser tus padres o Sue contigo.

Asintió, mirándome en silencio.

—¿Y Sophie?

Exhalé despacio. «Sophie...».

—Sophie es una chica complicada. Nos llevamos bien, pero ambos hemos aprendido a sobrevivir por nuestra cuenta. En mi casa nos han criado como personas distantes, supongo que por eso hemos acabado buscando una vida fuera.

Volvimos a quedarnos en silencio, aunque los silencios entre Claire y yo muchas veces eran mejor que dedicarnos a lanzar palabras vacías. Había algo en esa complicidad que cultivábamos cada día que nos hacía sentir cómodos a los dos. Éramos capaces de hablar durante horas, pero también sabíamos disfrutar observando cómo pensaba el otro sin sonidos de por medio.

—¿Te entristece pensar en ello? —se animó a preguntar al cabo de un rato.

—No. No tanto como cabría esperar. Tengo asumido desde que era pequeño que mi familia es así.

—Pero tú no eres así —rebatí, causando que mi mirada se desplazase a la suya con curiosidad—. Quiero decir que con nosotros no eres distante.

La manera en la que pronunció el pronombre *nosotros* me hizo sospechar que en realidad había querido decir *yo*; que yo con ella no era distante. Parpadeó y me miró tras sus rizadas pestañas cuando dejé escapar un suspiro.

—Eso será porque con vosotros me siento libre de ser como siempre he querido ser.

Las semanas siguieron pasando, escurriéndose a toda velocidad en el espacio que compartíamos. En el trabajo parecía que las horas se vivían mucho más intensamente. Iba de aquí para allá, coordinando mi trabajo con el de otros compañeros que pertenecían a distintos departamentos.

Una mañana de lunes, después de haber pasado las primeras horas encerrado en una reunión eterna, fui al despacho de mi supervisor para presentarle el borrador de un informe.

Mientras esperaba, miré por la ventana para contemplar las vistas y pensé en Claire. Últimamente era una distracción constante. El trabajo me tenía absorbido, pero siempre estábamos conectados. Hablar con ella y saber cómo estaba se había convertido en una necesidad para mí. Pasaba prácticamente todo el día con su voz dentro de mi cabeza o ingeniando nuevas formas para hacerla sonreír. Cada vez estábamos más cerca. Cada vez hablaba menos de Aaron. Cada vez éramos más nosotros... y solo nosotros.

Mi vida, poco a poco, se había llenado de Claire. A veces quería preguntarle cómo la hacía sentir el hecho de que últimamente estuviéramos tan presentes en la vida del otro, pero parecía que aquel era uno de los pocos temas de los que no éramos capaces de hablar. Aunque no sabía cómo había pasado, que Claire formara parte de mi día a

día era un regalo. Un regalo que, sin saberlo, había anhelado durante mucho tiempo. Sentía que poco a poco iban despertando todas las sensaciones que había procurado mantener dormidas desde que la había conocido.

Unos momentos antes de que llegara mi supervisor, mi móvil vibró en el bolsillo de mi pantalón. Era Claire. <¿Quieres que comamos juntos? Puedo pasar a recogerte>.

Como siempre me pasaba, sentí una ráfaga de alivio al ver que me buscaba tanto como yo a ella. Suspiré con calma, mientras deslizaba mis ojos por la pantalla, y tecleé un simple <Sí>.

Después tomé asiento en la mesa alimentando la esperanza de que, tal vez, lo que fuera que había entre nosotros no me pasaba a mí solo.

Un par de horas después me reuní con ella en la puerta de mi edificio. Aprovechando el buen tiempo, compramos algo de comer en un puesto y paseamos a las orillas del MoMath mientras hablábamos de nuestras cosas.

—¿Cuál es tu película favorita? —me preguntó en un punto determinado del encuentro.

Sonreí para mí. En ocasiones tenía la impresión de que se había propuesto conocerme a fondo y que cada día seleccionaba una batería de preguntas de cosas que quería saber. El día anterior habíamos hablado de todos los lugares a los que habíamos viajado en el pasado; hoy tocaba hablar de cine.

—La trilogía de *El Padrino* —contesté.

—No la he visto.

—¿No has visto *El Padrino*? —La miré con los ojos muy abiertos—. ¿En qué mundo vives?

—Lo sé, lo sé —contestó riendo. Inclino la cabeza hacia mí y me miró, componiendo esa expresión adorable que me desarmaba por completo—. ¿La verías conmigo?

Asentí convencido sin dejar de mirarla. A nuestro lado esperaba un montón de gente para cruzar, casi todos con aspecto de tener mucha prisa en aquel día laborable.

—Por supuesto. La veremos —le aseguré—. ¿Cuál es la tuya?

—*Sonrisas y lágrimas*.

Hice una mueca burlona mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera en verde para los peatones.

—¡Eh! ¡Te he visto! No pongas esa cara.

—¿No se te ocurría ninguna película más moñas?

Claire me dio un puñetazo juguetón en el brazo cuando vio mi expresión de guasa.

—No es moñas. Es un peliculón. —Puso una expresión de dignidad absoluta y me eché a reír—. No te rías tanto. Ahora pienso obligarte a verla conmigo.

La miré de reojo y me volví a reír antes de comenzar a andar tras el anuncio de la luz verde con ella a mi lado.

—¿Cenas aquí esta noche? —me preguntó Matt un par de mañanas después, antes de que ambos saliéramos de casa.

Cogí unos documentos que había dejado la noche anterior sobre la mesa del comedor y me giré para mirarlo.

—No. He quedado.

Matt dibujó una sonrisa triunfante.

—¿Has quedado? Bien, tío. Te hace falta echar un polvo. Estás muy rarito últimamente. Más de lo habitual, quiero decir.

—He quedado con Claire —especifiqué mientras me dirigía hacia la cocina.

—¿Con Claire? ¿No cenaste la otra noche con ella?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza al tiempo que daba un trago a mi café con leche. La taza que estaba usando, con una raqueta de tenis y una pelota dibujadas, me la había comprado Claire semanas atrás en nuestra visita al Green Flea, el famoso mercadillo que hay en el Upper West Side.

Matt ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos como si quisiera adivinar algo.

—¿Qué? —espeté.

Mi amigo subió las manos y dio un paso atrás, conteniendo una mueca divertida.

—No, nada, nada...

Se dio la vuelta para enjuagar su taza y, aunque no pudiera verle la cara, tuve claro que estaba sonriendo de esa manera socarrona que tanto me saca de quicio.

—Di lo que tengas que decir, anda —le pedí.

Se dio la vuelta y, efectivamente, lucía una expresión inquietante de las suyas. Se apoyó en el fregadero y se cruzó de brazos, mirándome con cierto aire de desconfianza.

—Os veis mucho últimamente, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Trabajamos cerca y ella está pasando por un momento difícil —declaré con sequedad.

—¿Y te has adjudicado el papel de guardaespaldas? Qué buen amigo eres.

—No soy su guardaespaldas —rebatí, intentando no sonar molesto—. Simplemente me preocupo por ella. No quiero que se sienta sola. Lo haría por cualquiera de vosotros.

—Ya...

Fruncí el ceño ante su tono condescendiente.

—¿Insinúas algo, Matthew? Porque es demasiado temprano para descifrar tus enigmas.

—No, amigo mío, solo espero que sepas lo que estás haciendo —dijo antes de dirigirse al baño—. Ah, por cierto, piensa en lo que te he dicho.

Arrugué las cejas.

—¿Qué has dicho?

—Que estás rarito últimamente —comentó con una sonrisa pérfida—. Y que te hace falta echar un polvo.

Dicho esto, soltó una carcajada por lo bajo y cerró la puerta del baño.

Las primeras tardes de mayo de ese año fueron considerablemente más cálidas que las de años atrás. Ese día, cuando salí de trabajar, Claire me esperaba en la puerta del rascacielos donde estaba situada mi oficina. Vestía una camiseta con un colorido estampado y una cazadora vaquera que había sacado del armario para dar la bienvenida al buen tiempo.

Nos saludamos con un beso en la mejilla y cogimos el metro para ver el ambiente que había gracias a la celebración del Festival de Cine de Tribeca, que tendría lugar en los próximos días.

Paseamos por la zona y después entramos a cenar algo en un pequeño restaurante próximo a la famosa estación de bomberos de *Los Cazafantasmas*.

Cuando acabamos de cenar, no quisimos volver a casa. Nos perdimos entre la gente que aún había en el exterior y Claire inició una conversación sobre el Feng Sui, las premoniciones y otros temas de corte esotérico que a ella le fascinaban y que a mí me hacían reír.

—¿Tú lloras, Neal? —me preguntó un rato después, mientras seguíamos paseando por las calles de Tribeca.

Íbamos avanzando con la idea de coger un taxi en algún momento, pero la noche era cálida y la conversación animada, por lo que ninguno de los dos parecíamos tener prisa por separarnos. Caminábamos uno al lado del otro y nuestros cuerpos se rozaban cada pocos metros, produciendo una pequeña descarga bajo mi piel que me agitaba la respiración. Cada día que pasaba me resultaba más difícil ignorar la atracción que de manera inconsciente me seguía despertando. Claire me gustaba a todos los niveles de una manera demasiado intensa que no lograba entender, pero me preocupaba hacer algún movimiento en falso que hiciera saltar por los aires lo que teníamos. Sin tener garantías, no estaba dispuesto a correr el riesgo.

Escuché nuestros pasos golpeando el asfalto y volví a centrarme en lo que me había preguntado.

—No demasiado a menudo —contesté.

—¿Por qué?

—Supongo que no he tenido muchos motivos para hacerlo. Lloré cuando murió mi abuelo hace un par de años.

Sus ojos se abrieron.

—¿Llevas dos años sin llorar?

—No exactamente.

Me miró con una sonrisita.

—¡Venga! ¡Cuéntamelo! —me pidió—. Prometo no reírme.

Chasqueé la lengua, y reprimiendo una sonrisa confesé:

—Lloré viendo una película.

—¿Una película? ¿Cuál? ¡¿Cuál?!

Solté el aire. ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente adorable? Me costaba un mundo decirle que no a cualquier cosa.

—*Hatchiko* —acabé confesando.

—¿*Hatchiko*? ¿La del perro?

—*Hatchiko* la del perro.

—¡Yo también lloré un montón viéndola! —exclamó emocionada.

Eso me hizo reír.

—Claire... tú lloras con bastante facilidad.

Arrugó la nariz en un gesto muy tierno.

—Lo sé... Soy una llorona.

Permanecí en silencio y la miré, sopesando, tras unas semanas, volver a sacar el

tema de Aaron. Después de unos segundos preguntándome en silencio si era buena idea, decidí tantearla de manera discreta.

—Lloras menos últimamente, ¿verdad?

Claire se giró hacia mí, disminuyendo de manera significativa la fuerza de sus pasos. Entrecerró los ojos y estudió atentamente mi expresión.

—¿Quieres saber algo en especial?

Me aclaré la garganta.

—Pues... sí. Quiero saber cómo estás.

—Hablamos todos los días —dijo algo más seria—. ¿No me ves bien?

—Te veo bien, pero no sé si te esfuerzas en disimular o si realmente estás superándolo.

Se quedó mirándome, pero se mantuvo en silencio durante los siguientes segundos. A esa altura de la calle había una hilera de taxis esperando, pero ninguno de los dos hicimos el amago de pararnos. Las farolas iluminaban la calle pintando luces y sombras en el rostro de Claire, y yo no pude evitar estudiar sus facciones. Claire era bonita de una manera demasiado singular como para no ser cuidadosamente admirada cuando la tenía cerca.

—Tengo mis momentos —confesó—. Pero estoy bien. Me encuentro bien. Cada vez pienso menos en él. Ya han pasado cuatro meses.

—Sabes que no tienes que aparentar nada, ¿verdad? Puedes ser sincera conmigo.

Sonrió con calidez.

—No aparento. A veces hay días en los que me acuerdo más y me pongo triste, pero en general... Siento que estoy avanzando. Te lo prometo.

—Bien.

Continuamos caminando frente a los portales de la zona más exclusiva del barrio, compartiendo el aire y unos segundos de silencio. Su voz sonó decidida cuando, al cabo de un momento, volvió a dirigirse a mí.

—Neal. Necesito pedirte algo.

—Claro. Lo que quieras.

—Me gustaría que me acompañaras a un evento.

La miré arrugando el entrecejo.

—¿A un evento?

—A una fiesta —aclaró.

—¿Qué clase de fiesta?

—La fiesta que organiza mi empresa todos los años antes de verano.—Me observó fijamente mientras esperaba una respuesta y luego apartó la vista antes de explicar—: Confirmé que iría acompañada cuando Aaron... Cuando Aaron y yo... Confirmé que iría acompañada. —Tomó aire—. Y ahora no tengo con quién ir.

Como me mantuve en silencio durante más segundos de los considerados aceptables mientras valoraba lo que podía significar algo como aquello, ella se apresuró a añadir:

—Puedes decir que no. No quiero ponerte en un compromiso ni nada, es solo que... Bueno... Si tengo que ir acompañada de alguien me gustaría que fueras tú, pero si no... Bueno, puedo pedírselo a Matt. Aunque se pase toda la noche haciendo comentarios sobre si el vestido me marca mucho las tetas, aunque...

—Iré contigo.

—¿Irás conmigo? ¿De verdad?

Sentí la sonrisa que tiraba de las comisuras de mi boca y no pude contenerla. En momentos así, cuando su mirada se iluminaba provocada por algo que yo había dicho, me preguntaba si no era el único que percibía algo más en todo aquello.

—Claro que de verdad. ¿Cuándo es?

—El treinta y uno de mayo —dijo animada—. Viernes.

—Pues allí estaré.

Soltó el aire despacio, mirándome con una sonrisa que hacía brillar sus ojos con fuerza.

—Gracias, Neal.

—No hay de qué. —Mis palabras se perdieron en un suspiro que a continuación acompañé con una mueca burlona—: Entonces... ¿no está permitido que haga comentarios sobre tus tetas?

A mi lado, la vi echarse a reír y me dio un manotazo en el brazo en señal de falsa reprobación.

—Ni lo sueñes.

Después seguimos andando, cerca, muy cerca el uno del otro, e intercambiando de vez en cuando miradas cargadas de complicidad.

La tarde previa a la fiesta, la pasé nervioso como una quinceañera inquieta antes de su gala de debutante. Los días anteriores a menudo había fantaseado con que pasar la noche como su acompañante, ambos vestidos de gala, acabase con los dos más juntos que nunca. Después volvía a la realidad en la que Claire y yo solo éramos buenos amigos; aquella en la que ella acababa de salir de una relación de cinco años, tras la que necesitaba volver a construirse.

Para la ocasión elegí el mejor traje que tenía y barajé varias opciones para la corbata ante la atenta mirada de Matt, que me observaba desde el sofá conteniendo una mueca burlona.

Más tarde cogí un taxi hasta la zona de East Village, donde vivía Claire, y le pedí al conductor que esperara a los pies del portal mientras esperábamos a que bajara.

Cuando la vi descender las antiguas escaleras del portal, sentí un golpe en el pecho que me cortó la respiración. Decir que estaba preciosa era quedarse muy corto. Lucía un vestido de un tenue color amarillo que dejaba su espalda al descubierto y llevaba el pelo recogido en un moño desenfadado. La tela abrazaba cada una de sus curvas y en su cara brillaba una enorme sonrisa.

—Hola —dijo al pararse junto a mí.

Tragué saliva con fuerza cuando rozó mi brazo con el suyo. Tardé un momento en recuperar el habla.

—Buenas noches, Claire. Estás... Estás muy guapa.

Su sonrisa se hizo más amplia y pestañeó, como si el comentario la hubiera sorprendido y halagado a partes iguales.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

—Sé que prometí no hacer comentarios, pero tengo que decir que ese vestido... es una pasada.

Soltó una carcajada que yo acompañé con una media sonrisa. Nos miramos en silencio durante unos segundos y a continuación corté la conexión que habíamos creado guiándola hacia el taxi con la mano al final de su espalda. Se me secó la boca al vislumbrar la cantidad de piel que dejaba al descubierto. Me adelanté para abrirle la puerta y después me senté en la parte trasera junto a ella.

Cuando llegamos a Bruno's On The Boulevard, el salón de eventos en Queens donde tenía lugar la recepción, Claire se agarró de mi brazo para poder subir correctamente con los tacones las escaleras de la entrada. Yo sonreí de medio lado, extrañamente orgulloso de llevarla a mi lado mientras dábamos nuestro nombre al portero y accedíamos al lujoso salón.

La estancia era amplia y luminosa. Se notaba que estaba pensada para albergar cientos de invitados. En la entrada habíamos leído que allí se celebraban bodas, pero esa noche estaba todo preparado para la fiesta anual de la empresa de relaciones públicas y organización de eventos en la que trabajaba Claire. Ellos mismos se habían encargado de acondicionar el lugar. Habían hecho un trabajo acerca del que los doscientos invitados allí congregados hablaban maravillas.

Claire fue contándome, mientras paseábamos entre los camareros cargados con bandejas y botellas de vino y champán, cómo había sido la organización de la fiesta. Me habló de la elección de las flores, la música y la vajilla. De vez en cuando me presentaba a algunos de los presentes con una sonrisa, dejando caer que era su amigo y evitando dar más información.

No puede decirse que cenáramos, puesto que se trataba de un cóctel, pero picoteamos de las diferentes bandejas antes de lanzarnos a la bebida. Un par de chicas del departamento de Claire se unieron a nosotros cuando empezó la música. Nos situamos junto a una de las mesas que había preparadas con dulces y comenzamos a hablar animadamente. Iniciamos varias conversaciones acerca de algunos temas de actualidad, de trabajo y de la ciudad. Nos echamos unas risas mientras una de ellas nos relataba su última experiencia con un chico que había conocido a través de Tinder.

Fue un rato divertido que se extendió durante un buen rato de la noche. La gente a nuestro alrededor disfrutaba de la música y la barra libre y paseaban con sus trajes cuidadosamente escogidos para la ocasión. La que Claire me había dicho que era su jefa sonreía a todos los invitados, que se deshacían en halagos acerca de la organización del evento.

Cuando el DJ comenzó con una selección de canciones más movidas, la gente empezó a desplegarse por la zona de baile. En ese momento, Claire se disculpó para ir al servicio y yo me quedé dando vueltas por allí, estudiando el ambiente.

Pasó un largo rato antes de que mis ojos la encontraron de nuevo. Estaba al otro lado de la sala hablando con un tipo muy alto y muy delgado que se la comía con los ojos. Los hombros de Claire emanaban tensión; estaba incómoda en compañía de ese tío. Vi cómo sus dedos se retorcían unos contra otros, como hace siempre que está nerviosa. Su cabeza se movía sutilmente a ambos lados cada pocos segundos buscando algo. Me buscaba a mí.

Decidí coger una copa para cada uno y en pocos segundos crucé la sala hasta situarme junto a ella.

—Te he traído otra, pequeña —susurré cerca de su oído.

Puse una mano al final de su espalda y sentí su piel desnuda estremecerse bajo mis dedos. Cuando alzó la cabeza hacia mí, me dedicó una sonrisa que se me metió en los huesos.

—Gracias —dijo con un brillo de complicidad en su mirada. Se giró hacia el chico de nuevo—. Damon, si me disculpas, le he prometido a Neal que la primera canción la bailaba con él.

Ambos nos miramos a los ojos y sonreímos de nuevo. El tal Damon puso cara de pocos amigos y asintió lentamente. De fondo sonaba *Sway*. Nos acabamos las bebidas que teníamos en la mano en un par de sorbos y nos situamos en la pista de baile al ritmo de Michael Bublé.

—Gracias por lo de antes. Trabaja en el departamento de informática. Habla muy rápido. Se pone muy nervioso cuando está con chicas...

—Sí. Los informáticos tenemos fama de eso —dije con sarcasmo, a lo que ella contestó con una risita.

—Querido Neal, te conozco y dudo que tú tengas ese problema.

Le sonreí abiertamente antes de cogerla para bailar la canción, aunque no fuera una canción que se bailaba pegados. La atmósfera cambió de manera sutil mientras nos mirábamos atentamente, sintiéndonos cerca. El aire se volvió más pesado, y sentí como si el espacio entre los dos se llenara de pronto de palabras nuevas que esperaban ser pronunciadas.

—Está bien esto —dijo al cabo de un rato de estar moviéndonos juntos sobre el mármol que cubría el suelo.

—¿El qué?

Dio un repaso con la mirada a la gente que se movía a nuestro alrededor antes de darme una respuesta.

—La fiesta. Gente nueva. Tú. Yo. —Cogió aire pausadamente mientras me dirigía una sonrisa—. Gracias por venir.

Yo también sonreí.

—No hay de qué. Me encanta estar aquí.

Me miró con calidez y acarició de manera involuntaria mi hombro por encima de la chaqueta del traje. Así, los dos agarrados para bailar en medio de la pista, parecíamos la pareja de protagonistas de una de esas películas románticas que a ella tanto le gustaban.

—Un par de compañeras me han preguntado por ti —dijo de repente—. Creo que querían saber si estás disponible.

A continuación me miró para evaluarme mientras recibía sus palabras. No sé si me lo imaginé, pero lo cierto es que me pareció detectar un brillo de posesión al fondo de sus ojos. Como si a una parte de ella le molestara que yo pudiera ser objeto de atención de otras mujeres.

—¿Y tú qué les has dicho? —quise saber.

No había vuelto a salir con nadie desde que lo dejé con Maggie hacía ya dos meses. Nadie despertaba en mí el suficiente interés y, al mismo tiempo, me parecía deshonesto conocer a alguien nuevo cuando Claire compartía tantas cosas conmigo.

Aunque solo éramos amigos, y aunque se suponía que no tenía sentido esperar

nada más de ello, a veces, estando con ella a solas y mirándola a los ojos, tenía la sensación de que teniéndola a ella tan cerca no podía haber sitio para nadie más en mi vida.

—Que esta noche no —contestó por fin con voz serena.

—Buena respuesta.

Al cabo de un rato siguió diciendo:

—Debe de ser el traje. Te miran mucho.

—Me miran porque estoy con la chica más guapa de la fiesta.

Levantó la vista, reflejando en su expresión que se había ruborizado.

—No lo dices en serio...

—¿Tengo cara de estar bromeando?

La miré a los ojos y estreché su cálido cuerpo un poco más contra el mío sin ser enteramente consciente de lo que hacía. Tal vez fuera por el alcohol. O quizás las ganas de un acercamiento avivadas por la corta distancia que nos separaba en ese momento. Sentí cómo su respiración cambiaba cuando alzó la cabeza para mirarme ella a mí.

Claire se mordió el labio y parpadeó varias veces seguidas mientras tomaba aire lentamente. Parecía nerviosa de repente.

Sin previo aviso el aire entre los dos se volvió más denso y vibrante. Algo zumbó dentro de mi cerebro cuando percibí unas chispas de electricidad escapando de sus ojos en mi dirección. Nos mirábamos muy fijamente. Tragué saliva, sintiendo una nube de calor formándose en mi estómago y apoderándose también de mi pecho. La sensación de sus curvas junto a mi cuerpo de pronto me pareció demasiado real. Su boca, a escasos centímetros de la mía, me lanzaba un grito de silencio. Traté de ignorar la sacudida que me dio la entrepierna. Seguimos mirándonos como si estuviéramos debatiendo con nosotros mismos si decir algo, pero no nos salieron las palabras. Supe que ella se sentía tan perdida como me sentía yo.

—Creo... Creo que necesito una copa —dijo de repente, en apenas un susurro.

Parpadeé varias veces, tratando de deshacerme de la oleada de confusión que me agitaba por dentro. Me aclaré la garganta. ¿Qué estaba pasando?

—Sí. Claro. Vamos.

Nos desplazamos a la zona donde habían montado la barra y nos dejamos caer en dos asientos que quedaban libres, uno al lado del otro. No mencionamos nada del momento extraño que acabábamos de compartir, aunque era obvio que ambos lo teníamos flotando en nuestras cabezas. En lugar de eso nos miramos de reojo y empezamos a beber. Primero probamos los cócteles. Ella pidió un tequila *sunrise* y yo un caipiriña. Charlamos y, poco a poco, volvimos a lo que nos habíamos acostumbrado a considerar normal entre nosotros.

De vez en cuando algunos conocidos de Claire se paraban junto a nosotros y nos daban algo de conversación. Cuando se marchaban, seguíamos a lo nuestro. Bebíamos. Reíamos. Ella pidió un segundo cóctel y yo un tercero, hasta que nos deshicimos por completo de cualquier atisbo de incomodidad. Sobre todo Claire, que cada vez se mostraba más desinhibida.

—¡No lo hice queriendo! —se defendió entre risas cuando llevábamos un buen rato allí, prácticamente ajenos a la fiesta.

—¡Pero lo hiciste! —contesté entre carcajadas.

Nos reíamos de algo que le había pasado a ella el año anterior. Había entrado a probarse un abrigo en una tienda y salió para hablar cuando le sonó el móvil, sin darse cuenta de que seguía con la prenda puesta. Las dependientas salieron como locas tras ella y emplearon la fuerza para obligarla a quitarse el abrigo. Claire, que no entendía nada, se puso a gritar en medio de la calle.

Seguimos riéndonos y recordando la colección de anécdotas que habíamos ido recolectando en los últimos años, como los primeros meses en Nueva York, las veces que nos habíamos visto durante los años de universidad o los cumpleaños navideños a los que habíamos asistido en la residencia Gallagher.

—Han pasado tantas cosas en los últimos seis años...

—Sí, y parece que fue ayer cuando estábamos en el primer año de universidad y Matt te trajo a casa —dijo ella con nostalgia.

Sonreí al recordarlo.

—Me acuerdo como si fuera ayer.

—Estabas tan mono con ese pelito que llevabas... —dijo con expresión traviesa.

—Dios. No me recuerdes los estilismos de la época, por favor.

—Te quedaba bien —insistió—. Parecías un niño pequeño descubriendo la magia de la Navidad por primera vez.

—Y tú parecías una niña bien que había echado mucho de menos su casa.

Claire entornó los ojos y, dedicándome una mirada enigmática, dio un trago a su copa. Su mirada se encontraba enturbiada por el alcohol. A continuación volvió a dejarla sobre la barra.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —preguntó, inclinándose un poco más hacia mí.

—Depende —dije con cautela—. ¿Estás borracha?

Se echó a reír.

—No. Solo un pelín achispada.

A nuestro alrededor la fiesta estaba en su punto álgido. La mayoría de la gente estaba repartida en la pista de baile y ya habían perdido la cuenta de las copas que habían tomado esa noche. Las lámparas que nos habían alumbrado durante toda la velada habían sido sustituidas por la típica iluminación de discoteca y había buena temperatura en la sala.

—Está bien. —Sonreí, sintiéndome yo mismo algo afectado por el alcohol y por el ambiente de fiesta—. Entonces dime.

—¿Qué pensaste de mí cuando nos conocimos?

Me quedé callado. Mi primera respuesta fue mirarla a los ojos, sorprendido. Ella se mordió el labio, con una expresión casi de disculpa.

—¿Cómo dices?

—¿Te fijaste en mí? —insistió.

Sentí como si una cuerda me tensara las costillas ante la posibilidad de que aquella conversación nos llevara a un lugar hasta entonces inexplorado. La atmósfera enrarecida que nos había envuelto mientras bailábamos volvió a nosotros.

—Claire...

—Yo sí me fijé en ti —me cortó—. Siempre he querido decírtelo.

El corazón se me subió a la garganta. Seguí mirándola fijamente por espacio de unos segundos mientras ella hacía un esfuerzo por controlar su respiración. Se limitó a estudiar mi reacción al tiempo que aguardaba una respuesta.

Me aclaré la voz, aturdido, y ella dio un trago más a su bebida.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Pues porque pasamos mucho tiempo juntos, porque has venido conmigo a una fiesta y porque antes te he mentado y sí que estoy un poco borracha.

Me reí sin poder evitarlo.

—Ya veo...

Claire sacudió la cabeza y, con la vista fija en el cristal de su vaso, siguió hablando.

—No es que fuera amor a primera vista ni nada, es solo que... Llamaste mi atención. Siempre me has parecido un poco misterioso.

Alcé las cejas.

—¿Misterioso, yo?

—Sí. Tú. —Sonrió—. Y ya sabes que tiendo a sentirme atraída hacia todo lo que tenga un toque de misterio.

—¿Intentas decirme algo con todo esto, Claire?

—No lo sé. Tal vez.

Me quedé mirándola con los ojos más abiertos de lo normal, sintiendo un leve temblor en mis vértebras. Mi cerebro se colapsó mientras intentaba dar con las palabras correctas.

—Uf. Sí que estoy borracha —se apresuró a añadir en tono de broma cuando vio que me había dejado sin palabras—. ¿Crees que mañana recordarás esta conversación?

—Siento decirte que sí. Aunque con un poco de suerte tú la habrás olvidado.

Soltó una risilla ebria y a continuación exhaló con lentitud, como si de pronto se sintiera mortificada por tener que estar tratando este tema.

—No es que quiera insistir, pero... todavía no has contestado a lo que te he preguntado.

Tragué saliva. No había bebido lo suficiente como para tratar esto con la misma tranquilidad que lo estaba tratando ella, eso estaba claro. ¿No éramos demasiado amigos como para arriesgarnos a estropearlo adentrándonos en ese terreno? No obstante, algo en sus ojos me impedía ignorar el tema. Brillaban esperando que dijera lo que quería escuchar. Y yo podía tener muy claro que en ese momento cruzar la línea de la amistad no era lo más adecuado, pero al mismo tiempo era incapaz de mostrarme indiferente.

—Ya sabes la respuesta.

Claire permaneció seria, aunque vi una emoción desconocida titilar en sus ojos.

—Sabía que hubo algo —afirmó con seguridad—. Tú también te fijaste en mí.

—Me fijé en ti incluso antes de saber quién eras.

Pestañeó, mirándose como si en mi rostro se hallaran las respuestas sobre todas las preguntas que se hacía. Sus ojos, algo enturbiados por el alcohol, reflejaron una sonrisa preciosa.

—Cuando volví a la universidad después de esas navidades, a veces me acordaba

de ti —reconoció entre palabras arrastradas.

—Claire...

—Sé que estoy siendo demasiado directa, pero lo tenía aquí dentro, ¿sabes? —dijo señalando la boca de su estómago—. Si tú no lo viviste así, no hace falta que contestes.

Negué con la cabeza.

—Por supuesto que lo viví así, pero cuando volvimos a vernos...

—Sí... —me cortó, y sus ojos se apagaron de golpe cuando el nombre de Aaron cruzó su mente.

Respiré despacio. Cuando volvimos a vernos Aaron ya estaba en su vida. Aaron, que seguía presente dentro de ella. Pensé que si alguna vez yo iba a estarlo también, no quería compartir ese espacio con nadie.

Daba igual cuánto tiempo pasara y cuánto me esforzara por mirar a otro lado. La certeza de que siempre había estado irremediablemente loco por ella me golpeó con fuerza en la nuca. Cogí aire hasta llenarme los pulmones de más fuerza de voluntad y volví a imponer la distancia necesaria para que ambos recordáramos cuál era nuestro sitio.

—Ahora ha pasado el tiempo —murmuré con voz ronca.

Ella me miró a los ojos y, lo que fuera que vio en ellos, la hizo estremecerse.

—Lo sé. Somos... somos buenos amigos.

Jugueteó con el hielo casi derretido que quedaba en su vaso y dejó que su mirada se perdiera a lo lejos. Parecía que estaba dando vueltas a algo. El azul de sus ojos se volvió más oscuro antes de hundirse en mi rostro de nuevo.

—¿Tú piensas en mí? —preguntó con voz nerviosa.

—¿A qué te refieres?

—Cuando no estamos juntos, ¿piensas en mí?

Cerré los ojos. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto en una jodida noche? En los últimos meses habíamos conseguido sentirnos muy cerca el uno del otro. ¿Peligrosamente cerca, tal vez? ¿Qué se suponía que debía contestarle a eso? Si le decía la verdad, lo más seguro es que por la mañana ella solo se sintiera confusa. En el fondo, sabía que Claire solo me estaba diciendo todo aquello porque el alcohol había fundido esas capas de sensatez que ella misma había tejido para enfrentarse al mundo de una manera segura. No era tan directa, ni tampoco estaba preparada para dejar atrás lo de Aaron y ser de pronto tan sincera.

—No sé si es buena idea contestar a esa pregunta.

Parpadeó varias veces, mirándome de pronto como si acabara de recordar dónde estaba, qué estaba diciendo y a quién.

—Ya, probablemente no lo sea. Pero es que... lo tenía aquí dentro.

—Eso ya lo has dicho. —Sonreí.

Suspiró, desviando la mirada hacia el cristal de su copa.

—Te veo borroso.

—Creo que ya has bebido bastante por hoy —añadí con suavidad.

—Sí... —Se rio sin apenas fuerza—. Yo también lo creo.

—Esperaremos a que se te pase un poco y volveremos a casa.

De camino a su casa en el taxi un rato después, Claire se quedó dormida con la

cabeza sobre mi hombro. Me quité la chaqueta del traje y se la puse por encima. Aunque había sido una noche cálida, a esas horas de la madrugada el aire era fresco y no quería que se enfriara.

—Claire... —susurré en su oído cuando el vehículo estacionó en la puerta de su edificio.

Ella soltó un gruñido y se hundió en mi pecho.

—Claire... Pequeña... Ya estamos en casa.

Abrió los ojos despacio y los volvió a cerrar de golpe, cegada por la luz de las farolas que entraba por las ventanillas.

—Todo me da vueltas —masculló.

—Está bien. Agárrate a mí. —La sujeté por los hombros y la ayudé a salir del taxi tras pagar al conductor. Caminamos unos pocos pasos, pero ella apenas se mantenía en pie así que decidí cogerla en brazos para subir las escaleras de acceso—. Vamos. Arriba.

Saludamos al portero del edificio, que nos ayudó a abrir la puerta y llamó al ascensor por nosotros.

—¿Me odias? —preguntó contra mi cuello mientras subíamos al piso once. Seguía más dormida que despierta.

—No. Claro que no te odio.

Cuando salimos en su planta, me dijo que ya podía andar y la bajé. Entre los dos sacamos las llaves de dentro de su bolso y conseguimos entrar y cruzar el pasillo hasta su habitación.

—Métete en la cama, pequeña.

—Me encanta «pequeña» —balbució.

—Toma —dije acercándole el pijama que asomaba bajo la almohada—. Cámbiate. Esperaré fuera.

Parpadeó, como si no entendiera por qué tenía que salir.

—No. No te vayas. Solo... solo date la vuelta.

Hice lo que me pedía sin cuestionármelo. Le di la espalda tratando de no pensar que a pocos metros de donde me paraba estaba Claire desnuda. Se me puso un poco dura ante la idea.

—Ya está.

Carraspeé y me acerqué a ella de nuevo, obviando cómo se le marcaba todo bajo el fino tejido del pijama. Hice a un lado la ropa de cama y la ayudé a subirse. Me quedé mirándola unos momentos mientras ella se ponía cómoda y se tapaba.

—¿Puedes quedarte conmigo hasta que me duerma, por favor? —me preguntó con sus dos enormes ojos azules implorantes.

Respiré profundamente, pensando que alguien ahí arriba se estaba pasando poniendo mi voluntad a prueba esa noche.

—Está bien —dije con un suspiro cargado de paciencia—. Después me iré al sofá. No voy a dejarte sola esta noche.

Compuso una débil sonrisa, pero no contestó nada. Yo cerré los ojos un segundo y, a continuación, bordeé la cama para sentarme sobre el otro lado de la colcha mientras ella se dormía.

Apagué la luz y me acomodé, pero no lo suficiente. Debía evitar quedarme dormido junto a su cuerpo.

—¿Puedo decirte algo? —preguntó en la penumbra que dibujaban las farolas procedentes de la calle.

—No sé si estoy preparado para más confesiones.

—Te prometo que será la última —dijo con suavidad, mirándome detrás de sus espesas pestañas—. Te estoy muy agradecida por cómo te has portado conmigo los últimos meses, y quiero... quiero que sepas que te has convertido en mi persona favorita.

El aire me formó un nudo en la garganta. La miré con intensidad, con el codo apoyado en la almohada, y tragué despacio mientras trataba de encontrar las palabras.

—Tú también eres mi persona favorita —confesé.

Claire respiró aliviada, y sus ojos, muertos de sueño, me sonrieron con calidez mientras su boca se curvaba hacia arriba.

—Será nuestro secreto, ¿vale?

Solté el aire despacio y vi cómo poco a poco se le cerraban los ojos.

—Vale, pequeña.

¿Peligrosamente juntos?

Me desperté a la mañana siguiente con el ruido de los coches que circulaban once pisos más abajo entrando a través de las ventanas. La luz ya había llenado el salón donde había dormido esa noche y mis ojos se resentían por la claridad. Me di media vuelta en el sofá, suspirando mientras volvían a mi cabeza escenas de la noche anterior, especialmente aquellas que protagonizaban Claire y su sonrisa enturbiada por el alcohol.

Fui al baño a asearme y después permanecí recostado en el sofá durante largos minutos, hasta que escuché sonidos procedentes del fondo del pasillo. Consulté la hora en mi móvil y supuse que Claire se estaba despertando justo en ese momento. Habíamos pasado la noche bajo el mismo techo, aunque en habitaciones distintas. Me senté, aplastándome el pelo con las manos mientras esperaba a que saliera.

Atravesó el salón apenas unos segundos después y yo me puse en pie, dándome la vuelta para tenerla de frente. Por la cara que puso, diría que se sorprendió de verme allí todavía.

Nos evaluamos en la distancia con ojos cohibidos. Tantos años siendo amigos y era la primera vez que protagonizábamos juntos una escena tan íntima como la de estar parados frente al otro con tan poca ropa. Ella llevaba los pantalones largos que se había puesto anoche para meterse en la cama y la misma camiseta bajo la que se le marcaban los pezones. Yo me había dejado puesta la camisa pero me había quitado los pantalones y mis calzoncillos asomaban por debajo.

Claire se ruborizó al repasar mi indumentaria y yo hice todo lo posible por centrar mi atención en su rostro.

—Buenos días —dijo tímidamente mientras avanzaba un par de pasos más en mi dirección.

—Buenos días —respondí yo.

—Sigues aquí.

—Sí. Acabo de despertarme. —Me aclaré la garganta—. ¿Cómo te encuentras?

Hizo una mueca que proclamaba a los cuatro vientos la palabra «resaca».

—Puff. ¿Cuánto bebí anoche?

—Más de lo habitual. —Sonreí—. ¿De cuánto te acuerdas?

Se mordió el labio con expresión mortificada mientras se examinaba las puntas del pelo.

—Sé que había música. Sé que estaba contigo. Y también recuerdo un taxi.

Me reí por lo bajo.

—Lo importante.

Claire avanzó unos pasos más y se dejó caer en el reposabrazos de la butaca azul cielo que quedaba frente al sofá. Yo volví a tomar asiento y continué mirándola desde ahí, con los codos apoyados en las rodillas y el cuerpo inclinado hacia delante.

—Siento el numerito —dijo tras unos segundos en los que en el salón solo se escuchaban los sonidos procedentes de la calle.

—No te disculpes. No tiene importancia.

—¿Hice mucho el ridículo?

—No —la tranquilicé—. Estabas más mareada que otra cosa.

Hizo un gesto afirmativo y se quedó mirándome durante un largo rato, como si estuviera tratando de averiguar algo y la respuesta se encontrara escrita en mi cara. Jugeteó con los bajos de su camiseta y cogió aire.

—Gracias por quedarte. Y por venir anoche conmigo. Y... y por todo, en realidad.

—No hay de qué.

—Me sabe fatal que hayas dormido aquí. Podrías haber dormido en la habitación de mis hermanas.

—Da igual. Tu sofá es muy cómodo.

Sonrió con timidez y, tras unos segundos más de escudriñamiento visual por su parte, se puso en pie. Mis ojos no pudieron evitar repasar su cuerpo cuando estuvo parada frente a mí. Noté el aire más pesado a medida que iba siendo consciente de la manera tan intensa en la que continuaba mirándome. Recordé algunas de sus palabras de la noche anterior y unos chispazos de excitación ascendieron por mi espina dorsal.

—Voy a preparar el desayuno —anunció sin girarse a mirarme—. Es lo menos que puedo hacer.

—No protestaré.

Nos sentamos un rato después en los taburetes de la cocina para comernos el desayuno. Había calentado unos gofres caseros y había hecho café para mí y un té para ella. La tele estaba puesta de fondo, ayudándonos a camuflar la densa atmósfera que parecía flotar esa mañana a nuestro alrededor. Ella me miraba de vez en cuando de reojo, con gesto serio.

—¿Hay algo que te preocupe, Claire? —me animé a preguntarle tras un rato allí sentados.

—No. Solo estoy un poco rara por la resaca. —Desvió la mirada hacia su taza y dio unas cuantas vueltas con la cucharilla plateada—. Estamos bien, ¿verdad?

—Claro que estamos bien. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

Hubo un silencio allí dentro. Un silencio durante el que recordé su mirada cuando me preguntó si me había fijado en ella cuando nos conocimos y el sonido de su voz cuando reconoció que ella sí lo había hecho.

Sus ojos encontraron los míos y ambos sentimos el peso de una respuesta por dar.

—Ya. Tienes razón —musitó, desviando la mirada una vez más.

Se levantó de la mesa para llevar su taza al fregadero y rompimos el contacto visual. La tensión que emanaban sus hombros la envolvía por completo. Me sentí desconcertado. Mientras ordenaba un poco la encimera, mis ojos se deslizaron por la curva de su espalda que acababa en su perfecto trasero.

Sin pensarlo mucho, me puse en pie y me situé a su lado.

—¿Claire? —Coloqué la mano en su brazo, obligándola a que se girara hacia mí—. Te lo voy a volver a preguntar: ¿pasa algo?

Sentí su piel estremecerse al tiempo que sus ojos se internaban en los míos. Estábamos cerca. ¿Demasiado? Entreabrió los labios y una mueca cruzó su rostro mientras elaboraba una respuesta en su cabeza. Se retiró un poco y tragó saliva.

—No me hagas caso. Solo... No estoy acostumbrada a beber ni a tener lagunas. Y me siento mal por que tuvieras que quedarte aquí de niñera y por haberte fastidiado la noche.

Cerró los ojos y tomó una respiración profunda. Una oleada de calidez me invadió mientras ella escogía sus siguientes palabras.

—Sé que he sido una carga para ti últimamente —siguió diciendo—. Pasas mucho tiempo conmigo, y lo último que quiero es que tengas que aguantar más tonterías.

La miré con gesto ambiguo. ¿Realmente le preocupaba eso? ¿O estaba buscando una vía de escape para librarse de afrontar otro tema?

—Oye... Tú no eres una carga para mí. ¿Es que alguna vez te he hecho sentir de esa manera?

—¿Qué? No, por supuesto que no.

—¿Entonces? Pensaba que sabías lo mucho que me gusta pasar tiempo contigo.

Sonrió tímidamente.

—A mí también me gusta pasar tiempo contigo. Mucho, pero no quiero ser una molestia. Te pedí que vinieras conmigo y viniste. Me emborraché y te quedaste conmigo. Estás constantemente pendiente de mí, y yo no sé cómo devolverte todo lo que haces día tras día.

Me quedé mirándola por espacio de varios segundos y me di cuenta de que se sentía culpable por estar monopolizando mis rutinas, cuando precisamente era hablar de lo que significaba estar tan presente en la vida del otro aquello que evitábamos; más aún tras sus confesiones de la noche anterior.

—Claire, pequeña... No le des vueltas a eso, por favor. Estaré a tu lado cada vez que me necesites. No porque lo considere una obligación, sino porque es lo que me nace. Nunca te vería como una carga.

Recogimos lo que quedaba del desayuno y lo apilamos en el fregadero. Me mantuve en silencio y le sostuve la mirada mientras ella estudiaba mi expresión. Una sonrisa fugaz y sincera cruzó entonces su cara, y pareció relajarse de verdad.

—Está bien. Perdóname. Creo... Creo que necesito desconectar y un poco de relax.

Asentí con comprensión.

—Sí. Tienes razón. Me vestiré enseguida y te dejaré para que descanses.

Me miró fijamente y, aunque sus ojos reflejaron durante un segundo que no quería que me marchara todavía, no hizo nada por intentar retenerme junto a ella.

El resto del día fue extraño. Pasé toda la tarde en casa adelantando algo de trabajo y durmiendo a ratos. El alcohol no había hecho estragos en mí, pero mi cerebro estaba exhausto tras haberse pasado las últimas horas tratando de descifrar los mensajes encubiertos de Claire y luchando al mismo tiempo para no dejarse llevar por ellos.

Por la noche salí de copas con Matt y unos amigos de la facultad que también vivían en Nueva York, a los que veíamos de vez en cuando. Los chicos estaban a la suya, hablando, bebiendo y haciendo comentarios de algunas mujeres que veíamos. Matt estaba inusualmente callado, con la mirada perdida entre la espuma de la cerveza que sostenía entre sus dedos, y yo no me quitaba a Claire de la cabeza. No habíamos vuelto a hablar desde esa mañana y eso era algo raro en nosotros. Ya nos habíamos acostumbrado a mandarnos mensajes cada pocas horas si no nos veíamos a lo largo del día.

Un par de copas y muchas vueltas a la cabeza después, decidí rescatar de nuevo mi teléfono y lo desbloquéé. Me quedé mirando los iconos de la pantalla de inicio mientras me decidía por una frase neutral que me diera algo información y que al mismo tiempo no sonase inquisitiva.

<¿Estás recuperada?>, tecleé.

Dejé el móvil sobre la madera de la mesa y presté atención a la conversación que mantenían mis amigos, hasta que pocos minutos más tarde la vibración anunció la llegada de una respuesta.

<Sí. He pasado el día comiendo magdalenas y viendo películas. Mañana volveré a ser la de siempre>.

Sonreí, aliviado por encontrar en esas breves palabras el tono desenfadado que Claire solía emplear en los mensajes. Volví a teclear con mejor humor.

<Me alegro. Me gusta la Claire borracha, pero no tanto como la verdadera>.

—¿A quién escribes? —Matt, a mi lado, había girado el cuerpo para mirarme de frente. En sus ojos verdosos brillaba una chispa de curiosidad. Parecía que había dejado su estado meditabundo en el momento justo para interesarse por mi correspondencia.

—Un poco de privacidad no me vendría mal —contesté, apartando un poco el móvil para evitar que metiera más las narices en el tema Claire.

Matt alzó las cejas con expresión divertida.

—Es una tía, ¿verdad? Estás poniendo cara de gilipollas.

No le contesté. Seguí mirando de reojo la pantalla donde la aplicación me indicaba que Claire estaba escribiendo. Cuando volvió a vibrar en mis manos yo sonreí como un idiota, causando que Matt lanzase una carcajada.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? —protesté.

Sonrió en mi dirección, colocando el brazo sobre el respaldo del asiento mientras me miraba con cierto aire de superioridad.

—Necesitas follar. Lo sabes, ¿no?

—¿Yo? Tú sí que lo necesitas. Eso, y una vida de la que ocuparte para no meterte en la de los demás.

—Yo necesito muchas cosas, amigo mío —dijo con tono misterioso—, pero follar ahora mismo no es una de ellas.

Con una expresión que pretendía ser interesante, se dio media vuelta y centró de nuevo su atención en lo que estaban hablando los chicos. Supe que se refería a los asuntos de faldas que se traía entre manos. El domingo anterior en The New nos había contado que se había acostado con su jefa. La misma mujer que, con solo una palabra, podía decidir su futuro en la empresa.

Todos pusimos el grito en el cielo cuando nos enteramos, pero a Matt siempre le había gustado hacer las cosas a su manera, así que sabíamos que por el momento no nos escucharía a ninguno.

Aprovechando que Matt había dejado de estar pendiente de mí, abrí el nuevo mensaje que me había mandado Claire.

<A mí también me gusta el verdadero Neal. El que me salva de hombres pesados y me lleva a la cama>.

Me quedé de piedra al leer esas palabras, pero enseguida volví a recibir otro

mensaje.

<A la cama en brazos>.

Y otro.

<Para dormir>.

Y otro más.

<Cuando estoy borracha, quiero decir>.

Sonreí a la pantalla del móvil que brillaba con la sucesión de respuestas que iba dando Claire.

<Dios. Debe de quedar alcohol dentro de mi cerebro. Está sonando fatal>.

Lancé una carcajada por lo bajo y negué con la cabeza divertido. Solo Claire podía ser tan tierna, espontánea y metepatas en un simple mensaje.

<Tranquila, pequeña. Te he entendido>, le mandé.

Pasaron unos cuantos segundos en los que no hubo respuesta y la pantalla de móvil fue perdiendo luminosidad. Volví a unirme a la conversación que prosperaba en la mesa mientras esperaba ansioso su siguiente intervención.

El teléfono vibró sobre la mesa unos minutos más tarde.

<Creo que voy a dormir ya.>

Miré su contestación algo decepcionado. Quería seguir hablando con ella.

<Vale. Que descanses. Hablamos pronto>, respondí.

<Buenas noches, Neal>.

Los primeros días de junio pasaron a toda velocidad, entre planes, buen tiempo y una considerable reducción de la carga de trabajo en la oficina. En el caso de Claire, las cosas se complicaban de manera exponencial. Con la llegada del verano tenía muchos más eventos que organizar que derivaban en millones de reuniones y llamadas para cuadrarlo todo.

—He conocido a los fotógrafos de mi vida —me dijo una tarde que vino a tomar un helado conmigo a Brooklyn—. Nos darán cobertura en el negocio de las bodas y de las fiestas de compromiso.

Nos encontrábamos paseando tranquilamente por DUMBO, una de las zonas de moda de Brooklyn, no demasiado lejos de mi casa. Habían pasado unos días desde la fiesta y ambos habíamos decidido, de manera tácita, actuar como si no hubiera pasado nada reseñable aquella noche, aunque algo había cambiado. Había más momentos de tensión cada vez que estábamos solos y nos mirábamos a los ojos. Yo no sabía si Claire recordaba todas las palabras que se pronunciaron o si se arrepentía de haber sacado el tema, pero confiaba en que el tiempo me lo haría saber.

—Se te ve muy contenta.

Dibujó una amplia sonrisa.

—Lo estoy.

Siguió hablándome durante un rato de su trabajo. Había estudiado para dedicarse a la decoración de interiores, pero mientras iba a la Escuela de Diseño la vida le puso delante ese puesto que ahora ocupaba en una empresa de organización de eventos. Ya había terminado sus estudios, pero no se planteaba dejarlo. La hacía feliz.

—Supongo que habrá gente que piense que mi trabajo es frívolo, pero yo no lo veo así.

—No creo que sea frívolo. No hay nada frívolo en tu naturaleza.

Claire me sonrió mientras cruzábamos la entrada que nos llevaba al Parque del Puente de Brooklyn. A nuestro alrededor todo era verde y empezaba a notarse la llegada de turistas.

—Dicen que no hay que darle importancia a los detalles, pero yo creo que son los detalles los que marcan la diferencia. La vida es muy triste sin momentos especiales, y a mí me gusta formar parte de esos momentos y hacerlos más bonitos —explicó enfatizando la característica dulzura de su timbre de voz—. Me gusta la idea de participar en la celebración de un acontecimiento importante. Me gusta pensar que en unos años, cuando la gente recuerde ese día, lo haga con una sonrisa.

Iba mirándola mientras avanzábamos por el camino que iba en dirección a la zona donde estaba ubicado el Jane's Carousel, el carrusel cubierto más famoso de la ciudad. Claire, a mi lado, iba admirando los rincones de esa parte del parque mientras saboreaba su helado de pistacho.

—Sin recuerdos no somos nada —siguió diciendo—. Creo que son los detalles los que hacen bonito un recuerdo. Y son los recuerdos los que hacen bonita la vida. Cuando tienes una mala época, es un lujo poder echar mano de los momentos felices para sacar fuerzas.

La observé en silencio por espacio de unos segundos. Estaba acostumbrado a ese aire romántico que Claire imprimía en muchas de sus palabras, pero siempre sentía una oleada de calor en mis venas cuando la escuchaba hablar de esa manera.

Era una persona muy centrada en los detalles. Siempre decía que son estos los que marcan la diferencia. Le gustaba dar con la ambientación adecuada, la luz adecuada, la música adecuada. Identificaba los estados de ánimo con colores y a las personas con canciones. Para ella, Matt era *Eye of the tiger*, Christina era *Here comes the sun*, en la versión de Nina Simone, Liv era *She*, de Charles Aznavour y yo era *Ordinary World*, de Duran Duran.

—¿Por qué me miras así? —preguntó mientras avanzábamos por el parque.

—Por ti. Por lo que has dicho. Por tu manera de enfocar la importancia de algunos momentos.

Curvó sus labios hacia arriba, mirándome.

—¿Estás de acuerdo?

—Sí, aunque es la manera que tienes de decirlo lo que hace que se me remueva algo aquí dentro. —Me puse una mano en la boca del estómago.

Claire intensificó su sonrisa y echó una mirada al frente, donde ya se intuía a pocos metros el pabellón que cubría el carrusel.

—En el fondo eres tan sentimental como yo.

—Puede que sí. La verdad que no fui educado para darle importancia a los sentimientos, pero parte de mí siempre se la ha dado. En mi familia no se dicen las cosas buenas, ni tampoco se habla de amor o cariño. —Sonreí, tratando de sonar desenfadado ante un tema al que en el fondo tanta importancia le daba—. De hecho, a día de hoy creo que la única persona que me dice lo importante que soy en su vida es Matt en una noche de borrachera.

Ella se echó a reír, pero pocos segundos más tarde su gesto se oscureció al entender el trasfondo de esas palabras.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pero has tenido novias. Algunas durante largos periodos.

—Sí.

—Ellas también te dirían lo que sentían por ti —supuso.

—Claro que sí, pero esas sensaciones caducaron. En su momento sentía que teníamos algo importante, pero no noto que dejaran marca en mi vida, así que a día de hoy no cuenta demasiado como muestra de amor. No guardo grandes referencias. No estoy hablando solo de amor romántico —aclaré—. Hablo de amor en general. Del de verdad, en cualquiera de sus formas. Matt es un grano en el culo la mayor parte del tiempo, pero sé que está ahí de manera incondicional.

—¿Y no has sentido eso con tus padres?

—Sí pero no. Sé que a mis padres les importo porque... lo sé. Son mis padres, al fin y al cabo. Pero no han hecho nunca un esfuerzo por transmitírmelo de manera activa. No son de esa clase de personas.

Dejé las palabras flotando entre el viento de aquella cálida tarde de junio al tiempo que nos adentrábamos en el pabellón. Estaba lleno de gente. Dimos una vuelta de reconocimiento alrededor del carrusel y poco tiempo después nos sentamos en el banco de madera que había frente a él para que yo me abrochara los cordones de mi zapatilla izquierda.

Cuando me incorporé, Claire me estaba observando. Se había quedado pensativa tras mis comentarios.

—Matt no es el único, ¿sabes? —dijo con tono dulce—. Liv y Christina también te adoran.

—Sí. Lo sé. Yo también a ellas.

Nos quedamos mirando cómo el carrusel iba dando vueltas con gente de todas las edades disfrutando del viaje. Claire se había quedado con la cucharilla del helado y jugueteaba con ella mientras seguía mirándome de vez en cuando.

Tras unos momentos sentados allí, se giró hacia mí y sentí su mano encima de mi brazo los segundos suficientes como para que me ardiera la piel. Enseguida la retiró y yo bajé la mirada hacia la suya. En sus ojos había un pozo de ternura, pero también crepitaba en ellos un fuego desconocido.

—Neal...

—¿Sí?

—Para mí también eres muy importante, lo sabes, ¿no?

El tono en el que lo dijo causó que el aire entre nosotros se cargara de tensión una vez más, como ya iba siendo habitual en las últimas semanas. Sus ojos se oscurecieron y me miraron con intensidad.

—Eres imprescindible en mi vida. Me importas mucho, más de lo que las palabras pueden expresar, y mereces oír algo así. Siempre.

Busqué en sus ojos sintiendo sus palabras como una caricia sobre mi cuerpo. Ella, siempre tan dulce, tan preocupada por que todos nos sintiéramos en nuestro sitio y nos inundara la calidez de un hogar. Se me aceleró la respiración. El ambiente se había espesado entre nosotros.

—Tú también eres muy importante para mí, pequeña —me atreví a decir—. Yo...

ya no concibo la vida sin ti. Siempre estaré a tu lado. Eres...

—¿Tu persona favorita?

Sonreí con sorpresa.

—¿Te acuerdas de eso?

—Me acuerdo de todo.

—¿De todo?

—Sí, de todo.

Mi pecho empezó a subir y bajar precipitadamente cuando detecté la complicidad en sus pupilas. Se acordaba de todo. Se acordaba de que habíamos confesado sentir algo cuando nos conocimos; algo que había sido interrumpido por la distancia y por la aparición de alguien en su vida. Alguien que ya no estaba, que se había marchado permitiendo que yo ocupara un nuevo lugar en la vida de Claire.

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? —pregunté con cautela.

Inhaló despacio, mirándome como si quisiera enfocarme mejor y asegurarse de que era conmigo con quien estaba manteniendo esa conversación. Éramos dos amigos que se miraban por primera vez a la cara mientras a su alrededor flotaban sensaciones más allá de la amistad.

—Porque ahora soy yo la que no sabe si es una buena idea —reconoció con timidez—. Tenías razón. Somos amigos. Es muy fácil decir algo que nos vaya a hacer sentir incómodos.

—¿Entonces? ¿Lo olvidamos?

Claire se encogió de hombros. Estaba nerviosa.

—Creía que pensabas que era lo mejor.

—Yo nunca he dicho eso.

Traté de coger aire y la miré. Tenía en los ojos una expresión de anhelo que desconocía, y parecía que parte de ella estuviera concentrada solo en evaluar mis reacciones.

—¿No crees que deberíamos hablar del tema? —le pregunté.

Ella parpadeó incapaz de decir nada, como si el aire le hubiera robado las palabras.

Sentí la adrenalina disparándose por mi cuerpo, como el chute de algo muy potente reptando bajo mi piel. Casi a diario me había arrepentido de no haber dado un paso al frente el día de la fiesta cuando la oportunidad me llovió del cielo. ¿Iba a desaprovecharla de nuevo?

Claire seguía callada. Mirándome con intensidad a través de sus ojos azules mientras el mundo se detenía para nosotros. De manera inconsciente, nos fuimos acercando un poco más y el aire que nos envolvía cambió. Parecíamos hipnotizados, atrapados en la mirada del otro. Delante de nuestros ojos desfilaban las palabras de la otra noche y la complicidad que habíamos tejido durante los últimos meses.

Hice pasar un nudo denso por la garganta y sentí una chispa eléctrica que vibró en mi estómago cuando alcé lentamente la mano hasta enredarla en su pelo. Tocarla era un movimiento arriesgado, pero sentí que tenía que hacerlo.

Ella cerró los ojos, nerviosa. Me acerqué aún más. Sentía como si me llamase. Deslicé mis dedos por sus ondas castañas, sintiendo cerca de mi garganta cómo dejaba escapar su aliento en ráfagas bruscas y entrecortadas. Cuando abrió los ojos de nuevo, percibí en ellos una batalla que me desconcertó. Luchaba consigo misma y

también contra mí; como si no fuera capaz de pedirme que me detuviera ni de que siguiera adelante.

Entre nosotros había algo imposible de ignorar; una corriente de energía que estaba preparada para recorrer nuestro cuerpo. Claire desplegó la lengua para humedecerse los labios y pensé que la manera en la que sus ojos me desafiaban era una invitación hacia ese paso adelante, pero jamás llegaría a saberlo. Su móvil sonó estruendosamente dentro de su bolso en ese momento, rompiendo la conexión mágica que habíamos establecido. Me sacudí hacia atrás y observé sus ojos parpadear a toda velocidad, como si la certeza de lo que podría haber ocurrido hubiera desbordado de pronto su cerebro.

Se pasó la mano por el pelo con inquietud y sacó el teléfono para atender la llamada. Las manos le temblaban.

—¿Ju-Julianne?

Tomé aire, aturdido. Joder. ¿Cómo había pasado?

Decidí levantarme para dar una vuelta alrededor del carrusel para dejarle algo de privacidad y meditar sobre lo que casi había ocurrido. Me di cuenta de que el corazón me latía de manera exagerada y que mi entrepierna había cobrado vida en los pantalones.

Pasé varios minutos estrujándome la cabeza mientras ella hablaba con su hermana. ¿Y ahora qué? Habíamos estado demasiado cerca de atravesar la línea como para poder fingir que no había pasado. Esta vez no había lugar a dudas.

Cuando por fin volvió junto a mí minutos más tarde, sus ojos habían perdido el brillo y lucían de un azul opaco. Se encogió de hombros en un falso gesto de disculpa. En su expresión se leían sus ganas de escapar. Se la notaba confundida.

—Eran mis hermanas. Vienen a cenar esta noche con mi padre y Sue y quieren que los acompañe. Debería ir a casa a cambiarme. —Su voz sonaba distante e inquieta al mismo tiempo.

Ladeé la cabeza al mirarla y me encontré con una muralla que hacía minutos no estaba, pero que ahora me forzaba a mantenerme alejado de ella. Habíamos estado a punto de ir demasiado lejos y yo no era el único que albergaba dudas de que hacerlo fuera una buena idea.

Mis ojos escrutaron su rostro al tiempo que mi mente recopilaba la sucesión de acontecimientos que habían tenido lugar las últimas semanas y que nos situaban en un plano distinto. Cuando me quise dar cuenta, la mirada de Claire había cambiado. El espacio entre los dos se había acortado y en cada suspiro se ocultaban todas las palabras que habíamos decidido guardar.

—Claire... Yo... Creo que tenemos que hablar. No sé cómo...

—Neal... No —me cortó con un tono de voz férreo, como si hubiera adivinado mis intenciones y hubiera decidido ahogar mis intentos.

—¿Cómo que Neal no?

—Que sé hacia dónde estás yendo y no creo que sea una buena idea.

Sentí que se me cerraba la garganta pero no me eché atrás. Traté de sonreír para infundirle confianza.

—Las cosas se hablan, pequeña. No se les da la espalda.

—Hazme caso, por favor.

—¿Qué es exactamente lo que te preocupa? No voy a obligarte a hacer nada. Solo quiero que hablemos.

Negó con decisión y sus ojos se oscurecieron.

—No quiero que cambie nada ni que nos sintamos incómodos.

—No vamos a sentirnos incómodos, pero no le veo sentido a hacer como que nada pasa cuando hemos estado a punto de...

—No, no lo digas.

—¿Quieres fingir que, sea lo que sea lo que acaba de pasar, no ha pasado?

Asintió varias veces, aún sin mirarme. Estaba decidida a ignorar el tema.

—Sí. Créeme, es lo mejor.

—¿Lo mejor?

Dejó escapar el aire.

—Estamos... Simplemente estamos... Pasamos mucho tiempo juntos. Es normal.

—¿El qué es normal? —la pinché.

Sus ojos se entornaron hasta formar una fina franja color azul, indicándome que había captado en mi voz el desafío.

—Que a veces tengamos momentos... extraños. Dentro de unos meses estaremos acostumbrados y nos reiremos de esto. Ya lo verás.

La sequedad que detecté en su voz me sentó como una patada en el estómago.

—¿Esa es tu postura? ¿Hacer como si nada?

—La primera vez que salió el tema tú también decidiste hacer como si nada, ¿recuerdas? Debí haberte hecho caso.

—La primera vez que salió el tema no era el momento de hablarlo, Claire. Era un giro demasiado brusco de los acontecimientos. Habías bebido y era... peligroso.

—Por favor, no le des más vueltas —me pidió con tono serio—. Es una pequeña fase, seguro. En unas semanas lo habremos olvidado. Estamos muy bien juntos. Por favor, no lo estropeemos.

La estudié con los ojos entrecerrados. Ella había iniciado todo esto. Había admitido sentir algo. Lo recordaba perfectamente. La tensión que se había creado entre nosotros era cosa de dos; estaba seguro. ¿Por qué ahora le daba la espalda? ¿De qué tenía miedo?

—Prométemelo, Neal —dijo tras minutos de silencio.

Respiré profundamente al tiempo que me agarraba la cabeza con las manos. Sus ojos lucían agobiados de verdad, pero eso no impidió que un huracán de decepción hiciera un agujero en lo alto de mi pecho. Me jodió no tener la oportunidad de hablar como dos adultos del tema, pero en ese momento no tenía fuerzas para insistir. Estaba demasiado confundido por todo.

—Está bien —dije sin conseguir ocultar por completo la desidia de mi tono de voz—. No lo estropearemos.

Aunque en sus ojos vi brillar una chispa de decepción, seguidamente cuadró los hombros e hizo un gesto rotundo de afirmación con la cabeza.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Y así, con una simple mirada y muchas palabras reprimidas, irremediabilmente

todo cambió.

Caminé con ella hasta la parada de High Street, sin apenas tocarnos e intercambiando muy pocas palabras. La atmósfera que compartíamos era la hostia de confusa, pero demasiado caos sentía yo dentro de mi cabeza como para intentar deshacerla. Claire apenas me miraba y yo sabía que lo mejor era no forzar las cosas.

Le dije adiós con un pequeño gesto de la mano antes de que entrara en la estación y quedamos en hablar al día siguiente.

Me quedé allí parado mientras desaparecía dentro de la parada y después volví andando hasta mi casa.

Esa fue la primera vez en muchos meses que no me atreví a mandarle un mensaje de buenas noches, y la primera que estuve casi veinticuatro horas sin saber nada de ella.

¿Distantes?

De acuerdo. No íbamos a estropearlo. Éramos amigos. Esa era la premisa. Pero con el paso de los días me di cuenta de que era más fácil decirlo que volver a movernos por terreno seguro. Daba igual el esfuerzo que pusiera en fingir que nada había cambiado, porque lo había hecho. Era una realidad.

Conocía a Claire. Su manera de ponerse a la defensiva denotaba lo vulnerable que se sentía. Se estaba protegiendo. Puede que en su interior incluso pensara que estaba protegiéndonos a los dos, pero aun así me dolió tener que tragar cosas que podían suponer un avance.

Los días siguientes, Claire puso todo su empeño en que las cosas volvieran cuanto antes a la normalidad. En cierta forma tengo que valorarle que lo hiciera, puesto que si por mí hubiera sido probablemente nuestro trato se habría enfriado de manera notable. Cuando estábamos juntos, fingía no darse cuenta de que estaba más callado de lo habitual y yo trataba de no mirarla a los ojos durante demasiado tiempo por miedo a quedarme atrapado en ellos.

Ella charlaba animada, intentando hacerme reír mientras nos contábamos cosas que buscaban invocar un ambiente amistoso. Pero yo sentía más. A raíz de todo aquello había decidido mirar directamente en mi interior por primera vez en años. Debía abrazar la realidad que encontrase ahí dentro y no cubrirla con ese velo que no me permitía ver más allá. Probablemente siempre había sentido algo fuerte por ella. Se me había metido bajo la piel desde el principio. Y ahora que sabía que por su parte también había algo quería acortar distancias. Quería decirle que la tenía tan dentro que podía tocarla cuando no estaba cerca. Que sentía una especie de necesidad o anhelo que jamás había experimentado y que se mezclaba con la fascinación que me despertaba a otros niveles. No podía sacarla de mi cabeza y, por primera vez desde que la conocí años atrás, ni siquiera quería hacerlo. Por eso me dolía su actitud. Por eso no pude evitar separarme un poco, aunque parte de mí se arrugara cada vez que imponía distancia.

La consecuencia de aquel cúmulo de sensaciones fue que mi estado de ánimo malhumorado atrajo la atención de la segunda persona que sentía más cerca de mí.

—Vale. Ya está. ¿Vas a decirme qué coño te pasa?

Era viernes y Matt y yo habíamos bajado a tomar una cerveza después de cenar algo. Ninguno de los dos teníamos planes. Yo porque últimamente mi plan de los viernes era Claire, y ese día concreto había decidido pasar de su propuesta de ver una película en su casa y él porque estaba escondiéndose de su jefa y no quería pisar Manhattan; su *affaire* clandestino había continuado y Matt estaba preocupado por la fijación que ella estaba desarrollando por él. Todos le habíamos recomendado que pusiera fin antes de que la cosa se le fuera de las manos, pero por el momento seguía sin escucharnos.

El ambiente en aquel local de moda donde estábamos era bastante bullicioso, pero la música era buena y la bebida barata. Solíamos frecuentarlo bastante.

Matt estaba sentado frente a mí en la mesa del fondo en la que nos habíamos situado. Llevaba un rato tratando de darme conversación, pero yo no era buena

compañía esa noche.

—¿Qué me pasa de qué?

—Estás muy raro —dijo en un tono serio poco habitual en él—. Y estoy empezando a preocuparme. Sabes que estoy aquí si necesitas hablar de lo que sea, ¿verdad? Aunque solo quieras desahogarte.

Di un trago a la segunda cerveza de importación que había pedido e hice pasar el frío líquido por mi garganta arrastrando al mismo tiempo un puñado de palabras cargadas de cinismo.

—¿Desde cuándo te has vuelto un tío sensible y te apetece hablar de sentimientos? —pregunté con desdén.

Mi amigo entrecerró los ojos ofendido.

—Desde que algo huele a podrido dentro de tus pantalones, cabrón.

Le miré de reojo. Bufé y bebí más cerveza. Prefería no revolver el tema. Demasiado tenía con aguantarme a mí mismo como para soportar una posible actitud burlona por su parte.

—Dejémoslo estar —le pedí, desplazando la mirada a mi vaso para no tener que enfrentarme a la suya.

—No. ¿Y sabes por qué no? —Se esperó a que volviera a mirarle y, una vez lo hice, anunció—: Porque esta tarde he estado con Claire.

Noté como si el alcohol me trepara de nuevo por la faringe.

—¿Qué?

Matt compuso una fina línea con los labios y pude detectar un brillo malicioso en sus ojos verdosos.

—Sí, he estado con Claire, y hemos tenido una charla muy interesante...

—¿Qué es lo habéis hablado, exactamente?

—Ah...

Sentí una oleada de furia inexplicable tomar control de mi tono de voz ante su condescendencia. Si Claire había hablado con Matt... Mierda. No podía pensar siquiera en las consecuencias.

—¿Qué cojones le has dicho, joder? ¿Qué te ha dicho ella?

—No sé. Dímelo tú...

Me di cuenta, por cómo cruzó los brazos y se echó para atrás en el asiento, de que Matt estaba poniéndome a prueba. El muy capullo. Estaba buscando extraer de mí alguna reacción cuando lo más probable era que no contara con ningún tipo de información extra.

—¿Sabes qué? —le dije, aparentemente más calmado—. No voy a picar. No puede haberte dicho nada porque no hay nada que contar.

Sonrió triunfante.

—Y ese es precisamente el problema, ¿no?

Lo fulminé con la mirada y chasquéé la lengua al tiempo que dejaba el vaso sobre la mesa. El ruido del cristal chocando con la madera se escuchó por encima de la música que flotaba en el ambiente.

—Matt, te lo diré por última vez. Esto no es asunto tuyo. Puede que te creas con derecho a opinar sobre todo cuanto pasa en nuestras vidas, pero métete la nariz en el culo y déjame en paz. Y no hables tampoco con Claire sobre el tema. No lo

estropeemos más, joder. ¿No te das cuenta de que esto no es un juego?

Mi voz sonó tan contundente que los ojos de Matt se abrieron y cerraron repetidamente en el espacio de varios segundos. Cambió de postura en la silla y comenzó a analizarme concienzudamente: mi lenguaje no verbal, lo vacíos que lucían mis ojos, la irritación que había detectado en mi voz... Algo no le estaba cuadrando.

Finalmente, se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Dime la verdad, ¿estás jodido? —Se me quedó mirando fijamente y, como no contesté de entrada, tardó poco en añadir—: ¿Sabes qué? No hace falta que contestes. Sé que lo estás. Te conozco. Sé que no quieres hablar del tema y eso, pero estoy empezando a preocuparme, tío.

Solté el aire, cabreado conmigo mismo por toda esa situación. Matt sonaba sincero. Era obvio que estaba hecho una mierda y él era mi mejor amigo. A pesar de lo molesto que podía resultar a veces, en el fondo sabía que jamás se tomaría un tema como aquel a la ligera. Me froté las palmas de las manos contra las rodillas y lo miré.

—¿Qué te ha contado?

—¿La verdad? —Hizo una pausa para que asintiera—. Nada. No me ha dicho nada, pero por cómo ha reaccionado... Sé que está pasando algo.

Asentí con seriedad.

—Está bien, cuéntame cómo ha sido.

Hizo un gesto afirmativo y transformó su postura en una más conciliadora.

—Llevas unos días raro —explicó—. Pasas más tiempo en casa, te estás yendo a dormir muy pronto, hablas menos... También me fijé en que el domingo, cuando estábamos todos, apenas hablaste con Claire, cuando últimamente parecía que hablarais un idioma secreto. Sumé dos y dos y me dije que había algo que me estaba perdiendo. Así que hoy por la mañana le he mandado un mensaje y le he dicho de comer juntos. Después de ponernos al día, le he preguntado por ti.

—¿Qué le has dicho exactamente?

—Que te veía raro estos días. Que estabas de mal humor y que no sabía si estabas teniendo problemas en el trabajo.

—¿Y qué te ha dicho ella?

—Al principio nada. Se ha quedado callada y un poco seria.

—¿Entonces?

—Le he preguntado abiertamente si ella tenía alguna idea de qué podía pasarte. Ahí ha sido cuando se ha delatado. Se ha puesto nerviosa, ha empezado a decir cosas sin sentido y ha intentado cambiar de tema. No es típico de Claire. Claire...

—Claire se preocupa cuando alguno de nosotros está pasando por un mal momento. No se hace la loca.

—Exacto. Eso me ha llevado a pensar que A, tienes problemas en el trabajo y no quieres que yo me entere, lo cual sería estúpido, o B, ha pasado algo entre Claire y tú y no queréis que el resto estemos al tanto. Así que, dime, amigo, ¿qué será?

Dejé escapar un suspiro exhausto, llevando mi mano hasta la nuca. Perdí mi mirada en un grupo de chicas que pasaba por nuestro lado en ese momento y que nos miraba a su vez entre risitas cómplices. Aparté de inmediato la mirada, ignorándolas. Fruncí el ceño para mí pensando que unos meses atrás habría reaccionado de otra

manera totalmente distinta. No es que fuera un casanova, pero me gustaban las mujeres. Me gustaba conocer chicas distintas. Pero ahora mismo solo había sitio para una en mi cabeza.

—No ha pasado nada entre Claire y yo —reconocí mirando a mi amigo de nuevo.

—No vas a escaparte por un tecnicismo. Puede que no hayáis ido demasiado lejos, pero tampoco estáis en el mismo punto que estabais hace unos meses. Eso lo tengo claro desde hace tiempo.

Desplacé la mirada de la mesa a sus ojos de nuevo y pestañee varias veces mientras decidía cómo seguir con la conversación.

—¿Lo has hablado con las chicas?

—No. No lo he hablado con nadie, y si tú no quieres que lo haga no lo haré, pero antes de que caiga en la tentación de especular en compañía necesito que me des algo.

—Es complicado.

—Seguro que sí.

—Somos amigos.

Matt se humedeció el labio inferior al tiempo que pasaba una mano nerviosa por su mata de pelo castaño antes de coger aire.

—¿Te gusta Claire, Neal? —preguntó de sopetón—. ¿Te gusta... como mujer?

Me quedé en silencio, mirándolo abstraído. ¿Me gustaba Claire? Mucho me temía que mis sentimientos no tenían una explicación tan sencilla. Cerré los ojos unos pocos segundos mientras mi cerebro elaboraba una respuesta adecuada.

—Joder —prorrumpió interpretando correctamente mi silencio—. ¿Desde cuándo?

—Eso no importa.

—¿Ella lo sabe?

—Lo sospecha.

—¿Y qué siente ella?

Suspiré.

—No lo sé. Está cerrada en banda a hablar del tema.

Matt se retiró un poco en su asiento, sin desviar su atención de mi rostro. Hizo girar su vaso entre las manos, provocando que el líquido bailase contra el vidrio. Podía escuchar su cabeza dando vueltas desde donde estaba sentado.

—Puede que sea lo mejor —dijo al cabo de un rato.

—¿Qué quieres decir?

Volvió a inclinarse hacia delante.

—Tío... Es Claire. Claire acaba de salir de una relación de cinco años con un imbécil que posiblemente la engañaba. Va a necesitar tiempo hasta que vuelva a confiar en alguien.

—Lo sé. No he dicho que quiera estar con ella.

—¿Y qué es lo que quieres entonces?

—A estas alturas ni siquiera lo sé.

Matt se rascó la mandíbula, incómodo, y a continuación dio un largo sorbo a la bebida. Se dio la vuelta para hacer una seña al camarero para que nos trajera dos cervezas más y se giró hacia mí de nuevo con decisión.

—Mira, te voy a hablar claro. Eres como un hermano para mí. Te deseo lo mejor

de este mundo. Te lo juro. Pero Claire... Claire no es para ti. Por lo menos ahora no lo es. Creo que solo estás confundido porque pasáis mucho tiempo juntos últimamente. Ella está sensible, tú has hecho de salvador... Estás hecho un lío.

Lo miré con reserva. Sabía que no era eso. Lo que sentía por Claire iba más allá de lo unidos que estábamos desde hacía unos meses. Era alguien a quien siempre había admirado por como era. Dulce, cariñosa, fuerte, independiente; alguien que se preocupaba sinceramente por los demás. Alguien increíble.

Mirando a la cara de mi amigo vi de dónde nacían sus reticencias. Un posible cambio en la relación entre Claire y yo era como echar a andar sobre un campo de minas. No solo porque uno de nosotros estuviera en un punto delicado para hacer funcionar una nueva historia, sino porque ante todo éramos grandes amigos.

Quizá lo más sensato era dejar algo de tiempo para que las aguas volvieran a su cauce. Quizá, por mucho que me pesase, avanzar a trompicones hacia Claire no era una buena idea. Quizá había demasiado en juego.

—Tal vez tengas razón —admití.

Matt exhaló con fuerza.

—Si ella hubiera manifestado sentirse como tú sería otra historia. Pero si está cerrada con el tema, debo sugerirte que no insistas. Claire es... Es familia. Es demasiado arriesgado.

Asentí un par de veces, clavando mis ojos en las gotas de condensación que se habían formado en los vasos que acababan de dejar sobre nuestra mesa.

—Lo siento, Neal.

—No. No te preocupes. Tampoco es para tanto —mentí.

Matt tragó saliva.

—Haz tu vida. Sepárate un poco de ella. Invita a alguien a salir y en unas semanas lo verás todo de otra manera.

—No he conocido a nadie interesante últimamente —dije—. Tal vez sea eso.

Mi amigo sonrió, volviendo a su expresión habitual.

—¡Claro! Seguro que sí. La falta de sexo confunde a cualquiera.

Me obligué a sonreír yo también.

—Bueno, tampoco hace tanto de la última vez...

—Bah, tú vuelve a poner los ojos en el mercado y dentro de poco empezarás a sentirte mejor. Ya verás.

La conversación que mantuve con Matt caló en mi cabeza de manera casi inmediata. Tenía que seguir adelante. Los últimos meses había estado demasiado centrado en Claire y tal vez ese era un lujo que no me podía permitir. Cada minuto que pasaba con ella su esencia me intoxicaba más y más y me angustiaba pensar que estaba llegando a un punto de no retorno. Tantos años escondiendo mis sentimientos en los rincones más profundos de mi mente y ahora todos mis esfuerzos por ignorar la sacudida que me daba el estómago nada más verla estaban amenazados. Su presencia iba deshaciendo las capas que me inoculaban contra su risa.

Matt tenía razón. Claire no era una apuesta segura en ningún sentido. Arriesgarme con ella entrañaba riesgos en demasiadas áreas de mi vida. Tenía que metérmelo en la cabeza, aunque fuera difícil porque seguía estando demasiado cerca.

El lunes volví al trabajo con normalidad. Empecé el día como siempre: reunión de apertura de semana con la gente del departamento, repaso de tareas, fechas límites y cierre del calendario para el fin del semestre.

A mitad de mañana me llamaron de la central para decirme que había habido un problema con uno de los ordenadores del departamento financiero. El tema parecía serio porque afectaba al funcionamiento general de la plantilla, así que dejé a medias lo que estaba haciendo y bajé a la planta de abajo.

Allí me presentaron a una tal Vanessa, la propietaria del ordenador que había estado dando problemas. Pasé buena parte de la mañana ayudándola a extraer la información más relevante e hice un par de intentos para ponerle un parche que le permitiera funcionar de manera temporal.

Cuando hube terminado, le di un par de indicaciones sobre algunos cambios que había hecho y le expliqué dónde había estado el fallo.

—Ahora mismo eres mi héroe —dijo con una sonrisa que lograba camuflar la tensión.

Me reí.

—Espero que no te dé muchos problemas.

Ella volvió a dedicarme una sonrisa cálida y tomó de nuevo asiento en la silla que me había cedido. Me despedí de la gente del departamento y crucé el pasillo camino del ascensor.

De nuevo en mi lugar de trabajo reanudé mis tareas del día y más tarde salí a comer algo con un par de compañeros de mi departamento.

Apenas media hora después de haberme sentado en mi sitio dispuesto a aprovechar la tarde, mi extensión volvió a sonar en mi mesa. Me estiré sobre el teclado y lo cogí.

—¿Sí?

—Neal, soy Vanessa, de financiero —dijo con su voz melódica—. Siento molestarte de nuevo, pero sigue sin funcionar bien.

Eché un vistazo al *software* en el que estaba trabajando en esos momentos y pulsé la opción de guardar cambios.

—No te preocupes. Enseguida voy.

En menos de diez minutos estaba de nuevo en el departamento peleándome con el ordenador de Vanessa. Ella volvió a cederme su asiento y cogió una silla auxiliar que situó a mi lado. Mientras yo trabajaba, ella fue adelantando números con una vieja calculadora. Había música sonando de fondo. Reconocí algunas de las canciones de Lifehouse, un grupo que había descubierto hacía poco y que había empezado a escuchar. Vanessa, de cuando en cuando, iba haciendo comentarios y poco a poco establecimos una conversación. Era una chica simpática y con bastante sentido del humor. También era guapa. Tenía unos ojos grises preciosos que contrastaban con su tez morena y una sonrisa radiante que además dejaba ver a menudo.

Fue un rato de trabajo un tanto frustrante por los problemas que daba el ordenador, pero al mismo tiempo se me hizo ameno por haber estado hablando con ella.

—Si sigue dándote problemas tendré que actualizarlo todo e instalar el nuevo paquete.

Vanessa curvó los labios hacia arriba, como si dentro de su sonrisa se escondiera algún secreto.

—Siempre que seas tú quien venga a arreglarlo, me parecerá bien.

Sonreí para mí, agachando un poco la cabeza. Eso era flirtear, ¿verdad? Vanessa, además de guapa y divertida, también era directa. Me gustó que lo fuera. Siempre he pensado que hay algo llamativo en una mujer segura de sí misma. Eso era lo que necesitaba, ¿no? Alguien que supiera lo que quería y que no tuviera miedo de ir a por ello.

Iba a contestar a su comentario diciendo algo igualmente sugerente, pero en ese momento uno de los compañeros de departamento de Vanessa llamó su atención gritando su nombre y ella se marchó a atender el reclamo después de dirigirme un gesto de disculpa.

Al día siguiente la volví a ver. ¿Os ha pasado alguna vez que escucháis por primera vez hablar de algo y de repente está en todas partes? Situación *baader-meinhof*, se llama. Pues eso parecía haberme pasado con Vanessa. Esa mañana me la había cruzado a lo lejos un par de veces y justo a la hora de la salida volvía a encontrármela apoyada en la fachada del edificio donde trabajábamos. Sola, consultando su móvil y con un cigarrillo entre los dedos.

En ese momento la vocecilla insolente de Matt sonó en mi cabeza. «Vuelve a poner los ojos en el mercado y dentro de poco empezarás a sentirte mejor».

Con paso decidido, avancé unos metros hasta situarme junto a ella.

—Hola —dijo sorprendida de encontrarme.

—Hola. ¿Qué tal?

Tiró el humo lentamente mientras me estudiaba con sus intensos ojos grises. Una sonrisa adornada por una bonita dentadura blanca fue desplegándose lentamente en su rostro.

—Bien. Muy bien. —Volvió a llevarse el cigarrillo a los labios sin dejar de estudiarme.

—No sabía que fumabas.

—Desde los dieciséis. Es horrible. —Puso los ojos en blanco—. Pero lo estoy dejando. Esta vez de verdad. Estoy yendo a una especie de terapia de grupo.

—¿Y funciona?

—Sí, eso creo. —Volvió a soltar el humo y echó una miradita al cigarro que se iba consumiendo entre sus dedos—. Ahora solo se me permiten cinco al día.

—¿Estás cumpliéndolo?

—Hasta ahora sí.

Nos quedamos mirándonos. Ambos sonreíamos y ni siquiera tenía muy claro el porqué. En realidad no sabíamos nada el uno del otro, pero parecía que había una pequeña chispa entre nosotros. Hacía tiempo que nadie despertaba mi interés de una manera tan casual. Vanessa era una chica bonita con la que parecía fácil sonreír.

Mi móvil vibró de pronto en el bolsillo de mi pantalón y recordé que había quedado con Matt y Liv para picar algo después del trabajo. Llegaba tarde.

—Espero que lo consigas —dije sonriendo mientras recuperaba mi teléfono. Eché un vistazo a las notificaciones. Mis amigos me iban a matar. Miré a Vanessa con

gesto de disculpa y dije—: Tengo que irme ya. Llego tarde a un sitio y aún tengo que coger el metro. Ya nos veremos.

—Sí, Neal. Seguro que nos veremos. —Dio una nueva calada y pude sentir su mirada sobre mi cuerpo cuando empecé a andar por la avenida.

El resto de la semana se desarrolló sin imprevistos. Con Claire las cosas marchaban más o menos como siempre. No nos habíamos visto desde el domingo en The New, pero habíamos estado enviándonos mensajes para ver qué tal nos iba, como de costumbre.

<¿Vamos al cine el jueves?>, me mandó el martes por la noche.

Tardé bastante en contestar. ¿Quería ver a Claire? Sí. ¿Me apetecía ir al cine con ella? Sí. ¿Era buena idea seguir haciendo planes de dos a espaldas del resto de nuestros amigos? No lo tenía tan claro. Pero tampoco estaba preparado para dejar que nuestra relación se enfriara. Y menos ahora que empezaba a asumir que nunca iríamos a más. Así que, en un intento de retomar la normalidad de nuestra amistad, acepté.

La semana siguió pasando. El jueves, horas antes de mi encuentro con Claire, mientras intentaba sacar adelante una pila de trabajo pendiente, volvieron a llamarme desde la central para que fuera a arreglar de manera definitiva el problema informático que amenazaba la tranquilidad y buen funcionamiento del departamento financiero.

Cuando llegué allí, encontré a una atolondrada Vanessa mirando con cara de exasperación el color negro del monitor de su ordenador.

Levantó la cabeza justo cuando llegaba junto a ella y me dedicó una de sus amables sonrisas.

—Otra vez tú —le dije.

—Sí. Parece cosa del destino.

—A ver si esta vez es la definitiva.

Ella frunció el ceño, divertida.

—¿Tan pronto te has cansado de mí? —preguntó acercando la silla auxiliar donde solía sentarse mientras yo trabajaba.

—Por supuesto que no —contesté tomando asiento—. Además, aquí tenéis buena música.

Se volvió hacia mí con una mueca risueña dibujada en su rostro.

—¿Te gusta R.E.M.?

—Claro. —La miré—. ¿Por qué? ¿Lo has elegido tú?

—Sí. Es mi cuenta de Spotify .

—Pues es uno de mis grupos favoritos.

—¿Sí? También el mío. —Sonrió con coquetería—. ¿Todavía no crees que esto sea el destino?

Me eché a reír, mirándola de reojo mientras recibía su sutil flirteo.

Vanessa y yo seguimos charlando distendidamente mientras arreglaba su ordenador. Estuve bastante rato, porque había decidido actualizarlo todo y volver a instalar los programas que le habían dado problemas. Algunos compañeros pasaban por la mesa donde estábamos y nos miraban sin mucho disimulo cuando nosotros

reíamos con bastante confianza.

Seguí trabajando en el ordenador de Vanessa hasta que un par de horas después todo pareció haberse solucionado.

—Vale. Pues ya está —anuncié.

—Genial. Aunque ahora no tendré ninguna excusa para llamarte —dijo haciendo un falso puchero.

Sonreí con educación.

—Nunca se sabe. En esta zona todavía hay cinco ordenadores más que aún no han actualizado el *software*.

Me puse de pie para dirigirme de nuevo al ascensor y Vanessa me indicó con señas que caminaba conmigo hasta allí. Siguió hablando en tono cómplice:

—¿Seguro que quieres dejar nuestro próximo encuentro al azar? Te recuerdo que aquí tenemos música.

—Tienes razón. Es el departamento más divertido de toda la empresa.

—Tendremos que buscar nuevas excusas para que vengas de visita.

—Eso parece.

Se mordió el labio, mostrando durante una milésima de segundo una pizca de indecisión que se evaporó al instante.

—Aunque, bueno... También podríamos vernos fuera. Salir a cenar, por ejemplo.

Reduje la velocidad de mis pasos, sorprendido. Tragué saliva y la miré.

—¿A cenar? ¿Como...?

—Como en una cita, sí. Mucho más sofisticado que hablar junto a la pantalla de un ordenador, ¿no te parece?

Hizo una pequeña pausa para dejarme contestar justo cuando nos parábamos junto a la máquina de café que había al lado de los ascensores.

—Pues... —guardé silencio, confundido.

Mi cerebro no conseguía dar con las palabras adecuadas para transmitirle que, aunque me apetecía, no tenía claro si sería buena idea. La expresión de Vanessa se tiñó de vergüenza cuando vio lo descolocado que estaba.

—Mierda. La he cagado, ¿verdad? —dijo atropelladamente—. Sí. La he cagado. He malinterpretado todo. Creía que...

—No, no es eso. No has malinterpretado nada.

—Oh, Dios —dijo cerrando los ojos—. Tienes novia.

—No, no tengo novia. Tengo... Es complicado.

Parpadeó varias veces con las pestañas exaltadas y volvió a mirarme a los ojos.

—Pero... ¿estás soltero?

—Sí, sí. Pero tengo... esto... algunos asuntos pendientes.

—Entiendo.

Puse una expresión de disculpa.

—Lo siento, Vanessa.

Ella tomó aire, despacio, y no dejó de mirarme mientras reflexionaba sobre algo. Pasó varios segundos mirándome con los ojos entrecerrados, hasta que al fin preguntó:

—Si no tuvieras ese «algo complicado» —dibujó las comillas con los dedos—, ¿te apetecería que nos viéramos fuera?

—Claro —contesté sin pensarlo.

Si esto hubiera pasado hace unos meses, ya habría fijado hora y lugar del encuentro. Mi negativa inconsciente a dar carpetazo por completo al tema de Claire me estaba impidiendo actuar como de costumbre, como si parte de mí aún siguiera agarrada a esas palabras que había susurrado tras unas copas de más en una sala de fiesta. O a esa mirada ardiente que me había dedicado en el carrusel antes de respirar muy cerca de mí.

Vanessa seguía frente a mí, mirándome a los ojos.

—Pues por qué no... ¿Por qué no te lo piensas? No hace falta que lo pienses ahora. Consúltalo con la almohada y si en algún momento te apetece... Ya sabes dónde estoy.

La miré fijamente y asentí.

—Eso haré.

—Bien. Ahora, si me disculpas, tengo que volver a mi mesa.

Se dio media vuelta y se marchó caminando con gracia hacia su mesa, sin mirar atrás.

Cuando salí por la tarde, me subí al metro y me dirigí a la zona de East Village, donde vivía Claire. Quedé con ella en la puerta del cine y apenas nos dio tiempo a saludarnos brevemente, comprar las entradas y coger palomitas. De mantequilla, como le gustaban a ella.

La película no nos entusiasmó a ninguno de los dos. Era una de esas que el tráiler te promete una intensa trama policiaca pero que acaba siendo una sucesión de escenas sin sentido con grandes efectos especiales.

De ahí fuimos a cenar a un sitio de comida india. Mientras estudiábamos la carta, notaba que Claire me miraba con sus enormes ojos azules. La pillé varias veces observándome y retirando la mirada cuando veía que la había pillado. Yo estaba algo distraído dando vueltas al tema de Vanessa y a la negativa que le había dado.

—Estás muy callado.

—¿Sí? Perdona. No me he dado cuenta.

—¿Ha pasado algo en la oficina?

—No. —Negué con la cabeza—. Nada nuevo.

No era consciente de estar más callado de lo habitual, pero era cierto que estaba distante. Al fin y al cabo, estaba cenando con ella cuando hacía solo unas horas otra chica me había pedido una cita a la que me había sentido tentado de decir que sí.

El camarero, un chico joven de procedencia india que sonreía con amabilidad, apareció en ese momento dispuesto a apuntar en una vieja libreta lo que íbamos a pedir. Nos hizo un par de recomendaciones para los entrantes y después se alejó despacio, caminando elegantemente entre el resto de mesas que estaban ocupadas.

Claire empezó a hablar de su trabajo mientras esperábamos a que nos trajeran la comida. Esa noche llevaba una blusa sin mangas con lunares que le quedaba especialmente bien. Como cada verano, su piel tomaba algo de color. Perdía un poco ese aire de muñeca de porcelana pero seguía estando preciosa. Mirándola mientras nos iban trayendo los platos para compartir, me di cuenta de hasta qué punto estaba encaprichado con ella. ¿Cómo había conseguido reprimirlo durante tantos años?

Jamás lo sabré. Lo que sí sabía era que nunca reharía mi vida si pensaba que había una mínima posibilidad con Claire.

Si ella de verdad quería que solo fuéramos amigos tendría que ser clara al respecto para que yo por fin abriera los ojos. Sabía que no podía confrontar el tema directamente porque eso la haría huir muy lejos, así que se me ocurrió otra cosa.

—Quería comentarte algo —le dije mientras removía el *biryani* de cordero que habíamos pedido.

—¿Vas a contarme la razón por la que estás hoy tan raro?

—No. O sí. No sé.

Me miró con aire conciliador.

—Dispara.

—Puede que tenga una cita .

Sus ojos se abrieron, escrutándome intensamente.

—¿Una cita?

—Una cita —corroboré.

—¿Con una... con una chica?

—Sí.

—Oh.

Se quedó en silencio y clavó su mirada en su plato. Empezó a dar vueltas con el tenedor mientras sus ojos permanecían ocultos de los míos. Pasaron varios segundos en los que mi cabeza se perdió por la música india que sonaba de fondo en el local. No quería ser el siguiente en hablar porque, ¿qué podía decir? Ella parecía descolocada de repente pero estaba luchando con todas sus fuerzas por evitar reflejarlo.

—¿Por qué... por qué dices que puede que vayas a tenerla? —dijo por fin—. Quiero decir... ¿no es seguro?

Me rasqué el antebrazo, dirigiendo la vista fugazmente a la colorida decoración que vestía el establecimiento. Volví a mirarla a ella.

—Una chica me ha invitado a salir, pero aún no le he dado una respuesta.

—¿Ella a ti?

—Sí.

—¿Quién es?

—Una chica del trabajo. Se llama Vanessa.

Arrugó la nariz, tratando de ubicarla.

—¿Vanessa? No me suena. ¿Me has hablado alguna vez de ella?

—No. No la conocía hasta esta semana.

—Vaya. Pues qué rápido ha pasado todo...

Ignoré el matiz avinagrado que había impreso en aquella observación y volví a cargar mi tenedor antes de llevármelo a la boca.

—Sí... Hemos pasado bastante tiempo juntos esta semana. Por trabajo, quiero decir.

—Claro...

—Pero aún no le he dicho que sí.

Los minutos que siguieron ninguno de los dos hablamos. Yo porque estaba demasiado ocupado evaluando su reacción y ella... Ella porque estaba poniendo todo

su empeño en no mostrar emoción alguna.

Sé que Claire conocía el objetivo que yo perseguía hablándole de Vanessa. Lo sabía porque en ningún momento se atrevió a preguntarme de dónde surgían mis reticencias hacia esa cita, que hubiera sido la pregunta más lógica en una situación en la que un amigo hace algo parecido a pedirte consejo. Y si no lo había hecho era porque temía volver a entrar en terreno peligroso.

Claire sabía que era una prueba. Y la estaba fallando.

—Deberías ir —dijo un rato después. Yo torcí la expresión al mirarla mientras sentía un puñetazo en el centro del esternón—. A la cita. Deberías ir.

—¿Tú crees?

—Sí. Es... lo mejor.

No parecía muy convencida, pero no pude corroborar la información en sus ojos porque los mantenía alejados de mí.

—¿Lo mejor? —volví a preguntar.

—Sí. Hace tiempo que no sales con nadie. —Se encogió de hombros, formando una mueca sin forma a modo de sonrisa—. Puede ser divertido.

¿Divertido? Se me revolvió el estómago. ¿En qué planeta podía ser divertido que uno de nosotros saliera con una tercera persona? Si fuera al revés no podría ni soportar la idea.

Fue ahí cuando me di cuenta. Claire realmente creía en ese modelo de relación entre los dos en el que solo cabía la amistad. Claire realmente creía que lo mejor para los dos era que siguiéramos caminos diferentes. Claire no sentía lo mismo que yo, porque ahora sabía que jamás podría mirarla tan tranquilo mientras la animaba a salir con otro hombre.

Ahí lo tenía. Un golpe de realidad que me advertía que Claire y yo éramos una idea que solo existía en mis pensamientos.

Asentí para mí y continuamos cenando tranquilamente. Después la acompañé hasta su portal, y cerca de allí cogí un taxi de vuelta a casa.

El viernes por la mañana estuve poco concentrado en el trabajo. Cada cierto tiempo venía a mi cabeza la mirada de Claire cuando me alentó a salir con Vanessa. Estaba en proceso de asimilar el significado de su actuación.

Haciendo un esfuerzo por no darle demasiadas vueltas al tema, a la hora de la comida crucé la avenida para comprarme algo de comer. Entré en un establecimiento al que acudía con bastante frecuencia.

Estaba mirando a la nada, repasando en mi cabeza el trabajo que me esperaba en mi mesa para esa tarde, cuando alguien se paró enfrente de mí. Vanessa. Vanessa en dirección a la salida, con una compañera y un pedido para llevar en las manos.

—¿Neal? Hola. Qué casualidad.

Me dedicó una mirada risueña que escondía un tenue brillo de timidez. Le dijo a la chica que iba con ella que siguiera adelante y volvió a centrar su atención en mí.

—Sí. En todo este tiempo trabajando aquí apenas habíamos coincidido y esta semana estás en todas partes.

Sonrió.

—Sí... Es un claro caso de la situación *baader-meinhof* —dijo con soltura.

Dibujé de manera automática una sonrisa. Eso era justo lo que había pensado yo el otro día. Miré al techo y decidí tomármelo como una señal.

—Pues la verdad es que me alegro de haberte encontrado. Estuve consultándolo con la almohada, y creo que sí es buena idea que salgamos a cenar.

Sus ojos se abrieron desmesuradamente y a continuación compuso una sonrisa cómplice.

—¿En serio?

Tomé aire y lo fui soltando lentamente.

—Sí. En serio.

Ambos nos sonreímos mirándonos a los ojos y nos pusimos a acordar día, lugar y hora donde nos veríamos.

Mientras hablábamos, yo traté de ignorar el incómodo martilleo que sentía dentro de mi pecho.

8 ¿Celos?

—Me alegro de que al final decidieses aceptar...

Miré a Vanessa a través de la mesa vestida de blanco en la que ambos estábamos sentados. Era viernes por la noche y habíamos quedado para cenar en un asador en la zona de Midtown. Teníamos una cita.

El ambiente era tranquilo y estábamos rodeados de parejas que se contaban cómo había transcurrido la semana. A Vanessa se la veía muy cómoda en su propia piel aquella noche. Se había puesto una blusa blanca que acentuaba un escote bastante sugerente. Sonreía casi todo el tiempo, tenía un montón de temas de conversación y demostraba ser una persona con plena seguridad en sí misma.

—Igual no es asunto mío, pero... ¿solucionaste aquello que tenías pendiente? —preguntó al tiempo que se llevaba la copa a los labios y entrecerraba los ojos.

La miré fugazmente, descolocado por esa pregunta. Lo que tenía pendiente era Claire, y no sabía si podía decir que estuviera solucionado.

—Eh... bueno...

Vanessa se dio cuenta por la expresión que puse de que no era un tema que me apeteciese hablar en ese momento.

—Oh. Perdona —dijo enseguida—. No sé por qué he preguntado eso. No es cosa mía.

Agité la cabeza, mirándola a los ojos.

—Es complicado.

—Sí... Eso dijiste.

Permanecemos en silencio los segundos siguientes, sumidos en nuestros propios pensamientos y con la mirada en el plato que teníamos delante. Alcé la vista hacia ella de nuevo y añadí:

—No tiene nada que ver contigo, de verdad.

Ella asintió despacio.

—Esto no será una especie de no eres tú, soy yo, ¿verdad? Aún es demasiado pronto para eso.

Ese comentario me hizo reír.

—No. Tranquila.

Vanessa entendió que no iba a hablar más sobre el tema. Estaba cerrado a ello. Dibujó una sonrisa coqueta y decidió llevar la conversación de otra manera.

—Bien. Hablemos de lo típico de una primera cita. Porque antes de nada... Eso es lo que es, ¿no? —preguntó—. Una cita.

No pude evitar sonreírle con calidez.

—Sí. Claro.

Ella asintió satisfecha.

—Vale. Entonces sigamos. Cosas básicas de una primera cita —dijo con soltura—. ¿Dónde te criaste?

—En Albany. Viví allí hasta que me fui a la universidad.

—¿Dónde estudiaste?

—Universidad de Rochester. ¿Y tú?

—Yale. —Hicimos una pausa para sonreírnos mientras nos llevábamos algo de comida a la boca—. ¿Por qué informática?

Me encogí de hombros y, mirándola como si la respuesta fuera obvia, empecé a citar razones:

—Procesamiento de información, sistemas, lenguaje de programación, ciberseguridad... La lista es infinita. Siempre me ha llamado la atención. Es como un mundo aparte que cada vez se acerca más al real.

Ella sonrió, como si acabase de superar algún tipo de prueba.

—Y de entre todos los campos, ¿por qué seguridad?

—No nos damos cuenta de la cantidad de información que exponemos en la red. Imperios enteros se sostienen por los datos que vuelcan en un ordenador. Tenemos que asegurarnos de que manejamos sistemas en los que podemos confiar. Solo la confianza nos lleva a la tranquilidad. —Mastiqué un pedazo de carne y tragué—. En todas las facetas de nuestra vida.

—Entiendo.

—¿Por qué un departamento financiero? —pregunté yo.

—¿En serio lo preguntas? Es la base para que cualquier empresa tenga beneficios. Hay que conocer las cuentas a fondo para conocer las posibilidades reales que se tienen.

—Si hablas con un comercial, te dirá que lo primero son las ventas —la pinché.

Ella puso los ojos en blanco desde su asiento sin perder el buen humor. Dejó el chuchillo sobre el plato, arrancándole un sonido a la porcelana en el acto.

—Está claro que hay que vender, pero sin una economía saneada que ofrezca un buen producto...

—Ya... Qué fue antes, ¿huevo o gallina?

—Sí. Eso. La eterna pregunta. —Se terminó la guarnición que quedaba en su plato y dio un trago del vino rosado que nos habían servido aquella noche. Volvió a mirarme—. Bueno, ¿y qué más? ¿Tienes hermanos?

—Una hermana mayor. Sophie.

—Yo soy la pequeña de siete hermanos. Tres chicas, tres chicos y yo.

—Vaya.

—Sí. Suena a locura, ¿verdad?

—Bastante.

—Pues te aseguro que es aún peor.

Reímos con complicidad unos instantes y decidí seguir yo mismo con la retahíla de preguntas. Hablar con ella era divertido. Y fácil.

—¿Cuánto hace que viniste a Nueva York?

—Solo llevo aquí un año, aunque me siento como si hubiera vivido siempre aquí. Wisconsin se me había quedado un poco pequeño.

Hizo una pausa en la que siguió comiendo. Yo hice lo mismo, sin poder evitar observarla atentamente. Vanessa tenía algo atrayente que me invitaba a explorar un poco más. Era despreocupada a la par que seria. Parecía que tenía las cosas claras para su edad y se notaba que buscaba de la vida cosas sencillas pero que al mismo tiempo la llenaran. Tal vez por eso me gustó; porque en el fondo éramos iguales.

—¿Qué es lo que más te gusta de vivir en Nueva York? —siguió preguntando.

—Mi vida social. Mis amigos.

Esa respuesta le gustó. Lo supe por cómo sus ojos acompañaron la chispa de la sonrisa que se formó en sus labios.

—Háblame de ellos —me pidió.

—Pues... están Matt, Christina y Liv. Matt es mi compañero de piso al que conocí en el primer año de universidad. Es un buen tío. Nos hicimos amigos muy pronto. Él me presentó a sus amigas de toda la vida y desde que nos trasladamos a Nueva York se han convertido en parte de mi vida. Liv y Christina son muy buenas amigas, muy entregadas a su trabajo. Están en esa fase de descubrir lo que esperan de la vida. Y luego... está Claire. Claire es... muy buena amiga, también.

—¿Por qué la has nombrado separada?

—¿Cómo?

—A Claire, ¿por qué la has nombrado aparte?

Tragué saliva.

—No me he dado cuenta de que lo he hecho.

—¿Es a la que estás más unido?

—Es una forma de decirlo —contesté, esquivo.

Como acto reflejo, la imagen de Claire fue formándose poco a poco en mi cabeza. Mierda. ¿Por qué la había nombrado? Di un trago a mi copa de vino, intentando recuperar el buen camino que estaba siguiendo esa noche. Empezaba a notar una molestia en las costillas a la que no me costó poner nombre. ¿Me sentía culpable? No tenía sentido. Estaba pasándolo bien. Estaba cenando con una chica que me gustaba. Era guapa. Divertida. Franca. En cualquier otra situación estaría pensando llevármela a la cama. ¿Por qué, de pronto, parte de mí vivía ese hecho como una traición a Claire si había sido precisamente ella la que me animó a estar aquí?

Vanessa, que a esas alturas ya había demostrado ser una persona perceptiva, estudiaba mi expresión con intensidad al tiempo que tamborileaba sobre el mantel blanco sus uñas con una impecable manicura. La manera en la que sus labios se fruncieron levemente a continuación denotó que algo raro se oía.

—Ya veo... —susurró con recelo—. Y yo que creía que mi vida sentimental era un desastre...

—¿A qué viene eso? —pregunté, sin poder eliminar de mi tono de voz un leve rastro de tesión.

—No, a nada, a nada...

Contraje el gesto, intentando no mostrarme demasiado tirante con ella. No era culpa suya haberse topado con una verdad que yo intentaba ocultar.

—No sé qué estás pensando —dije con suavidad—, pero no sé si es buena idea que demos vueltas a esto en este momento.

Vanessa se sirvió más vino y dio un buen trago sin dejar de mirarme. Pasó varios segundos analizando mi expresión en silencio, como si quisiera leer mi mente y encontrar una explicación que lo resumiese todo en una única palabra.

—Mira, Neal. Te voy a hablar claro —empezó a decir con tono serio—. Me caes bien. Me gustas. Creo que esto de quedar fuera de la oficina de vez en cuando puede estar bien, pero no quiero meterme en temas complicados. Solo quiero divertirme.

—Te aseguro que no tengo nada con nadie. Mi última relación acabó hace cuatro

meses y no va a salpicarte nada de aquello.

—¿Y tu tema complicado? —insistió.

—Está controlado. Si no, no estaría aquí.

—No quiero complicarme la vida —añadió—. Soy muy joven. Busco algo que me haga sentir bien.

Me miró con aspecto reservado. Me gustó. Me gustaba haber dado con alguien que fuera tan clara con lo que quería. Después de relaciones abstractas y esa lucha constante por descifrar a Claire, que alguien me hablara con tanta franqueza de lo que esperaba fue como un soplo de aire fresco.

—Lo mismo busco yo —le aseguré.

Volvió a centrar su atención en mi cara y permaneció observándome mientras yo le mantenía la mirada. No quería jugar con ella. Ni con ella ni con nadie. Admiré la manera en la que expuso sus propios deseos sin contemplar siquiera que yo fuera a juzgarla. Todos merecemos gritar en voz alta lo que sentimos y debemos buscar a alguien que esté dispuesto a escucharnos y aceptarnos. Alguien que vaya a tener nuestras emociones en cuenta y que no tenga miedo de mirarlas de frente.

Dirigí una sonrisa lentamente en dirección a Vanessa y finalmente hizo un gesto afirmativo. Pestañeando, se esforzó por devolverme una sonrisa conciliadora.

—Vale.

—Vale —repetí.

Vanessa bebió más vino, vaciando su vaso, y dejó escapar un suspiro prolongado.

—Perdona si soy demasiado directa, pero no quisiera que ninguno de los dos perdiéramos el tiempo.

Asentí.

—Tranquila. Lo entiendo.

Ella cuadró los hombros y, a través de una expresión que cruzó su rostro, entendí que daba por zanjado el tema. Una suave melodía nos llegaba a través del hilo musical cuando ella tomó en sus manos la botella de vino. Observó lo que quedaba del líquido rosado y a continuación lo repartió entre su copa y la mía.

Componiendo una nueva sonrisa, me miró y alzó su copa esperando encontrarse con la mía.

—Por lo poco complicado —anunció.

Su actitud serena y decidida hizo que volviera a tranquilizarme.

«Esto es lo que necesitas, Neal».

Observé fugazmente mi copa y la levanté, trazando un camino que me permitiera chocarla con la suya.

El sonido del cristal al entrar en contacto en el aire acompañó mis palabras cuando dije:

—Por lo poco complicado.

Podría decirse que mi cita con Vanessa marcó un antes y un después en ese proceso que había iniciado para seguir con mi vida. Durante la cena había conseguido recordar qué había estado buscando antes de que mi mente hubiera decidido contemplar lo mío con Claire como una opción viable.

Me despedí de Vanessa en la puerta de un taxi con la posibilidad de volver a

vernos en el aire. No quería forzar las cosas, y ella supongo que tampoco. Necesitaba unos días para digerir todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor antes de considerar el seguir conociéndonos como una apuesta segura, y ella prefería que el siguiente paso saliera de mí como prueba de que estaba cien por cien interesado en lo que conocernos podría ofrecerme.

Con todo esto en la cabeza, amanecí la mañana del sábado. Me quedé un rato en la cama consultando en mi teléfono algunas notificaciones pendientes y la bandeja del correo.

Puse a cargar el móvil en la mesilla de noche antes de salir de la cama y cuando iba a levantarme recibí un mensaje proponiéndome quedar esa tarde, ella y yo solos.

Cuando entré en el salón me encontré que Matt ya estaba despierto. Me extrañó bastante, puesto que los sábados aprovechaba para dormir hasta que la hora del desayuno se juntaba con la comida, pero ahí estaba.

Me reuní con él en la cocina donde estaba preparando el café y unas tostadas. Cuando me escuchó llegar se giró para quedar frente a mí y me saludó con una sonrisa aún adormilada.

—Buenos días —le saludé.

—Buenos días. Tienes cara de haber dormido como un tronco.

—Sí —dije apoyándome en la encimera mientras él terminaba de servir el desayuno—. He descansado bastante

—Pues yo no he pegado ojo —masculló—. Demasiadas cosas en las que pensar.

Por la cara que puso deduje que no tenía ganas de hablar de aquello que le preocupaba, fuera lo que fuera. Imaginé que tenía algo que ver con el tema de su jefa, pero me negaba a volver a hablar de eso. Él sabía lo que había.

Sirvió el café recién hecho en dos tazas y pasándome la mía, sacudió la cabeza para cambiar de tema:

—¿Qué tal te fue anoche?

Cogí dos cucharitas del cajón y ambos nos desplazamos a la mesa del salón, donde hacíamos todas las comidas. Cuando me senté frente a él en la silla, me puse a darle vueltas al café para que se diluyera el azúcar. Con la vista fija en el dibujo de la raqueta que adornaba mi taza, contesté a Matt.

—La verdad que estuvo bastante bien —reconocí.

Matt sonrió satisfecho.

—Bien. Me alegro. —Dio un sorbo a su café—. ¿Qué tal es la chica?

—Vanessa es genial. Lista, divertida, se puede hablar con ella de cualquier cosa...

—¿Está buena?

—Sí. Mucho.

—De puta madre. ¿Habéis vuelto a quedar?

Me llevé la taza a los labios para comprobar la temperatura de mi café y di un pequeño sorbo. Aún ardía. No me gustan las cosas demasiado calientes, así que volví a dejar la taza sobre la mesa.

—Todavía no —contesté.

Matt arrugó la frente.

—¿Vas a esperar los días de rigor para llamarla? —preguntó con desdén—. No me seas snob.

—No. No es eso. Es que no quiero forzar las cosas.

Alzó las cejas con sarcasmo.

—Vale...

—¿Qué quieres decir con «vale» y ese tono?

—Pues que ese no quiero forzar las cosas me suena demasiado a aún tengo la cabeza dentro de las bragas de Claire.

Endurecí el gesto.

—No digas gilipolleces.

—¿Qué? —se defendió—. ¿Me vas a decir que Claire no tiene nada que ver con que quieras ir despacio con esta chica? Porque te conozco bien, y siempre has sido bastante directo cuando te ha gustado alguien. No eres de los que pierde el tiempo haciéndose el interesante.

Entrecerré los ojos, maldiciéndolo en silencio por conocerme tanto.

—Bueno, pues esta vez es diferente —sentenció.

—Claro que lo es. Por Claire —insistió.

—No, no es solo por Claire. Es por mí. No quiero precipitar las cosas con Vanessa cuando aún no tengo claro por dónde quiero ir.

—Chorradas.

Puse los ojos en blanco y di un rápido sorbo al café sin que esta vez me importara la temperatura.

—Bah, piensa lo que quieras.

Unos minutos más tarde de las cinco llegué a la zona donde había quedado con Claire. Mientras me acercaba con paso rápido, la vi dando pasitos de un lado para otro frente a un escaparate. Llevaba un vestido color verde menta cuya falda ondeaba cada vez que se levantaba algo de viento.

Cuando me paré frente a ella, sus grandes ojos azules me miraron sobresaltados.

—Hola —dije dándole un beso en la mejilla.

—Hola —contestó con cierto aire tímido.

—¿Llevas mucho rato esperando?

—No. He estado dando vueltas por algunas tiendas de aquí cerca.

Nos miramos en silencio unos pocos segundos en los cuales nos rodeó esa tensión típica de las últimas semanas. Cada vez eran más frecuentes y cada vez les veía menos sentido. Claire me observaba mordiéndose el labio, como si quisiera extraer algo de información de dentro de mi cabeza y decir algo en consecuencia. A nuestro alrededor, la gente cruzaba con tranquilidad Greene Street disfrutando de aquel sábado del mes de julio.

Con vistas a dibujar un ambiente sencillo para esa tarde, me aclaré la garganta y le hice un gesto para que empezáramos a andar.

Hablamos de cosas sin importancia mientras comprábamos un helado en el sitio más cercano. Yo uno de chocolate y ella su favorito: barquillo con pistacho.

—¿Cómo ha ido la semana? —le pregunté cuando reanudamos el paso.

—Bueno, mucho trabajo, la verdad. Estaba deseando que llegara el fin de semana.

Ladeé la cabeza hacia ella mientras cargaba la cucharita con un poco más de helado.

—¿Hiciste algo anoche?

—Salí a cenar con las chicas. Íbamos a probar un sitio nuevo, pero Liv nos engañó para que fuéramos al mejicano.

Sonreí. El viejo truco de Liv y el famoso restaurante mejicano que hay debajo de su casa.

—No sabía que habías venido a Brooklyn —dije a continuación.

—Sí... —reconoció con expresión culpable—. Iba a llamarte para hacer algo antes, pero quedamos bastante tarde.

Asentí, sonriendo.

—Tranquila. De todas formas no habría podido.

Ella me miró con expresión curiosa.

—¿Tenías planes?

—Claro. La cita con Vanessa. ¿No te acuerdas?

Redujo la velocidad de sus pasos para observarme con atención. Parpadeó varias veces antes de clavar la vista en su cono, aún lleno de helado.

—No sabía que había sido ayer —murmuró.

Nos quedamos en silencio. No me preguntó nada más sobre la cita y yo tampoco supe qué añadir. Me miró con expresión algo seria y enseguida cambió de tema. Empezó a hablar del trabajo, dando vueltas a las mismas ideas una y otra vez como si no quisiera arriesgarse a salirse de aquel camino. Hablaba acelerada, haciendo hincapié en detalles poco relevantes. Paseamos por aquella zona y entramos a un par de tiendas que a ella le gustaban. A medida que avanzaba la tarde, Claire empezó a mostrarse algo distante. Paseaba de un lado para otro sin casi prestar atención a los artículos que iba mirando. Era como si de pronto estuviera cansada de estar dando vueltas por la ciudad, cuando solía ser uno de sus pasatiempos favoritos. Ni siquiera intentó negociar un sitio para cenar cuando al llegar la noche le propuse entrar a un restaurante de sushi.

Una vez sentados alrededor de la mesa, pedimos más o menos lo mismo que pedíamos siempre y después volvimos a quedarnos en silencio. La pillé varias veces sumida en sus pensamientos.

—¿Está todo bien, Claire? —pregunté cuando nos trajeron la comida y vi que seguía con ese extraño aire taciturno tan poco propio de ella.

Alzó la cabeza de su plato para encontrarse con mi rostro.

—¿Eh? Ah, sí, sí.

—¿Seguro? Estás un poco...

Frunció el ceño.

—¿Un poco qué?

—No sé. ¿Rara? ¿Callada?

—No me pasa nada importante —contestó haciendo un gesto despreocupado con la mano—. Debe de ser el vino. Tú sigue contándome.

Carraspeé, acomodándome en mi asiento, y continué contándole cosas acerca del torneo de tenis al que probablemente me apuntaría con algunos compañeros del trabajo. Empezamos a cenar y más adelante también me animé a comentarle que había hablado con mis padres aquella mañana y que mi madre se había puesto en modo reproche argumentando que hacía más de tres meses que no me dejaba caer por

allí.

Mientras hablaba, veía que Claire perdía el hilo a lo largo de mi conversación. Su mirada se escapaba por el mobiliario de madera oscura que había a nuestro alrededor y suspiraba con aire ausente.

—Nos vamos cuando quieras si estás cansada —dije cuando me di cuenta de que no había atendido absolutamente nada de lo que le estaba contando durante los cinco últimos minutos.

Dirigió su mirada hacia mí de golpe.

—¿Por qué dices que estoy cansada?

—Porque parece que no estés aquí. Apenas hablas. Tienes la mirada perdida... Y si dices que no te pasa nada deduzco que estás cansada.

—¿Es que tengo que estar bien siempre?

Alcé las cejas sorprendido por el tono de voz que había empleado.

—¿Perdona?

—Sí. ¿Siempre tengo que estar sonriendo? ¿Siempre tengo que estar contando cosas? Si un día estoy un poco más apagada, ¿es motivo de preocupación?

—Oye... ¿a qué viene eso? —dije serio, sin entender la frialdad que destilaban sus palabras. No sabía a qué venía pero no me gustaba—. Solo era una observación.

Parpadeó varias veces y se mordió el labio, como si estuviera recapacitando. Tomó aire varias veces y enrolló una de sus ondas en su dedo índice. Se irguió en su asiento.

—Está bien. Perdona. Tienes razón. Estoy sometida a mucho estrés estos días. Perdóname. Salto enseguida. —Se frotó la cara con vehemencia—. Cuéntame más cosas. Te escucho.

La observé, confundido por su actitud voluble. Me aclaré la garganta intentando ignorar la tensión familiar que anidaba en lo alto de mi pecho y durante los siguientes quince minutos traté de mantener la conversación en un tono neutral, hablando de cosas que ambos pudiéramos tener en común como las series de verano que empezarían próximamente o cosas que preocupaban a nuestros amigos.

—¿Y no me cuentas nada más? —preguntó Claire después de pedir más bebida.

La miré indeciso al tiempo que elevaba la copa camino de mis labios.

—¿Como por ejemplo?

—Tu cita de anoche.

—Ah. Eso.

—Si quieres contármelo, claro. No tienes por qué.

Una mueca de desconcierto atravesó mi cara. ¿Quería saberlo? ¿En serio?

—No, claro. Te cuento. —Volví a dar un trago a mi bebida—. ¿Qué quieres saber? Ella se encogió de hombros. Sus ojos brillaban con una emoción que no conocía.

—No sé. Fue... ¿bien?

Esperó pacientemente una respuesta, estirando cada vez más ese mechón de pelo que permanecía enredado en su dedo. Decidí ser sincero.

—Sí. Muy bien.

—¿Muy bien? —preguntó rápidamente.

—Sí. Bueno, bien. Normal.

—Cuánta información... —dijo sarcástica.

Achiqué las cejas. Empezaba a sentirme un tanto molesto.

—¿Qué quieres que te diga? Fue bien. Vanessa es una chica divertida con la que tengo bastantes cosas en común y pasar un rato con ella fue agradable. No sé. No hay mucho más que contar.

Sé que soné demasiado brusco, pero cada minuto que pasaba entendía menos el sentido de esa conversación. ¿Por qué cojones quería saber cómo me había ido? ¿Necesitaba asegurarse de que había puesto todos mis empeños en esa cita? ¿Quería comprobar con sus propios ojos que elegía a otra y que no intentaría nada con ella?

—Bien.

—Bien —repetí yo.

Empezó a jugar nerviosamente con la copa de vino blanco de la que había estado bebiendo toda la noche.

—¿Volveréis a veros? —volvió a preguntar, esta vez con un tono de voz mucho más bajo y profundo.

—Pues no hemos quedado en nada, pero lo más seguro es que vuelva a llamarla. Lo pasamos bien. No me importaría para nada repetir.

Confieso que mi tono de voz sonó más condescendiente de lo que me hubiera gustado. Claire clavó en mí sus ojos como si de dos dagas asesinas se tratase y compuso una mueca de disgusto. Frunció los labios con acritud cuando escupió:

—Genial.

—¿Genial?

—Sí. Eso he dicho. Genial.

—¿Por qué lo dices en ese tono?

—¿En qué tono?

—Así, tan...

—¿Tan qué?

—Tan artificial. Tan sarcástico. Tan... No sé. —Me pasé una mano por la mandíbula, cada vez más molesto—. Hoy estás muy rara.

De repente entornó los ojos y algo en mi interior me dijo que debería ponerme nervioso.

—Es que no me esperaba esto de ti.

—¿El qué? ¿Qué he hecho?

—Que te fueras a lanzar a la primera que pasase.

—No sé qué estas queriendo decir —dije apretando los dientes. ¿Qué coño insinuaba?

—Sí... Nueva York está lleno de mujeres que querrían salir contigo, ¿por qué vas a lo fácil? ¿Por qué te dejas embaucar por la primera que te pide salir? Eso tiene un nombre, ¿sabes? Se llama conformismo. —Mirando al techo, sacudió varias veces la cabeza—. Dios. Todos los tíos sois iguales. Os entra una chica y no os importa nada. Todos pensáis en lo mismo.

—¿Pero qué te pasa? ¿Se te ha ido la cabeza o qué? ¿A qué viene esto?

—¿Que a qué viene? Viene a que estás perdiendo el culo por una chica que ni conoces solo porque se te ha ofrecido en bandeja de plata.

Noté todos los músculos de mi cuerpo entrar en tensión. Se le había ido la cabeza, estaba claro. ¿Dónde estaba la verdadera Claire y quién era esa impostora que

acompañaba con chispas rabiosas cada palabra?

—No sabes lo que estás diciendo. Ni siquiera la conoces.

—Ni falta que me hace. Está muy claro lo que está pasando. Le gustaste y va a por todas. No quiere ni perder el tiempo. Caerá enseguida. Enhorabuena.

—No tienes ningún derecho a decir esas cosas de Vanessa.

—¡Encima la defiendes! Esto es increíble.

Respiré hondo varias veces. No quería cabrearme con ella, pero empezaba a sentirme irritado por su actitud. Apoyé las manos encima de la mesa y me puse a buscar frenéticamente una alternativa o algo que consiguiera tranquilizarla para que pudiéramos hablar de lo que fuera que la estaba molestando.

—Claire... Coge aire. No sé qué te pasa. Pero esta no eres tú. Ve al baño. Date una vuelta. Y cuando vuelvas, hablamos.

—No me trates como si estuviera loca —rebatí.

—Claire...

—¡No! Nada de Claire. El que está haciendo cosas raras eres tú, no yo. No intentes hacer como si fuera cosa mía.

Intenté controlar mi respiración. Ella apartó la vista, dirigiéndola con brusquedad hacia sus uñas. No podía sostenerme la mirada durante más de dos segundos. ¿Por qué me rehuía? ¿Qué me estaba ocultando? Miré su expresión ceñuda y me pregunté si era posible que estuviera molesta porque había tomado la decisión de salir con otra.

—Claire... ¿No estarás...? —Me detuve un instante—. ¿Es que te molesta que haya salido con Vanessa? ¿Es eso lo que te pasa?

Por la cara que puso a continuación, parecía que acabaran de propinarle una bofetada con la mano abierta. Apenas le salió la voz cuando me pidió que repitiera lo que acababa de decir tras minutos de silencio por su parte.

—Creo que la pregunta está bastante clara, pero te lo preguntaré de otra manera. ¿Estás celosa de que haya salido con alguien?

Tomó aire lentamente. Parecía mareada.

—Pero... Pero... —balbuceó—. ¿De qué vas?

Retiró la mirada y compuso un gesto de irritación. Dios. Sí, era eso. Estaba celosa. Sentí como si el corazón se me fuera a salir del pecho.

—Sí que lo estás. Estás celosa de Vanessa porque salí a cenar con ella.

—No estoy celosa —contestó sin mirarme—. Deja de ser tan engreído.

—Es la única explicación a tu comportamiento. Estás distante, callada, con la cabeza en otro sitio... Estás irascible. Y celosa.

—Tú estás loco.

—No. No estoy loco. Estás celosa.

Permanecimos un buen rato en silencio. Ella cabreada conmigo y yo con ella. Sus ojos seguían escapando de los míos, tal vez para no revelarme demasiado.

—No tienes ningún derecho —musité—. Lo sabes, ¿no?

—¿Qué?

—Que no tienes derecho a estar celosa. Fuiste tú la que me animaste a que aceptara la cita con Vanessa. —Hice una pausa durante la que observé la expresión perpleja que cruzó su rostro cuando por fin se animó a mirarme—. Acudí a ti. No tendría por qué haberlo hecho, pero acudí a ti cuando Vanessa me pidió salir. Yo ni

siquiera había aceptado. Te lo conté y tú me dijiste que debía ir. Joder, dijiste que podía ser divertido.

—Yo no dije eso.

—Sí lo dijiste. —La miré a los ojos y dejé escapar un suspiro—. Yo quería que me detuvieras, pero no lo hiciste.

Vi temblar su labio inferior, pero enseguida cuadró los hombros.

—No entiendo lo que dices.

—Sí, sí lo entiendes. Pero, por alguna razón que no alcanzo a entender, para ti es mucho más fácil no hablar del tema.

Se me quedó mirando con la respiración levemente acelerada y los ojos brillantes y lejanos. Me cabreó que pareciera tan afectada y que al mismo tiempo se estuviera dejando la piel en seguir pareciendo distante.

—¿No ves que no tiene sentido? Decidiste dar la espalda a esto que podría haber entre nosotros pero te pones celosa si yo intento salir adelante con mi vida. Es ridículo.

Su mirada se volvió suave y oscura. Era un cúmulo de contradicciones en una sola persona.

—No hay nada entre nosotros, Neal —sentenció—. Por favor, no vuelvas a decirlo.

—Sí. Sí lo hay. Lo sabes tú y lo sé yo. Que no quieras que hablemos de ello no significa que no exista. —Me incliné hacia delante en la mesa hasta que nuestras cabezas estuvieron a pocos centímetros la una de la otra. Clavé en sus ojos mis pupilas—. Dijiste que sentiste algo por mí cuando nos conocimos. Sabes que a mí me pasó lo mismo. Me preguntaste si pensaba en ti cuando no estábamos juntos, y sabes de sobra que la respuesta es sí.

—Neal, por favor...

—El otro día casi nos besamos. Deja de fingir que no pasó.

—Dios... —Se tapó los ojos con las manos—. No digas eso.

—Hablemos del tema.

—No, Neal. No. Olvídalo.

Agité la cabeza, cada vez más furioso.

—No. No voy a olvidarlo. ¿Sabes por qué? Porque no me das motivos para que lo olvide, más bien todo lo contrario. Tu actitud no tiene sentido. Acepté salir con Vanessa porque tenía que seguir adelante. A ti no parecía importarte que lo hiciera. Es más, me animaste a ello. Y cuando ya me he hecho a la idea de que salir con alguien nuevo es lo mejor porque entre nosotros no hay nada que hacer, me sales con este numerito. Es imposible entenderte. No quieres ni hablar del tema conmigo, pero no quieres que esté con otra. ¿Qué cojones significa eso, Claire?

—No es verdad —dijo agobiada—. No es así.

—¿Y cómo es, entonces? ¿A qué ha venido este ataque de celos?

De pronto Claire parecía una niña pequeña pillada en una mentira. Su pecho subía y bajaba, fruto de la ansiedad. No tenía escapatoria. Sus pestañas se agitaban de forma casi violenta y su boca tenía reflejada una mueca de disgusto. Se llevó las manos a la cabeza, mirándome fijamente a la vez que parpadeaba. Parecía realmente abrumada por la situación.

—Me voy —dijo de pronto.

—¿Qué?

—Que me voy. —La voz le tembló pero vi cómo metía la mano en el bolso para sacar su cartera—. Cogeré un taxi y me iré a mi casa. No voy a escucharte decir más tonterías. No estoy celosa. Te estás montando películas. Y se acabó el tema.

Dejó unos cuantos billetes sobre la mesa y echó la silla para atrás. Sentí que me tambaleaba.

—Claire, vuelve aquí ahora mismo.

—No. Tú no me das órdenes. Tú no decides de qué podemos hablar y cuándo. Buenas noches.

La vi echarse su bolso de piel color beige al hombro y emprender el camino hacia la puerta. Me giré para verla marcharse y a través de la cristalera vi cómo se subía a un taxi. Me quedé con la cabeza dándome vueltas y las orejas echando humor por la rabia y la confusión.

¿Tu piel y la mía?

Me fui a casa furioso y me acosté furioso. Me desperté igual a la mañana siguiente. Estaba muy cabreado. Conmigo, con ella. Frustrado con la situación. Decepcionado con su actitud. Después de lo que había ocurrido la noche anterior todo se había complicado. Mi relación con ella se iba a ver afectada de manera negativa. No había marcha atrás.

Abrí los ojos a las ocho de la mañana. Apenas había descansado la noche anterior, así que intenté volver a dormirme. Fue imposible. Estuve dando vueltas en mi cama sin dejar de pensar en Claire. Pasé por lo menos tres horas reproduciendo minuto por minuto la cena del día anterior. Su estado semi-ausente, sus ojos llenos de niebla y esa rabia que masticaba con cada palabra. ¿Qué había estado cruzando su cabeza en los últimos días? ¿De dónde se alimentaba su enfado?

Mientras me desesperaba por dar con una respuesta, analicé cada situación que había vivido con Claire desde que lo había dejado con Aaron.

La noche que la encontré en Rockefeller. Los dos hablando en el restaurante. Los mensajes. La complicidad creándose. Las conversaciones hasta las tantas. Los paseos después del trabajo. Y en la hora de la comida. Y los fines de semana. Las cenas. Las confidencias. Hablar de las cosas que más nos gustan. Y de las que menos. Más mensajes. Películas y libros que nos marcaron. Lugares que queremos visitar. Recuerdos de la infancia. La fiesta. El baile. Pequeña. Alcohol. Confesiones del pasado. Ella dormida sobre mi hombro en un taxi. Su persona favorita. Despertar juntos. Guardando un secreto. Días pasando. El carrusel. Un acercamiento. Su aliento en mi boca. Tensión. Negar la evidencia. Hacer como si nada. Dar la espalda a la realidad. Vivir una verdad a medias. Echar de menos algo que no ha sido. Necesitarla. Abrir los ojos. Querer seguir adelante. Vanessa. Una prueba. La cita. Celos. Explosión.

La progresión había sido evidente, pero a la vista de los últimos acontecimientos no guardaba ningún tipo de lógica. O sí, aún no lo sabía. Lo que sí sabía era que las cosas no iban a quedarse como la noche anterior.

Me levanté de la cama por fin y fui a la cocina. Matt seguía durmiendo, así que traté de no hacer demasiado ruido. Me preparé el café de forma totalmente automatizada y me lo tomé con la espalda apoyada en la nevera. Seguía dando vueltas a todo. Con cada sorbo que daba al líquido oscuro me planteaba coger el móvil y llamar a Claire. Después tragaba y se me pasaba. No me daba la gana de ir detrás cuando precisamente había sido ella quien me había dejado solo en mitad del restaurante.

¿Tan superada se sentía por la situación que la única manera que se le ocurría de enfrentarla era darle la espalda?

Dejé la taza en el fregadero cuando terminé y la enjuagué. Después me puse la ropa de deporte y salí de mi casa.

Salir a correr cerca de diez kilómetros era justo lo que necesitaba para ayudarme a despejar mi cabeza de la nebulosa que invadía todos los rincones. El ruido de mis pies pisando fuerte sobre el asfalto hizo rebotar todos esos pensamientos que me

aturdían, dejando así que respirasen aire nuevo.

Cuando volví a casa Matt no estaba, así que me metí en la ducha y después comí lo que encontré por la nevera.

Estuve en estado meditabundo el resto del día. Confundido y sobrepasado. Era domingo, así que en unas horas vería a Claire en The New. Lo ideal hubiera sido tener una conversación antes los dos solos para evitar que la tensión nos impidiera actuar con normalidad delante de nuestros amigos, pero ella no lo había hecho y yo tampoco estaba por la labor. Puse una película después de comer pero fui incapaz de concentrarme. Cada pocos segundos recordaba alguna palabra de las pronunciadas la noche anterior. O algún gesto que no sabía dónde encuadrar que, por norma general, eran la mayoría.

A eso de las cinco decidí vestirme para ir a la cafetería. Matt me había mandado un mensaje diciéndome que nos veríamos allí, así que fui dando un paseo desde mi casa hasta The New.

Cuando atravesé la puerta de The New, fui a la mesa del fondo. Todavía no había llegado ninguno de mis amigos. Permanecí mirando el móvil unos minutos hasta que llegó Christina. Un rato después llegó Matt, que tomó asiento junto a nosotros. Por último llegó Liv.

—Acabo de recibir un mensaje de Claire —anunció—. Parece que está con el estómago revuelto y no va a poder venir.

Matt y Christina hicieron un par de comentarios al respecto y yo me quedé de piedra con el brazo apoyado en el respaldo de la silla. Me cagué en la puta. No había contado con que escapara de la situación para evitar enfrentarse a mí a plena luz del día. Tuve que contenerme para no coger el móvil y pedirle explicaciones a gritos. O peor: para coger el metro y plantarme en su casa para exigirle que hablara conmigo.

Mis amigos no parecieron darse cuenta de lo que yo experimentaba en mi interior, así que decidí hacer lo posible por seguir ocultándolo. En la mesa se habló de todo un poco hasta que nos centramos en el cumpleaños de Claire, que sería dentro de dos días. La cena tendría lugar en su casa el mismo martes y el tema del regalo estaba solucionado, como siempre, gracias a Liv.

—La chaqueta está encargada. Cuando vaya mañana a Macy's a por ella puedo ver si encuentro algún bolso que pueda quedar bien.

Matt y Christina asintieron animadamente y yo hice un gesto de confirmación, pero apenas estaba escuchando nada de la conversación. Claire. Claire. Claire. Era todo lo que llenaba mi cabeza.

—¿Qué tal fue tu cita, Neal? —preguntó de pronto Christina sacándome de mis reflexiones.

Dirigí la mirada hacia el resto del grupo y procedí a contarles por encima mi cena con Vanessa. Después estuvimos compartiendo historias de la semana hasta que se hizo la hora de volver a casa.

El lunes no amanecí de mejor humor. Seguía confundido, pero cuando salí de la cama me di cuenta de que había tomado la decisión de hacer algo. Consulté mi móvil, que me recibió tan vacío de notificaciones como lo había estado durante las últimas cuarenta y ocho horas. Me dirigí a la cocina para desayunar algo rápido. Después me

di una ducha, me vestí y salí en dirección al metro para ir a trabajar.

Pasé toda la mañana dando vueltas a lo que iba a decirle cuando la viera. No quería ser demasiado tajante con ella, pero... Joder. No iba a poder evitarlo. Me consideraba una persona asertiva, pero seguía muy cabreado. Cabreado porque se hubiera cerrado en banda a hablar de lo nuestro, porque me animara a salir con otra, porque se pusiera celosa, por comportarse de manera contradictoria y por haberme dejado plantado. También porque no hubiera intentado ponerse en contacto conmigo desde el sábado por la noche.

El resto del día intenté concentrarme en el trabajo. Tablas, objetivos, diseño de nuevos programas. Miraba el reloj cada dos por tres para que no se me pasara la hora. Si quería pillarla a la salida, tendría que salir más pronto.

Cuando se hizo más o menos la hora, abandoné mi oficina a toda prisa. Mi trabajo y el suyo estaban cerca, así que decidí ir andando. Fui tomando aire pausadamente para no llegar demasiado acelerado y fui repasando mentalmente las cosas que quería decirle.

Ese día hacía un calor de locos. El sol brillaba intensamente en lo alto del cielo y no había ninguna nube. La ciudad se había llenado de turistas y las terrazas que encontré por el camino estaban a rebosar de gente con una cerveza en la mano. Sentí una punzada en las costillas al recordar que hacía solo unas semanas Claire y yo disfrutábamos de la ciudad uno al lado del otro sin importarnos nada más que pasar tiempo juntos. Pero mucho me temía que esos ya no éramos nosotros. Ahora nuestra situación nos había alejado de ese escenario tan idílico que había formado parte de nuestras vidas los últimos meses.

Al llegar a su edificio me detuve. Me quedé a pocos metros de la puerta viendo a la gente salir. Reconocí a algunas personas que había conocido el día de la fiesta que me saludaban con un gesto de la mano. Claire debía de estar al caer.

Segundos después la vi salir a la calle con aire distraído. Sus ondas castañas ondeando al viento, una blusa color celeste que insinuaba la suavidad de sus curvas y la expresión de sus ojos azules oculta tras unas gafas de sol.

Sin más, cubrí la distancia que nos separaba y extendí el brazo hasta posarlo en el suyo y llamar su atención.

—Claire —dije.

Ella se giró hacia mí de pronto con expresión sobresaltada y me miró a través de los oscuros cristales de sus gafas. Recuperé la mano que había entrado en contacto con su piel.

—Neal.

—Tenemos que hablar.

Soltó el aire calmadamente y juntó ambas manos hasta entrelazar sus dedos a la altura del vientre.

—Lo sé —contestó bajando la mirada—. Sé que te debo una disculpa. No debí haberme ido el sábado.

—Sí, me debes una disculpa. No, no debiste haberte ido.

Se llevó una mano a la cabeza y se subió las gafas de sol, colocándolas como si fuera una diadema. Me impactó encontrarme a la luz del día con aquellos penetrantes ojos azules enmarcados por las espesas pestañas maquilladas. Tragué el nudo de

nervios que inevitablemente me producía tenerla tan cerca.

—Lo siento. Siento haberme ido. Me puse nerviosa, me... —Volvió a retorcer sus dedos, los unos con los otros—. Lo siento.

Sacudí la cabeza, tratando de deshacerme de aquel zumbido constante que encharcaba mis oídos. La gente pasaba a nuestro lado murmurando animadamente y el sol nos cegaba en su trayectoria hacia la noche. Las hojas de los árboles permanecían quietas pero su color verde pintaba de vida la ciudad de los rascacielos. Mi confusión crecía de forma exponencial con cada pestañeo de sus ojos. Me parecía increíble que la misma Claire que me llenaba de optimismo me tuviera de aquella manera tan gris.

—Explícamelo —le pedí en tono poco amistoso. Seguía cabreado; no podía evitarlo—. Explícame por qué lo hiciste.

Cerró los ojos un segundo al tiempo que tomaba una bocanada de aire.

—No lo sé. Me confundí. Dijiste todo aquello y yo... No pude.

Estudié atentamente su expresión. Sus iris completamente azules a excepción de unas pequeñas motas doradas, su nariz pequeña, su labio inferior atrapado entre sus dientes como siempre que se sentía inquieta. Cogí aire de nuevo. A pesar de que el arrepentimiento se traslucía en sus facciones, para mí no era suficiente. Necesitaba entender más allá de lo que me estaba ofreciendo en ese momento.

—Vas a tener que explicarte mejor.

—¿Por qué estás tan borde?

—Porque no estoy dispuesto a permitir que nadie juegue conmigo. Ni siquiera tú.

—No es mi intención jugar contigo —contestó dolida.

—Pues lo parece.

Dejó salir el aire por la nariz y se frotó la frente. A continuación clavó en mí sus pupilas.

—Neal, por favor, no quiero que estemos mal. Eres demasiado importante en mi vida. Sé que la otra noche fui imbécil, pero tienes que perdonarme.

Me quedé en silencio y desvié la mirada para no enfrentarme a sus ojos. Una gran parte de mí no quería ponerle las cosas fáciles.

—Dime qué te pasa por la cabeza —me pidió tras minutos en los que solo escuchamos los sonidos que provenían de nuestro alrededor.

Respiré hondo. La confusión hacía que el pecho me doliera como si me estuvieran hundiendo el hueso del esternón. Volví a mirarla.

—Estoy... decepcionado.

—¿Decepcionado por qué?

—Por todo.

Exhaló lentamente mientras parpadeaba con su mirada fija en mí.

—Te he pedido perdón.

—Eso no arregla las cosas.

Volvió a frotarse la frente y entornó los ojos, protegiéndose del sol.

—¿Podemos ir a algún sitio a hablar de esto? Estamos en medio de la calle.

Me encogí de hombros. No quería moverme. No quería darle más tiempo para que subiera la guardia. Quería que aquel momento siguiera siendo nuestro y que en él encontráramos las agallas para formar las palabras que ambos escondíamos en

nuestras cabezas.

Claire interpretó mi silencio como una negativa y se llevó una mano al pelo. Se humedeció los labios e hizo una mueca antes de hablar.

—Vale. ¿Qué puedo hacer para arreglarlo?

La miré intensamente. Eso sí lo sabía.

—Ser sincera —respondí—. ¿Por qué te molestó que saliera con Vanessa?

Cerró los ojos un segundo.

—No tengo una respuesta para eso.

—Prácticamente te pedí permiso para salir con ella —expuse—. No habría dicho que sí si tú no hubieras querido.

Me miró con el desconcierto humedeciendo sus ojos, como si hubiera esperado escapar del tema sin confrontar ese hecho directamente. Su gesto se crispó de pronto y su postura se endureció.

—Ya lo sé. Ese es el problema. Tienes que salir con gente porque tú tienes que hacer tu vida y yo la mía. No nos debemos explicaciones de ningún tipo.

—Creía que ibas a ser sincera —le reproché.

Se puso tan nerviosa que por mucho que apartó sus ojos de los míos no pudo evitar mostrarlo. La voz le había temblado en su pequeño discurso. A pesar de sus esfuerzos por creerse esas palabras, en el fondo no lo hacía.

—Lo estoy siendo.

En mi interior solté una risa cínica. Me di cuenta, mirándola fijamente a la luz del sol, de que no iba a poder conformarme con palabras vacías. Necesitaba hechos que no fueran a desaparecer si el viento soplaba fuerte. Nos miramos a los ojos durante unos segundos eternos y volví a sentir que la electricidad nos rodeaba, obligándonos a acercarnos más al otro a pesar de que nuestra parte racional nos invitase a mantener la distancia. Ella parpadeó y tragó saliva sin dejar de mirarme, como si mis pupilas la tuvieran hipnotizada. Sentí la fuerza de esa atracción adormecida que existía entre los dos vibrar en mi pecho, y decidí armarme de valor para hacer lo que debería haber hecho hacía semanas. Di un paso hacia delante hasta que nuestros cuerpos se tocaron y noté cómo su piel se estremecía.

—Lo siento, pero no te creo —musité mientras me acercaba más.

Mi mundo entero tembló cuando nos miramos desde esa posición. Tan cercana, tan íntima, tan nuestra aun sin serlo. Noté cómo hacía pasar una nube de anticipación por su garganta y me acerqué hasta que su cuerpo contra el mío era parte de esa realidad que siempre había deseado.

—Neal, por favor... —susurró con voz trémula. Estaba nerviosa—. No insistas. No busques algo que no existe. No lo estropees. No sé qué crees...

—Shhh.

—No. Neal. No.

Quise grabar en su memoria la naturaleza de lo que en realidad éramos. Estaba cansado de fingir que no existía. Incliné la cabeza hacia delante y tomé aire junto a su boca. La distancia que nos separaba era minúscula, pero Claire no se apartó. Cuando sus labios entreabiertos rozaron los míos, sentí que el oxígeno a mi alrededor se consumía y me faltó la respiración. Su corazón latía tan fuerte que pude sentirlo retumbar contra mis costillas.

Ninguno de los dos nos movimos por espacio de unos segundos. Ella porque estaba paralizada; yo porque quería dibujar en mis recuerdos la sensación de su boca junto a la mía.

Harto de tantas dudas y de esa tensión que existía entre nosotros, la rodeé por los hombros y la apreté más contra mí. Pestañeó haciendo brillar sus enormes ojos azules, y pude sentir en ellos el instante mismo en el que se rindió. Encajamos del todo nuestras bocas y jugueteamos respirando el mismo aire hasta que nuestras lenguas húmedas se saludaron con timidez.

Entonces la besé de verdad. La besé con devoción, traspasándole con cada caricia de mi lengua a la suya las sensaciones disfrazadas durante años. La besé con intensidad. Sin prisa y con prisa al mismo tiempo. Queriendo agotar los segundos y a la vez condensarlos en un instante infinito. Abracé su cuerpo explorándolo con ambas manos y la pegué a mí. Nos rozamos. Claire gimió en mi boca cuando su vientre percibió a través de la ropa lo excitado que estaba de tenerla entre mis brazos. Aumentó la intensidad del beso y envolvió mi cuello con sus suaves manos, que temblaban.

En medio de ese estado mental que me producía besarla, quise parar para pedirle que jamás volviera a dudar de la magia que había entre nosotros. Después de seis años estaba besando a Claire y en mi pecho había un sentimiento incandescente que solo permitía que actuase por instinto. No había lugar para más razonamientos, así que la seguí besando. Lento, muy lento, pero intenso. Como si temiera que todo se fuera a desvanecer si perdía ese ritmo. La necesidad de culminar aquello se plantó debajo de mis costillas, extendiéndose por mi vientre y oprimiéndolo de una manera casi insoportable. Mi cuerpo entero se tensaba. Enredé mis dedos en su pelo y aumentamos la intensidad del beso, hasta que poco a poco empezamos a detenernos.

Cuando ocurrió, sus ojos se fueron abriendo lentamente. Parecían asustados. Nos miramos sin decir nada y fuimos recuperando nuestro propio espacio. Había sido demasiado increíble para haber sido nuestro primer beso.

Yo me consideraba incapaz de articular palabra y ella lucía abrumada por toda la situación. Un claxon sonó en la avenida y sus ojos se abrieron aún más, como si hubiera recordado de pronto dónde estábamos.

Continuamos en silencio. Yo mirándola a ella; ella mirando a la nada. Se cubrió los ojos con sus manos y empezó a emitir balbuceos sin forma.

—Dios... —lloriqueó—. ¿Qué hemos hecho?

Una presión desagradable me estrujó de pronto la garganta. Sí. ¿Qué habíamos hecho?

—Claire —dije respirando hondo—. Espera. Por favor. Tranquila.

Siguió con la cara tapada y su cuerpo entero en tensión.

—No, Neal. No.

Tuve un mal presentimiento cuando la vi mirar hacia ambos lados de la calle.

—No vuelvas a irte —le pedí.

—No me estás dejando otra alternativa —respondió ella.

Me acerqué de nuevo y sujeté su cara entre mis manos.

—Pequeña, escúchame.

—No... —dijo cerrando los ojos—. Deja que me vaya. Necesito pensar.

Sus ojos se abrieron y la angustia que vi en ellos me hizo retroceder. Dejé los brazos a ambos lados de mi cuerpo y en silencio la dejé marchar.

Ni siquiera me dijo adiós. Solo se dio la vuelta y echó a andar con paso rápido como si temiera que yo fuera a cambiar de opinión y correr tras ella. Me quedé solo, con el recuerdo de su sabor en mis labios y la huella de su piel en el resto de mi cuerpo. De pie junto al edificio donde ella trabajaba y donde la había obligado a ver la realidad por primera vez.

Con el eco de su lengua moviéndose con necesidad junto a la mía, decidí que ya no había manera posible de que fuera a dejarlo pasar.

Al día siguiente era su cumpleaños. Quise llamarla a las doce, pero lo reciente que estaba nuestro beso me hizo cuestionarme si cogería el teléfono siquiera, así que me conformé con enviarle un mensaje. *<Feliz cumpleaños, Claire. Lo único que deseo es que seas feliz>*.

Nunca tuve respuesta, pero sabía que esa noche la vería. Había organizado una cena en su apartamento a la que asistiríamos todos y no tendría más remedio que verse conmigo cara a cara.

Pasé el día nervioso, trazando un plan que me permitiera tenerla a solas unos segundos. Me comportaría con normalidad cerca de mis amigos, pero tal vez podía asistir antes para tener la oportunidad de hablar con ella.

Me planté en su casa una hora antes de la acordada, pero cuando toqué al timbre y subí a su piso me encontré con que tenía compañía.

—Neal, qué pronto has venido.

Era la madre de Claire, que residía al norte del estado aunque pasara más tiempo viajando que en tierra firme. Me recibió con una amplia sonrisa y me invitó a pasar al interior de la casa.

—¿Has venido a echarle una mano a Claire con la organización? Menos mal que tiene amigos como tú. Está empeñada en prepararlo todo ella sola.

Le devolví la sonrisa mientras avanzaba por el salón. Al fondo de la estancia, donde a mano izquierda quedaba la cocina, Claire se giró para mirarme con una espátula entre los dedos. Un estremecimiento desfiló por mi espina dorsal cuando nos miramos a los ojos. Estaba tan guapa que me pareció más lejos que nunca. Su pelo estaba sujeto en un moño desenfadado y la falda vaporosa de su vestido púrpura me invitaba a pasar las manos por su piel. La saludé con un gesto de la mano mientras tragaba saliva. No me acerqué. Temía que fuera demasiado evidente cómo me hacía sentir si la tenía cerca esa tarde. La tensión que desprendíamos estaba llenando cada rincón del piso y debía recordar que no estábamos solos.

—¿Qué tal eres colgando adornos? —me preguntó su madre, dirigiendo mi atención hacia ella—. Claire quiere colgar unos farolillos por la parte donde está el sofá, pero yo no me atrevo a subirme a una silla. Tú eres tan alto que seguro que llegas sin problema.

Me obligué a sonreír.

—No se preocupe, señora Anderson. Yo me encargo.

—Eres un cielo, Neal. Y deja lo de señora Anderson. Llámame Helena.

Volví a sonreírle y eché una mirada a Claire, que nos miraba disimuladamente

desde la zona de la cocina. Helena me cogió del brazo y me llevó hacia el mueble blanco que ocupaba casi toda la pared. Me explicó cómo quería que colgara los farolillos y mantuvimos una conversación casual mientras yo lo colocaba todo.

Me di por vencido de tener una conversación a solas con Claire antes de que la gente llegara, especialmente porque mientras nos despedíamos de su madre en la puerta de su casa el timbre sonó con fuerza anunciando la llegada de Christina.

Irrumpió en el piso saludando a Helena y a continuación deshaciéndose en abrazos hacia su amiga.

—Mi pequeña Clairens, qué mayor te haces.

Claire rio al tiempo que Christina dejaba un beso distraído en mi mejilla.

—Calla. No me lo recuerdes...

La madre de Claire se despidió de nosotros animadamente, dio un fuerte abrazo a su hija mientras le deseaba que pasara una feliz velada y a continuación cerró la puerta.

Christina y yo nos dirigimos hacia la cocina para ayudar a Claire a sacar los platos. Quería prepararlo todo como si fuera una recepción de honor.

—Así que has invitado a George... —dijo Christina mientras preparábamos todo.

—Sí. ¿Te lo ha dicho Liv?

—Ajá.

—No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Igual hasta puedo convencerlo de que me acompañe luego a casa.

Tanto Claire como yo nos reímos por lo bajo. Repartimos la cubertería por la mesa y enseguida Claire se desplazó hacia el mueble para encargarse de la música. En su casa jamás faltaba la banda sonora adecuada.

El resto de los invitados siguieron llegando. Matt, Liv y George Stevens, al que había conocido años atrás en la residencia de los Gallagher. Había sido amigo de Liv y de su hermano Aiden toda la vida y, aunque no solíamos vernos con él demasiado a menudo, de vez en cuando estaba bien pasar un rato todos juntos.

La cena transcurrió con normalidad. El ambiente era informal pero elegante. Todos reíamos intercambiando historias, aunque de vez en cuando mi mirada encontraba la de Claire y compartíamos unos segundos de tensión. Jamás diríamos nada delante de nuestros amigos, pero temía que alguien se diera cuenta de la manera tan intensa en la que yo la miraba. Sentía millones de palabras que quería decirle ardiéndome en la garganta. Quería preguntarle si el beso que nos habíamos dado veinticuatro horas antes también había hecho temblar los cimientos de su mundo. Necesitaba saber si a ella también la consumían las ganas de repetirlo.

George fue el primero en marcharse a casa tras la entrega de los regalos y la tarta. Nos despedimos de él en la puerta y prometimos que no pasaría demasiado tiempo hasta que nos volviéramos a ver.

En cuanto George desapareció por la puerta, Christina tardó medio segundo en plantarse al lado de Liv.

—Bueno, Liv... ¿Vas a contarnos qué os traíais entre manos?

Yo también me había fijado en cómo Liv y George cuchicheaban durante la cena, pero como George tenía más relación con Liv que con el resto tampoco le había dado demasiado importancia. Claro que Christina no era yo, y si su sexto sentido le decía

que había novedades en el horizonte... seguramente las había. Desde luego, no sería yo quien dudara jamás de las habilidades perceptivas de mi amiga.

Entre todos ayudamos a recoger la mesa y los restos de la cena. Más tarde, nos acomodamos repartidos por los sillones del salón y Liv empezó a hablar.

El día anterior había coincidido con George en un restaurante cerca de su trabajo y le había presentado al cliente con el que había ido a comer. Un tal Will Hannigan. Liv nos contó a tiempo real todo lo que había pasado desde que se vieron por primera vez. Al parecer después de ese breve encuentro en el restaurante habían coincidido en Macy's mientras ella recogía el regalo de Claire y habían conectado. Me quedé mirando atentamente esa sonrisilla poco habitual en ella que se le había dibujado en la cara. No sé si es que yo estaba inmerso en una especie de nebulosa debido al tema de Claire, pero me pareció que algo en los ojos de Liv anunciaba que ese chico podía ser importante.

Estuvimos hablando sobre el tal Will durante un buen rato más y después cambiamos de tema y seguimos conversando, hasta que se hizo la hora de irnos a casa. Era martes y todos teníamos que madrugar al día siguiente.

Ya en la calle, mis amigos dijeron de compartir un taxi para volver a casa, pero yo me negué. Se me había ocurrido una idea.

—¿Vas a coger el metro ahora? —preguntó Liv sin entender.

—No, tengo asuntos pendientes por la zona —contesté en tono tajante.

Las chicas soltaron una risilla y Matt me miró con las cejas enarcadas. Eché a andar por la calle donde vivía Claire para despistarlos y, cuando vi que su taxi se ponía en marcha, desanduve mis pasos de nuevo hasta el portal.

El portero, que ya me conocía de otras veces, me abrió con una sonrisa.

—¿Has olvidado algo? —me preguntó en tono amigable.

—Sí. Eso mismo.

Nos dimos las buenas noches y yo toqué el botón del ascensor de los impares. Entré dentro, pulsé el piso once y esperé pacientemente hasta que llegué arriba.

El corazón latía frenético en mi caja torácica cuando avancé sobre la moqueta que cubría el pasillo. Me pasé las manos por el pelo, tratando de tranquilizarme, y respiré profundamente antes de tocar el timbre.

Claire apareció en el hueco de la puerta unos segundos después, con el moño deshecho sobre sus hombros, el vestido arrugado y los ojos entornados en mi dirección.

—¿Pero qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo —dije dando un paso adelante y cerrando la puerta a mi espalda.

El salón estaba casi a oscuras, a excepción de la lámpara de pie que estaba al lado del sofá. No quedaba música de fondo. La luz que provenía del pasillo indicaba que Claire había entrado a su habitación para acostarse. Me alegré de haberla pillado aún en pie.

Sus hombros emanaban tensión cuando me miró a la cara. Estábamos muy cerca el uno del otro.

—Neal, por favor. ¿Por qué insistes en ponerme las cosas difíciles?

—No quiero ponértelo difícil.

—¡Pues lo haces!

Cerré los ojos un segundo.

—¿Y qué haces tú, Claire?

Chasqueó la lengua, mirándome con aire reprobatorio. Se quedó quieta, asimilando la expresión seria que lucía mi cara. Cruzó los brazos sobre su pecho y preguntó con un tono de voz insoldable:

—¿Por qué has venido?

—Porque al menos estando aquí me aseguro de que no vayas a dejarme plantado. Sería la tercera vez que lo haces. La tercera. Fuerte, ¿eh?

—Dios... Tienes que dejar de estirar de la cuerda porque al final vas a romperla, Neal.

—No voy a romper nada.

—Sí. Estamos a un paso de estropearlo todo y a ti te da exactamente igual.

—No quiero estropear nada. Quiero arreglarlo —dije con tono serio.

Se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos. Parecía exhausta, como si se hubiera cansado de luchar contra mí cuando yo no hacía más que demostrarle que no iba a dejarlo estar tan fácilmente. Di un paso más al frente y cerré los puños con fuerza para evitar ceder a la tentación de alzar las manos para tocarla.

—Pequeña, escúchame —dije con voz suave—. Vamos a sentarnos y a respirar hondo. Hablaremos con calma, pero de verdad que necesito que seamos sinceros el uno con el otro. No aguanto más esta situación.

—Creo que va a ser mejor que te vayas.

Negué con la cabeza lentamente. No pensaba ceder. Su pecho subía y bajaba precipitadamente. Parecía estar perdiendo el control y durante un segundo fugaz temí estar llevando aquello demasiado lejos. No quería disgustarla, pero no podía soportar más tiempo su actitud cobarde. Quería encontrar un punto en el que ambos encontráramos la fuerza suficiente para poner voz a nuestras palabras.

—No, Claire —dije más calmado—. No voy a irme, pequeña.

Soltó un chillido frustrado mientras tiraba del bajo del vestido. Estaba rabiosa, a punto de explotar.

—¡Dios! —gritó, encarándose a mí—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

El corazón empezó a bombearme con fuerza, haciéndome elevar el tono de voz.

—Que digas algo. Que dejes de actuar como si esto no fuera contigo.

Se cubrió la cara rápidamente con las manos y cuando volvió a mirarme sus ojos echaban chispas.

—¡¿Qué es lo que quieres que te diga?! —empezó a gritar fuera de sí—. ¿Que tengo miedo de estropear lo nuestro por llevarlo demasiado lejos? ¿Que estoy confundida? ¿Que esta sensación es nueva para mí? ¿Que estuve cinco años con un chico y nunca sentí lo que siento estando contigo? ¡¿Es eso lo que quieres que diga?! ¡¿Ya estás contento?! —

Me quedé sin aire. Se me aceleró el pulso y tragué saliva, tratando de recomponerme del impacto que habían producido sus palabras en mi pecho. Sentí que me mareaba.

—¿Es eso cierto?

Claire cerró los ojos con mucha fuerza hasta arrugar cada facción de su rostro. Se

llevó dos dedos al puente de la nariz y a continuación se revolvió el pelo de manera frenética.

—Sí. No. No lo sé. Dios, Neal, todo esto es demasiado complicado.

Respiré hondo varias veces seguidas. Me quedé mirándola. La sangre bombeaba a tal velocidad por mis venas que hasta me dolía. Necesitaba encontrar una pista que me asegurara que todo aquello era real. Necesitaba que la fuerza del deseo que de pronto sentía se hiciera tangible. La necesitaba a ella.

Decidido a llegar al fondo de la situación, cogí aire y subí la mano lentamente hasta su pelo para procurarle algo de calma. Ella cerró los ojos y dejó escapar el aire entre sus labios. A continuación deslicé los dedos por todo su cuello hasta alcanzar su clavícula. Sentí su piel estremecerse. Di un paso más hasta que todo mi cuerpo entró en contacto con el suyo.

Claire fue abriendo los ojos muy despacio, asimilando lentamente cada uno de mis movimientos.

—¿Qué haces? —preguntó confusa.

—Te toco.

Me acerqué aún más a ella hasta atraparla entre mi cuerpo y la puerta. Tuvo que recostar la cabeza hacia atrás para poder seguir mirándome a la cara, pero no se negó. Sus ojos brillaban entre asustados y nerviosos cuando alcé la otra mano y acaricié su hombro desnudo. Ninguno dijimos nada, pero sentí su pulso latir enloquecido a través de su cuello y poco a poco el bulto rígido de mi erección fue despertando en mis pantalones.

Llevé la boca a su cuello y lentamente solté mi aliento contra su piel. Toda su carne se puso de gallina. Era tan suave que ya solo podía pensar en estar enterrado dentro de ella. Succioné con delicadeza en la zona que quedaba debajo de su oreja y la oí gemir en mi oído.

—Neal...

Me separé un poco y sujeté su cara entre mis manos, acariciándola con mis pulgares. Nuestras bocas quedaron a un suspiro la una de la otra. Todo su cuerpo se tensó y se relajó a un mismo tiempo. Un intenso deseo nublaba sus ojos cuando los hundió en los míos.

—Quiero volver a besarte —susurré contra sus labios.

Parecía perdida cuando me devolvió la mirada.

—¿Por qué?

—Porque lo necesito —dije con voz profunda—. Y tú también.

Me miró. A pesar de que en sus ojos se leían cada una de sus dudas, se mordió el labio y deslizó las manos por debajo de mi camisa. Las tenía calientes y los músculos de mi espalda se contrajeron bajo sus dedos. Mi polla dio una nueva sacudida en mis pantalones.

La miré a los ojos y supe que ella lo deseaba tanto como yo. La química que circulaba entre los dos era innegable. No esperé ni un segundo más. Cubrí los escasos milímetros que nos separaban y deslicé mi lengua hasta encontrar la suya. Mi pecho se llenó de alivio al volver a sentirla. Como había pasado el día anterior, cuando nos besamos el mundo entero desapareció a nuestro alrededor. La realidad se esfumó llevándose cualquier cosa que importara. Solo quedamos nosotros.

Nos besamos de una manera mucho más desesperada de lo que habíamos hecho el otro día. Lamí su interior como si quisiera marcarlo para siempre y Claire se apretó todo lo que pudo contra mi cuerpo. Acarició mi espalda con sus pequeñas manos y clavó sus uñas en mi piel mientras su boca me exigía que le diera más de aquello.

Su lengua y la mía seguían los pasos una danza que se bailaba muy pegada. Todo un duelo húmedo de necesidad. Ambos gemíamos en la boca del otro. Nuestros sonidos se intensificaron cuando llevé las manos a sus nalgas y las colé por debajo de la falda del vestido. La calidez que emanaba su piel en aquella zona hizo que casi perdiera la cabeza.

—Haces que me tiemblen las piernas —dijo ella a través de la fiebre de nuestro beso.

No supe si era una invitación encubierta para que nos trasladáramos a cualquier otra parte, pero decidí tomarla por los muslos y cogerla a peso. Sus piernas me rodearon de manera automática y seguimos besándonos frenéticamente contra la puerta de su casa durante unos minutos más.

Cuando sentí que no podía aguantar, nos llevé a la mesa del salón y con cuidado la dejé allí. Volví a meter las manos debajo de su falda y sentí su carne arder mientras mis dedos exploraban. Me sentía como si estuviera atrapado en un poderoso sueño, con todo su cuerpo dispuesto para mí. Nos besábamos de manera casi enfermiza y sus dedos me tiraban del pelo con tanta fuerza que tenía que contenerme a cada segundo para no gruñirle como si estuviera desesperado.

La posibilidad de que aquel fuera un encuentro de una sola noche me aguijoneó el vientre, susurrándome que no me dejara nada dentro por si acaso no se repetía. Tenía miedo de no volver a tener la oportunidad de tenerla tan cerca. Con la sangre hirviéndome en cada capilar de mi sistema, subí las manos por su cuerpo y tiré hacia arriba para deshacerme de su vestido. Claire me dedicó una mirada embriagada y me ayudó a lanzar su ropa al suelo. Volvió a extender las manos en dirección a mi pecho y empezó a desabrochar los botones hasta arrancarme la camisa, que se unió a su vestido sobre la superficie de mármol.

Nos besamos de nuevo mientras le quitaba el sujetador y todo mi cuerpo se sacudió al contacto de mi pecho desnudo contra el suyo. La sentí temblar mientras acariciaba toda la piel que quedaba al descubierto y aspiré cada gemido que escapaba con fuerza de su boca.

Tracé un recorrido de besos húmedos por su cuello hasta capturar en mis labios uno de sus pezones. Claire ahogó un grito y se arqueó mientras mi boca seguía descendiendo por el otro pecho hasta llegar a su ombligo.

Mi mente había desconectado de todo raciocinio y se perdía entre su piel. Con un movimiento pausado, me puse de rodillas frente a ella y la agarré de las caderas, acercándola más a mí mientras mi lengua dibujaba la línea del tejido de su ropa interior. Cada centímetro de ella estaba terso y suave, y conforme avanzaba descubriendo nuevos rincones sentía cómo su piel se estremecía bajo mis labios.

Perdido como estaba en ella, extendí mis dedos por sus piernas. Los muslos le temblaron cuando los separé. Alcé la cabeza para mirarla.

—¿Quieres que pare? —le pregunté con voz ronca antes de perder la razón del todo.

La visión de Claire desnuda arriba de mí hizo que mi polla se agitara de tal manera que temí acabar antes de tiempo. Sus ojos azules, nublados por el deseo, me estudiaban con una expresión anhelante que jamás había visto en nadie. Todo mi cuerpo entró en llamas por la anticipación de lo que estaba a punto de hacer.

—No —dijo en voz muy bajita—. Quiero seguir.

Asentí despacio y metí dos dedos bajo sus bragas para deslizarlas a lo largo de sus extremidades. A continuación me acerqué más para colocar una de sus piernas sobre mi hombro derecho y besarle la suave piel del interior del muslo.

Todo su cuerpo se tensó. Antes de hundir mi lengua en su humedad separé sus pliegues y susurré:

—Quiero escucharte gritar.

Cuando por primera vez la acaricié y lamí su clítoris, ella soltó un suspiro cargado de electricidad al que le siguieron una serie de maldiciones que jamás había escuchado de su boca.

Volvió a agarrarme del pelo con fuerza y movió las caderas contra mis labios. Ver cómo temblaba y se deshacía junto a mí me parecía una sensación tan irreal que quise grabarla para siempre en mis recuerdos.

Seguí dedicándome a ello durante varios minutos gloriosos, perdido en el ritmo que imponía mi lengua acompañando sus jadeos. Me puse a morir. La entepierna me dolía de desearla tanto. Cuando por fin deslicé dos dedos en su interior, toda ella se tensó y apenas unos segundos después explotó en mi boca, haciendo que una sensación casi mágica recorriera a toda velocidad la longitud mi espina dorsal.

Lentamente me puse en pie de nuevo mientras me pasaba una mano discretamente por la boca. El pecho de Claire subía y bajaba a una velocidad preocupante. Todo su cuerpo estaba cubierto por un rubor que hacía su piel de porcelana mucho más hermosa.

Cuando estuve frente a ella de nuevo, extendió una mano para acariciar el vello que cubría mi pecho y dejó su boca a escasos milímetros de mi clavícula. El ambiente en el salón era demasiado intenso y el único sonido que se escuchaba era el de nuestras respiraciones enloquecidas.

—A la cama —murmuró de pronto con voz ronca—. Llévame a la cama.

La cogí en brazos y volvimos a besarnos desesperadamente durante el trayecto a su habitación. La situé con delicadeza sobre la colcha cuando llegamos y tardé medio segundo en colocarme sobre ella. Jamás habíamos estado tan cerca, pero de alguna manera nuestros cuerpos se reconocían. La besé con fuerza, dejándole claro que no habíamos terminado todavía. Quise decirle algo, algo como que había esperado durante años un paso como aquel, pero no pude. No me salían las palabras. Me sentía embriagado por la intensidad con la que iba sucediendo todo, y lo único en lo que podía pensar era en sentirla a mi alrededor.

Llevé la mano hacia el botón de mis pantalones y me deshice rápidamente de ellos. Claire me observaba atentamente mientras se esforzaba por controlar su respiración. Le dirigí una sonrisa mientras rescataba de mi cartera un preservativo que siempre llevaba encima. Ella se mordía el labio como si le costara asimilar que fuera yo la persona que estaba a unos segundos de devorarla entera. Ninguno podíamos creer que esto nos estuviera pasando a nosotros.

Desenrollé el látex a lo largo de mi miembro ante la curiosa mirada de Claire. Vi un atisbo de duda cruzar sus ojos, pero desapareció en un parpadeo. A continuación se movió sobre el colchón y separó lentamente las piernas, invitándome a instalarme entre ellas.

Me acerqué despacio y la besé con toda la suavidad que pude. Estaba demasiado excitado como para tomármelo con calma, pero para mí aquello no era sexo. Era necesidad. El tipo de necesidad física y emocional que te atraviesa cuando quieres unirte a otra persona. Quería que ella lo entendiese y que lo sintiera en su piel.

Me coloqué a la entrada de su cuerpo y tanteé la humedad que salía de allí. Me miró con los labios entreabiertos y me pidió sin palabras que tuviera cuidado. La volví a besar muy despacio. Si los cálculos no me fallaban, hacía seis meses que no se acostaba con nadie y casi toda su vida había estado con el mismo chico, así que para ella un paso así era importante. Me mordí la lengua para evitar decirle que nadie, nunca, jamás, la había deseado de la manera en la que yo lo hacía, y que solo por eso, lo que estaba a punto de ocurrir iba a ser una experiencia demasiado especial como para no ser recordada durante el resto de nuestras vidas.

Agarré mi pene con una mano hasta situarlo en su entrada y avancé unos centímetros con cuidado, consumiéndome por el fuego que poco a poco me envolvía. A continuación me detuve. Por ella. Por mí. Necesitaba unos segundos de distancia para no perder el control todavía.

—Sigue. Sigue —escuché que decía con voz temblorosa.

Empujé un poco más con las caderas y solté un alarido de placer que sacudió mi cuerpo entero.

—Ah, joder. Pequeña.

Seguí empujando hasta que todo su cuerpo se arqueó bajo el mío. Ambos gemíamos. Yo sentía que volaba. Empecé a acudir al encuentro de sus movimientos cuando sus caderas comenzaron a balancearse cada vez con más urgencia. Una vez y otra, hasta que nos acoplamos al mismo ritmo delirante. Sentí que me fundía dentro de ella. Llevó las manos a mi espalda y clavó sus dedos en mi carne, haciendo que una descarga impactara en mi vientre.

Desvié mi ojos a los suyos, que me miraban de una manera demasiado intensa. Interné mi lengua en su boca mientras mis caderas aumentaban la velocidad de sus embestidas. Se le escapó un grito sordo que yo acompañé con idéntica fuerza.

No dejé de tocarla en todo el proceso. Quería que se sintiese deseada y venerada porque eso era lo que yo estaba sintiendo a cada minuto. Éramos nosotros. Ella y yo. Las mismas personas que se habían hecho inseparables a lo largo de los años estaban fundiéndose el uno en el otro por fin. No quería devaluar en ningún momento la intensidad del gran cariño que había sentido por ella toda la vida. Para mí, lo que estábamos haciendo suponía llevar ese sentimiento más allá de los límites establecidos. Con nosotros llevábamos las sensaciones de los últimos años. No habían quedado olvidadas, sino integradas en esa nueva totalidad. Quería que ella también lo sintiera así.

Estuvimos perdidos en el ritmo de nuestros cuerpos unidos durante varios minutos perfectos hasta que la tensión de un orgasmo que está por llegar me nubló el cerebro. Dirigí mi pulgar a su entrepierna y le pedí al oído que se corriera conmigo.

Necesitaba que lo hiciéramos juntos. Sentí cómo su interior empezaba a apretarme con más fuerza y tras unos cuantos empujones de mis caderas ambos alcanzamos el clímax, en brazos del otro por primera vez.

Nos derrumbamos por completo y permanecemos en la misma posición unos minutos eternos. Salí de ella, hice un nudo al preservativo y lo dejé en el suelo. Decidí tumbarme a su lado y entrelacé sus dedos con los míos. Escuché su respiración cada vez más pausada. Llevó la otra mano a mi estómago y acarició mi piel mientras se acomodaba en mi pecho. Ninguno de los dos dijimos nada por espacio de varios minutos, solo compartíamos un cómodo silencio mientras nos deshacíamos en nuestra cercanía. Miré nuestras piernas entrelazadas sobre la colcha y sonreí cuando vislumbré a la luz de las farolas el tatuaje de una clave de sol que llevaba Claire en el tobillo derecho, como homenaje a su amor por la música. Besé su pelo con dulzura y poco a poco fui durmiéndome junto a ella.

Abrí los ojos un rato después, sobresaltado. No sabía si había llegado a dormirme del todo. Me giré un poco y escuché cómo Claire expulsaba con cuidado el aire de su boca. Tras un rato observándola, ella también abrió los ojos.

Nos miramos en la penumbra durante algunos segundos. Volví a sentir el deseo cabalgando a nuestro alrededor hasta situarnos más cerca. Le acaricié las mejillas con cuidado y ella entreabrió los labios, como una invitación. La miré a los ojos y me acerqué hasta encajar su boca con la mía. Tardamos pocos segundos en volver a devorarnos con ganas y alivio.

La besé con toda la desesperación e intensidad que me despertaba. Como si le hiciera el amor con mi lengua dentro de su boca. Ella recibía y devolvía, con tanta necesidad que por un momento supe que ella también sentía lo mismo que yo.

Cuando la escuché contener un gemido, me dije a mí mismo que no podía más.

—Quiero volver a estar dentro de ti —le susurré.

Ella recibió mi declaración con timidez y tiró de mis hombros para colocarme más cerca. No habíamos llegado a abrir la cama porque hacía demasiado calor, así que estábamos piel con piel. Completamente desnudos tras nuestro primer asalto.

Claire dirigió las manos a mi miembro endurecido y se frotó el clítoris con él. Jadeó y pensé que ambos terminaríamos en el acto. Agarré mi pene y lo deslicé por su hendidura unos centímetros más abajo, donde el calor de su sexo llamaba a mi piel a unirse con la suya. Avancé un poco más hasta que parte de mí estuvo dentro de ella.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, me retiré a desgana.

—Mierda. No tengo más preservativos —dije entre dientes.

Claire se tensó bajo mi cuerpo.

—Yo no tengo ninguno.

—Joder.

Me cagué en la puta. Había más formas en las que podíamos disfrutar el uno del otro, pero lo que yo necesitaba era poseerla de nuevo. Sentir que su cuerpo se mecía bajo el mío y que nos desatábamos a la vez mientras perseguíamos el orgasmo.

Claire se aclaró la garganta, y con voz oscura susurró:

—Igual no... No necesitamos.

Hice más fuerza con mis brazos para retirarme y poder verla mejor.

—¿Tomas la píldora?

Asintió despacio.

—Sí. Y estoy sana. —Hizo una pausa—. ¿Y tú?

La miré profundamente a los ojos.

—Sí. Si no, no estaría haciendo esto. Siempre me cuido, pero es que... Joder. Me lo pones muy difícil.

Claire soltó una risita, mordiéndose el labio. Parecía que aún le costaba procesar que fuera yo el que estaba encima de su cuerpo pidiéndole permiso para entrar. Sus caderas se revolviéron debajo de mí.

—Pues si quieres... —dijo tímidamente.

Me estremecí entero.

—Joder, claro que quiero. Me parece que no he querido nunca nada tanto.

Me incliné hacia abajo para besarla de nuevo. Esta vez fue ella la que alargó la mano para volver a sentirme dentro. Respiró profundamente mientras nos acoplábamos de nuevo y cuando estuve completamente dentro de ella ambos gemimos con fuerza. Le susurré al oído lo loco que me estaba volviendo y empecé a moverme de manera rápida. Ella contestó a mi demanda balanceando las caderas y besando mi cuello.

Todo su calor me rodeaba y mi mundo entero tembló de nuevo. No estaba preparado para una sensación tan intensa como la de sentir su fuego en contacto con mi piel. Tuve claro que se grabaría para siempre en mi memoria. Aquello que estábamos viviendo era algo demasiado íntimo entre dos personas como para poder ser olvidado en algún momento de la vida.

¿Debería haber pasado?

Me desperté a la mañana siguiente con el ruido de unos pasos que correteaban por la habitación. Abrí los ojos, pero la luz que entraba por las ventanas me molestaba demasiado, así que volví a cerrarlos. Escuché unos sonidos procedentes de la calle: coches cruzando las avenidas, gente alborotada desde primera hora de la mañana y bocinas enfurecidas acabando con la paz de la ciudad.

Parpadeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron a la claridad. Me incorporé un poco y me pasé las manos por la cara y el pelo, buscando desperezarme. Me di cuenta mientras lo hacía que una ráfaga de aire fresco se colaba por la ventana, poniéndome la carne de gallina. Estaba encima de una colcha color lavanda y ni una sola prenda cubría mi cuerpo. Estaba completamente desnudo.

Miré a mi alrededor y los recuerdos se desataron en mí en cascada. Una fiesta de cumpleaños. Un beso desesperado. Claire. Mi cuerpo y el suyo. Un amasijo de saliva, piel y necesidad.

Tomé una bocanada de aire y la busqué con la mirada. Seguía en su casa.

El dormitorio estaba ordenado. Era amplio y la pared del fondo estaba ocupada por un inmenso armario empotrado con un espejo que en ese momento me devolvía mi propio reflejo. Mientras buscaba por la cama mi ropa interior, Claire salió del baño que quedaba a mano izquierda. Ya estaba vestida, pero iba descalza y llevaba el pelo mojado. En su rostro se había dibujado una expresión acelerada y un ceño fruncido que se intensificó cuando vio que estaba despierto.

—Por Dios, tápate —exclamó cubriéndose los ojos como si le molestara mi visión.

Empezó a moverse por la habitación, cambiando varias cosas de sitio como si quisiera evitar encontrarse con mi mirada. Abrió la puerta corredera del armario y sacó unas sandalias y un bolso del interior.

Cuando se giró hacia mí por fin, yo la miraba con una mueca despistada.

—¿Claire?

—Claro. ¿A quién esperabas?

—¿Qué haces? ¿Qué ha pasado?

—¡Nos hemos dormido! Joder.

Arqueeé las cejas. Ella casi nunca decía palabrotas, quitando la noche anterior, cuando mi lengua enterrada en ella le arrancó varios gritos de placer acompañados de palabras malsonantes.

La miré intentando apartar de mis pensamientos la imagen de su cuerpo arqueado bajo el mío. Mi anatomía había despertado con una erección matutina y algo en la tensión que reflejaba Claire me decía que esa imagen no sería bien recibida.

Me agaché hasta recuperar mis calzoncillos del suelo. Me los puse rápidamente y me giré hacia ella.

—¿Qué hora es?

—Las siete y diez.

Suspiré aliviado.

—Aún queda un rato para que entremos —le dije poniéndome en pie para salir de

la cama—. Cálmate.

—¡No me pidas que me calme!

Pasó por mi lado para coger su reloj y dio un respingo cuando vio el preservativo anudado que habíamos dejado en el suelo la noche anterior.

—Ay, Dios —dijo por lo bajo.

Se agachó para cogerlo y lo llevó hasta el baño, donde el sonido metálico de una papelera me indicó que se había deshecho de él. Volvió a salir del aseo con la cara encendida y los ojos crispados. Me echó una mirada y se mordió el labio. Yo estaba de pie junto a la cama, solo vistiendo los boxers negros que llevaba la noche anterior.

Hizo un gesto exasperado y abandonó la habitación para recorrer el pasillo. Yo entré rápidamente al baño para echarme algo de agua en la cara e intentar arreglarme un poco el pelo. A continuación me puse los pantalones que permanecían a los pies de la cama y salí también en dirección al salón.

Allí encontré a Claire aún más acelerada que antes, desenchufando la lámpara que había junto al sofá y que habíamos olvidado apagar por la noche. Después dio dos zancadas en mi dirección y se detuvo en la mesa, donde se agachó para recoger toda la ropa que habíamos tirado al suelo.

—Ay, Dios —volvió a decir.

Se puso en pie cargando con su ropa interior, su vestido y la camisa de cuadros que yo había llevado. Dio dos pasos más y la estampó contra mi pecho, como si de pronto se encontrara furiosa conmigo.

—¡No deberías estar aquí! —gritó.

Yo, confundido por su comportamiento de esa mañana, agaché las cejas y la miré sin entenderla lo más mínimo.

—¿Qué dices?

Dejó la ropa hecha un gurrño sobre la mesa y se giró de nuevo para mirarme.

—¡Esto no debería haber pasado!

Joder. Tomé aire para intentar mantener la calma. Me pasé la mano por la nuca y me dije a mí mismo que esta era una de las reacciones que cabía esperar de Claire después de algo como lo de anoche. Cuando se siente vulnerable por algo, se esconde y saca las uñas para protegerse. Como cuando empezó a ser evidente que entre nosotros habían palabras pendientes, como cuando ocurrió lo de Vanessa, como ahora que las máscaras que nos disfrazaban manteniéndonos ocultos de la realidad habían caído al suelo, dejándonos desnudos frente al otro en todos los sentidos.

—Claire, por favor —dije dando un paso más en su dirección—. Pequeña, relájate.

Su expresión se volvió roja de rabia y apretó los dientes. Encima de todo no estaba dispuesta a recibir órdenes.

—¡Deja de pedirme que me relaje!

—Pues deja de comportarte así —espeté, perdiendo un poco la paciencia—. ¿Se puede saber qué demonios te pasa?

Se cubrió la cara con las manos y respiró hondo. Estaba convencido de que si el salón se hubiera quedado en silencio del todo podría haber escuchado su pulso galopando en su garganta.

Soltó el aire unas cuantas veces más y alzó la vista para mirarme.

—Necesito que te vayas —dijo en voz muy bajita—. No puedo pensar contigo

aquí.

Di un paso más y sin darle tiempo a protestar la tomé en mis brazos y la pegué a mí. Apoyé la barbilla en su cabeza al tiempo que la abrazaba y le acaricié la espalda. Noté cómo su pelo húmedo mojaba mi piel y cómo sus manos me buscaban aprovechando que aún no llevaba nada de ropa. La escuché tomar una respiración profunda que produjo un cosquilleo en mi pecho.

—Pequeña, pequeña... —susurré en su pelo.

Permanecimos abrazados unos pocos segundos. Acto seguido, se separó de mí. Se frotó los brazos como si intentara borrar mi huella de su piel y dejó escapar un suspiro que llenó cada rincón del salón.

—No, Neal. —Interpuso un brazo entre los dos cuando vio que me acercaba a ella de nuevo—. Lo digo en serio. Hazme caso. Por una vez en tu vida hazme caso.

—Pequeña, hablemos. No hay nada que no podamos solucionar hablando como dos personas civilizadas.

—Es que no quiero hablar nada. Quiero que volvamos a estar como antes sin necesidad de pasar por esto. Daría lo que fuera por volver atrás en el tiempo y que nada de lo que ha pasado las últimas semanas hubiera pasado.

Entorné los ojos, mirándola con desesperanza. Di un paso atrás y miré a mi alrededor como si acabase de despertarme y de darme cuenta de dónde estaba. Me parecía increíble la velocidad a la que estaba ocurriendo todo. No hacía ni doce horas que había venido a luchar por ella y ya la estaba perdiendo de nuevo.

—No lo dices en serio.

—Sí.

Vi que tragaba saliva y se pasaba una mano por el pelo húmedo. Sus ojos se dirigieron al suelo.

—¿De qué tienes miedo, Claire?

Negó una vez con la cabeza antes de retraer las cejas y componer una expresión seria.

—No tengo miedo, es que no es buena idea que persigamos algo que en realidad no existe.

Esas palabras me dolieron como si me hubiera clavado un pico muy afilado en el centro del pecho, pero hice un esfuerzo por controlar mis emociones. No me creía ni una sílaba de lo que estaba diciendo. No después de cómo nos habíamos buscado con el cuerpo la noche anterior.

—¿Y qué fue lo de anoche? —pregunté.

—Lo de anoche fue un error.

—¿Un error?

—Sí.

Sacudí la cabeza, tratando de que el zumbido que invadía mis oídos desapareciera cuanto antes. Notaba mi piel fría por el aire que entraba, por la humedad que había dejado su pelo en mi pecho y también por sus palabras.

—No fue un error —dije decidido—. Fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Neal, por favor... —suplicó.

—¿Vas a decir que para ti no significó nada? —dije enfadado—. Porque yo estaba allí. Sé tan bien como tú lo que significó.

Se quedó callada, frunciendo la frente con una confusión evidente. No sé qué se esperaba. ¿Que sus sentimientos hubieran pasado desapercibidos? Ni la mejor actriz del mundo podría fingir de una manera tan real la conexión que la une a otra persona. Nadie podía fingir la necesidad con la que su cuerpo necesitaba el mío, ni el anhelo desquiciante que percibí en sus ojos. Nadie puede enmascarar el sentimiento tan intenso que percibí en sus besos.

—Escúchame, pequeña. Nunca he sentido nada como lo que sentí anoche estando contigo. De verdad que no. Nunca. No puedes decirme que para ti no fue lo mismo, porque no te creeré.

Abrió la boca para contestar pero vaciló. Hice una pausa en la que me dediqué a observar sus ojos, que me miraban empañados en un mar de dudas que la mantenían perpleja.

—Sé que tienes miedo —continué diciendo—. Sé que estás asustada porque todo es demasiado nuevo, demasiado intenso, demasiado arriesgado... Pero escúchame, Claire. Yo voy a estar aquí para ayudarte a dejar de tener miedo. Conmigo no tienes nada que temer, te lo juro.

Cerró los ojos y tragó saliva mientras intentaba calmarse a sí misma. Vi con claridad la angustia que reflejaba su rostro por más que yo tratara de erradicarla por completo.

—¿Necesitas un poco de tiempo? —pregunté, agachándome un poco para mirarla a los ojos—. ¿Es eso? Dime qué necesitas y te lo daré.

—Lo que necesito es que dejes de presionarme —dijo con voz seria.

Retrocedí un paso de manera instintiva.

—No te estoy presionando.

—Sí. Sí lo haces. Primero obligándome a tener una conversación que de sobra sabía que no quería tener, segundo besándome en medio de la calle y tercero plantándote aquí con tu maldito corcel blanco como si fueras mi salvador. Y ya para rematar... —Con la cabeza, señaló torpemente la mesa del salón donde la noche anterior había devorado su cuerpo—. Eso. Ya sabes.

—Cualquiera diría que te forcé a hacerlo —contraataqué.

—¿Qué?

—Que no sé qué mosca te ha picado esta mañana, pero no me pareció que anoche estuvieras en desacuerdo con nada de lo que ocurrió.

Contuvo una carcajada seca.

—No sabía que detrás de Neal el amable se escondía alguien tan arrogante...

Eso me hizo sonreír a mí, pero fue una sonrisa cargada de amargura, sin un mínimo atisbo de diversión o naturalidad.

—No soy arrogante. Estoy señalando una obviedad. ¿O es que acaso me equivoco?

Respiró hondo varias veces seguidas y cruzó los brazos a la altura de su pecho, mirándome de soslayo pero evitando entrar en contacto con mis ojos. Casi pude ver las imágenes de la noche anterior cruzar por su cabeza.

—Mira, Neal, te lo voy a decir muy claro. Yo no estoy aquí para cumplir las fantasías que tienes montadas en tu cabeza.

—No tengo ninguna fantasía.

—Sí, sí la tienes —respondió con crudeza—. Te has creído una especie de historia en la que acabamos juntos y pongo fin a la soledad que en el fondo siempre has sentido. Tienes una visión idealizada de mí que no existe, y no me corresponde a mí cumplir tus expectativas. No soy perfecta ni soy tuya ni mi función en la vida es cuidar de ti por mucho que me guste cuidar de todo el mundo. Mézetelo de una vez en la cabeza.

Sentí como si el corazón se me hubiese congelado. Un dolor seco y sordo se me clavó en lo alto del pecho y se me fue extendiendo por las costillas hasta alcanzar mi vientre. La voz perdió fuerza en mi garganta.

—No esperaba un golpe tan bajo de tu parte.

Sus ojos se empañaron, pero parpadeó varias veces para que no me percatara. Cubrió su rostro con una fina pátina de indiferencia y cuadró los hombros. Me costaba identificar a esa mujer tan fría que tenía delante con la dulce Claire.

—Te lo he dicho. No soy perfecta.

—Nadie quiere que lo seas —le aseguré—. Solo lo esperas tú.

Pasamos varios minutos en los que sentí que el aire se espesaba y que el silencio pesaba tanto que nos obligaba a encogernos.

—¿Vas a irte? —preguntó poco tiempo después de mi última intervención.

—Sí... —dije apretando con fuerza la camisa que tenía entre los dedos—. Sí, tranquila que ya me voy.

Me la puse rápidamente, con dedos torpes, y me dirigí sin mirarla hacia su habitación. Allí recuperé los zapatos y poco después crucé la puerta de su casa, dispuesto a que la calle me mantuviera lejos de ella y me guardara de decirle unas cuantas verdades.

El día en el trabajo fue horrible. Estaba incómodo en todos los sentidos. Me hacía falta una ducha que borrara de mi cuerpo el olor de Claire. Me hacían falta horas de sueño después de haberme pasado la mayor parte de la noche enterrado en ella. Me hacía falta un poco más de mente fría para no acabar volviéndome loco.

Apenas pude concentrarme en todo el día. Estaba destrozado, tanto física como emocionalmente. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba a Claire meciéndose bajo mis caderas. Su boca acudiendo a la mía desesperada, los sonidos que hacía para contener la excitación. Cuando los abría, la veía gritándome. Con expresión de arrepentimiento y los ojos rojos por esa rabia que era incapaz de gestionar y que en realidad iba dirigida contra ella misma; con palabras duras que se lanzaban contra mí como misiles de combate que buscaban alejarme y dejarme fuera de juego.

Llegué a casa a mitad de la tarde con el ánimo por los suelos y el ceño fruncido. Con la desidia trepando por mis huesos y supurando como una herida muy antigua.

Encontré a Matt sepultado entre papeles en la mesa del salón. Había una taza de café casi vacía. Levantó la vista hacia mí cuando me dejé caer en una de las sillas.

—¿Tú no llevabas esa ropa anoche? —preguntó con la frente arrugada.

Me recliné hacia delante y me froté los ojos con las palmas de las manos.

—Está muy observadora esta tarde, señorita Lee —contesté de manera sarcástica.

Matt entornó los ojos hasta convertirlos en una franja verdosa que me miraba con censura.

—No me toques los huevos.

Lo miré de reojo y chasqueé la lengua.

—Voy a darme una ducha —dije.

—¿Dónde has dormido?

—Voy a darme una ducha.

Apartó los papeles que quedaban frente a él y apoyó los codos en la mesa de madera que nos separaba. Su mirada dura e insoldable me taladró las retinas sin sutileza, al más puro estilo Matt.

—Mira, tío —dijo con un tono que no admitía juegos de ningún tipo—. Estoy imaginando muchas cosas en este momento y me estoy poniendo nervioso. Así que empieza a hablar de una jodida vez.

Me mordí los labios por dentro. Ni iba ser fácil engañarlo ni estaba seguro de querer hacerlo.

—Está bien. Hablaremos ahora. Deja que vaya al baño primero.

Me pasé la mano por la nuca y me puse en pie. Empecé a andar en dirección a mi habitación, pero la voz de Matt me detuvo en el proceso.

—Te has acostado con ella, ¿verdad? Te has acostado con Claire.

Me giré con una expresión de hastío en mi cara. Me sentía tan cansado en ese momento que no fui capaz de contestar una pregunta tan directa como aquella.

—Joder. Joder. ¡Lo sabía! ¿Estás enfermo?

Volví a frotarme los ojos, esta vez con más ímpetu, para ver si conseguía deshacerme de todos aquellos pensamientos que fatigaban mi mente.

—Mira, si quieres que hablemos del tema vas a tener que relajarte un poco, ¿de acuerdo? Dame diez minutos. —Reanudé el paso hasta llegar a mi habitación—. Tómate una tila mientras.

Me tomé mi tiempo para ducharme. Puse el agua todo lo caliente que pude soportar y apoyé la cabeza en los azulejos, mientras dejaba que por el desagüe desapareciera aquella estela de resentimiento y decepción que no quería arrastrar conmigo de ahí en adelante. Claire era la luz de mis días. El centro de todas las cosas que me gustaban a mí de la vida. Pero estaba dolido con ella, y no pensaba dejarlo pasar a la primera de cambio.

Salí del baño con un pantalón corto, una camiseta vieja que usaba para estar por casa y el pelo húmedo derramando algunas gotitas por el suelo. Matt me estaba esperando en el sofá con una mirada algo ansiosa y una pierna doblada sobre la otra, a la altura del tobillo.

Cuando tomé asiento a su lado, me miró.

—¿Qué ha pasado?

—Es una historia muy larga.

—Da igual. Tengo tiempo.

—¿No habías quedado?

—No. He cancelado lo que tenía. Me quedo de niñera.

Sonreí para mí. Jodido Matt. Qué suerte tenía de tenerlo en mi vida, por mucho que suene raro una frase así en boca de un tío. Matt era pesado. Ruidoso. Extremadamente sincero. Sarcástico. Un tocapelotas de campeonato. Pero era leal y muy buena persona. Jamás dejaría tirado a uno de los suyos si percibía que sufríamos.

Había sacado un par de cervezas que nos esperaban en la mesa del centro. Supuse que era su versión de una tarde de chicas entre revistas de cotilleo y confesiones íntimas. Cogí el botellín, que todavía se conservaba fresco, y di un largo trago.

A continuación procedí a contar todo lo que había estado pasando desde mi punto de vista. Las múltiples salidas. Las confesiones. Los mensajes. La borrachera el día de la fiesta. Los momentos de tensión derivados de aquello. Y, después, mi decisión de dar la espalda al asunto. Lo de Vanessa, la discusión en el restaurante, un beso en la calle, una noche entre sus piernas. Le hice partícipe de cómo había ido viviendo cada reacción de Claire y de cómo me había sentido yo en cada paso del camino. Le hablé de la noche que habíamos pasado juntos y de cómo se había comportado esa mañana.

Intenté trasladarle la información con toda la objetividad que pude para que en su cabeza se crease una imagen lo más fiel posible a la realidad. Cuando acabé, Matt me observaba con los ojos muy abiertos y una mueca de estupor en la cara. Podía afirmar sin tener que preguntarle que lo que más le confundía era que hubiéramos sido capaces de llevar aquello nuestro tan lejos, deshaciendo cada patrón previo y rompiendo barreras que estaban ahí por una razón.

—Joder... —repitió por tercera vez cuando acabé—. Joder... ¿Y ahora qué?

Dejé la cerveza que todavía no había soltado en la mesa y me eché para atrás en el asiento.

—Me siento decepcionado —declaré.

—¿Por su actitud?

—Por su actitud, porque se está engañando a ella misma, por cómo me ha tratado esta mañana. Por todo en general.

Matt asintió lentamente y desvió la vista al techo, como si ahí se encontrara la respuesta a todas sus preguntas. Hizo un gesto reflexivo.

—¿Por qué se ha puesto así? No lo entiendo. Ella no es así.

—Está asustada —dije, cada vez más afianzado en esa idea—. Cree que vamos a estropear nuestra amistad y que vamos a perdernos el uno al otro.

—¿Y tú qué piensas?

—Que es imposible que Claire me pierda.

—¿No crees que habéis llevado esta historia demasiado lejos? —Me observó hasta que le devolví la mirada y prosiguió—: ¿Hablar todos los días? Vale. ¿Quedar solos cada dos por tres? Vale. ¿No tener claros los límites de lo vuestro? Bueno. ¿Follar como descosidos una noche entera? Cruzar una línea de no retorno.

—No hemos follado como descosidos —rebatí. La explicación de los hechos era bastante más compleja como para ser reducida a un simple acto físico.

—¿No has dicho que estuvisteis toda la noche?

—Me refiero a que no lo hemos hecho por deporte. Al menos yo. No me acosté con ella porque me pusiera cachondo. Me acosté con ella porque me di cuenta de que la necesito a todos los niveles. No la veo como una mujer, ni como a una amiga, ni como las dos cosas a la vez. Es... El todo es mayor que la suma de las partes en este caso.

—¿El todo es mayor que la suma de las partes? ¿Pero qué chorrada estás diciendo?

—Que no veo a Claire como una amiga ni como una mujer con la que quiero

acostarme. Ni siquiera como a una amiga a la que me gusta tirarme. Es más que la suma de esas dos versiones de ella misma. Claire es una persona que me gusta a todos los niveles. Me gusta su forma de ser, de sentir y de ver las cosas. Y cuando pienso en estar con ella la imagino conmigo en todos los planos de mi vida. Incluido el sexual, porque nos aporta una conexión que con ella me resulta tan necesaria como saber cómo ha ido su día. Claire me llena, Matt. Siento que me completa.

Mi amigo me observaba con los ojos muy abiertos y la boca dibujando una pequeña O.

—Dios. Estás enamorado de ella.

Bufé sin poder evitarlo.

—No lo sé.

—No era una pregunta, tío.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire hasta fundirse con el silencio. El ambiente se espesó tanto que respirar se me hizo cuesta arriba. Yo quería a Claire de una manera absoluta. ¿Dónde se encontraba el punto en el que convenía etiquetar ese tipo de amor para pasar a hablar de enamoramiento?

Matt carraspeó a mi lado y se llevó una mano a la mandíbula.

—¿Quieres un consejo?

Asentí, mirándolo fijamente.

—No la presiones. Déjala decidir. No le digas que vas a estar ahí para ella... Demuéstraselo. —Se rascó el cuello, como si algo allí le estorbara—. Intenta... Intenta no cagarla, ¿vale? No hagas que le resulte incómodo estar a tu lado o si no todos nos veremos perjudicados por esto. Sobre todo ella. Si realmente no está en el mismo punto que tú... déjala ir.

—Es que estoy seguro de que ella se siente como yo, Matt. Si no, no estaría insistiendo.

—Respóndeme a algo. Si ella no quiere sentirse como se siente, si no va a actuar en consecuencia... ¿Qué más da lo que sienta? El resultado va a ser el mismo.

—Creo que necesita tiempo.

—Igual el que necesita tiempo para asumir que jamás llegaréis a más eres tú. Piénsalo.

Dicho esto, me dio una palmada torpe en el hombro y se puso en pie. Fue a la cocina a por más cerveza y me dejó dándole vueltas a esa idea.

El resto de la semana no fue mucho mejor. No había vuelto a saber de Claire. No tenía esperanzas reales de que ella se pusiera en contacto conmigo, y yo tampoco iba a hacerlo cuando sus palabras del otro día aún me escocían en la piel. Necesitaba pensar en todo lo que había ocurrido para construir argumentos sólidos con los que volver a enfrentarla.

El jueves y el viernes los pasé enteros en el trabajo. A ratos intentando sacar todas las tareas pendientes y a ratos reflexionando sobre todo lo que estaba pasando en mi vida. Intentando poner orden en el desbarajuste de pensamientos que embotaban mi cerebro y llegar a conclusiones que me liberaran de ciertas cargas.

El viernes a última hora decidí cerrar alguno de los asuntos que tenía pendientes y que no quería que acabara convirtiéndose en un lastre: Vanessa. Hacía una semana

desde que salimos a cenar y no había vuelto a saber nada de ella. Puesto que fue ella la que tomó la iniciativa en el asunto, suponía que dar el siguiente paso debía salir de mí.

Cogí el ascensor a la hora que calculé que saldría y me quedé esperando en el descansillo de su planta a que apareciera. Cinco minutos más tarde la vi llegar, con una coleta alta que despejaba su cara y esa expresión serena que tanto me gustaba. Solté un suspiro y deseé que las cosas hubieran podido ser de otro modo.

Cuando estaba a pocos metros de mí, sus ojos me percibieron y curvó las comisuras de sus labios discretamente hacia arriba.

—Neal. Hola.

—Hola —dije sonriéndole pero con gesto serio—. Me gustaría hablar contigo un momento.

Le ofrecí que nos dirigiéramos a una cafetería cercana a nuestro edificio y ella aceptó. Por la expresión que yo lucía, imaginé que se estaba haciendo una idea de lo que iba a decirle. Aun así, no dejó de mostrarse amable.

Después de que nos trajeran los cafés, le dije que lo nuestro no funcionaría. Le confesé que lo había pasado muy bien la otra noche con ella pero que estaba enganchado a otra persona. Ella no mostró signo alguno de sorpresa, pero se mostró comprensiva mientras me sinceraba. Le dije que si la hubiera conocido unos meses antes no la habría dejado escapar, pero que actualmente pensaba demasiado en otra como para ser bueno para ella.

—Gracias por ser un buen tío —me dijo con una sonrisa cuando terminé de explicarme—. La mayoría hubiera esperado a que captara la indirecta.

—No es mi estilo —contesté encogiéndome de hombros.

—Es una pena que no hayamos coincidido en el mismo punto al mismo tiempo. Me habría gustado conocerte mejor, Neal Cooper.

Sonreí con una expresión de lástima sincera.

—Yo también pienso que es una pena.

Después de haber cerrado el capítulo de Vanessa, me sentí algo mejor conmigo mismo. Al menos no me sentí tan hipócrita. No me gustaba el elemento discordante en el que se había convertido ni en cómo de manera inconsciente la había utilizado para que Claire abriera los ojos. Una vez que dejé atrás aquello, pude centrarme en pensar cuál podía ser mi siguiente movimiento.

Aunque parte de mí estaba segura de que en el fondo Claire tenía clara la verdadera naturaleza de lo nuestro, no quise perder de vista algunas de las palabras de Matt. Como que no me servía de nada estar seguro de lo que ella sentía si no pensaba actuar en consecuencia. O que tenía que mantener en mente la posibilidad de que jamás llegaríamos a nada, porque era un final bastante probable.

Lo primero era tragarme mi orgullo después de su ataque verbal de la última vez y volver a verla cara a cara. Sus palabras habían penetrado en mi piel como dardos envenenados e iba a costarme olvidar el efecto que me habían producido. Pero tenía que hablar con ella. Necesitaba darle una última oportunidad para responder a las preguntas que me hacía. Si de verdad iba a darle la espalda a nuestra historia, necesitaba volver a escuchar cómo me lo decía mirándome a los ojos.

El sábado por la mañana, después de una carrera de casi quince kilómetros por el

centro de Brooklyn, llegué a mi casa, me di una ducha y cogí el móvil que había dejado cargando. Había mensajes de algunos amigos proponiendo planes para ese fin de semana, pero ni rastro de Claire, como era habitual en los últimos días.

Cogí aire y sin muchas esperanzas de éxito tecleé: <Me gustaría hablar contigo. Solo te robaré unos minutos y después podemos no hablar nunca más del tema>.

Me vestí, puse la ropa a lavar y, cuando ya estaba a punto de plantearme llamarla para no perder más tiempo, recibí su contestación: <¿En mi casa en una hora?>.

Entré en casa de Claire sintiendo el peso de todos los suspiros y palabras pronunciadas la noche del martes sobre mis hombros. Había música de fondo. Sonaba *Everybody hurts*, de R.E.M., uno de mis grupos favoritos. Me pregunté si querría decir algo con aquello. Ella me miraba con sus grandes ojos especialmente azules y una mueca de incomodidad en su rostro.

—Hola.

—Hola.

Se hizo un lado para dejarme entrar y traté de no darle demasiada importancia al estremecimiento que recorrió su cuerpo cuando la rocé al pasar por su lado.

Caminamos hacia la zona del salón. Escuché sus pasos dubitativos detrás de mí mientras avanzábamos por la estancia. Me dejé caer en el sofá y ella tomó asiento en su butaca color azul cielo. Apenas éramos capaces de mantenernos la mirada durante más de cinco segundos seguidos. Ella retorció los dedos de sus manos en su regazo y yo miraba al suelo intentando encontrar el nervio suficiente para poner sonido a las palabras.

—Tú dirás —dijo ella nerviosamente tras un rato de incómodo silencio.

—¿Tú no tienes nada que decir?

—Creo que más o menos ya lo he dicho todo.

«Empezamos bien», pensé. Me revolví el pelo y tomé aire profundamente.

—El otro día te pasaste. —Abrió la boca para interrumpirme, pero alcé una mano para que me dejara seguir hablando—. Espera, ya sé que te sentiste presionada, pero dijiste cosas muy feas.

Se mordió el labio y compuso una genuina expresión de remordimiento.

—Ya lo sé. Y te pido perdón por todo lo que dije. Lo siento mucho. No debí haberte atacado de esa manera.

—Me hiciste daño. No tenías ningún derecho a decir las cosas que dijiste.

—Lo sé. Perdóname, de verdad. Estaba tan nerviosa que no sabía qué decir para que te callaras. Fue un golpe bajo que no dice nada bueno de mí y que además no te merecías. Siento no haber sabido llevar mejor la situación. La presión del momento sacó lo peor de mí. Lo siento mucho.

La manera en la que sus labios pronunciaron esas palabras me hicieron ver que era sincera en sus disculpas. Observé sus ojos, más húmedos que momentos atrás, y el leve temblor que sacudía sus manos. Claire es una buena persona, pero le faltan herramientas para gestionar aquellas situaciones en las que se siente indefensa. En el fondo sabía que, de haber sabido hacerlo mejor, jamás habría pronunciado esas palabras.

—Bien —dije tajante.

—Bien —repitió ella.

Nos volvimos a quedar en silencio. Cerré los ojos. Si me concentraba, a través de la música aún podía escuchar los sonidos que se nos escaparon la otra noche cuando nos besamos en esa misma estancia. Podía sentir la necesidad en nuestra piel y nuestras respiraciones entrecortadas. Tenía que averiguar si realmente debía olvidarme de aquello.

Abrí los ojos y, con el entrecejo arrugado, la miré intensamente en busca de una respuesta.

—¿Qué es lo que quieres, Claire? Quiero que mires en tu interior y que seas sincera. Contigo misma y con los dos.

Exhaló con lentitud y desvió la vista al techo. Cuando volvió a mirarme, sus ojos parecían decididos a darme una respuesta que de antemano sabía que no me iba a gustar.

—Quiero... Que nada de esto hubiera pasado.

Asentí lentamente con la mirada fija en mis rodillas. No parecía que hubiera engaño en esa declaración.

—Lo siento, pero es la verdad.

Volví a asentir con lentitud. Tragué saliva.

—¿Cuándo crees que empezó a torcerse todo? —pregunté.

—Cuando nuestra amistad dejó de ser lo más importante —contestó ella en un susurro.

—Esa respuesta no me vale porque para mí no ha dejado de ser lo más importante. Nuestra amistad será siempre lo primero.

Hizo un gesto afirmativo y volvió a apartar la vista. Vi cómo se mordía los carrillos por dentro, como si estuviera conteniéndose a sí misma para no dar una nueva respuesta. Se toqueteó las uñas de las manos y dio unos toquitos al suelo con los pies. Finalmente cogió aire y dijo:

—Entonces supongo que fue cuando te pedí que vinieras conmigo a la fiesta —reconoció—. Sé que fui yo la que abrí la caja de los truenos, pero jamás creí que fuera a traernos consecuencias tan... intensas.

—¿No te has planteado que todo esto ha pasado por una razón? Esas... consecuencias que dices no es algo que haya ocurrido de la noche a la mañana. Tal vez siempre ha estado ahí y nunca hemos querido mirar.

Esa respuesta no le gustó. Lo supe por cómo se tensaron sus hombros y por la mueca defensiva que se dibujó en su cara. Empezó a negar con la cabeza.

—No digas eso. En serio, no tiene ningún sentido. Que sintiéramos algo cuando nos conocimos no quiere decir que llevemos seis años sintiéndolo.

—¿No crees que esas sensaciones han estado dormidas y que acaban de despertar gracias al tiempo que hemos pasado juntos?

—No. Es solo confusión.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque no puedo sentir algo por ti cuando sigo enamorada de Aaron.

Aquello fue como un jarro de agua helada derramándose por mi espalda. Mis ojos se abrieron. Sus palabras habían sido rápidas, duras, concretas. No había habido ni una pizca de vacilación en su respuesta. Parecía que las tenía guardadas el tiempo suficiente como para que su solidez me impactara como un golpe en el estómago.

Carraspeé, tratando de ocultar el dolor de mi voz.

—¿Sigues enamorada de Aaron?

Asintió con firmeza.

—Sí.

Entorné los ojos, pero ella escapó de mi mirada. No. No podía ser.

—Estás mintiendo.

—No.

—El otro día dijiste...

—Sé lo que dije —me cortó—. He dicho muchas cosas que pueden sonarte contradictorias, soy consciente. Mi cabeza ha sido un caos las últimas semanas, pero después de lo que ocurrió la otra noche... he estado pensando mucho. He llegado a varias conclusiones. Que aún quiero a Aaron es una de ellas. Que esté superando nuestra ruptura no significa que haya dejado de quererlo.

Tragué el sabor de algo muy ácido que había llenado mi boca. No entendía nada.

—Dijiste que estuviste cinco años con él y que nunca te sentiste como te sientes conmigo.

Claire cerró los ojos, suspirando.

—Sí, lo dije. —Hizo una pausa en la que se miró los dedos de las manos con un interés mal disimulado—. Pero no significa lo que crees que significa.

—¿Y qué creo que significa, según tú?

Tardó unos segundos en contestar y, cuando lo hizo, se encogió de hombros y simplemente dijo:

—Lo que me pasa contigo es más complicado que lo mío con Aaron porque tú y yo somos amigos. A eso me refería.

Fruncí el ceño. ¿De verdad había querido decir eso? Ella sabía tan bien como yo que no, por eso no me miraba. No cuadraba para nada con la situación en la que esa frase fue pronunciada. Quise zarandearla y obligarla a afrontar la verdad, pero entonces me fijé en su mirada perdida y supe que en ese momento sería inútil.

Me pasé los dedos por la cara y por el pelo y los deslicé hasta que se juntaron a la altura de mi nuca. Todo mi cuerpo bullía de desesperación y sentimientos encontrados. Me incliné hacia delante y sin más supe que quería salir de esas cuatro paredes. Parte de mí quería pensar que lo que le pasaba, principalmente, era que tenía miedo. Le asustaba la intensidad de lo que había entre nosotros, dos amigos que, de pronto, eran algo más. En cambio, la otra parte se inclinaba a creer sus palabras. Que de verdad quería a Aaron. Que la culpa era mía, porque había llevado las cosas demasiado lejos en mi insistencia por obligarla a abrir los ojos. Y si era esa segunda parte la que resultaba tener razón... tenía que ponerme manos a la obra y superar todo lo que había estado sintiendo los últimos meses. Debía aceptar que lo único a lo que podía aspirar era a una amistad con ella. Tenía que recuperar el control de mis emociones y volver al punto en el que estaba antes de que todo se descarrilara.

—Está bien —dije en medio de un carraspeo—. Si quieres que hagamos como que no ha pasado nada, eso haremos. Olvidaremos lo que ha ocurrido.

Claire dejó escapar el aire, aliviada. Enredó un dedo en su pelo mientras me miraba.

—Gracias.

—En fin, lo mejor será que me vaya.

—Vale, pero... ¿Qué va a pasar a partir de ahora? Entre nosotros, quiero decir. ¿Cómo debemos actuar?

Me encogí de hombros.

—El tiempo lo dirá.

El tono de mi voz pintó en su cara una mueca mortificada que terminó de descolocarme.

—De acuerdo —susurró.

—Seguiremos siendo amigos, si eso es lo que te preocupa. Tal vez no de la misma manera, pero...

—¿Por qué no de la misma manera?

—Porque mi verdad y la tuya son muy distintas. —La miré de reojo—. Son demasiado distintas.

Me pareció que sus ojos se humedecieron un poco más y a mí me dieron aún más ganas de salir de allí. Si se echaba a llorar me moriría de rabia e impotencia.

—¿Vas a dejarme?

—No voy a dejar de ser tu amigo, Claire. Seguiré estando en cada plan conjunto, en cada domingo en The New... No voy a arriesgar nuestra amistad, pero necesito tiempo para volver a estar contigo a solas viendo una película o dando una vuelta o hablando hasta las tantas de la madrugada. Tienes que entenderlo.

Ella desvió la mirada al suelo, dolida, y yo me puse en pie. Caminé hacia la puerta seguido de ella, que guardaba una distancia prudencial. Volvimos a mirarnos a la cara cuando estuvimos parados frente a la puerta.

Sus ojos azules me miraron ardientes.

—Está bien —dijo molesta de pronto—. Si eso es lo que quieres... Haz tu vida, que yo haré la mía.

—¿Pero por qué te cabreas? Creía que lo que querías era un poco de espacio. Te juro que cada minuto que pasa te entiendo menos.

—¿A mí? ¿Y tú? Dices que nuestra amistad es lo primero pero no quieres que las cosas sean como antes.

—Quiero que sean como antes, pero por el momento es imposible que lo sean. ¿Cómo no te das cuenta de eso?

Nuestras miradas se encontraron. Salieron chispas en dirección a todas partes del salón y parte de mí quiso cogerla a la fuerza y besarla para tirar por tierra cada uno de sus argumentos. Pero no lo hice. Me quedé observando cómo su pecho subía y bajaba a causa de su respiración forzada.

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás, con gesto perturbado. Se sentía dolida por la distancia que yo pretendía imponer de ahí en adelante. La hacía ponerse a la defensiva de nuevo.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Lo que hacíamos antes nos confunde. Lo mejor es que lo eliminemos de nuestras vidas.

—No he dicho que quiera eliminarlo. He dicho que necesito tiempo.

—¡Es lo mismo! Nos ha costado años llegar al punto en el que hemos estado estos meses, si ahora nos distanciamos... Tú ganas. Volveremos a eso.

—Estás siendo injusta.

—No, estoy poniéndotelo fácil.

Negué con la cabeza. Creía que la echaba de mi vida cuando lo único que yo quería era protegerme a mí mismo y salvarnos a ambos. Sentí la tensión tomar el control de todo mi cuerpo. Tenía que irme. «Mujeres. ¿Quién narices las entiende?».

—Como quieras, Claire. Haz lo que quieras, ¿de acuerdo? Ya hablaremos.

Fue lo último que dije antes de salir de su casa. Iba a darle espacio. Iba a permitirnos a los dos fingir que nada había pasado. Iba a darle la oportunidad de que eligiera qué papel quería que yo jugara en su vida y, cuando volviera a querer algo más de mí más allá de unas charlas en grupo, podía venir a buscarme. Solo que no contaba con que pasarían meses hasta que lo hiciera.

11 ¿Balance?

Si me hubiera sentado a hacer balance de mi vida en ese momento, no me habría gustado el panorama. Probablemente habría sido una conclusión injusta, porque a simple vista las cosas me iban bien. Tenía un buen trabajo, un buen sueldo y buenos amigos. Tenía un piso de puta madre en la zona emergente de la ciudad. Mis padres gozaban de buena salud y estaba completamente adaptado a mi modo de vida. Pero estaba en vías de perder a una de las personas más importantes para mí. Y no perder en un sentido absoluto, sino que nuestra relación se iba a transformar hasta que solo quedasen los ecos de lo que fuimos, perdiendo también por el camino todo lo que podíamos llegar a ser. Hay fantasmas que te hacen sentir más vacío que un adiós definitivo.

El sábado lo pasé entero en mi casa sin hablar con nadie. Matt estaba fuera por trabajo y me vino bien para estar solo.

Vi varios documentales que tenía en mi lista de pendientes para intentar no pensar. Hice varias series de abdominales en el salón, pedí comida a domicilio y a eso de las ocho de la tarde, cuando el sol ya no quemaba, salí a correr hasta destrozarme los pies.

Nada de eso fue suficiente para dormirme temprano. Me dieron la una, las dos y las tres enredado en las sábanas de mi cama. Con cada respiración profunda, inevitablemente Claire acudía a mi cabeza. La conversación de esa mañana en su casa estaba latente en mi cerebro, por mucho que yo me esforzase en poner el foco en otras cosas.

Me sentía tan confundido que me costaba encontrarle sentido a la mayoría de ideas que pasaban por mi cabeza. La culpaba a ella. Por sus incoherencias, por su negativa a mirarme a los ojos la mayoría de veces que abría la boca, por la frialdad con la que afirmó que seguía enamorada de Aaron.

No era tan engreído como para pensar que ella ya no sentía nada por él. El chico había sido su pareja durante cinco largos años. Por supuesto que aún sentía cosas. ¿Pero en qué lugar me dejaba a mí eso? Tal vez ella no estaba en el punto en el que yo me encontraba, pero la explicación de la situación era más compleja que decir que no sentía nada por mí porque aún amaba a otro.

Mi mente escapaba a la mínima de cambio a los recuerdos de la otra noche cuando su cuerpo bajo el mío nos hizo volar. No sabía qué hacer con ese sentimiento de nostalgia que me despertaba saber que había sido un encuentro aislado, y más sabiendo que Claire no era precisamente chica de una sola noche. Si había llegado tan lejos conmigo, había sido impulsada por algo más que una mera necesidad física. Cada minuto que pasaba estaba más seguro de ello, pero ¿por qué me mentía?

El domingo me levanté casi a la hora de la comida, sintiendo como si mi cuerpo hubiera despertado de una resaca infernal. Me dolía la cabeza y todo el cuerpo. Tenía una desagradable sensación de vacío en la boca del estómago y estaba nervioso por ver a Claire esa tarde en The New.

Sabía que ella no volvería a faltar a la cita semanal después de haber huido la semana anterior. Ahora que lo más seguro era que todos estuvieran al tanto de lo que

había pasado entre nosotros no iba a arriesgarse a ser tachada de cobarde.

Cuando Matt y yo entramos a The New las chicas ya estaban allí. Liv con cara de ensoñación, Christina riéndose de ella y Claire con la mirada perdida mientras fingía escucharlas. Sentí un tirón en el estómago al verla, pero intenté no mirarla directamente.

Nos sentamos en la mesa. Yo tomé asiento al lado de Christina y Matt en uno de los extremos. El camarero se situó junto a nosotros casi al instante. Pedimos la que sería nuestra merienda y a continuación dimos paso a Liv y a su explicación de cómo evolucionaba su relación con el tal Will.

—¿Y no intentó nada más? —preguntó Christina, sorprendida cuando finalizó su historia.

Liv negó con la cabeza, al tiempo que removía con la pajita el batido de chocolate que se había pedido. El resto de nosotros la observábamos con interés después de su historia. Habían salido a cenar y a escuchar música en un local de jazz mientras se conocían un poco mejor.

—Ese tío es mi héroe —comentó Matt con tono burlón—. O un idiota, aún no lo tengo claro.

Christina soltó una carcajada y yo, a su lado, traté de ocultar una sonrisa agachando la cabeza. Claire, que estaba sentada junto a Liv, nos lanzó una mirada inquisitiva a los tres. Sentí un nuevo tirón en el estómago. Apenas había hablado desde que nos habíamos sentado. Estaba rígida como una tabla, enrollando un mechón de su pelo en un dedo con tanta fuerza que a veces se le llegaba a poner blanco. Se encontraba visiblemente incómoda, tratando por todos los medios de esquivar mi mirada, aunque yo intentara captarla de vez en cuando para ver qué podía encontrar en sus ojos.

Tras un pestañeo prolongado, Claire apretó con cariño el brazo de Liv y decidió interceder por ella empleando un tono de voz bastante cortante.

—Pues a mí me parece muy bien que ella se pusiera en su sitio y que él la respetara.

Permanecí en silencio en mi sitio, ignorando la presión que sacudió mi pecho en respuesta. No me considero una persona egocéntrica, pero me resultó muy difícil no darme por aludido con aquella frase.

—Yo creo que sabe perfectamente lo que está haciendo —dijo Christina, y todos la miramos para que se explicara mejor—. Se está trabajando el terreno, asegurándose de que cuando quiera avanzar en serio, que Liv se eche atrás no sea una opción.

—Qué retorcida eres —intervino Claire de nuevo—. ¿No crees que pueda gustarle de verdad y que quiera ir con calma?

—Claro que puede ser eso —dije ganándome la atención de mis amigos en el acto por ser la primera vez que me dirigía a Claire en lo que iba de tarde—. Pero no olvidemos que este chico no es de los que se echan novia. No digo que Liv no le interese de verdad, solo que no hay que perder eso de vista.

Miré de reojo a Claire y por un momento pensé que no me contestaría. Seguidamente se irguió en su asiento y la vi crujirse un dedo en su regazo. Se apartó el pelo del hombro, ladeando la cabeza sutilmente.

—A mí me parece que Liv dejó claro que necesitaba tiempo y él se lo ha dado. Así, cuando pase algo, será porque ambos lo tienen claro y no porque se dejasen llevar más de la cuenta.

Su tono de voz se estrelló directamente en mis costillas.

Pensé en dejar pasar su comentario. Por la expresión que enseguida se dibujó en su rostro supe que era consciente de que se había pasado. Medité unos segundos acerca de si contestarle o no. Yo nunca he sido una persona muy dada a buscar discusiones. Tal vez porque crecí en un ambiente donde a las broncas sobre cosas poco importantes se les daba demasiado poder. Tenía claro que no quería eso en mi vida adulta.

Yo no había sido tan injusto con ella como para merecer sus ataques. En todo caso, me había convertido en alguien que la esperaba, respetaba y veneraba más allá de mi propia cordura pero, llegados a ese punto, estaba harto. Harto, cansado y cabreado por su actitud. Sabía que debía trazar una línea que nos sirviera de límite en algún punto, así que me aclaré la garganta, y con voz clara y firme dije:

—Desde luego. Tener las cosas claras en estos casos es de gran ayuda, ahorra muchos problemas.

Claire no volvió a abrir la boca.

No hubo nada más reseñable el resto de la tarde. Después de un cambio de tema por parte de Liv, poner en común experiencias del día a día y disfrutar de un rato de charla trascendental, acompañamos a Claire y Christina a la parada del metro. Aún hacía bastante calor en la calle, pero no fue suficiente para derretir la placa de hielo que tenía alojada en el pecho como reacción al rictus de Claire, que ni siquiera me miraba.

Nos despedimos de ellas dos y el resto reanudamos la marcha. No había captado ni una sola mirada de Claire antes de que desapareciera y eso había dejado una creciente sensación de vacío dentro de mí.

Mientras avanzábamos por las calles aún concurridas de Brooklyn, Matt insistió que fuéramos a cenar pizza con Liv antes de volver a casa. Dijo que no tenía ganas de hacer la cena, pero creo que intentaba distraerme un rato más. Se me debía de notar a la legua el sentimiento de hastío que arrastraba.

Entramos a un establecimiento que quedaba relativamente cerca, tomamos asiento en una de las mesas que había al fondo y pedimos. Entre Liv y Matt intentaron que mi humor mejorara un poco, pero yo lo había dado por perdido para aquella noche.

—Venga, tío —dijo Matt, poniéndome una mano en el hombro cuando trajeron las dos pizzas tamaño familiar—. Podría haber ido peor.

Levanté la mirada, observándolo con cierto aire cínico. Liv se puso a repartir servilletas para todos.

—Sí, supongo que podría haberme tirado su bebida por la cabeza —contesté de manera cortante. Había sido peor de lo que había esperado. Me volví hacia Liv, esforzándome por no parecer demasiado disgustado—. Imagino que estaréis al tanto.

No había hablado con las chicas del tema porque no había surgido la oportunidad. A decir verdad, no sé cómo lo habría enfrentado de haberla tenido. Pensaba que era algo que le correspondía hacer a Claire.

Liv dirigió la vista hacia mí, con sus ojitos color miel analizándome con

intensidad. Si había un duelo de lealtades suponía que se pondría de parte de ella, pero ninguno de los dos la pondríamos jamás en esa situación. Pude ver en su mirada la preocupación que todo el asunto le despertaba.

—Estuvimos con ella el viernes por la tarde —dijo.

—Entiendo. —Di un largo trago a mi Coca-Cola—. Yo pasé a verla ayer. Apenas había sabido nada de ella desde el miércoles por la mañana, pero la cosa no fue muy bien que digamos.

Por la expresión que cruzó el rostro de Liv a continuación, deduje que no estaba al tanto de ese encuentro. Dio un bocado a su pizza hawaiana y se quedó observándome sin demasiado disimulo.

Matt se revolvía incómodo al otro lado de la mesa. Sabía que, a su manera, la situación que atravesábamos Claire y yo le inquietaba profundamente. Me miró con el ceño fruncido y a continuación se dirigió a Liv para comentar sus impresiones con ella.

—Ya le he dicho que no la presione y que trate de no cagarla —dijo con bastante poco tacto—. De ninguna manera voy a permitir que pasemos a ser uno de esos grupos de amigos que tienen que quedar por separado.

—Ya te he dicho que eso no va a suceder —respondí tajante—. Haré todo lo que esté en mi mano por evitar que eso pase, si tengo que tragar esa mierda de solo amigos, lo haré. Pero no voy a alejarme de ella. Y desde luego no quiero que vosotros os veáis perjudicados por esto.

Enterré la cabeza en mis manos y reflexioné sobre qué cabía esperar de todo aquello. A pesar de su actitud de las últimas horas, no había cambiado de opinión. Esperaría para poder recuperarla. Tal vez nunca alcanzaríamos ese estado que yo anhelaba, pero no concebía con conformarme solo con compartir con ella domingos en The New. La necesitaba de vuelta en mis rutinas aunque por el momento no estuviera preparado para tenerla tan cerca. Necesitábamos algo de tiempo.

—Simplemente hay que dar tiempo a que las cosas vuelvan a la normalidad —seguí diciendo sin dirigirme a nadie en particular, solo pensando en voz alta—. Esta ha sido la primera vez que nos juntamos todos desde... Bueno, ya sabéis.

Agité la cabeza, incapaz de seguir poniendo voz a todo lo que se me ocurría. Liv me apretó el brazo con cariño y me sonrió, tratando de infundirme algo de ánimo. Sabía que para mí, tanto su postura como la de Christina eran importantes. Eran amigas de Claire de toda la vida y la conocían casi mejor que nadie, aunque hubieran demostrado que también estarían ahí para mí de manera incondicional.

—Dale tiempo, Neal —dijo con dulzura—. Todo esto es nuevo para ella. Ahora está muy confundida, por eso actúa así.

Asentí muy despacio y sonreí para mis adentros porque algo en los ojos de Olivia me indicaba que ella había llegado a la misma conclusión que yo. Me alegró no ser el único que lo veía de ese modo. Olivia también pensaba que Claire tenía tanto miedo que la confusión se había apoderado de ella. Eso era lo que la empujaba a actuar de esa manera contradictoria que tanto chocaba con su auténtica manera de ser.

Claire. La Claire de mi vida desde el mismo momento en que fijé mis ojos en ella. Claire la que tenía miedo pero aprendía a hacerle frente. La dulce. La musical. La amiga. La que se preocupaba por nosotros. La que nos hacía sentir a todos en casa. La

que hablaba conmigo durante horas y horas. La que se emocionaba ante los detalles más absurdos y contenía las lágrimas en las situaciones adversas. La que se preocupaba por conocerlo todo de mí. La que me hacía las preguntas más disparatadas que me habían hecho en la vida. Claire, por la que esperaría el tiempo que fuera necesario hasta que encontrara el camino de vuelta a mí. Aunque pasara tiempo. Y pasó. Pasaron los días, las semanas e incluso los meses. Y hubo momentos delicados. Momentos en grupo en los que apenas nos mirábamos y otros en los que hacerlo suponía un triunfo muy pequeño. Ratos violentos en compañía de las personas que más se preocupaban por nuestra situación. Días, horas, minutos y segundos en los que me sentía tan lejos de ella que no entendía cómo había pasado. Tenerla a mi lado como mi amiga y compañera parecía una ilusión de otro mundo. Pero había ocurrido. Hubo tiempos en los que nos mandábamos mensajes a cada hora del día. En los que nos perdíamos recorriendo juntos la ciudad. En los que aprendimos a estar en sintonía el uno con el otro y a volar de la mano estando juntos pero sin estarlo. Y con el recuerdo de esos días en mi mente cogí fuerzas para seguir esperando. Esperando a que ella volviera a dibujar su camino de vuelta hacia mí. Aunque fuera como amigos. Aunque la idea de ser algo más se perdiera en mi cabeza y solo me quedase aspirar a volver a tenerla cerca. Daba igual el modo. Y de esa manera encontré la fuerza dentro de mí para que la cuenta atrás hacia el momento en el que abriera los ojos llegara. Y esperé. Y esperé. Y esperé. Hasta que un día cualquiera por fin tocó a mi puerta. Claire. Mi amiga. El reflejo de cuanto esperaba yo de mi compañera de vida.

Claire

¿Volverás a coger mi mano?

Soy una persona difícil. No lo parezco a simple vista, ya lo sé, pero lo soy. Debajo de mi fachada dulce, afable y cálida se encuentran un sin fin de pensamientos enredados, preocupaciones sin forma y miedos que en ocasiones me consumen.

Por una parte soy sencilla. Me gusta la música, las comedias románticas, las series, leer, los blogs de decoración y adoro los musicales. Nada raro ni fuera de lo común, pero por otra... no lo soy tanto. Muchas veces tengo miedo al mañana. Doy muchas vueltas a las cosas y tengo la costumbre de darme por entero. Vivo mil pasos por delante del presente y siempre contemplo qué puede salir mal. Tal vez por eso, saber que mi mejor amigo sentía algo por mí, y que por mucho que me empeñara en no verlo, yo también estaba sintiendo cosas, me hizo perder la cabeza.

Desde que empezó el año he vivido los meses más intensos de toda mi vida. Empecé el 2013 con la ruptura de la relación a la que me había dedicado en cuerpo y alma durante los últimos cinco años. Aaron. Mi Aaron. El hombre con el que me he hecho adulta, con el que he aprendido lo que es el amor romántico en la vida real, con el que he reído, llorado y disfrutado desde los años de universidad.

Con él se fue parte de la Claire que había sido; tuve que decir adiós al único referente sentimental que había tenido hasta la fecha.

Parece que fue ayer aquella fría tarde de enero en la que ocurrió todo. Me dijo que me quería pero que algo había cambiado. Que jamás encontraría a otra que me llegase a la suela de los zapatos, pero que no veía un futuro a mi lado.

Me juró que no había otra, pero pudo habérmelo jurado con una mano en la Biblia, ya que en su casa eran muy católicos, pero a la vista de los acontecimientos que siguieron supe que no debería haberle creído.

Una fría tarde de febrero, aproximadamente un mes después, mientras paseaba en busca de un nuevo par de guantes, lo vi en una cafetería acompañado de sus amigos de toda la vida y de Eve, una compañera del hospital con la que yo había coincidido en un par de ocasiones. Me quedé paralizada observando la escena a través del cristal, hasta que la mano de Aaron cubrió la rodilla de ella por debajo de la mesa y jugueteó con el bajo de su falda. Fue ahí cuando uní todos los puntos. Solo había pasado un mes desde que lo habíamos dejado, pero esos dos tenían algo. Algo que probablemente llevaba en marcha más tiempo del que hacía que Aaron estaba soltero. Sentí cómo mi corazón se dividía en millones de pedacitos.

Esa tarde, mientras recorría la ciudad con el rostro lleno de lágrimas y un globo de angustia llenando mi pecho, el destino quiso que me encontrara con Neal. O mejor dicho, el destino quiso que Neal me encontrara a mí.

Se acercó a mí mientras la pena me devoraba en unas escaleritas en pleno Rockefeller Center. Pasó la noche entera intentando consolarme. Me abrazó, me dio calor y me llevó a cenar. Habló conmigo cuando lo necesité y respetó mis silencios. Me dedicó unas palabras preciosas para citar todos los motivos que, a sus ojos, me convertían en alguien especial. Consiguió que mi corazón olvidara por unos segundos lo magullado que estaba.

—Eres... la mejor persona que conozco —me dijo en aquel restaurante mientras

yo contenía la respiración—. Eres buena, dulce, te preocupas por la gente que te importa. Te gusta poner música a los momentos y hacer la vida más bonita. Eres trabajadora. Podrías tener todo lo que quisieras, pero nunca has querido tener una vida fácil. Estudias y vives tu trabajo con dedicación. Siempre estás ahí para todos. Tomas tus propias decisiones y no buscas reafirmarte en los demás. A veces tienes miedo, pero lo enfrentas con valentía. Por eso sé que eres fuerte.

Los segundos que siguieron recordé de manera fugaz los primeros instantes que compartí con Neal, hacía ya varios años. Desde el principio vi algo especial en él. Era una persona diferente, que parecía guardar muchos secretos y muchas cosas buenas que brillaban en su interior.

Desde siempre, lo que más me ha gustado de él es esa capacidad suya de ver el lado positivo de cada situación, que contrasta con la lectura negativa que en ocasiones hago yo de las cosas. A lo largo de los años, con él he aprendido a ver la vida a través de un cristal mejor.

Neal siempre ha sido una persona que ha despertado mi curiosidad. Desde el principio. Desde aquella primera Navidad en la que lo conocí y vi que había regalado a Liv el mismo libro que yo había pasado horas leyendo.

Cuando lo miré a los ojos aquella primera noche, supe que en su interior Neal guardaba un millón de secretos que esperaban ser descubiertos. Y me sorprendí a mí misma sintiendo un fuerte deseo en mi interior de ser yo la primera en descifrarlos.

A pesar de mi relación con Aaron, con el paso del tiempo jamás he perdido la curiosidad acerca de los interrogantes que rodean a Neal. Llamadme loca, pero siempre he pensado que teníamos una conexión especial. Un... algo. Una chispa. Ese aire misterioso suyo siempre me ha atraído, aunque haya mantenido a buen recaudo esa atracción y le haya dado distintas formas a lo largo de los años.

A raíz de mi ruptura con Aaron, Neal se convirtió en mi refugio. Ha sido la persona a la que más cerca he tenido, mi lugar seguro, mi persona favorita. Hemos compartido tantas cosas que no sé cómo no me di cuenta antes de que nuestra situación acabaría siendo un problema.

¿Que en qué momento entendí que me sentía demasiado bien a su lado como para ser una simple amistad? Pues no lo sé. Creo que no fue algo abrupto. No ocurrió de la noche a la mañana, sino que fue pasando en cada mensaje, en cada sonrisa, en cada conversación, en cada carcajada compartida. En nuestras cenas, en las películas que hemos visto juntos y todos los helados de pistacho que me he tomado junto a él.

Con el paso de los días, las semanas y los meses, los límites de nuestra amistad se fueron difuminando para integrar nuestras rutinas en una misma totalidad. Pasé días muy confusos a raíz de nuestros acercamientos. Días confusos motivados por confesiones en una fiesta, alcohol y cercanía física. Por intentar dejar atrás todo lo que parecía nuevo y porque las ganas de fundirme con él me sobrepasaron frente a un carrusel.

¿Cómo podía sentir cosas tan intensas por mi mejor amigo? ¿Cómo iba a arriesgarme a estropearlo todo con la única persona con la que lograba sentirme estable? ¿Cómo podía haber lugar para otro hombre en mi cabeza cuando aún sentía cosas por Aaron?

Me sentía vulnerable. Demasiado implicada aún con mi antigua relación con

Aaron. Demasiado implicada con Neal a todos los niveles como para complicar las cosas adentrándonos en terreno desconocido.

Pero él, a su manera, siguió insistiendo. De manera consciente o inconsciente, no lo sé. Parecía que cada día me estuviera poniendo a prueba. Cerca pero lejos. Distanciándose de mí, haciéndome ver con su ausencia cuánto lo necesitaba, dándome la noticia de que iba a salir con otra mujer.

Maldito fuera por los días tan malos que me hizo pasar. Maldito por cada una de las discusiones que empezamos a tener. Maldito porque jamás olvidaré el primer beso que me dio. Nada me había preparado para todas las sensaciones que despertaron dentro de mí aquella tarde en la que encajar nuestras bocas fue la única manera que encontramos para frenar el ataque dialéctico que nos traíamos entre manos.

Antes de que se torciera todo, estar con Neal era la mejor parte de mi día. Pasaba la mayor parte del tiempo pendiente del móvil. En casa, en el trabajo y en los trayectos en metro. Comprobando con frecuencia las notificaciones por si tenía algún mensaje suyo.

Me gustaba sentir que formaba parte de mi vida. Me gustaba sentir que lo tenía cerca. Me gustaba pasar tiempo con él, hablar con él, sentir que poco a poco iba conociéndolo mejor.

Nunca he conocido a nadie que me intrigara tanto. Nunca he tenido tantas ganas de acercarme a alguien. Nunca me he sentido tan frágil como cuando estuve entre sus brazos, porque nunca la perspectiva de destrozar lo que teníamos me había parecido tan real.

En general he llorado mucho. Lloré la noche siguiente de mi cumpleaños, cuando acabamos cediendo a la tentación y dejamos atrás todo lo que habíamos sido hasta la fecha. Lloré porque sabía que de ahí en adelante no habría manera de reanudar nuestra relación en aquel punto perfecto de equilibrio que habíamos encontrado.

Desde que nos peleamos mi vida se volvió un poco más gris. Los días en el trabajo eran menos emocionantes porque la perspectiva de verlo no existía. No habían horas de la comida en su compañía ni paseos después de la salida. No había conversaciones trascendentales, ni confesiones, ni preguntas que esperaban dar con la respuesta adecuada.

La verdad era que, a pesar de todo, yo no quería distanciarme de él. Lo necesitaba cerca, pero era más que eso. Lo que yo de verdad quería estaba perdido en un mar de dudas y miedos en el que él no podía navegar.

Neal quería tiempo. Neal no estaba preparado para seguir por donde estábamos antes de que todo descarrilara. Neal necesitaba espacio, lejos de mí, durante una temporada cuya duración desconocíamos.

Y yo... Yo, muy en el fondo, tampoco estaba lista para seguir teniéndolo cerca porque me confundía. Quería que siguiéramos siendo amigos, pero habíamos perdido de vista los fundamentos de aquello. Me enfadé de manera irracional cuando expuso que lo mejor era distanciarnos durante un tiempo, por mucho que fuera la respuesta acertada en ese momento. No avanzaríamos por un camino sano en el punto en el que estábamos. Pudriríamos los cimientos que nos había costado años afianzar. Teníamos que curarnos en soledad para encontrar el camino de vuelta a esa amistad que pintaba

sonrisas en nuestras caras; aquella que era sana y real.

Ojalá lo hubiera entendido desde un primer momento; nos habría ahorrado meses de situaciones de tensión y miradas vacías.

Los meses de verano pasaron a una lentitud desconcertante. Yo estaba enfadada. Frustrada. Me sentía como un rey ahogado en una eterna partida de ajedrez. No había movimientos que fueran a salvarnos. No podíamos estar cerca. No podíamos estar lejos. Hacía falta que pasara el tiempo, aunque la velocidad a la que se sucedían los días pareciese incrementar la distancia hasta alcanzar un punto de no retorno.

Las vidas de mis amigos también continuaron pasando. Christina cerró el curso de manera excepcional, asegurándose plaza en un seminario intensivo de verano y pasando a ser la mano derecha de su directora de tesis, la doctora Virginia McAdams. Matt siguió con ese tira y afloja que se traía entre manos con su jefa. No hablaba mucho del tema porque en el fondo sabía que se estaba metiendo en un callejón sin salida. Liv continuó en ese mundo multicolor que era su relación incipiente con el tal Will. Nos lo presentó una tarde en The New y durante ese espacio de tiempo pude entender por qué mi amiga parecía estar volviéndose más loca por él cada día. Era un chico sonriente y magnético que la hacía reír. Y guapo. Era muy guapo. Jamás había visto a Liv mirar así a ninguno de los chicos con los que había estado hasta la fecha. Y a simple vista se veía que él sentía algo muy parecido. Sé que hablo en nombre de todos cuando digo que nos alegramos de ver a nuestra amiga siendo tan ella misma al lado de alguien; algo me decía que ese chico había llegado para quedarse.

A pesar de que Neal y yo no tuvimos muchos más enfrentamientos durante ese tiempo, lo cierto es que nuestro comportamiento seguía dejando mucho que desear. Casi no nos mirábamos a la cara. Los metros de distancia que nos separaban aun estando sentados en la misma mesa llenaban de tensión el aire que respirábamos. Era incómodo para todos. Nosotros no éramos los únicos.

—¿Planeáis volver a comportaros como personas normales en algún futuro próximo? —nos reprendió Matt una tarde de domingo en The New.

Esa tarde solo éramos cuatro. Liv se había ido de fin de semana a Montauk y las miradas que Neal y yo nos privábamos el uno al otro no pasaban desapercibidas a nuestros amigos. Era mucho más incómodo de lo habitual.

—En serio, parecéis niños pequeños. ¿Veis normal que ni siquiera os habléis?

—Sí nos hablamos —rebatí yo, mordisqueándome una uña mientras desviaba la mirada a mi plato.

—Que le pidas el azucarero no es precisamente un ejemplo de conversación —apuntó Christina.

Nuestras voces se escuchaban con total claridad por encima de la tenue melodía que escapaba del hilo musical. El local esa tarde estaba prácticamente vacío, como siempre ocurría en el mes de agosto. La gente aprovechaba las tardes de domingo para estirar las horas de luz y playa. Solo un par de mesas además de la nuestra tenía gente alrededor mientras tomaban bebidas frías.

—Mantenemos una relación cordial —seguí diciendo, intentando convencerme a mí misma casi más que a Matt y Christina.

—Sí, y vacía. La mitad de los temas que salen no podemos abordarlos porque os hacen sentir incómodos. No os miráis a la cara. Se supone que sois adultos los dos.

—Matt... —intervino Neal con voz seria.

Matt hizo un movimiento negativo con la cabeza y apoyó los brazos sobre la mesa de madera. Le quedaba poca paciencia con ese tema.

—No me interesa lo violentos que os sintáis por haberos visto desnudos —dijo—. Dejad de ser tan egocéntricos y pensad que hay más gente a vuestro alrededor a la que hacéis sentir incómoda.

Esa noche di muchas vueltas a las palabras de Matt. Y también lloré mucho. Lloré porque veía que mi situación con Neal no solo no tenía solución, sino que además todo lo bueno que habíamos tenido iba quedando sepultado bajo una capa de reproches y pensamientos amargos. Ya casi no recordaba cómo éramos antes de todo aquello. Ya no me fiaba de mis recuerdos. ¿De verdad había sido tan increíble tenerlo cerca? ¿Por qué lo habíamos deshecho? Necesitaba agarrarme a esos argumentos que me habían llevado a frenar el avance para no sentir que perdía el equilibrio. Seguí llorando mientras pensaba en mi corazón roto tras la ruptura. Y en la cercanía con Neal los meses siguientes. Y en cómo las consecuencias de los dos hechos guardaban más relación de la que quería admitir. Después de lo de Aaron, me costó volver a encontrarme a mí misma y, cuando lo hice, Neal estaba a mi lado. Se convirtió en mi mayor apoyo y la única persona con la que volvía a sentirme yo de nuevo. Había tomado la decisión correcta al no querer arriesgarlo todo cuando la cosa se complicó. Sabía que era la única opción posible, aunque aún me doliera que haberle dicho que no, nos hubiera traído el final de igual forma.

Tuve varios altibajos en aquella época. Había días en los que me sentía optimista y que pensaba que tarde o temprano todo se solucionaría. Luego veía a Neal en alguno de los planes que organizaban nuestros amigos y me daba cuenta de que seguíamos estando demasiado lejos como para poder contemplar un acercamiento como un hecho cercano.

Recuerdo el principio del otoño como una época especialmente triste. Además de todos los jaleos que yo tenía en mi mente, Liv empezaba a tener problemas: Will se marchaba. Sí, ese chico que prometía ser todo lo que mi amiga podía necesitar, se la jugaba yéndose muy lejos. Jamás la había visto tan destrozada, así que canalicé mi propio dolor estando ahí para ella. Empezamos a pasar mucho tiempo juntas mientras Christina se dejaba la piel en el laboratorio. Iniciamos una especie de terapia a base de helado, palomitas y películas de amor que visionábamos hasta las tantas. Sufrir mal de amores junto a una de tus mejores amigas es una experiencia que une, pero puede llegar a ser un arma de doble filo.

Cuando Christina se dio cuenta de que estábamos cavando una tumba de lágrimas la una para la otra, decidió meter mano en el asunto. No iba a permitir que pasáramos los siguientes meses metidas en casa viendo la filmografía Julia Roberts en bucle. Se plantó en mi casa una tarde y nos habló claro, como siempre hace.

—Lo que tienes que hacer, Liv, es ponerte guapa, salir a bailar y ver con tus propios ojos que hay más peces en el mar dispuestos a hacerte disfrutar de la vida sin complicaciones —dijo con su habitual tono resuelto—. Así que levántate de ese sofá, ponte unos buenos tacones y sal a la calle. No más lágrimas. Y tú —me miró a mí que

estaba acurrucada junto a Liv en el sofá y la miraba alucinada—, también puedes aplicarte el cuento. Ya basta de llorar por los rincones por el tema de Neal. Reflexiona de una vez y haz algo. Y no quiero volver a escuchar ni una sola puñetera canción más de Ed Sheeran, ¿me oís? Mañana salimos las tres. Nada de excusas de última hora.

Así, Liv y yo nos vimos arrastradas a enfrentarnos al mundo de los solteros. Discotecas, música, copas y un montón de hombres revoloteando a nuestro alrededor cuando salíamos las tres solas. Al principio, pensé que una etapa de ese tipo era saludable cuando alguien deja una relación en la que ha invertido parte de su alma. Me pareció irónico no haber pasado por algo así cuando lo dejé con Aaron. Neal había sido la única terapia que había necesitado tras la ruptura de una relación de cinco años y ahora necesitaba echar mano de todo lo que podía para poder superar lo que me había pasado con él. Habían pasado casi tres meses y me sentía muy desgraciada por no tenerlo a mi lado, mientras que Aaron... Aaron había pasado a un segundo plano. Cada vez había menos sitio para él dentro de mi cabeza.

Tras un rato bailando en el centro de una discoteca de moda, Christina se apartó a un rincón con un chico que había conocido. Busqué a Liv con la mirada y la divisé a lo lejos, sola en la barra mientras ignoraba a un chico que la observaba beber la enésima copa de la noche.

Crucé la sala y me puse a su lado, dedicando una mirada al chico para que se largara. Liv, ajena a todo esto, levantó la cabeza y sus bonitos ojos color miel me devolvieron una mirada llena de melancolía.

—Estás muy lejos de aquí —le dije con dulzura—. ¿Estás pensando qué hora será en Hong Kong?

Negó con la cabeza lentamente al tiempo que daba otro trago. Ambas sabíamos que aquel era un no que claramente gritaba un sí. Hice un gesto al camarero para que me sirviera una copa como la que tomaba ella.

—¿Estás tú pensando en Neal? —preguntó ella con una sonrisa triste—. ¿Por qué no nos cuentas lo que te pasa con él? Ha pasado un tiempo ya. Deberías pasar página.

Suspiré. ¿Cómo le decía a mis mejores amigas que había tomado decisiones que me hacían desgraciada? ¿Cómo les decía que no había ni un día en el que no echara de menos a alguien a quien podía volver a tener cerca solo alargando la mano? ¿Cómo les decía que necesitaba tiempo para volver a encontrarme y que a la vez sentía que ya pertenecía demasiado a otra persona cuando ni siquiera había superado lo de Aaron? ¿Cómo les decía que la única manera en la que podía recuperar el control era alejándome de Neal, aunque con ese acto nos decepcionara a ambos?

—Es complicado —contesté esquiva.

—¿Nunca vas a hablarnos del tema?

La música sonaba fuerte a nuestro alrededor y apenas nos escuchábamos. El camarero dejó la copa delante de mí y yo le di las gracias con una sonrisa. Miré a mi amiga, que a su vez me observaba con atención. A Liv, que nos cuenta a tiempo real todo lo que le pasa, le costaba entender que yo pudiera ser tan reservada con un tema así.

—Es demasiado delicado. Prefiero que no os metáis.

Me miró agitando mucho sus largas pestañas. Ella jamás entendería por qué

actuaba como actuaba, pero sabía que no iba a presionarme por ello. Respetaría mi silencio.

—Deberíais intentar volver a la normalidad. Aunque sea poco a poco.

Sonreí con tristeza.

—Ya no sé lo que es normal entre nosotros.

—¿Por qué no probáis a ser amigos como hasta ahora? Trátalo a él como tratas a Matt o a nosotras.

Desvié la vista hasta otro lado. Sabía que jamás podría volver a tratarlo así. Neal para mí es otra cosa. Es alguien a quien necesito de una manera diferente.

—No sé si él quiere eso. Creo que ahora mismo no quiere saber nada de mí.

—No digas tonterías. Neal te adora. Puede que ahora estéis un poco distantes, pero él tiene tantas ganas como tú de que volváis a ser amigos.

La miré sin poder esconder la esperanza que sus palabras me despertaban.

—¿Tú crees?

Ella asintió y a continuación entrecerró los ojos, mirándome muy fijamente. Dio unas cuantas vueltas a la copa que aún sostenía entre sus dedos e hizo bailar el líquido transparente. Su mirada se hizo más profunda.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Una sola.

Sopesé las posibles implicaciones de dejarle ver más allá de lo que le había ofrecido hasta la fecha. Se me arrugó un poco el corazón al entender cómo debía de sentirse por culpa de mi silencio. Habíamos compartido muchas penas las últimas semanas, en especial ella. Estaba sufriendo por lo que había pasado con Will y yo había sido su hombro donde llorar, aunque al mismo tiempo la mantuviera al margen de lo que a mí me acontecía. Liv quería entender. Quería estar para mí del mismo modo que yo había estado para ella.

—Adelante. —Hice un movimiento afirmativo con la cabeza mientras le dirigía una sonrisa.

—Si tan claro tienes que entre vosotros solo puede existir una amistad... ¿Por qué... por qué te acostaste con él? ¿Cómo permitiste que la cosa llegara tan lejos? El sexo por sexo no va contigo, y menos con alguien tan... cercano, como Neal.

—No tengo una respuesta. No sé qué me pasó.

A pesar de todo, me vi en la obligación de mentir. Por supuesto que lo sabía, pero no me veía con fuerzas de verbalizarlo. Temía que poner sonido a las palabras convirtiera mis dudas en algo demasiado real. Me había dejado llevar por lo que muy en el fondo sentía. Dejé que la atracción que sentía por él embrujara mi cerebro y mi fuerza de voluntad. Me derretí por sus palabras, por su piel, contra su cuerpo. Fui egoísta. Después de muchos meses, me sentí deseada y necesité seguir sintiéndome así si era Neal el que me estaba tocando. Escuché los instintos más básicos que me hablaban solo de él. Por unos momentos, quise tocar el cielo agarrada de su mano. Y él tiró de mí, y en ningún rincón de mi ser hallé la fuerza para decir que no.

Liv escrutó mi rostro con los ojos entornados y entendió que había dado con hueso. No iba a obtener las respuestas que buscaba. Me odié un poco a mí misma por no saber ser más fuerte y encontrar las agallas para ser mejor amiga.

—Está bien —dijo ella por encima de la música, que tapaba el dolor que mi distancia le producía—. Todos cometemos errores. Pero hazme caso. Si tienes claro

que quieres recuperarlo como amigo... tienes que ponerte manos a la obra cuanto antes. Seguro que te está esperando.

A partir de esa noche decidí que necesitaba un cambio de actitud. Tenía que encontrar la manera de acercarme a él de nuevo. Tenía que hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

A pesar de la seguridad con la que Liv me aseguró que él estaría esperando, tardé. Tardé en reunir el valor suficiente para hablar con él como merecíamos. Todos los días me levantaba con ganas de hacerlo, pero encontraba excusas conforme pasaban las horas para no llevarlo a cabo. Necesitaba más horas, más fuerza, más convicción. Necesitaba asegurarme de que no iba a estropearlo más aún.

Decidí ir poco a poco; paso a paso. Intenté mostrarme más comunicativa con él cuando nos veíamos todos juntos. Al principio se mostró sorprendido de que le hablara directamente, pero lo disimuló con rapidez.

—¿Va todo bien en el trabajo? —le pregunté una tarde cuando salimos todos de The New en dirección al metro.

Me miró de reojo mientras avanzábamos por las aceras teñidas del otoño neoyorkino. Estábamos a principios de octubre y ya era casi de noche.

—Sí. Bien. Como siempre.

No dijo nada más. Nada que denotase que quería aprovechar mi intento de mantener una conversación. Dirigí la mirada al suelo algo desanimada.

—Vale.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber unos segundos después.

—No, por nada. Solo... por nada.

De nuevo silencio. Delante de nosotros caminaban los demás. Christina se giró disimuladamente y nos echó una breve mirada por encima del hombro. Después volvió a girarse.

A mi lado, escuché cómo Neal cogía aire lentamente antes de dirigirse a mí de nuevo.

—¿A ti te va bien?

—Sí. Agosto ha sido un mes flojo. A partir de octubre la cosa vuelve a complicarse.

Poco más duró aquella conversación.

Volvió a pasar tiempo hasta que me animé a hablarle de manera directa de nuevo. Aunque siempre recibía mis intentos de acercamiento con educación, no se mostraba demasiado interesado en seguirme la corriente, por lo que su actitud me hacía sentirme bastante insegura. Me dije a mí misma que no sería fácil. Tenía que intentarlo con más ganas.

Volví a acercarme a él unas semanas después, un sábado por la noche que acudimos a la inauguración de un sitio nuevo que habían abierto en Brooklyn, cerca de su casa. Íbamos de camino a un bar de copas cuando dejé atrás a las chicas y me acerqué a su lado.

—¿Te ha gustado la cena?

Me miró fugazmente.

—Sí, no ha estado mal —contestó con un tono de voz neutral.

—No, nada mal. Aunque para Liv no está a la altura del mejicano.

Ese comentario le hizo sonreír. Por fin. Una sonrisa. Suya. Para mí.

—Para ella nada lo está.

Volví a intentar entablar algo de conversación con él unos días después, en una cena en su casa. Lo abordé en la cocina con la excusa de ayudarlo a sacar las bebidas.

—He contratado Netflix —dije sonriendo con timidez—. Tienen la trilogía de *El Padrino*.

Vi cómo en sus labios se dibujaba una sonrisa de medio lado.

—Genial. ¿Vas a verla?

Parpadeé. Yo solo quería verla con él. Me quedé mirando absorta cómo vaciaba unos cuantos hielos en una cubitera. De espaldas a mí, me permití observarlo a mis anchas. Me di cuenta de cuánto echaba de menos tenerlo cerca, aunque solo fuera paseando uno al lado del otro. Reprimí un quejido en mi interior y suspiré antes de acordarme de que me había hecho una pregunta.

—No sé... Tal vez algún día.

Cuando se dio la vuelta de nuevo, ambos nos quedamos mirando los segundos siguientes, como si de pronto estuviéramos recordando el sinfín de conversaciones que habíamos mantenido sobre nuestros gustos y aficiones. Me mordí el labio mientras trataba de serenarme a mí misma. Iba a decirle que me gustaría hablar con él en algún momento de la próxima semana, cuando Matt entró precipitadamente en la cocina para coger unos platos. Se cargó el momento. Intercepté la mirada que Neal me dedicó en silencio mientras Matt abría cajones y armarios para encontrar lo que necesitaba. Cerré los ojos, cabreada de pronto porque se rompiera aquel conato de conexión, y salí hacia la zona del salón donde, sentadas a la mesa, me observaban Liv y Christina.

Esa noche, rodeada de mis amigos e incapaz de mirar a Neal a la cara, me di cuenta de que si de verdad buscaba un acercamiento, tendría que provocarlo. No más intentos fallidos. Tenía que perseguir lo que quería y no esperar que la oportunidad me lloviera del cielo. Tenía que dejar de forzar conversaciones mediocres que solo podían suceder si conseguía tenerlo unos minutos solo para mí. Tenía que espabilar y correr tras él. Crear la oportunidad y aprovecharla. Demostrarle que de verdad quería una nueva oportunidad de rescatar lo que teníamos.

Quería recuperarlo. Quería recuperarlo todo. Las charlas, las risas, las confesiones, las preguntas en voz alta, la complicidad. Quería volver a estar sola con él y no sentirme una intrusa. Quería ser para él como un puente sobre aguas turbulentas, como cantaban Simon y Garfunkel. Quería recuperar a mi mejor amigo; a la única persona que podía devolverme la paz que había perdido.

Y así fue cómo una fría tarde de noviembre reuní el valor de ir a buscarlo. Nerviosa, crucé la ciudad hasta llegar a su casa para pedirle con el corazón que cogiera mi mano y que no volviera a soltarla jamás.

26 de noviembre de 2013

La mañana en la oficina en este martes laborable ha pasado relativamente deprisa. Me levanto lentamente de mi asiento y echo un vistazo a mi escritorio para asegurarme de que está todo en orden. Un archivador abierto por la mitad. Una taza fría en la que solo quedan los posos del té. El teclado cubierto por varias hojas y mi móvil en el silencio más absoluto. Sonrío observando mi caos; el orden dentro del desorden que me ayuda a inspirarme y a concentrarme en mi trabajo.

En la oficina trabajamos todos codo con codo en un espacio abierto donde nunca faltan conversaciones de fondo ni teléfonos sonando. Tras echar un vistazo a mi alrededor, dirijo mis pasos hasta la mesa de mi compañera Clarisse, donde cojo el listado de proveedores de vajillas que necesito consultar para acabar la propuesta que tengo entre manos. Cada vez queda menos para Navidad y necesito ultimar los detalles de las cuentas más importantes.

De nuevo en mi sitio, mientras me debato entre vidrio, cerámica o porcelana china, pienso en Neal. Reconozco que prácticamente no hago otra cosa desde hace tiempo. Han pasado setenta y dos horas desde el sábado por la tarde, el día que fui su casa a hablar con él y pedirle disculpas por todo lo que hemos pasado en los últimos meses. Aunque en principio arreglamos las cosas, no he sabido nada de él desde entonces, y me gustaría desactivar de manera definitiva este silencio que se ha convertido en una constante porque me asfixia demasiado.

Después de nuestra conversación del otro día se supone que estamos bien. O que al menos lo estaremos de aquí en adelante. Vamos a retomar nuestra amistad en aquel punto del camino donde se perdió. Vamos a dejar enterrado todo el resentimiento que hemos arrastrado desde hace tiempo. Pero con la mirada fija en el inicio de la nueva etapa de nuestra relación... no sé por dónde empezar. Quiero hablar con él. Quiero recuperar la normalidad de verdad, no solo en la teoría, pero no sé cómo hacerlo.

Miro por la ventana y observo cómo la lluvia cae con fuerza y choca contra los cristales. Hace un día perfecto para comer algo caliente mientras mantienes una buena conversación con un amigo. Una sopa. O una crema de verduras. No sé. Algo que se coma con cuchara y que anuncie la llegada del invierno.

Cansada de seguir esperando que las cosas me sucedan en vez de ir yo a por ellas, suspiro y alargo la mano hasta agarrar mi teléfono móvil mientras la imagen de Neal y yo compartiendo confidencias se va dibujando en mi mente. Creo que es algo como eso lo que necesitamos. La normalidad. La rutina. Hacerlo factible.

Desbloqueo la pantalla y compruebo que sigo sin notificaciones. ¿Debo escribirle? Me apetece verlo, pero confieso que me pone un poco nerviosa la idea de ser yo quien tome la iniciativa. Tomo una profunda bocanada de aire y me retuerzo los dedos de las manos, un método antiestrés que he empleado desde que tengo uso de razón. Accedo a la aplicación de mensajería y me muerdo el labio mientras voy bajando en la pantalla con el dedo hasta dar con su nombre. Nuestra última conversación por esta vía tuvo lugar a principios de verano. Hace meses. Está muy

abajo en la lista y eso causa que un relámpago de tristeza se ilumine dentro de mi pecho. Trato de ignorarlo, y cuando pulso sobre su nombre, dudo durante unos segundos hasta que escribo un simple <Hola>, que se envía casi de inmediato.

Espero para ver si lee el mensaje. No lo hace. Pasan varios minutos en los que no contesta. Finalmente dejo el móvil a un lado, aunque voy consultándolo de vez en cuando hasta la hora de la comida.

No es hasta las cuatro de la tarde que recibo su contestación. Un <Hola, Claire> al que, tras dar muchas vueltas, termino no contestando. No me sale decirle nada en este momento, porque... porque no. Me siento un poco idiota por haber intentado un acercamiento que ha quedado en nada, así que decido centrarme de nuevo en el trabajo. Listas, borradores y propuestas.

Esto es algo que me pasa a menudo. Cuando considero que dejo ver demasiado a otra persona, de manera automática me siento vulnerable y me obligo a afilar mi coraza para volver a sentirme segura. Me gustaría tener la suficiente confianza en mí misma como para gestionar ese tipo de situaciones de otra manera, pero por el momento... no es el caso.

El resto de la jornada se me hace bastante cuesta arriba. Llego a casa un poco más tarde de lo habitual y cuando entro por la puerta me doy cuenta de hasta qué punto estoy cansada. Me escuecen los ojos y tengo los músculos del cuello contracturados. Necesito una ducha relajante para entrar en calor. Después me pondré el pijama de felpa más gordo que tenga, me tiraré en el sofá y me quedaré allí hasta que se me cierren los ojos.

Tras darme un baño y tomarme un caldo de pollo bien caliente mientras ojeo un par de blogs que sigo, me dirijo al salón y pongo la tele.

Acabo de encontrar la postura perfecta en el sofá cuando mi móvil suena en la mesita del centro, donde lo he dejado. Me incorporo un poco y cuando me estiro a cogerlo, veo en la pantalla que es Neal el que llama. Mi corazón se acelera mientras asimilo su imagen saludándome desde la pantalla. Me quedo observando la intensidad que viste su rostro y cojo aire antes de contestar.

—¿Sí?

—Hola, Claire. —Su voz profunda al otro lado del teléfono provoca que un escalofrío recorra mi nuca.

—Hola —contesto titubeante.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Cojo el mando que está en la mesita y pulso un botón para silenciar la televisión. Lo dejo sobre la madera blanca de nuevo. A continuación vuelvo a acomodarme en el sofá y me cubro las piernas con la manta gris de lana que hay doblada sobre el respaldo—. ¿Y tú?

—Cansado. Ha sido un día largo. —Hace una pausa en la que escucho cómo se aclara la garganta—. ¿Querías algo antes cuando me has escrito?

Cierro los ojos y me muerdo el labio como acto reflejo. Cómo me conoce...

—No. Sí. —Respiro hondo. «Venga, Claire. Lo mejor es ser sincera»—. Bueno... en realidad sí.

—Está bien. —Escucho con claridad su sonrisa al otro lado del teléfono—. Pues dime.

La imagen de Neal enarcando las cejas y reprimiendo una mueca divertida me viene a la cabeza mientras pronuncia esas palabras. Me toqueteo el pelo nerviosa y vuelvo a coger aire.

—Quería... Bueno, quería preguntarte si te apetecía que comiéramos juntos hoy. Pero como no he sabido nada de ti al final... Pues eso. Nada.

El silencio inunda de pronto la línea telefónica.

—Vaya.

«Sí, vaya».

Toma una inhalación de golpe y escucho un suspiro que distorsiona la claridad de la línea durante unos segundos.

—Pues... siento haber tardado en contestar, pero ha sido una mañana intensa.

Hace una pausa durante la que escucho un roce de sábanas. Intento reprimir de inmediato la imagen que vuela a mi cabeza de Neal tumbado en su cama, con una mano detrás de la nuca y vistiendo un pijama que marca la totalidad de su musculatura. Recuerdo en un abrir y cerrar de ojos la manera en la que sus piernas se flexionan casi imperceptiblemente cuando estira toda su longitud a lo largo de un colchón. Algo se aprieta dentro de mi estómago.

—Te aseguro que habría preferido tu plan —admite—. He comido un triste sándwich en mi despacho.

Su tono de voz intenta sonar divertido y consigue sacarme de mis ensoñaciones. Sé cuánto odia los sándwiches a la hora de la comida; dice que no alimentan de verdad. Sonríe y enrolla un mechón de pelo alrededor de mi dedo índice.

—¿De qué era el sándwich?

—De pollo. Pero sabía a plástico.

Me río.

—Lo siento por ti.

—Sí, yo también. —De nuevo una pausa durante la que el sonido de su respiración me llena los oídos—. Vas a Nueva Jersey a pasar Acción de Gracias, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. ¿Cuándo te vas?

—El jueves por la mañana. Liv y yo saldremos temprano para allá. También se va a casa.

—Vale, pues... ¿Te apetecería que cenásemos mañana?

Junto los labios, instintivamente, mientras una sonrisa empieza a dibujarse por todo mi rostro. Mi corazón late un poco más deprisa.

—Claro.

Respiro aliviada y percibo una oleada de calidez en el suspiro que deja escapar a continuación. Tras unas cuantas palabras amigables, decide proponerme un par de sitios donde quedar. Sonríe una vez más.

Puede que, después de todo, la normalidad sí esté a la vuelta de la esquina.

Al día siguiente salgo tarde porque hay que ultimar los detalles de las distintas fiestas de Acción de Gracias que hemos estado organizando. La mayoría de mis compañeros ya se han marchado a sus casas a prepararlo todo para la cena de

mañana. Cuando abandono la oficina, cojo un taxi que me lleva directamente al este de la calle 12, donde Neal me estará esperando dentro del restaurante vegetariano en el que hemos quedado.

Cuando por fin llego, lo encuentro sentado de cara a la puerta con los brazos sobre la mesa y cara de concentración mientras observa la pantalla de su teléfono móvil. Me doy unos segundos para mirarlo desde esa posición. Sonrío al ver la mata de pelo oscura que se desliza sobre su frente, el movimiento de sus pestañas y de sus dedos y la manera en la que el jersey granate que lleva se ajusta a sus hombros.

Neal no es el tipo de hombre en el que las mujeres reparamos de entrada. Creo que hay que mirarlo dos veces para entender su atractivo, pero yo sin duda lo veo. Tiene una intensa mirada que desprende sabiduría y honestidad. El color café que brilla en sus ojos siempre me ha hecho sentir que todos los enigmas de este mundo tienen asignada una solución. Sus facciones son marcadas y masculinas, con una mandíbula siempre cubierta por una leve sombra de barba y una sonrisa que difícilmente te deja indiferente. Su forma de ser se refleja a través de sus expresiones y para mí es ahí donde reside su encanto. No me extraña que siempre acabe llamando la atención. Desde que lo conozco, siempre ha tenido alguna amiga especial revoloteando a su alrededor. No suele pasar desapercibido cuando has cruzado un par de palabras con él.

Tras unos cuantos segundos de escudriño visual por mi parte, Neal levanta lentamente la cabeza hasta que su mirada encuentra la mía. Mi corazón se acelera y entrelazo mis dedos a la altura de mi vientre, nerviosa. Seguimos mirándonos y tardo unos segundos en reaccionar y continuar avanzando en su dirección. Es la primera vez que nos vemos desde que decidimos arreglar las cosas. Es la primera vez en meses que quedamos como tal, pero de pronto siento como si el tiempo no hubiera pasado y el hecho de cenar los dos solos siguiera siendo algo normal. Camino lentamente hasta la mesa y me sitúo detrás de la silla al tiempo que me voy deshaciendo del abrigo y del bolso.

—Bienvenida —me dice Neal, que no ha dejado de observarme en todo este rato.

Su mirada desprende muchas más cosas a medida que la distancia entre los dos se acorta. A la mayoría no sé darle ni nombre. O tal vez me resista a reflexionar sobre su significado. Mi corazón lucha por hacerse oír dentro de mi pecho, como si quisiera recordarme de manera desesperada que es Neal el que lo hace latir así.

«Respira, Claire».

—Hola. —Sonrío tímidamente mientras tomo asiento—. Perdón por el retraso.

—Tranquila. Imagino que para ti hoy ha tenido que ser un día complicado.

—Sí... La verdad que sí.

El camarero viene a tomarnos nota de las bebidas y nos deja una carta a cada uno para queelijamos la cena. Después de decidir qué platos podemos compartir, Neal intenta normalizar la situación preguntándome por mi trabajo. Se interesa por la cantidad de eventos que tengo que organizar de cara a Navidad y por si estoy haciendo muchas horas extra. Hablamos de eso y también de su empresa y de varias cosas que ocurren en nuestro día a día.

Conforme avanza la noche y nos relajamos, nos aventuramos a hablar de temas más personales. A veces nos miramos a los ojos y nos quedamos más segundos de los

necesarios en silencio.

En algún punto de nuestra conversación comienzo a sentirme un poco rara porque me doy cuenta de todas las cosas que nos hemos perdido de la vida del otro en los últimos meses. Eso me hace darme cuenta de lo alejados que hemos estado.

Cierro los ojos un segundo, intentando dar con algo que nos obligue a recuperar el tiempo perdido, pero... no se me ocurre nada. Doy un trago largo a mi copa. Me siento inquieta al pensar si esta sensación de desconexión me acechará siempre o si acabaremos recuperando la normalidad en algún momento.

—¿Estás bien? —me pregunta Neal sin dejar de masticar el arroz integral mientras me mira.

Salgo de mis pensamientos de manera abrupta y centro mi mirada en él de nuevo.

—¿Eh? Sí, sí, solo un poco... un poco nerviosa.

—¿Por esto? —Hace un gesto impreciso que nos incluye a los dos.

—Sí. Por ti. Por mí. No sé. —Me encojo de hombros—. Es como... como si no supiera cómo actuar.

Traga rápidamente al tiempo que compone una sonrisa conciliadora. Se inclina un poco hacia delante y me dedica una cálida mirada que consigue llegarme muy dentro. Algo burbujea en mi estómago y enseguida sé que lo que va a decir me ayudará a sentirme mejor.

—No tienes que actuar, Claire. Tienes que dejar que todo fluya. Conmigo no tienes que estar nerviosa. Ya está todo aclarado. Solo tienes que ser tú misma. No hace falta más.

Asiento lentamente sin separar mi mirada de la suya.

—Pero... ¿A ti no te parece raro?

—¿Raro? No, no raro. Me parece una suerte poder retomar lo que teníamos ahora que ya ha pasado el tiempo y hemos hablado las cosas. No todo el mundo tiene una segunda oportunidad. Creo que si conseguimos que salga bien seremos muy afortunados.

Siento cómo las comisuras de mi boca tiran hacia arriba como respuesta a sus palabras. No hay ni una pizca de inseguridad en la manera en la que sus ojos me miran. Ni siquiera en sus gestos. Neal está convencido de sus palabras, y siento una extraña sacudida tomar control de mi pecho cuando entiendo la claridad con la que él vislumbra el camino que debemos seguir para no volver a perdernos. Neal, siempre optimista. Buscando soluciones, viendo las cosas de la manera exacta en la que las quiere ver. Nunca nadie me ha transmitido sensaciones que me calmen tanto como él.

—He echado de menos esto —reconozco con un nudo en la garganta.

Sonríe de nuevo.

—Yo también. Por eso no quiero que perdamos el tiempo sintiéndonos raros o incómodos. Hemos pasado por un largo proceso hasta volver a llegar aquí. Creo que es hora de aprovechar de nuevo el tiempo.

Suelto un suspiro cargado de incertidumbre e inhalo una bocanada de aire nuevo que consigue apaciguarme. Decido hacer caso a su manera de ver las cosas, porque sé que es la correcta y la que nos traerá paz de aquí en adelante. Vuelvo a mirarlo a los ojos y le sonrío tímidamente. Una expresión de alivio inunda sus rasgos antes de devolverme la mirada. Echa un vistazo a mis manos y creo que está pensando en

agarrarlas con las tuyas para reforzar el vínculo que estamos sanando, pero finalmente no lo hace. Solo vuelve a sonreírme ampliamente y sigue comiendo, cogiendo las riendas de la conversación y demostrándome con sus palabras que todo lo que una vez fuimos vuelve a estar al alcance de nuestra mano.

Todos los años me acecha la misma sensación. Después de la festividad de Acción de Gracias, parece que el tiempo se acelera y antes de que me dé cuenta está aquí la Navidad. Mi madre, como siempre, se encuentra viajando por la otra punta del planeta, así que paso todas las fiestas en casa, con mi padre, Sue y mis hermanas, Julianne y Mary-Kate. Hacemos todos los planes típicos navideños. Pasamos horas metidos en el salón, frente al fuego viendo películas o con la música típica de esta época del año flotando a nuestro alrededor.

Mi padre es una persona muy musical. Me enseñó desde muy pequeña a poner banda sonora a los momentos. Es por eso que a lo largo de los años he aprendido a identificar los momentos y las personas con una melodía concreta.

Mi relación con mi padre es muy especial. Mis padres me tuvieron muy jóvenes. Fui fruto de un amor tan intenso como pasajero, como esos que llegan un verano pero no lo hacen para quedarse. Mi padre sí que llegó a amar de verdad a mi madre, pero ella siempre ha sido un alma libre que además no cree en los «para siempre». Después de que yo naciera, se mantuvieron juntos aproximadamente un año hasta que mi madre lo convenció de que lo mejor para mí era que ellos hicieran su vida de manera independiente. Mi padre siempre quiso estar involucrado en todo lo relacionado conmigo. Para él siempre he sido lo más importante y ha velado por que tuviera todo aquello que podía ofrecermela vida.

Mi madre me adora, pero la maternidad le vino grande. Su espíritu aventurero era incompatible con todas las rutinas que implica un hijo. Era demasiado joven y mis padres tardaron poco tiempo en darse cuenta de que lo mejor para mí era que fuera mi padre el que tuviera la custodia.

Mi padre siempre ha sido mi gran apoyo. Incluso cuando conoció a Sue y rehízo su vida un tiempo después, nunca he dejado de ser la niña de sus ojos. Desde que me fui a la universidad y posteriormente me instalé en Manhattan, tenemos la costumbre de hablar casi todos los días; si no es por teléfono, es mediante mensajes de texto o notas de voz. A él le debo mi amor por la buena música, aunque esté pasada de moda. Fue con él con quien fui a hacerme mi primer y único tatuaje: la clave de sol que decora mi tobillo derecho y que es un reflejo de esa infancia mágica que él me dio llena de canciones y melodías.

Guardo un montón de recuerdos teñidos de las melodías de The Temptations, Don McLean, Chicago, Simon & Garfunkel, Los Beatles y Queen. También de nuestra canción: *My girl*, porque a mi padre le gusta decir que para él soy el brillo del sol en un día nublado. En el centro de todos esos recuerdos está mi familia. Mi padre, Sue y mis hermanas, que llegaron cuando yo iba camino de convertirme en mujer y que ayudaron a crear ese instinto de protección que me insta a cuidar siempre de los míos. Pasar con ellos mis festividades favoritas es más una necesidad que una obligación, y este año no es diferente.

La Navidad pasa en un abrir y cerrar de ojos y antes de que me dé cuenta estamos

dando la bienvenida al 2014, que promete traernos muchas cosas nuevas. Un punto y aparte para Liv, nuevos retos profesionales para Matt, avances en la línea de doctorado que sigue Christina y la oportunidad de seguir avanzando juntos para mí y para Neal.

Tras la vuelta a casa después de las fiestas, siento que cada día que pasa nos vamos acercando de nuevo al punto en el que estábamos antes de que todo se viniera abajo. Hablar es más fácil. Sonreímos cada vez más relajados. Confiamos en el otro para comentar todas esas cosas que nos inquietan. Volvemos a estar cómodos. Vamos dejando atrás las tensiones que caracterizaron los últimos momentos que pasamos juntos antes de que todo se complicara. Todo fluye con más facilidad.

Hoy es lunes. El día más triste del año, según dicen no sé cuántos estudios llevados a cabo por las universidades más prestigiosas del país. Es lo que se conoce como *Blue Monday*.

Esta noche, Neal y yo hemos venido a cenar al Friday's que dicen que es el más grande del mundo; el que hay en Tajf Hotel, en Times Square. Nos han dado mesa al fondo del establecimiento, demasiado cerca de la puerta del baño. Cada pocos minutos alguien entra o sale, interfiriendo brevemente en las conversaciones que mantenemos.

Neal bebe de su cerveza mientras me pone al día de algunas novedades, siendo interrumpido por los sonidos que salen de su móvil cada rato. No ha parado de sonar desde que nos hemos sentado y reconozco que me está poniendo nerviosa. Aunque trato de ignorar el pitidito incesante y de no darle importancia, me cuesta. ¿Quién será? De vez en cuando él echa un vistazo a la pantalla de bloqueo para chequear las notificaciones, pero intenta centrarse en lo que le estoy contando.

La sexta vez que suena en menos de cinco minutos, Neal coge el móvil y lo desbloquea, cortando mi discurso. Yo me revuelvo incómoda en el asiento. Algo desagradable martillea en mi pecho ante la posibilidad de que haya alguna persona nueva en su vida de la que no me ha hablado y que esté intentando por todos los medios ponerse en contacto con él.

—Uf —dice Neal bloqueando su móvil de nuevo para a continuación meterlo en el bolsillo de su abrigo—. Lo siento.

—No tienes por qué pedirme disculpas —digo con la boquita pequeña.

—Es que... Dios. Es Sophie. Va a volverme loco.

Da un trago a su bebida mientras yo lo miro con el ceño fruncido.

—¿Sophie? ¿Tu hermana Sophie? —pregunto tratando de pasar por alto la sensación de alivio que me roza el pecho.

—Sí. Está... está pasando por un mal momento. —Sus hombros se tensan, reflejando incomodidad—. Quiere venir a mi casa.

—¿A tu casa? ¿Ahora? ¿Pero no vive en Albany?

—Sí. Por eso no quiero que conduzca tres horas para llegar hasta aquí. Es tarde.

El camarero llega en ese momento y deja un plato lleno de patatas fritas entre los dos, justo al lado de los aros de cebolla que nos han traído hace un momento. Neal se revuelve el pelo con cierto aire inquieto.

—¿Y por qué no espera hasta mañana? —pregunto mientras soplo una patata y me

la llevo a la boca.

—Es complicado. Cuando está en este estado... no atiende a razones. Solo le importa conseguir su meta.

Entorno los ojos en su dirección, sin entender a qué se refiere.

—Creo que me he perdido. ¿En qué estado está? ¿Qué pasa?

En su expresión se cuela una sombra que oscurece sus ojos de golpe. Parpadea varias veces mientras un suspiro escapa lentamente de sus labios. Se pasa una mano por el pelo. Por su expresión diría que está intentando escoger las palabras adecuadas.

—Hay algo que no te he contado, Claire —dice en un tono que de pronto se me antoja demasiado sombrío.

—¿El qué?

Vuelve a suspirar, esta vez más profundamente, y juguetea con su vaso de cerveza durante unos segundos. Despega de ahí sus ojos y los dirige hacia mí de nuevo. Su mirada permanece demasiado seria.

—Me estás asustando un poco —digo, incapaz de mantenerme callada.

Me mira tratando de transmitirme algo de calma. O de calmarse a sí mismo. No lo sé.

—Lo sé. No es mi intención. —Hace una pausa en la que aprovecha para dar un trago a su cerveza y para frotarse la mandíbula, cubierta con una sombra de barba—. No sé cómo contarte esto. Hace años que no lo hablo con nadie.

—No quiero que te sientas obligado a nada. Entiendo... Entiendo que no sea de mi incumbencia.

—No, no es eso... Es que... Para mí es complicado hablar del tema. Pero creo que ha llegado el momento de compartirlo contigo.

Lo observo como si en sus ojos quisiera encontrar la confirmación a esas palabras. Aunque siempre he querido acercarme un poco más a la parcela de su vida que tiene que ver con su familia, solo quiero entrar si él está realmente seguro.

—De acuerdo —digo soltando el aire con lentitud—. Te escucho.

Asiente pausadamente y respira hondo.

—Sophie, mi hermana... Tiene problemas.

—¿Qué... qué clase de problemas?

—A los diecinueve años le diagnosticaron un trastorno bipolar.

—¿Trastorno bipolar? —repito, con los ojos bien abiertos.

—Sí.

—Pero... Pero eso es grave, ¿no?

Neal parpadea varias veces, analizando mi reacción, pero la verdad es que me he quedado en blanco. Todo lo que había a nuestro alrededor (los sonidos, la gente, el olor a comida) ha desaparecido de repente.

—Bastante —contesta con una sonrisa triste.

Bajo la mirada hasta mi plato sintiéndome extraña, como si estuviera robando un secreto que no me pertenece.

—Nunca me lo habías dicho.

—Ya lo sé —dice al tiempo que suelta el aire a un ritmo pausado—. No me gusta hablar de eso. Fuera de mi familia solo lo sabe Matt. Se enteró cuando estábamos en la universidad. Por aquel entonces era la peor época de Sophie y había muchos

problemas en casa.

Vuelvo a alzar la mirada hasta encontrar la suya, y con un movimiento de cabeza le pido que empiece. De pronto estoy muy nerviosa por la historia que está a punto de serme revelada. Siento mi respiración volverse más errática con el paso de los segundos.

Neal desliza la lengua para humedecerse los labios y, tras tomar una inhalación profunda, empieza a hablar. Me cuenta cosas que había intuido con el paso de los años, pero cuyos detalles no conocía del todo. Cosas como la distancia que sus padres siempre han mantenido con él y su hermana, la mala relación de Sophie con sus ellos, las discusiones, los gritos y los conflictos. Neal me cuenta que solía mantenerse al margen y no daba tanto problemas, pero que tampoco tenía un lazo de unión que lo ligara a sus padres de manera íntima.

También me habla de la frialdad con la que fueron educados. Cómo les inculcaron que tenían que labrarse su propio camino y no depender de nadie. No les enseñaron a ver las emociones como una debilidad, pero tampoco como una fortaleza de las personas. Sus padres, entre ellos, tenían una relación cordial pero Neal pensaba que no estaban todo lo unidos que cabría esperar de dos personas que llevan juntas tantos años.

A menudo, el ambiente en la casa era irrespirable. Eran cuatro individuos que vivían bajo el mismo techo pero que no tenían un vínculo muy trabajado. Las discusiones que tenían no eran sobre problemas excesivamente complejos, eran fruto de una dinámica familiar malograda; era la manera en la que se hacían las cosas en aquellas cuatro paredes.

—Es como si hubiese una fuerza en esa casa que nos obligara a mantener las distancias. Cada uno a la suya. Todos preparados para saltar a la primera de cambio... —me explica Neal.

A continuación pasa a hablarme de la actitud rebelde de Sophie desde que entró en la adolescencia: los chicos, el alcohol, las noches que se escapaba de casa, las fiestas. Gritos. Golpes de puerta que en vez de hacer callar los conflictos los hacían más grandes y, más tarde, la llegada de aquel problema que etiquetaba muchos de los comportamientos de su hermana: el diagnóstico de un trastorno mental.

—Era una locura. Había épocas en las que estaba excesivamente activa, hablando todo el rato, sin parar de hacer cosas, saliendo y apenas dejándose ver por casa, buscando pelea. Ni siquiera dormía. Gastaba mucho dinero en tonterías por el simple placer de despilfarrar. Volvía borracha, gritaba... No había forma de pararla. Era como si tuviese un montón de energía que no alcanzase a quemar nunca. Estaba completamente fuera de control. Y entonces, de repente... algo hacía *clic* dentro de su cabeza y se convertía en todo lo contrario. Empezaba a pasarse el día encerrada en la habitación. No hablaba, no se relacionaba con nadie. Estaba cansada a todas horas. Apenas comía. —Suspira—. Parecía que estuviese enferma.

Da unas cuantas vueltas a su vaso casi vacío y pasa a contarme que sus padres finalmente decidieron llevarla al médico porque pensaban que estaba incubando alguna enfermedad grave. Ahí fue cuando la derivaron a un reputado psiquiatra del estado que le diagnosticó un trastorno bipolar. Empezaron a medicarla para estabilizar los síntomas, pero siguieron teniendo problemas con ella. La medicación

la hacía sentir extraña y era habitual que en ocasiones dejara de tomarla.

A lo largo de los años, Sophie ha alternado épocas más tranquilas con otras que sería preferible olvidar. Ha tenido etapas de abandonar la medicación y otras de saber encontrar el equilibrio en su rutina, especialmente en los últimos años.

Con la decisión de trasladarse a Nueva York, Neal tomó distancia del tema y decidió empezar una vida alejado de todos aquellos conflictos. Me cuenta que a veces se siente culpable por no estar más disponible para su familia, especialmente para su hermana, pero que construir una nueva vida fuera de Albany era el único modo de salvarse.

Mientras pienso en todo lo que me acaba de decir, no puedo evitar pensar en mi propia vida. Yo tampoco tuve una infancia fácil. Sé lo que es vivir con una persona mentalmente inestable que no es capaz de gestionar las emociones, como es el caso de mi madre. Aun así, a pesar de todas las locuras, la separación de mis padres, el cambio de residencia cuando me fui a vivir con papá y su lucha por darme lo mejor, jamás llegué a sentir que me faltaba amor. Siempre me he sentido muy querida. Por mi padre, desde luego, pero también por mi madre a pesar de sus debilidades. También por Sue cuando llegó a nuestras vidas. No puede compararse con la soledad que me está transmitiendo Neal. Yo me sentí protegida; Neal, al final, solo se tenía a él mismo.

—No sé qué decir —digo pasado un rato en el que hemos compartido silencio.

—Tranquila, no hace falta que digas nada.

Siento una presión en el pecho al imaginar de nuevo todas esas situaciones por las que ha pasado. Sophie, su mundo de dolor; también la falta de afecto que caracterizaba ese hogar.

—No puedo imaginarme lo que ha sido para ti vivir todo esto...

—Creo que tengo una coraza con todo lo que tenga que ver con mi familia. — Vuelve a guardar silencio y aprovecha para pedirle al camarero que reponga nuestras bebidas mientras nos vemos interrumpidos por la puerta del baño a nuestro lado, abriéndose y cerrándose una vez más. Carraspea—. En cuanto a Sophie, más o menos he intentado estar para ella cuando me ha necesitado, aunque por lo general no suele acudir a mí. Ni cuando está estable ni cuando se descompensa. Los últimos años ha estado mejor. Llevaba bastante tiempo con un chico que parecía cuidarla. Ambos tenían un trabajo estable y vivían juntos desde hace tiempo, pero unos días antes de Navidad se pelearon y Sophie tuvo que volver a casa de mis padres.

—Y ¿cómo estaba cuando os visteis durante las fiestas?

—No tan mal como esperaba. Creo que lo suyo con el chico puede tener solución, pero había tenido algunos desajustes con la medicación. No estoy muy seguro de que esté tomándola, ¿sabes? No sé. Creo que puede ser una llamada de atención.

—¿Tú crees?

—Creo que no sabe qué hacer para que el chico vuelva con ella. Creo que piensa que si está mal, él volverá a buscarla para cuidarla porque es una buena persona.

—Dios. Qué horrible —digo incapaz de contener mi observación.

—Está enferma —me recuerda.

—Sí, perdón. No la estaba juzgando.

Me observa atentamente durante unos segundos y a continuación sigue hablando.

—Estuvimos hablando bastante estas navidades. Por lo general no solemos hablar mucho. Siempre he sido el hermano pequeño; el que intentaba pasar desapercibido entre tantos problemas. Pero estábamos los dos en casa de mis padres y surgió. Ahora creo que percibe en mí a una especie de amigo, por eso esta noche no ha parado de llamarme.

—Bueno, no dejas de ser su hermano; su familia. Igual es tu oportunidad para tener una relación más estrecha con ella.

Estudio su expresión atormentada mientras en su interior da vueltas al tema y mi mirada se dulcifica. Conozco a Neal. Sé cómo es y sé que no la dejaría sola en un momento como este. Jamás.

—Sí. Supongo que nunca es tarde para eso.

Nos mantenemos en silencio unos minutos mientras mi cabeza sigue funcionando a mil por hora. No tiene precio que haya desnudado parte de su alma para mí esta noche. Neal es una persona reservada, que se preocupa por mostrar una actitud optimista ante el mundo. Este hecho cobra especial relevancia al haber conocido parte de su historia. Me parece que es un milagro que alguien que se ha criado en un ambiente tan negativo haya terminado convirtiéndose en una persona tan bella. Bueno, atento, generoso, incondicional. Simplemente me parece increíble.

—Gracias por habérmelo contado —le digo, y me trago mis reservas para cruzar la mesa con el brazo y entrelazar mis dos manos con las suyas—. Sé que no es fácil para ti.

Siento que mi piel quema y mi respiración cambia. Sus ojos desprenden calor cuando se encuentran con los míos y, a pesar de la tensión que siento al mirarlo sin apenas barreras, no aparto la vista. Sus dedos se flexionan y me acarician sutilmente.

—No, no lo es. Pero me he quitado un peso de encima. —Respira profundo y su nuez de Adán sube y baja lentamente—. Gracias por escucharme, Claire.

—Prometo escucharte siempre —contesto en un susurro.

Nos quedamos mirándonos fijamente y aunque la atmósfera íntima que creamos provoca en mí el impulso de apartar la mirada y esconderme bajo la mesa, no lo hago. Disfruto de la energía que creamos con solo mirarnos a la cara. Esa energía que siempre nos ha acompañado, pero que no siempre hemos manejado como merecía. Siento ese dolor dulce que se extiende por mi pecho y al que suelo ignorar de manera deliberada, porque con él siempre me acompaña. Es un dolor que habla de sensaciones que escapan de mi control y de la etiqueta que me empeño en no perder de vista; un dolor que grita que esto que siento estando con Neal, jamás voy a sentirlo por nadie.

Su mirada me abrasa las pupilas los segundos siguientes, hasta que el sonido amortiguado del teléfono que llega desde su abrigo rompe la conexión. Nuestras manos se sueltan. Ambos parpadeamos deprisa y dirigimos la mirada hacia la silla de Neal. Saca con cuidado el móvil del bolsillo y consulta la pantalla. A continuación frunce el ceño y suspira.

—¿Por qué no sales a hablar con ella? —le pregunto—. Ve. Yo te esperaré aquí.

Neal me observa intensamente hasta que al final asiente. Se aclara la garganta, se pone en pie y antes de empezar a andar me dedica una última mirada que me dice muchas cosas.

Yo me quedo en la mesa, esperando y reflexionando sobre todo lo que ha pasado. Sé, sin dudar, que siempre estaré ahí para darle la mano cuando lo necesite.

Pienso que jamás tendrá que volver a temer por no encontrar su lugar, porque siempre estaré cerca para darle mi cariño y mi apoyo. Pienso en lo valiente que ha sido al contarme todo esto. Hablándome. Transmitiéndome. Compartiendo un pasado que le duele. Haciéndome ver que aunque vivas rodeado de gente, en tu interior puedes sentirte muy solo.

¿Un viaje de desconexión?

Los primeros meses de 2014 son meses raros y de cambios; algunos nos pillan por sorpresa y otros se venían venir.

Matt, debido a un montón de problemas derivados del *affaire* clandestino que mantiene con su jefa, finalmente se ve obligado a finalizar su relación laboral con la empresa. La historia que hay detrás es muy de película mala de sobremesa que podría resumirse en: una mujer despechada tras un rechazo, un marido celoso que descubre el pastel y un escarmentado Matt que decide huir de situaciones complicadas como gato del agua.

Christina está envuelta en un proyecto muy importante directamente relacionado con su tema de tesis. A mediados de abril asistió a un congreso de bioquímica y avances neurocientíficos. En él tuvo la oportunidad de defender el proyecto para buscar la financiación de la importante farmacéutica Wilkens. Cuando volvió, estaba en un estado entre exultante de alegría y despistada como nunca. Aunque se cierra bastante a hablar del tema, sabemos que conoció a alguien ahí; alguien muy misterioso de quien no quiere hablar demasiado. Únicamente intuimos que tiene que tratarse de alguien muy especial, porque Christina siempre ha mantenido altamente separada su vida personal del trabajo y toda esta situación apunta a que por primera vez en su vida ha roto su norma más sagrada.

De todos nosotros, la peor parada sin duda ha sido Liv. Por si no tenía suficiente con todo lo que pasó tras la marcha de Will, a principios de año decidió dejar su trabajo y, apenas unas semanas después, su madre sufrió un accidente que la tuvo en coma durante dos días. Fueron momentos duros para los Gallagher, aunque afortunadamente todo salió bien. No es hasta bien entrada la primavera que la vida de mi amiga volvió a estabilizarse. Hicieron falta meses de rehabilitación hasta que su madre volviera a estar en perfecto estado. Para entonces, Liv ya había encontrado un nuevo empleo que la trajo de vuelta a Nueva York. Tras meses fuera, de estar lejos de todo y de haberse puesto a sí misma a prueba en innumerables situaciones, nuestra amiga por fin vuelve a mostrarse feliz por haber retomado su rutina en la ciudad.

En cuanto a Neal y a mí, todo va bien. Un tiempo después desde aquella noche en la que tuvimos la conversación acerca de Sophie puede decirse que estamos más unidos que nunca. Creo que necesitaba desesperadamente hablar con alguien del tema y tratarlo con toda la normalidad posible. Ha vivido demasiado tiempo con la pena y la amargura que le producía la situación de su hermana dentro de él, y ahora por fin está dejando que las palabras escurran hacia fuera todas las sensaciones negativas que ha guardado durante años.

Me siento más cerca de él que nunca. Hablar de todo este tema ha hecho que entre en sintonía con sus emociones. Siento que lo conozco mucho mejor. He visto algunos de sus miedos y debilidades. Desde la decepcionante relación que mantiene con su familia hasta cómo trazó un plan que le permitiera salvarse y salir adelante. Voy entendiendo cómo llegó a ser como es, y eso me ayuda a poner en perspectiva todas las cosas que siento cada vez que estamos cerca. Y ahora sé, también, cómo nos convertimos en familia tan pronto: llevaba toda la vida buscándonos.

El calor llega más tarde que en años anteriores, pero apenas nos enteramos por las novedades de los últimos meses. Cada uno estamos viviendo nuestro propio proceso de cambio y nos adaptamos a los giros que nos va trayendo la vida.

A finales de junio, mis amigos tienen la idea de viajar para el puente del 4 de julio a Miami. Todos necesitamos un tiempo de descanso. En un principio Liv iba a ir sola a ver a su hermano, pero se le ha ocurrido que organicemos un viaje entre todos para pasar allí unas pequeñas vacaciones de ruptura con la rutina.

Matt, Christina y Neal se muestran entusiasmados con la idea. La verdad es que a mí también me apetece, pero en mi familia tenemos una especie de tradición en esta festividad y me cuesta tomar la decisión de faltar. Mis amigos me llaman aguafiestas varias veces al día, y finalmente deciden mandar a Neal en una misión para convencerme.

—Venga, pequeña, di que sí.

—¿Por qué insistes tanto?

—Nada vale tanto la pena si no estás tú.

Me quedo mirándolo como una tonta y eso es todo lo que hace falta para que confirme que subiré al avión que nos llevará a Florida.

Llegamos a Miami el jueves por la noche, justo a tiempo para que Aiden nos recoja en el aeropuerto y nos lleve a cenar. Ha alquilado un coche de siete plazas para movernos por la zona y también un piso para todos cerca de la playa, porque en su apartamento no cabemos los seis.

Vemos los fuegos del 4 de julio en una fiesta en un barco que organiza un amigo de Aiden y, aunque echo de menos a mi padre, a Sue y a mis hermanas, la verdad es que me alegro de haber tomado la decisión de venir.

La noche siguiente nos sorprende con una tormenta tropical que nos obliga a quedarnos en casa. La excusa perfecta para pedir pizzas a domicilio y pasearnos con ropa cómoda por el piso. Después de cenar en el suelo y de unas cuantas conversaciones sin sentido, ponemos una *playlist* animada en Spotify y decidimos jugar a un juego a través de una aplicación que tiene Aiden.

—Os cuento. Un jugador gira la botella y la persona a la que le toque tiene que beber. A continuación, tira esta moneda y la tiene que meter en un vaso de chupito. — Se saca una moneda de veinticinco centavos del bolsillo y nos la enseña a todos—. Si falla, tiene que responder una pregunta.

—¿Quién hace las preguntas? —pregunto.

—La aplicación —contesta Aiden, activándola en el móvil y poniéndola frente a nosotros.

—¿Y si no queremos responder? —quiere saber Liv.

—Bebes otra vez. Si contestas, no bebes más y es tu turno de girar la botella. Os advierto desde ya que son todo preguntas comprometidas. De sexo normalmente.

—Suena bien —dice Matt alzando las cejas.

A continuación nos repartimos todos por la zona del comedor y ponemos la botella en la mesa de cristal que hay en el centro antes de empezar a jugar. Montamos los vasos de chupitos mientras me preparo mentalmente para el juego. Miro a Neal, que se ha tomado un par de cervezas durante la cena y parece estar pasándoselo en

grande. Yo estoy un poco nerviosa por si me toca responder alguna pregunta rara que me haga sentir incómoda. De esta habitación, las dos únicas personas que han tenido sexo entre ellas somos Neal y yo, y eso es algo que nos pone en el punto de mira.

Christina me dedica una mirada rápida y yo sonrío tensa. Creo que se ha dado cuenta de lo que estoy pensando. Mi amiga es demasiado perceptiva hasta para su propio bien.

Cuando quiero darme cuenta, el juego ya ha empezado.

Al principio todos encestamos en los vasos de chupito, así que no hay preguntas. Pero conforme avanzamos y empezamos a beber más y más, se nos escapa la risa tonta y vamos fallando los tiros.

—¿Cuál es el sitio más raro donde lo has hecho? —leo en la aplicación la pregunta que, en este caso, va dirigida a Aiden.

—¿Cuenta la cama de mis padres?

—Puaj, Aiden, qué asco —dice Liv haciendo una mueca.

Todos nos reímos y el juego sigue. Hay preguntas más sencillas y otras que consiguen sacarle los colores al participante en cuestión. Pasan las horas entre chupitos, risas y preguntas sacadas del infierno.

—¿Cuál fue el peor polvo de tu vida y por qué? —pregunta Christina a Liv.

—La primera vez que me acosté con Owen, mi novio de la universidad. Había llenado la habitación de velas, música y demás pijadas y duró menos de dos minutos. No recargó en toda la noche por los nervios. Menos mal que a partir de ese día remontó, porque nuestra primera vez fue un desastre.

Y siguen las preguntas... «¿Cuál ha sido el mayor periodo de tiempo que has estado sin hacerlo?». «¿Cuántas veces has llegado al orgasmo en una sola noche?». «¿Cuántos amantes has tenido en el último año?»

—¿Quién de esta habitación crees que está más bueno?

—Aiden, sin duda —contesta Matt que, aunque ha bebido menos que el resto, también está algo perjudicado.

—¡No vale! ¡Bebe!

—Joder, es una pregunta muy difícil. Es como si me preguntarais si mi madre está buena.

—¡Bebe! —volvemos a gritar el resto.

—Joder... —dice arrastrando cada letra—. Está bien. A ver, dejadme pensar: Claire tiene un buen culo, Liv tiene buenas piernas, Christina es sexi por la confianza que desprende y por su tipazo de modelo... —Da golpecitos con un dedo en su barbilla—. Está la cosa complicada. Desempataré mirando vuestras tetas.

Nosotras tres ponemos los ojos en blanco mientras los chicos se ríen. El tonto de Matt entrecierra los ojos y empieza a inspeccionar el pecho de cada una, y yo siento el impulso de taparme y de pegarle con un cojín en la cabeza.

—Uf. No puedo —dice negando con la cabeza después de un rato—. Necesito ayuda. ¿Neal?

—¿Qué?

—¿Qué tal son las tetas de Claire?

Se hace un silencio en la sala. Un silencio tenso y crepitante que nos paraliza a todos. A mí la primera.

—¿Qué dices, tío?

—Sí. Eres el único que tiene criterio aquí. Las has visto.

Silencio de nuevo. Mi cara se va viendo invadida por una mueca de horror y clavo los ojos en mis rodillas. El alcohol y el calor del momento se me suben a la cabeza.

—Yo también las he visto —dice de repente Liv para cortar la tensión.

—Pero Neal las ha tocado —rebate Matt haciendo un gesto despreocupado con la mano—. No sabemos qué más ha hecho con ellas.

—Matt... —Neal fulmina a Matt con la mirada.

Noto mis mejillas arder. Las chicas se muestran inquietas y Aiden observa la escena con los ojos bien abiertos. Todos hemos vuelto a quedarnos callados. Tanto que el único sonido que se percibe en el salón, además de la música, es el de la lluvia cayendo a toda velocidad ahí fuera. Daría lo que fuera por desaparecer.

—Lo siento, Claire, pero no contesta. —Matt se encoge de hombros, girándose en mi dirección. Con tono burlón añade—: Eso no deja a tus chicas en buen lugar.

—Mis chicas están perfectamente —digo yo, intentando pasar por alto la tensión que aturulla a todo mi cuerpo. Tantos meses manteniendo el tema al margen y el maldito Matt rompe el trato en una noche.

—Neal no opina lo mismo... —Mira de reojo a su amigo, provocándolo.

La mandíbula de Neal se contrae y puedo percibir un pequeño temblor desde donde estoy, aunque retiro la vista inmediatamente para que su mirada no se encuentre con la mía. Todo mi cuerpo está en tensión.

—Sus tetas son perfectas, te lo aseguro —contesta Neal con rotundidad, sin mirarme ni un segundo, como si yo no estuviera en la habitación—. Ahora deja de ser tan gilipollas y contesta a la pregunta.

Matt chasquea la lengua y se gira de nuevo hacia nosotras, sin abandonar su expresión socarrona.

—Jodido Pepito Grillo. Está bien... Pues... Christina. Porque la seguridad de una mujer en su sexualidad me la suele poner dura.

Sin darle opción a ningún comentario más, Liv coge la botella y se la tiende a Matt para que la gire. Todos nos esforzamos por volver al juego, pero yo sigo sintiéndome incómoda. El cuello me arde y parece que todo el alcohol se ha acumulado en mi estómago, revolviéndolo.

Un par de tiradas después es mi turno. Doy un trago a la bebida, cojo la moneda y la lanzo. Por primera vez en lo que va de noche, fallo.

—¿Quién ha sido el mejor amante que has tenido nunca y por qué? —me pregunta Aiden, deslizando su mirada por la pantalla del móvil.

Mis ojos se abren y en mi cara se forma una expresión helada. Siento hasta el tiempo detenerse. Dios. ¿Cómo es posible que tenga tan mala suerte? Por mi cabeza empiezan a recrearse una sucesión de imágenes de aquella noche, casi un año atrás, cuando Neal me besó contra la puerta de mi casa. Trago saliva.

Matt me mira con el ceño fruncido cuando estiro la mano para rellenar de nuevo mi vaso y así evitar contestar.

—¿Pero qué haces? ¿No vas a contestar? Es fácil. No has estado con tantos.

—Eres idiota —le respondo, mientras el líquido va cayendo contra el vidrio.

—¡Venga! ¡Contesta!

—No me parece una pregunta apropiada.

—Es un juego, Clairens.

Le lanzo una mirada furibunda y de un trago vacío el contenido del vaso. Estoy mareada e irritada. No sé quién pensó que jugar a esto sería buena idea. Estiro la mano para hacer girar la botella de nuevo y cuando termina de dar vueltas, observo con frustración que me señala a mí de nuevo.

—Dios. Estoy gafada.

—Eso es el karma por no haber contestado... —comenta Liv frunciendo los labios.

Chasqueo la lengua y, sin mirar a nadie, recargo mi bebida de nuevo. Mientras el sabor del ron va descendiendo por mi garganta me doy cuenta de que he bebido ya demasiado. Mi tolerancia al alcohol es bastante baja y ya llevo varios chupitos. El regusto añejo aún me llena la boca cuando Aiden alza el móvil para leer la siguiente pregunta.

—¿Cuál es tu práctica sexual favorita?

Dios.

—Ay, joder... —baluceo.

Mis amigos se carcajean. Sus risas suenan de fondo cuando agacho la mirada con expresión torturada y deslizo mi labio inferior entre los dientes. Por el rabillo del ojo capto la mirada intensa de Neal en mi dirección. Hasta ahora he evitado mirarlo de frente, pero mis pulsaciones aumentan al saberme observada por él.

Sintiéndome algo mareada por el alcohol, decido dar una respuesta, siendo vagamente consciente de que Neal tal vez reciba mi declaración como un guiño a nuestro pasado.

—El cunnilingus.

Mis amigos aplauden mientras yo me tapo la cara. Por Dios, qué vergüenza. Matt hasta me vitorea. Neal me lanza una mirada enturbiada por el alcohol que no sé bien qué significa, y yo decido dejar de ser el centro de atención haciendo girar de nuevo la botella. Hasta aquí los atrevimientos del día.

Después de alguna pregunta comprometida más, algún otro juego absurdo y muchas risas, decidimos irnos a la cama.

Cuando Christina y yo nos metemos en la habitación que compartimos, mi amiga cae inconsciente casi al segundo. Yo aún necesito refrescarme, así que sonrío mirándola respirar profundamente y después cojo mi bolsa de aseo para ir al baño que hay en el pasillo.

Justo cuando llego frente a la puerta de madera, esta se abre y la figura de Neal sin camiseta aparece ante mí. Me quedo paralizada mirándolo. Parpadeo varias veces, consciente de que él está prácticamente desnudo y de que a mí se me marca absolutamente todo debajo del pequeño camisón que llevo puesto.

—Todo tuyo —me dice señalando el interior del baño, donde aún se escucha el ruido de la cisterna.

Ahora que no hay tanto alcohol circulando por mi organismo, me resulta más incómodo mirarlo a la cara después de todos los momentos de tensión que se han sucedido durante el juego. Cuando me atrevo a hacerlo, Neal me está sonriendo. Me tiemblan un poco las piernas por estar los dos tan cerca en este pasillo casi a oscuras,

con tan poca ropa y después de que se haya hablado en voz alta de aquella vez que fuimos algo más que aquello que pretendemos ser día tras día.

—Menuda noche, ¿eh? —se anima a decir él.

—Sí... —Sonrío con timidez—. Tardaré bastante tiempo en beber ron y en jugar a algo con todos vosotros. Especialmente con Matt.

Neal se ríe y las comisuras de sus ojos forman unas arruguitas adorables. Su piel está algo más bronceada tras estos días de sol y su barba más larga de lo que acostumbra. Siento el repentino impulso de pasar mis manos por esa zona y después ir descendiendo hasta acariciar la piel de su estómago. Trago saliva, confusa de pronto ante los deseos que cobran vida en mi interior.

—Dime que no me odias por haberte hecho venir.

Me obligo a sonreírle de nuevo.

—No, no te odio. En el fondo ha sido divertido.

—Lo has hecho muy bien.

—Gracias. Tú también. Y gracias por haberme... ya sabes... defendido.

Nos miramos a la cara y siento una nueva bofetada de calor en mis mejillas que desciende por mi cuello. De nuevo una imagen en forma de *flashback* aparece en mi cabeza. Él besándome un pecho y luego otro hasta que su lengua encuentra mi vientre. Y luego más abajo. Anheló. Saliva. Fuego.

«Dios, Claire. Basta».

Neal se aclara la garganta. Por la expresión que viste su rostro, él también parece estar pensando en algo más allá de nuestro encuentro casual en medio del pasillo. Puede que también esté recordando aquella única noche en la que conseguimos hacer que nuestros cuerpos volaran juntos, pero él jamás me lo diría y yo no sería capaz de preguntárselo. Solo nos queda mirarnos a los ojos e intentar ignorar la electricidad que, por mucho que nos rodee día y noche, nos esforzamos en ignorar.

Pasado un pequeño intervalo de tiempo, da un paso en dirección contraria sin dejar de mirarme.

—No ha sido nada, pero era cierto. —Me observa durante unos segundos, con ojos oscuros, y a continuación añade—: Pienso que son perfectas. Buenas noches, Claire.

Lo dice con un atisbo de sonrisa que me desarma, pero que se esfuerza en ocultar enseguida. No sé si lo hace para romper la tensión que está creándose a nuestro alrededor, pero echa a andar sin darme opción a réplica. Escucho sus pasos firmes contra el suelo hasta que desaparece en una de las habitaciones. Yo me quedo mirándolo como una tonta frente a la puerta del baño, con los latidos de mi corazón retumbando dentro de mi pecho y la respiración alterada por culpa de lo cerca que he sentido su olor; envuelta entre los recuerdos de aquella noche que jamás volverá.

El resto de las vacaciones las pasamos tomando el sol, bebiendo cócteles y viviendo la ciudad a todas horas. Aiden intenta llevarnos a los sitios más conocidos, pero lo cierto es que el plan que más nos seduce es el de descansar en la playa y reír hasta hartarnos los unos de los otros.

La última noche vamos a una de las discotecas del momento.

La música suena alta y lo envuelve todo mientras nosotros lo pasamos en grande yendo de aquí para allá, bailando las canciones de moda y bebiendo combinados que

nos mantienen en ese estado de exaltación, mezcla del alcohol y la amistad.

Conforme avanza la noche, nos vamos desperdigando. Neal se dirige a la barra para pedir una copa, Matt se retira a un rincón oscuro para intimar con una candidata a calentarle la cama esa noche y Aiden, las chicas y yo nos quedamos en la pista dejándonos llevar.

En algún momento, me doy de bruces contra un chico muy alto que me sujeta por los hombros a tiempo para evitar que me tambalee. Le echo un vistazo rápido mientras me incorporo y me fijo en su pelo perfectamente peinado, su barba recortada y el tejido de un traje que, a juzgar por su apariencia, debe de ser de firma. Carraspeo, nerviosa, y le pido disculpas mientras doy las gracias por dentro de no haber llevado una copa que derramarle encima.

—Estás disculpada. —Me sonrío y yo le devuelvo tímidamente la sonrisa mientras noto cómo su mirada me recorre la cara. Su sonrisa se va acentuando cada vez más a medida que su escrutinio progresa—. ¿Te han dicho alguna vez que tienes unos ojos preciosos?

—Eh... Esto... Sí. Pero gracias.

La música suena a nuestro alrededor con bastante fuerza. El local a estas horas esta a reventar de gente y las luces que salen del techo pintan destellos de colores por todas partes.

Hablamos durante un rato, de esto y de aquello. Los típicos «de dónde eres», «a qué te dedicas» y todas esas cosas. Hace tiempo que no entablo conversación en una discoteca con un desconocido y al principio me siento un poco cohibida, pero el chico es agradable y poco a poco me voy dejando llevar.

—Entonces de Nueva York. Interesante. ¿Esos de ahí son tus amigos? —pregunta señalando a Aiden, Liv y Christina, de los que nos hemos alejado un poco.

—Sí, he venido con ellos.

—Te he visto antes hablar con un chico, ¿él también es amigo tuyo?

—¿Qué chico? —pregunto extrañada.

—Ese que está ahora en la barra hablando con la pelirroja.

Me doy la vuelta para seguir con los ojos el punto que mi acompañante señala y mis ojos se entornan cuando veo a Neal hablando con una chica que está sentada a su lado en la barra. La postura de ambos mientras hablan provoca un remolino un tanto desagradable en mi estómago. Parecen muy interesados en la conversación que mantienen y, de manera automática, me pregunto qué narices tendrán en común para hablar de esa manera tan distendida. Los dos sonrían más de la cuenta, causando que, de manera involuntaria, unos temblores sacudan mi mandíbula.

—Sí. Es mi amigo Neal.

—Me alegro de que solo sea tu amigo. Supongo que, si no lo fuera, yo no podría estar aquí hablando contigo. Y sería una pena.

Enarco las cejas con sorpresa. Como decía, estoy muy poco habituada a este tipo de situaciones. Tengo que obligarme a mí misma a seguir sonriendo y a recordar cómo se juega a esto, aunque solo sea para distraerme de las sensaciones que me produce ver a Neal en plena acción.

—Me llamo Evan Dune, por cierto. ¿Y tú?

—Claire.

—¿Claire...?

—Wallace. Claire Wallace.

—¿Wallace? ¿Cómo las cafeteras?

Eso me hace sonreír. «Precisamente como las cafeteras Wallace», me apetece decirle. Pero no pienso hacerlo; no me gusta compartir ese detalle con gente que no es de confianza.

Contra mi buen juicio, decido quedarme un rato hablando con él. No mantenemos ninguna conversación interesante, solo cuchicheos y algún roce inintencionado cuando intentamos que el otro nos oiga mejor. A decir verdad, no sé por qué me quedo. Bueno, sí lo sé. A pocos metros de mí Neal aún mantiene esa pequeña charla con la chica pelirroja y, a juzgar por sus risas, su conversación sí parece bastante interesante. No estoy nada preparada para la tensión que siento en mis costillas mientras los observo intercambiar palabras. Necesito algo que aparte mi mente de esto que estoy sintiendo. No me gusta lo que la imagen de Neal flirteando con otra me hace sentir.

Tras un rato de conversación, Evan decide eliminar la distancia que nos separa y me propone ir un paso más allá.

—¿Bailas?

Por la cabeza me pasa el decirle que sí, porque no tengo nada que perder y tal vez haya llegado el momento de abrirme a conocer gente de nuevo, pero, justo en ese momento, a lo lejos, veo a la pelirroja levantándose de la silla. Observo cómo cruza la sala contoneando las caderas al ritmo de la música que no deja de sonar. Veo cómo Neal la sigue con la mirada y ese algo que me molesta dentro del pecho me aprieta con más fuerza.

—No, la verdad es que no —le contesto.

Sin darle opción a más, me despido de él. Haciendo caso omiso a la expresión desconcertada que viste el rostro del tal Evan, comienzo a andar hacia la barra. No sé bien qué busco acercándome, pero tardo apenas unos segundos en pararme al lado de Neal y ocupar el sitio donde ha estado sentada la chica. Mi boca se seca cuando me mira y me sonrío. Me dan ganas de pedirle que nos vayamos los dos de aquí en busca de un sitio más tranquilo; alguno donde podamos hablar durante horas como siempre nos ha gustado hacer. Quiero sentir la conexión que hay entre nosotros rozándome la piel e invadiendo mis sentidos. Solos, los dos solos.

—¿Todo bien, pequeña?

Suspiro mientras dejo caer mis brazos sobre la barra.

—Sí.

—¿Te estaba molestando ese tío?

Parpadeo varias veces mientras me pregunto en qué momento ha tenido tiempo para fijarse en que estaba hablando con alguien.

—No, qué va. Solo quería bailar —le contesto encogiéndome de hombros. Mientras analiza mi mirada, siento el impulso de tantear qué ha significado para él el rato que ha compartido con la pelirroja—. ¿Te molestaba a ti esa chica?

Me mira a los ojos y dibuja una especie de mueca que simula una sonrisa. No tengo ni idea de qué está pensando mientras seguimos mirándonos durante los largos segundos que se suceden. Durante ese espacio de tiempo vuelvo a sentir esa chispa

traicionera que salta cada vez que nos acercamos demasiado, pero no estoy segura de que él también sea capaz de sentirla.

Desafortunadamente, no le ha dado tiempo a contestar cuando la chica en cuestión aparece de nuevo de la nada, buscándolo y evaluando con la mirada mi intrusión en la escena.

Neal y yo nos giramos hacia ella a la vez. Él le sonrío con intención y, de nuevo, siento ese dichoso tirón en las entrañas que no sé bien qué significa.

Los dos se observan como si hubieran dejado algo a medias. Algo que al parecer tienen intención de retomar.

Ladeo la cabeza, aturdida, y enseguida me pongo de pie. Soy plenamente consciente de que no pinto nada en esta escena. La atención de Neal está prácticamente centrada en la pelirroja y a mí apenas me mira. Ni siquiera está interesado en averiguar cómo me puedo tomar que flirtee con otra delante de mis narices, claro que, bien pensando, ¿por qué habría de hacerlo? Él y yo no tenemos nada. Solo somos amigos. Pensar en que podemos ser algo más solo nos trajo problemas en el pasado; problemas que tenemos muy claro que no queremos repetir.

Me muerdo la lengua y decido ignorar la presión que me trepa por la garganta.

—Bueno, yo... Te dejo... Voy... para allá con los demás —balbuceo, obligándome a mí misma a dibujar una sonrisa. Es tan falsa que hasta las comisuras de mis labios se resienten—. Luego... luego nos vemos.

Sin darle opción a responder, me doy la vuelta y me pierdo de nuevo entre la música y la gente hasta que llego a donde están Liv, Christina y Aiden. Intento olvidar la molesta sensación que me despierta que Neal pase el tiempo intentando conocer a otras mujeres y me esfuerzo por centrarme en el sonido de la música, que lo envuelve todo. Pero el martilleo de mi pecho me dice que, por alguna razón, no voy a tenerlo tan fácil para ahogar todas sensaciones a las que me niego a mirar de frente.

¿Abriendo los ojos?

El verano llega a su fin con mi cerebro sumido en el caos más absoluto. Hace varias semanas que me siento diferente.

Podría contarme un montón de historias a mí misma con la esperanza de convencerme de que esto tan solo es una fase. Podría, no sé, hacer una lista de pros y contras que analicen por qué es una mala idea darle vueltas a un tema que debería estar cerrado. Podría intentar mirar a otro lado, pero llevo tantos meses haciéndolo que sé de sobra que esa técnica ya no me va a llevar a ningún lado.

Podría escoger un montón de opciones, pero la verdad es que no soy capaz. Me siento atrapada dentro de mi propio cuerpo. Nadando en un montón de sensaciones que inundan mi cerebro hasta dejarlo desprovisto de argumentos a los que agarrarme.

Muy en el fondo, sé que lo que debería hacer es dejar de engañarme y mirar dentro de mí para afrontar una verdad que se hace oír a gritos en mi interior. Y, por si alguien se lo pregunta, sí, estoy hablando de Neal.

—Claire, ¿sigues aquí? —La voz de Christina rompe el cómodo silencio que se ha instalado en la habitación de Liv, donde estamos pasando la tarde. También me saca de mis pensamientos.

—Sí, ¿por?

—Porque parece que estás en otro mundo.

—Perdón. Tengo... tengo cosas en la cabeza.

Los ojos de Christina se clavan en los míos con suspicacia.

—Ya. Y esas cosas... ¿tienen nombre y apellido?

De nuevo se hace el silencio en la habitación. Liv, que tiene la cabeza metida dentro de su armario, se da la vuelta hacia nosotras y entorna los ojos mientras me observa. La mirada de Christina continúa taladrándome las retinas.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—A si estás pensando en alguien en concreto.

Carraspeo un segundo al tiempo que me acomodo mejor sobre la cama. A lo lejos, miro mi propio reflejo en el espejo que hay en la pared de enfrente. En efecto, tengo expresión difusa y la mirada perdida.

—¿Qué? No, claro que no...

—Claire... Te conocemos desde los seis años y podemos afirmar sin temor a equivocarnos que llevas un par de meses muy rara. ¿Por qué no nos dices qué está pasando?

Chasqueo la lengua. No puedo hablar con ellas de lo que me preocupa porque me aterra el camino al que pueda llevarnos esta conversación. El tema Neal siempre me ha parecido demasiado complejo solo para mí misma; ni hablemos de exponer mi preocupaciones delante de ellas, que encima no son objetivas en el asunto. No quiero acabar diciendo demasiado, así que desvío la mirada.

—No creo que sea el momento de hablar de mí, Christina. Liv se va en una semana a vivir a Vancouver. Centrémonos en ella.

La empresa para la que trabaja Liv la ha trasladado de manera temporal a la sede de Vancouver para cubrir un puesto de cara a la campaña de Navidad. Esta tarde

estamos en su casa ayudándola a organizar las maletas. Las tres bebemos vino en su habitación mientras evaluamos el contenido de su armario. Liv ha estado bastante tranquila desde que su jefa le diera la noticia, pero los dos últimos días ha empezado a sentirse inquieta por el cambio.

—Se va tres meses —apunta—. Deja de actuar como si se fuera para siempre para cambiar de tema.

—Christina tiene razón, Claire. Sé que me vais a echar de menos y todo eso, pero antes de que os deis cuenta estaré aquí. Creo que es más importante hablar de lo que te pasa a ti.

Mientras habla, Liv va sacando algunas prendas de las perchas y doblándolas sobre la cama para después ir metiéndolas en una de sus maletas. Cuando centra su mirada en la mía, me doy cuenta de que no me va a resultar tan sencillo escapar de esta situación.

—No me pasa nada —miento. «Solo que hay alguien en mi cabeza de quien no puedo escapar».

De nuevo volvemos a quedarnos en silencio. A través del espejo no se me escapa la mirada que intercambian entre ellas. Una mirada que dice que ya han hablado de este tema sin mí presente.

—¿Y Neal?

Me hago la tonta.

—¿Neal?

—Sí, Neal.

Me encojo de hombros.

—Pues en su casa, supongo. —Hago una pausa porque la verdad es que no sé dónde está hoy, sábado por la tarde. Lo habitual es estar informada de sus planes, pero esta vez no lo estoy y no sé cómo me hace sentir eso. Bueno, sí. Sí que lo sé. Me frustra. Me cabrea hasta niveles que ni siquiera alcanzo a entender. Podría estar en cualquier sitio... y con cualquiera. Sacudo la cabeza—. Bueno, en realidad no sé dónde está.

—¿Y eso te molesta, Clairens? —indaga Christina con tono delicado.

Sin decir nada, recojo algunas camisetas que Liv ha dejado esparcidas sobre la cama y me pongo a plegarlas. Siento la presión de sus miradas sobre mi cabeza mientras yo mantengo la vista agachada. Desde aquella noche en la discoteca de Miami en la que lo vi flirtear con otra, algo ha cambiado dentro de mí. Aunque finalmente no se fue a casa con esa chica, eso no quiere decir que no puedan haber otras. Esa noche me abrió los ojos, porque darme cuenta de hasta qué punto me molesta la idea de Neal con otras mujeres me ayudó a aceptar la complejidad de mis sentimientos hacia él.

—¿Por qué no preguntas lo que quieres preguntar? —digo al fin.

—Está bien. ¿Cómo van las cosas entre Neal y tú? ¿Ha pasado algo nuevo?

—No, todo está como estaba. Somos muy amigos, pero eso es todo. Él hace su vida, yo la mía, y nada más.

Trago saliva y ella asiente lentamente en silencio.

—¿Veis a más gente?

—¿A qué te refieres con más gente? No puede decirse que Neal y yo nos

estemos... viendo.

—Entonces —interviene Liv—, ¿cómo lo definirías?

Vuelven a intercambiar una mirada más y siento la tentación de darles la espalda para no seguir hablando de este tema, pero intento mantener la calma.

—Somos muy amigos, es cierto. Pasamos mucho tiempo juntos, hablamos a todas horas... Pero nada más. Si por *ver a más gente* te refieres a si sale con alguien, la respuesta es no lo sé. No hablamos de nuestras vidas sentimentales. —Y cuando termino de pronunciarlo me doy cuenta de lo raro que resulta compartirlo todo con una persona y dejar de lado algo como eso.

—Tú no sales con nadie desde hace más de un año —observa Christina.

—No. No he conocido a nadie que me interese.

Sonríe con malicia.

—Ah, ¿es por eso? Pues tengo un compañero que tal vez...

—Christina, no. No me apetece.

—¿Y por qué no? Y no me digas que no estás preparada porque hace un año y medio que pasó lo de Aaron. Y más de un año de lo de Neal. ¿Por qué no ibas a querer salir con un chico guapo y divertido que, además, ha pasado mi filtro?

—Porque no me interesa conocer a nadie.

—O porque ya sientes algo por otra persona —sugiere Olivia.

Tanto Christina como Liv me observan en silencio durante unos segundos. No voy a hablar de Neal y ellas lo saben, aunque sé que tienen razón en lo que dicen. Sé que llevo un par de meses un poco rara y, sí, Neal tiene bastante que ver en eso. Pienso en él a cada segundo de cada día; mucho más de lo que sé que puedo permitirme. Siento un intenso deseo de estar cerca de él y mucho miedo a que se aleje. No es que estos sentimientos sean nuevo, todo lo contrario. Fueron los mismos que me llevaron a poner distancia cuando las cosas se complicaron entre nosotros. Solo que ahora siento como si hubiera cambiado el enfoque. No sé. Es extraño.

—Está bien, haz lo que quieras —dice Christina al fin, decidiendo zanjar el tema—. Te respetamos. Pero no te creas ni por un momento que a nosotras nos engañas, Clairens. La variable Neal tiene mucho peso en esta decisión. Cuando quieras hablarlo... aquí estaremos.

Llego a mi casa después de cenar y sigo dándole vueltas al tema. No sé qué ha cambiado en los últimos meses. No sé por qué me siento diferente, pero así es. A veces, echo la vista atrás y pienso en todos los cambios que hubo en mi relación con Neal tras mi ruptura con Aaron. Los días, las noches, las horas juntos. Las confesiones, las charlas, los mensajes, los acercamientos.

Jamás he visto a Neal de la manera que veo a Matt. Eso es un hecho. Tampoco creo que pueda hacerlo nunca. Cuando lo conocí sentí una atracción innegable hacia él. Quise ser capaz de desentrañar todos sus secretos, pero las circunstancias del momento jugaron en nuestra contra. Él tenía una vida y yo otra y la aparición de Aaron meses más tarde puso en pausa el avance de una historia que nunca supe si llegaría a nacer.

Recuerdo la primera vez que me di cuenta de que aquellas sensaciones que creí sentir en su día habían despertado de nuevo. Fue la noche que me acompañó a la fiesta de verano de mi empresa. Había pasado toda la tarde con una ilusión tonta

calentándome el estómago mientras me arreglaba para salir con él. Hacía meses que había dejado de preocuparme en exceso mi aspecto, pero quería estar guapa; quería que él me viera guapa. Desde hacía algunas semanas, habíamos conseguido acercarnos bastante y yo había empezado a pensar en él a todas horas; mucho más de lo que quería reconocermelo a mí misma. Pensaba en él y en su manera de entender el mundo. Me gustaba cómo era, cómo se comportaba con la gente, especialmente conmigo. Me había ido enganchando a su cercanía. Pensaba en todas las cosas que sentía al pasar tiempo juntos y de vez en cuando me quedaba absorta observándolo, como si fuera incapaz de apartar la mirada de él. Le miraba las manos o la manera en la que se movía su boca. Sus gestos y el sonido de su voz.

Cuando la noche de la fiesta el alcohol empezó a navegar dentro de mi cuerpo, se me soltó la lengua y abrí la caja de los truenos. Me surgió la necesidad de asegurarme que toda esa confusión respecto a lo nuestro no era algo que me pasaba a mí sola, y ahí empezaron los problemas.

El otoño entra con todas sus fuerzas y a lo largo del mes de octubre la ciudad va perdiendo poco a poco el color del verano. Con Liv fuera noto las semanas extrañas. Sé que ella está bien y que está aprovechando su tiempo en Canadá para tomar distancia y aclarar ideas, pero a todos se nos hace raro no contar con ella en los domingos en The New.

Por lo demás, todo sigue igual. Bueno... más o menos. Están habiendo algunos cambios. Como por ejemplo... el chico con el que está saliendo Christina. Sí, lo sé. Christina está saliendo con alguien. Alguien a quien hemos bautizado doctor Encanto, porque tiene que ser muy especial para que Christina haya roto media docena de sus reglas en unos pocos meses. O el ascenso de Neal a encargado de proyecto; para celebrarlo, me ha regalado las entradas para ver el musical de *Los Miserables*.

A lo largo de los días, me siento más y más perdida. Me preocupa que Neal pueda notar los cambios que estoy experimentando. Él se comporta de una manera normal y neutra que no me lleva a pensar en ningún momento que se encuentre en la misma onda que yo. Cada vez me cuesta más desconectar mis pensamientos mientras estamos cerca. Me estremezco cada vez que su piel roza la mía y el corazón me palpita más deprisa si pasamos muchos segundos mirándonos a los ojos. Cuando estamos muy juntos, temo que mi expresión se encuentre dominada por todas esas cosas que pienso y que no digo en voz alta. Estoy en una situación delicada a la que no sé cómo he llegado. Y lo que es peor: de la que no sé cómo voy a salir.

Hoy, sábado, Neal me ha convencido para que vaya a verlo a una carrera a la que se ha apuntado. Matt y Christina estaban liados por trabajo, así que es mi objetivo animarlo cual *cheerleader*, aplaudiendo cuando lo veo pasar por los diferentes puntos del recorrido en los que lo voy esperando.

Como la carrera finaliza bastante cerca de mi casa, cuando termina nos dirigimos allí para que se duche y después Neal me lleva a comer a un lugar cercano.

Cuando llegamos, el sitio está a rebosar de gente. Parece que no somos los únicos que hemos tenido la idea de venir aquí después de la carrera.

Decido quedarme parada junto a la puerta, esperando, y Neal se acerca a la barra a

hablar con el encargado para ver si hay manera de que nos den un sitio pronto.

Estoy aquí, consultando mi móvil, cuando de pronto una mano cálida se cierne sobre mi hombro.

—Claire. ¿Eres tú?

Me doy la vuelta despacio y el aire forma un nudo en mi garganta cuando veo de quién se trata. Aaron. Es Aaron, aquí, delante de mí tras más de un año y medio sin verlo.

—Aaron.

Trago saliva al observarlo. Tiene muy buen aspecto. El pelo rubio perfectamente peinado hacia un lado, la barba arreglada y los ojos risueños. Me mira a la cara con expresión dulce, pero prudente. En mi mente se desata un aluvión de recuerdos de todo el tiempo que estuvimos juntos, pero no me duelen ni me comprimen el pecho. Es como si hubiera aprendido a mirarlos con distancia y con cariño.

—Dios. No me esperaba para nada verte —dice, agachando la mirada con una sonrisa—. Te veo... te veo muy bien. ¿Cómo va todo?

Tomo aire despacio al tiempo que trato de mantenerme serena. He imaginado una escena como esta miles de veces. Era cuestión de tiempo que el día de encontrarme con él llegara. Aunque no estoy tan nerviosa como había imaginado, no puedo negar que estoy algo impactada.

—Bien. La verdad que muy bien. —Me obligo a sonreír—. ¿Y tú? ¿Cómo te trata la vida?

—No me puedo quejar. Con mucho trabajo durante la residencia, pero contento con los resultados. ¿Y tú? ¿Sigues trabajando en Flatiron Events?

Le respondo que sí mientras le hablo por encima de algunos proyectos. La conversación es superficial, pero bastante cómoda y fluida. Hasta que al cabo de unos minutos una mano femenina se posa sobre su antebrazo. Una mano sobre la que brilla un solitario en el dedo anular.

—Cariño, la mesa ya está —anuncia su acompañante.

Cuando se da la vuelta hacia mí me doy cuenta de que es ella. Eve. La chica que sospecho tuvo un papel muy importante en nuestra ruptura. Me mira y me sonríe con su boca de muñeca, y con un gesto despreocupado se retira un mechón de pelo hacia detrás de su oreja.

Aaron cambia el peso de su cuerpo de una pierna a otra.

—Eve, cielo, ¿te acuerdas de Claire?

—Claro —responde ella.

La saludo intentando no perder la sonrisa. Al ver cómo los dos intercambian una mirada sutil, me doy cuenta de que, en su momento, yo fui un obstáculo en su historia de amor, y no al revés. Se respira algo de verdad entre los dos.

Cuando me planteo si darles la enhorabuena por su compromiso, Neal aparece de la nada, situándose a mi lado. Me dice que en breve tendremos mesa y a continuación me observa con sus ojos color café brillando con una intensidad que me encoge el estómago. Posa una mano al final de mi espalda y me aprieta, dándome ánimo.

—Hola, Aaron —saluda con la otra mano, sin dejar de tocarme.

El que fue mi pareja esboza una amplia sonrisa en dirección a Neal. Él se la devuelve con educación, como si de repente recordara que durante todos los años que

estuvimos juntos ellos dos se llevaban bastante bien y quisiera fingir que nada ha cambiado.

—Ey, tío. ¡Qué alegría verte!

Ambos se estrechan la mano de manera amistosa. Intercambian las típicas frases de «cuánto tiempo», «qué tal te va todo» y «qué bien te veo». Aaron incluso le presenta a Eve. No dice abiertamente que es su prometida, pero tampoco hace falta. El anillo que lleva en el dedo grita a los cuatro vientos el estatus de su relación.

La situación es algo tensa, pero tal vez no tanto como cabría esperar. Los chicos llevan el peso de la conversación. Hablan de la carrera y de cosas triviales. En algún momento, Eve se disculpa para atender una llamada y los tres continuamos hablando. Neal permanece con su mano apoyada en mi espalda. No puedo evitar darme cuenta de que hay algo posesivo en ese gesto, pero en mi interior rezo para que no me suelte.

Mientras hablamos, dedico un segundo a observarlos con detenimiento. Aunque me resulta raro estar rodeada de los dos hombres más importantes que han pasado por mi vida, tenerlos juntos en este momento me ayuda a poner algunas cosas en perspectiva. Como que Aaron fue una etapa maravillosa de mi vida, pero que finalmente solo fue eso: una etapa. En cambio, no concibo ningún momento en el tiempo en el que Neal no forme parte de mis días.

Seguimos hablando durante un rato más, hasta que, sin previo aviso, Neal decide que lo mejor es dejarme a solas con Aaron. Lo sé por la mirada rápida que me dedica y por su manera de reconducir la conversación, sin dar opción a más.

—Bueno, me alegro de haberte visto y de que te vaya bien —le dice—. Voy a ver si nos dan ya nuestra mesa. Claire, te espero allí.

De nuevo, se estrechan la mano con fuerza y a continuación Neal empieza a caminar en dirección a la zona de las mesas.

A pesar de estar de pronto sola con Aaron, que supone una situación bastante delicada de por sí, sigo con la mirada los andares de Neal durante unos segundos y no puedo evitar sonreír para mis adentros. Sé lo que está haciendo. Se ha marchado para dejarme a solas con mi exnovio. Como siempre, Neal piensa en lo que es mejor para mí más allá de aquello que parece más fácil. Él sabe que es importante enfrentarme sola a un momento como este, y el hecho de que haya decidido concedérmelo hace que lo quiera un poquito más.

Cuando vuelvo a centrar la vista en Aaron, veo que él me estudia con los ojos entrecerrados. Recuerdo que era una expresión que vestía su rostro cada vez que quería descifrarme. Sin Neal cerca, tardo unos segundos en sentirme incómoda bajo el escrutinio al que me someten sus ojos. Es como si de alguna manera temiese que aún pueda ver a través de mí.

—Me alegro mucho de haberte visto, Claire —dice de pronto, y parece por el tono de sus palabras que lo hace de manera genuina.

—Sí. Ha estado bien.

—Y me alegro... me alegro de lo tuyo con Neal.

—¿A... a qué te refieres?

Aaron sonrío y hace un gesto despreocupado con la mano.

—Me alegro de que tengas a alguien como él a tu lado. Neal siempre ha sido un buen tío. Me cae bien, y siempre he pensado que entre vosotros... no sé, que podría

haber habido algo más. No me preguntes por qué. —Deja escapar un suspiro mientras desliza la mano por su garganta—. Supongo que era cuestión de tiempo.

Lo observo, con una expresión de sorpresa grabada en mi rostro. Voy a abrir la boca para decir algo, cuando Aaron me corta.

—Tranquila, no hace falta que me expliques nada. Solo quería que supieras que me alegro.

Me quedo mirándolo, sin saber muy bien cómo me hacen sentir esas palabras. Por una parte, me halaga que alguien fuera de mi grupo de amigos haya reparado en esa conexión que nos envuelve a Neal y a mí cuando estamos juntos. Por otro, me inquieta que sea precisamente la persona con la que compartí cinco años de mi vida la encargada de realizar dicha observación.

Tras unos segundos, decido actuar con la máxima naturalidad posible, dada la situación.

—Gracias, Aaron. Yo... también me alegro de que seas feliz. —Le vuelvo a sonreír y, sin más, recoloco mi bolso en el hombro—. Ha estado bien habernos encontrado. Manhattan no es tan grande como dicen, ¿no?

Él me devuelve la sonrisa, consciente de que esto es una despedida. Durante unos segundos me parece intuir en su expresión que desea alargar unos minutos nuestro encuentro. Como si quisiera averiguar algo más de esta Claire que hoy se presenta ante sus ojos. Como si quisiera averiguar qué cambios se han producido en mí a raíz de nuestra ruptura, si soy más feliz ahora que antes o si me he vuelto a encontrar a mí misma.

Pero a él ya no le corresponde saber nada más de todo esto, así que empiezo a caminar hacia atrás lentamente, ondeando una mano mientras lo hago.

—Adiós, Aaron. Cuídate.

Sin darle opción a decir nada, me doy la vuelta y camino por el local hasta que mi ojos divisan a Neal mirando su móvil, ya sentado en la mesa.

Cruzo la distancia que nos separa, me siento frente a él y le sonrío mientras él alza la mirada hasta encontrarse con la mía.

—¿Estás bien? —me pregunta, observándome con gesto circunspecto.

—Sí, muy bien. Era algo que tenía que acabar pasando.

—¿Quieres que nos vayamos o algo? Entiendo que necesites algo de tiempo a solas.

—¿Qué? No. —Le sonrío de nuevo con dulzura—. De verdad que no. Me he alegrado de verlo y eso. Ha sido un poco impactante al principio, pero estoy bien. No me ha dolido. Te lo prometo.

Neal me observa con el ceño ligeramente fruncido y los ojos entornados.

—¿Te ha dicho algo?

—No, nada. Solo que se alegraba de verme y que se me ve contenta. —Me detengo mientras pienso si decirle lo que ha dicho de nosotros. Finalmente decido hacerlo de manera encubierta—. Dice... dice que se alegra de ver que sigo contando contigo.

—¿Ah, sí? ¿Ha dicho eso?

—Sí.

El camarero se acerca a nosotros y, mientras pedimos las bebidas, veo que Neal no

deja de mirarme con esa expresión intensa que produce un cosquilleo en mi estómago. Cuando termina de tomar nota, nos quedamos solos de nuevo.

—Neal, deja de mirarme así —le digo con calidez—. ¿No entiendes que lo he superado?

—¿Lo has superado?

Sonrío de nuevo clavando mis dientes en el labio inferior al registrar la preocupación en su rostro. Alargo las manos sobre la mesa y tomo las suyas entre las mías. Fija los ojos en ellas un segundo y después volvemos a mirarnos.

—Sí, lo he superado. Hace ya tiempo. Aaron fue alguien importante para mí, pero sé que no es el hombre de mi vida. —Hago una pausa cuando el camarero deja las bebidas sobre la mesa—. ¿Quieres saber lo que he sentido hoy al verlo?

Neal chasquea la lengua y ladea la cabeza, evitando así seguir mirándome a los ojos.

—La verdad es que no lo sé.

—¿No sabes si quieres saberlo?

—Eso he dicho —contesta, esquivo.

—Neal. Mírame. —Poco a poco lo hace y hay tal intensidad en sus ojos que quiero morirme. Siento de pronto que nos paseamos por terreno peligroso. Vienen a mi mente recuerdos de aquella vez que le dije que seguía enamorada de Aaron para mantener las distancias. Suelto un suspiro profundo, porque necesito que entienda que ya no siento nada de eso. Ni siquiera estoy segura de que lo sintiera cuando se lo dije—. Solo han venido algunos recuerdos. La mayoría preciosos. Todo lo demás... desapareció.

Suelta el aire despacio.

—Ese tío te hizo daño.

—Lo sé. Mucho. Pero mirándolo hoy me he dado cuenta de que todo lo que tuvimos fue efímero. Una etapa de nuestras vidas. No era nada destinado a durar, porque no estábamos hechos para estar siempre juntos. No obteníamos del otro todo lo que el amor puede ofrecer. Ahora lo veo.

A juzgar por la expresión que luce, creo que se siente algo incómodo escuchándome hablar de esto. Tiene los ojos más oscuros y sus dedos, entre los míos, se mantienen rígidos.

—Yo quiero algo duradero —continúo diciéndole, a sabiendas de que es darle un tipo de información que no es nada habitual compartir entre nosotros—. Algo que no vaya a desaparecer jamás. Necesito a alguien que esté a mi lado de manera incondicional, y yo quiero ser lo mismo para otra persona. Aaron nunca fue ese alguien, a pesar de que estuve enamorada de él mucho tiempo.

Creo que mi tono de voz, algo susurrado y bastante intenso, ha conseguido descolocarlo del todo. Me observa de esa manera suya que parece que vaya a traspasarme las retinas y aterrizar en mi interior para quedarse a vivir dentro de mí. Se humedece los labios lentamente y asiente.

—Está bien. Te creo. Seguro... seguro que acabas encontrando a ese alguien —dice crípticamente—. Tarde o temprano aparecerá.

Me muerdo la lengua para no decirle que creo que esa persona ya ha aparecido; que apareció hace años pero que no quise aceptar la implicación real que podría tener

en mi vida. Ahora, con los acontecimientos del último año y medio, me parece absurdo negarme la realidad. Suspiro, sabedora de que no puedo decir nada de eso. No sin complicar nuestra situación hasta un nuevo punto de no retorno.

—Eso espero. No quiero morir sola —bromeo, aunque sin conseguir eliminar la tensión de mi tono de voz.

Las comisuras de sus labios se elevan en ese gesto tan característico suyo que me despierta ternura.

—No morirás sola.

—¿Seguro? Ahora mismo me resulta fácil visualizarme a mí misma en una casa llena de gatos.

—No permitiré que eso pase.

—¿Y cómo lo harías? ¿Invadirías mi casa para evitarlo?

—Puede.

Ambos nos sonreímos con complicidad y yo siento un golpe de calor en las mejillas.

—¿Y qué crees que diría tu futura mujer? Igual no está del todo de acuerdo con que pases tanto tiempo conmigo.

Neal se mantiene unos segundos en silencio mostrando una expresión misteriosa. No sé qué pasará por su cabeza, pero yo puedo afirmar que la imagen de Neal casado con alguien, aunque sea alguien sin rostro, no produce ningún efecto gratificante en mí. Más bien todo lo contrario.

—Si algún día tengo una mujer, tendrá que aceptar que tú estás en mi vida —dice mirándome con intensidad—. Tú y yo somos un pack, pequeña. Nada cambiará eso. Te lo prometo.

¿Hemos roto la esperanza?

Un par de semanas después del día de la carrera y Aaron, quedo a comer con Sue, mi madrastra. Odio esa palabra. «Madrastra». Lleva implícitas un montón de connotaciones que no se corresponden en nada con la increíble mujer que me mira al otro lado de la mesa. Sue es una de las mejores personas que conozco. Dulce, valiente, decidida. Alguien con la capacidad de amar de manera incondicional. Alguien que se encarga de proteger a los suyos. Quiere con todas sus fuerzas a mi padre y desde siempre se ha desvivido por llenarme de amor a mí también. Es la mejor madre que podría haber deseado para mis hermanas.

—Claire, cielo, te veo muy seria. ¿Seguro que estás bien?

A nuestro alrededor, el sonido de la cubertería y de las copas flota en el ambiente. Un delicioso aroma a carne asada adobada con especias envuelve el local. Nosotras estamos en una de las mesas del fondo, cerca de una ventana que da a la avenida, mientras compartimos una ensalada cuatro estaciones que descansa en el centro de la mesa.

Miro a Sue y valoro durante unos segundos si hablar con ella de lo que me pasa. Adoro a mis amigos y me encantaría comentar con ellos todo lo que me preocupa últimamente en relación a Neal, pero ni son objetivos ni quiero meterlos en este jaleo poniéndolos en una situación comprometida.

—¿Tienes mal de amores? —insiste.

—Es complicado, Sue.

Sus labios se curvan formando una sonrisa amable.

—¿Más complicado que enamorarse de un hombre separado y que tiene la custodia de su preciosa hija de siete años?

Alzo la mirada hacia ella y ambas sonreímos con complicidad. Está hablando de ella y de mi padre, claro. Del inicio de su relación, condicionado por la situación que atravesaba mi padre conmigo a su cargo y mis problemas derivados de todo el jaleo de la custodia. A su relación le costó estabilizarse, pero jamás se rindieron. Ambos se importaban demasiado como para dejarse escapar el uno al otro.

—Es complicado de otra manera.

—Está bien. No hace falta que lo hablemos si no quieres.

—La cuestión es que sí que quiero —admito—. No he hablado del tema con nadie y creo que me vendría bien alguna opinión externa.

—¿No lo has hablado con nadie? ¿Y tus amigos?

—Están demasiado implicados.

Sue me mira enarcando una ceja.

—Creo que no te sigo.

Dejo escapar un suspiro que se agita en mi garganta y sé que ha llegado el momento de exponerme en voz alta.

—Tiene que ver con Neal.

—¿Neal? —pregunta extrañada—. ¿Tu amigo Neal?

—Sí.

—Ya veo...

—Sí —repito, incapaz de añadir nada más.

Sue remueve la ensalada con el tenedor y la cuchara que han dejado junto a la fuente, como si quisiera darme tiempo para que procese lo que estoy a punto de soltar. Cuando pasan unos segundos sin que yo dé señales de que vaya a decir algo aclaratorio, ella se decide a lanzar la primera de sus preguntas directas.

—¿Estáis... juntos?

—No, qué va.

Despego la vista de la servilleta que estoy retorciendo entre mis dedos y la poso en sus ojos color canela. Después de dar un trago a mi agua con gas, cojo aire y me animo a sincerarme. Así, poco a poco, le voy contando toda mi historia con Neal. Le cuento que tuvimos una especie de flechazo cuando nos conocimos que nunca llegó a nada. Que pasaron meses hasta que volvimos a vernos y que, para entonces, yo ya estaba con Aaron. Que fuimos amigos de ahí en adelante y que para mí siempre hubo algo especial en él, a pesar de que no le diera un significado concreto a lo largo de los años.

Mientras nos sirven el plato principal, reúno fuerzas para hablarle de todo lo que cambió a raíz de mi ruptura con Aaron. El salto cualitativo que dio nuestra relación, que produjo que las horas que pasábamos en compañía del otro se multiplicaran. Le hablo de esa necesidad de hablar con él varias veces al día, porque estar demasiadas horas sin saber el uno del otro se nos empezaba a antojar imposible. También le cuento cosas que nunca he dicho a nadie, como aquellas primeras veces que me sorprendía a mí misma pensando en él más de la cuenta, que pronto derivaron en ese rincón de mí mente en el que solo empezó a tener cabida Neal. En cómo, poco a poco, fue inundando mi cerebro hasta que fui incapaz de echar su imagen de dentro. De cómo empecé a asustarme por las implicaciones que podía tener pensar tanto y sentir ciertas cosas por mi mejor amigo.

Mi voz se quiebra cuando paso al punto de inflexión de la primera parte de nuestra historia, los momentos de tensión fruto de nuestros acercamientos, aquellas palabras que sin quererlo decían demasiado y abrían la veda para nuevos destinos, mi negativa a avanzar cuando era obvio que nuestros cuerpos nos impulsaban hacia delante, y el principio del fin. Las peleas, las discusiones, nuestro primer beso y aquella noche loca que me dejé llevar y que lo cambió todo. Después... una serie de actuaciones por mi parte de las que no estoy nada orgullosa que conllevaron ese distanciamiento que se extendería durante meses y que nos acercó demasiado a un final definitivo.

Cuando termino, doy un nuevo trago a mi bebida y tanto Sue como yo nos mantenemos en silencio unos segundos. Yo intentando obviar el ardor incómodo que trepa por mi garganta tras haber escupido los esbozos de esta historia que se ha vuelto tan intensa, y ella mirándome con un cariño infinito, con la responsabilidad de un padre y la cercanía de un buen amigo; como si quisiera elaborar una respuesta que esté a la altura para ayudarme a encontrar el camino correcto.

—Creo que no termino de entenderte, cielo. ¿Por qué esa insistencia en alejarlo cuando tú también sentías cosas?

—Era muy complicado para mí también entenderlo. Por eso estaba tan confundida. Tenía miedo de llegar a algo con él por si salía mal y acababa perdiendo

su amistad. No podía negarme a mí misma que sentía cosas muy intensas, pero...

—¿Cómo de intensas, Claire? Esa respuesta es importante.

—Mucho, Sue. Estaba... pensaba en él constantemente. En qué haría, en si él también pensaba en mí, en cuántas horas me quedaban para verlo... Me agobié. Sentía una necesidad de estar con él que jamás había sentido por nadie. Ni siquiera al principio con Aaron. Y no me gustaba sentirme así. Primero porque estaba confundida por sentir algo así por otra persona, y segundo porque lo de Aaron estaba demasiado reciente. ¿Cómo iba a empezar algo serio con Neal? Necesitaba estar sola. Estaba hecha un lío por todos los cambios que habían habido en mi vida. Dar un paso al frente con Neal entrañaba demasiados riesgos, ¿entiendes? Él era la única persona con la que me sentía segura.

Sue asiente despacio y agita las pestañas con rapidez mientras asimila mis palabras.

—Sí, sí lo entiendo. No podías arriesgarte a perder a la persona que más cerca de ti sentías en ese momento. Te hubieras quedado totalmente a ciegas. —Hace una pausa en la que se lleva una aceituna a la boca—. Pero ¿te das cuenta de que eso fue lo que acabó pasando de igual modo?

Todavía no ha terminado de formular la pregunta y yo ya estoy asintiendo. Es algo en lo que he pensado un millón de veces.

—Claro, por eso estaba tan resentida con él. Insistió tanto en hacerme ver que había algo más, que recobrar la normalidad se nos hacía demasiado cuesta arriba.

—¿Por eso estuviste tantos meses alejada de él? ¿Porque estabas enfadada?

—Sí.

Vuelve a asentir y los segundos que siguen nos mantenemos en silencio, cortando el contenido de nuestros platos. Nos llevamos el tenedor a la boca y, después de masticar y tragar la carne, Sue vuelve a hablar.

—¿Y qué cambió? ¿Qué te hizo ir a por él para solucionar las cosas?

—Me harté de echarlo de menos —digo con una sonrisa nostálgica—. Cuando empecé a sentirme mejor conmigo misma, supe que tenía que recuperar a mi amigo. Ya no estaba tan triste por lo de Aaron. De hecho, apenas pensaba en él. Dedicaba muchas más horas al día a martirizarme por mi distanciamiento con Neal que a pensar en quien había sido mi pareja cinco años.

Mientras seguimos comiendo le cuento que desde hace casi un año hemos recuperado la amistad que teníamos. Las salidas, los mensajes, las conversaciones hasta las tantas. Todo ha vuelto, en teoría, a la normalidad, pero... Hay algo diferente. Yo soy diferente.

—¿Y qué ha cambiado ahora?

La observo con cautela y sé que se refiere a por qué estoy de nuevo confundida. Tan confundida que estoy aquí hablando del tema con ella porque no podía soportar callar por más tiempo.

—No lo sé —digo en un susurro.

—¿Sabes qué creo?

—¿Qué?

—Que no ha cambiado nada. Simplemente has conseguido deshacerte del montón de argumentos bajo los que escondías tus verdaderos sentimientos. Las capas que los

cubrían simplemente han ido desapareciendo con el paso del tiempo. Siempre has sentido algo por Neal. Ahora ha llegado el momento en el que has encontrado el valor para mirar hacia dentro y darte cuenta de ello.

Dejo escapar el aire despacio y me paso una mano por el pelo, enrollando un mechón entre mis dedos.

—Puede que tengas razón. Todo lo que siento no es nuevo, pero es la primera vez que no me engaño a mí misma sobre que esos sentimientos estén ahí.

Cierro un segundo los ojos y, cuando vuelvo a abrirlos, la mirada de Sue se ha tornado más penetrante.

—Pero sigues sin hacer nada al respecto —señala.

—Creo... creo que he perdido mi oportunidad. Para él ya no es el momento.

—¿Eso es lo que crees o es una excusa?

—No, no. Lo creo. Creo que ha pasado página de verdad.

—¿Por qué lo piensas?

Meneo la cabeza, mientras ella no deja de observarme fijamente.

—Porque se comporta solo como mi amigo. Solo... eso. Creo que sí que sintió algo en su momento, pero que debido a todo lo que pasó ha terminado superándolo.

—¿Y no crees que deberías preguntárselo?

Reprimo una mueca. Claro que lo he pensado, pero cada vez que creo haber reunido el valor para hacerlo me encuentro algún obstáculo que indica que no es buena idea.

—Me da miedo. Me da miedo arriesgarme, estar equivocada y que todo acabe saltando por los aires de nuevo.

Sue asiente y continuamos comiendo. Al cabo de un rato, creo que se da cuenta de que necesito cambiar de tema y empezamos a hablar de otros asuntos. Pasamos el resto de la comida comentando cosas que pasan en casa, con mi padre, mis hermanas y el resto de la familia. Hablamos también de Cafeteras Wallace, la empresa familiar de la que ya nadie espera que yo acabe formando parte. Le hablo de mi trabajo y ella a mí del suyo.

Sue jamás ha querido reemplazar a mi madre, y nunca lo ha hecho. Respeta mi vínculo con ella por encima de todas las cosas. Pero como ella siempre dice, en el amor siempre hay cabida para un número infinito de personas. Y ella tiene un papel fundamental en mi vida que se ha ganado a pulso; un espacio propio caracterizado por un instinto de protección y cariño. Sue es familia en el sentido más amplio de la palabra y yo sé que soy lo mismo para ella. Bendito aquello que fuera lo que la llevó a nuestras vidas; y bendito mi padre por haber sabido mantenerla durante todos estos años.

Al día siguiente, aún con toda la conversación con Sue serpenteando por mi cabeza, recibo un mensaje de los chicos invitándome a pasar la tarde con ellos. Hace un día de esos grises de finales de noviembre y no hay mucho que nos apetezca hacer. Christina está fuera de la ciudad por una emergencia familiar que la ha llevado a Canadá, donde tendrá la oportunidad de encontrarse con Liv.

Después de hacer limpieza general en mi casa y de cambiar la ubicación de los muebles del salón, como hago cada vez que me da la neura, horneo un postre que

llevar a casa de Neal y Matt.

Un rato más tarde, ya duchada, vestida y peinada, cojo el abrigo y bajo al metro en dirección a Brooklyn.

Cuando entro en su casa, ellos ya han preparado esa pequeña mesa de comedor situada en el espacio que queda entre el sofá y la zona de la cocina. Pasamos un buen rato entre risas, café, té y la tarta de zanahoria que he traído. Hablamos de trabajo, de política, de noticias de actualidad, de cine y de un millón de temas más que estamos cómodos compartiendo los unos con los otros.

También hablamos de Liv y de Christina y pensamos en qué estarán haciendo bajo el frío de Vancouver y en compañía del doctor Encanto, que, contra todo pronóstico, ha viajado junto a Christina hasta allá.

Hablamos en general de un montón de cosas hasta que, a última hora de la tarde, Matt anuncia que tiene una cena de despedida de uno de sus compañeros de trabajo a la que no puede faltar.

Miro a Neal y él sin palabras me pregunta si quiero quedarme un rato más. Por supuesto, no hay ningún sitio en el mundo en el que prefiera estar.

Como la noche es fría decidimos quedarnos en casa y Neal me lleva hasta su dormitorio para elegir entre su colección de películas en DVD.

Su habitación es un espacio bastante amplio en el que he estado solo un par de veces. Tiene una pared de ladrillo, como la que hay al fondo del salón, una única ventana de hierro grueso y oscuro y una cama a mano derecha cubierta por una colcha comprada en Ikea. Toda la estancia está llena de detalles que hablan de Neal, como las entradas a conciertos, dorsales que ha utilizado en las carreras, medallas de torneos de tenis, fotos de nosotros cinco a lo largo de los años y un poster de Nirvana. Solo hay una foto de su familia, arriba de una de las lejas; prácticamente pasa desapercibida entre otros objetos.

Me paseo entre las estanterías llenas de libros, películas y música y sonrío al pensar que cualquiera que no lo conociera, podría hacerse una imagen de Neal solo entrando aquí. Este espacio es él. Pragmático pero lleno de detalles que dan vida.

Me encuentro una falsa estatuilla con forma de un Oscar de la Academia y no puedo evitar acordarme con una sonrisa de aquella fiesta de disfraces a la que fuimos hace unos años en la que él y Matt ganaron vestidos como *Shrek* y *Asno*.

Neal observa en silencio cómo lo inspecciono todo; no dice nada, solo me deja hacer. Como si supiera que estoy reuniendo todas las piezas que cuentan su historia.

Me detengo en una de las estanterías que está llena de películas, y con el dedo índice voy repasando los títulos favoritos de la colección de Neal.

—¿Podemos ver *El Padrino*? —pregunto al encontrar una edición especial de la trilogía.

—¿Sí? ¿Te apetece?

—Podríamos hacer un maratón.

Se ríe.

—Empecemos por una, a ver qué tal.

Cuando un rato después termina la primera película, convengo a Neal para ver la segunda. Es bastante tarde, por lo que él insiste en cenar algo antes de ponerla. Nos comemos los restos de comida que les ha sobrado de esta mañana mientras

comentamos detalles del guion.

Después vemos la segunda parte, que acaba gustándome más que la primera. Me está encantando esta historia. Amo la música, los actores, la fotografía. Lo amo todo.

—Vamos a ver la tercera. ¡Por favor! —le suplico mientras empiezan a salir los títulos de crédito.

—Pequeña, es más de la una de la madrugada. Te tienes que volver sola a casa y yo tengo la espalda molida de estar en el sofá.

Es cierto. El sofá es amplio y mullido, pero llevamos muchas horas aquí y ya no sabemos cómo colocarnos. Me quité las botas hace rato, pero las costuras del pantalón se me clavan por todas partes. También me pica el cuello vuelto del jersey. Es verdad que estoy incómoda, pero no quiero marcharme a casa.

—Por favor... —insisto poniendo carita de pena y juntando las palmas de las manos frente a mi pecho mientras dibujo un puchero.

—Claire... —responde él intentando, sin éxito, ocultar una sonrisa.

—¿Y si abrimos el sofá para estar más cómodos? ¿No es sofá cama?

Neal me mira, alzando las cejas divertido.

—¿Qué pretendes? ¿Quedarte aquí a pasar la noche?

—Pues... eso sería buena idea —contesto, incorporándome ante esa perspectiva—. ¿Es una opción?

—¿Quieres quedarte?

—Si con eso consigo convencerte para ver la peli, desde luego que sí. Aunque no he traído pijama.

—Bueno... eso no es problema. Podría... dejarte uno mío.

—¿Eso es un sí? —inquiero esperanzada.

—Está bien. Si a ti te apetece... No veo por qué no. —Se encoge de hombros y sonrío antes de zanjar la cuestión diciendo—: Mi casa es tu casa.

Neal abre el sofá cama mientras yo me cambio en su habitación. Me deja un pijama que, lo mires por donde lo mires, me está enorme. Tengo que darle un par de vueltas al bajo del pantalón y otras tantas a las mangas de la parte de arriba.

Cuando salgo al salón de nuevo, un par de mantas descansan entre los cojines. Neal me dedica una mirada fugaz, en la que recorre mi cuerpo cubierto por el pijama y tras la que esconde una expresión tierna. A continuación, entra a su dormitorio a ponerse cómodo también.

Unos minutos más tarde, cuando ya hemos conseguido acomodarnos los dos, ponemos el desenlace de la trilogía. Las luces están apagadas y la única iluminación que me permite adivinar la silueta de Neal cuando lo miro de reojo es aquella que sale de la pantalla. Espero que no esté notando que mi corazón funciona con mucha más rapidez de la habitual y que lanza la sangre a tal velocidad por mis venas que en ocasiones se me entrecorta la respiración. Es el resultado de estar cubierta con una manta en una cama que ocupamos solo los dos.

Si no fuera por lo intrigante de la trama, creo que sería imposible que me centrara en la película. Neal respira muy cerca de mí y eso es algo que capta la mayor parte de mi atención. Su cuerpo desprende una calidez que atraviesa la tela que me cubre. Ante el más mínimo movimiento que él genera, algo se tensa dentro de mí; como si estuviera a la espera de algún acercamiento por su parte. Como si meses de deseo

acumulado hubiesen encontrado su lugar de repente en la parte baja de mi vientre y me hicieran estar alerta.

Cuando la tercera parte de *El Padrino* termina, pasamos un rato comentándolo todo. El final, las actuaciones, los giros de la trama, nuestras opiniones... De fondo, en la televisión, están haciendo *Mejor... imposible*, de Jack Nicholson y Helen Hunt. Ambos la hemos visto en otras ocasiones, pero cuando por fin terminamos de destripar el guion de la saga nos quedamos un rato viéndola. Un rato que se va haciendo más y más largo. Como si ninguno de los dos quisiera renunciar a estar al lado del otro ahora que nos tenemos cerca. Tan cerca que, con solo moverme unos centímetros, podría dejarme caer en su pecho y descubrir si su corazón late tan deprisa como el mío. Pero no pasa nada de eso, claro. Simplemente nos limitamos a mirarnos con disimulo de vez en cuando.

Parte de mí quiere pensar que ambos estamos pensando en lo mismo. Que él también está pendiente de mis movimientos. Que también se da cuenta de que este momento encierra más intimidad de la que acostumbramos a compartir día tras día. Que una atmósfera cargada de electricidad nos envuelve, aunque ninguno de los dos haga nada por desentrañar su significado. Pero la noche sigue pasando y no tengo manera de comprobar si todo esto solo está en mi cabeza. Neal se comporta en todo momento acorde a esa normalidad que hay implantada entre nosotros y yo no tengo valor para desafiar las normas que rigen nuestra amistad.

Mis ojos, poco a poco, empiezan a cerrarse y creo que a Neal le pasa lo mismo. No sé qué hora es, pero tienen que ser casi las cuatro de la madrugada. Nuestras respiraciones se van acompasando, tornándose cada vez más pausadas y profundas.

—Claire, deberías ir a la cama... —balbucea Neal con voz ronca. Se supone que esta noche yo duermo en su habitación y él se queda en el sofá, pero no soy capaz de moverme. Me pesan los músculos, los párpados y el cuerpo entero.

—¿Mmm?

—Tú, cama. Yo...

Dejo de tener conciencia de nada. Solo sé que acabo dejándome arrastrar por el sueño, aquí, al lado de su cuerpo. Inhalando su aroma y con su respiración como único sonido que merece la pena registrar.

Abro los ojos al día siguiente pero los cierro de inmediato. Ni siquiera necesito un minuto para entender dónde estoy y en qué circunstancias, porque hasta el más mínimo rincón de mi ser es consciente de que estoy en casa de Neal, en el sofá cama, tumbada junto a él, con su calor envolviéndome y sus piernas entrelazadas con las mías.

Trato de empaparme de las sensaciones que se desprenden de este instante. Si las circunstancias fueran otras, esto sería un sueño hecho realidad.

Contengo la respiración cuando noto que él se mueve y que su cuerpo se pega más al mío. Noto su pecho acoplarse a mi espalda y trato por todos los medios de no moverme ni un milímetro para no provocar que se aleje. Me gusta sentirlo cerca. Su respiración agita el pelo que cubre mi nuca y su calor atraviesa la ropa y quema mi piel. Me tensó un poco al percibir las señales del despertar masculino contra mi trasero, pero no me violento. Hace de esta situación algo más real.

En algún momento vuelvo a quedarme dormida y, cuando me despierto, Neal no está. Me muevo despacio bajo la manta y empiezo a buscarlo con la mirada. No lo veo pero, al cabo de pocos segundos, unas voces procedentes de la otra parte de la casa se cuelan en mis oídos. Salen de la habitación de Matt. Me llegan amortiguadas, pero aun así las escucho perfectamente. La calidez que siento dentro se evapora al instante. Son ellos dos discutiendo. Y hablan de mí.

—*Te lo he dicho mil veces, Matt, no eres nuestro padre.*

—*No, pero soy tu mejor amigo. Y Claire es mi hermana. Así que si veo que estáis jugando con puto fuego, te lo digo y punto.*

—*No ha pasado nada.*

—*Eso ya lo sé.*

—*Fue un accidente. Nos quedamos dormi...*

Escucho pasos correteando por la habitación que enmascaran las palabras que dicen. Con cuidado de no hacer ruido, me pongo de pie y camino sigilosamente hacia la zona de la cocina. Sé que está mal, pero necesito escuchar. Poco a poco, sus voces me van llegando con mayor claridad.

—*De verdad, Matt. Tranquilo. Sabes que hemos pasado página. Los dos.*

—*¡Ja!*

—*¿Cómo que «ja»?*

—*Que me parece que volvéis a estar en la misma jodida página que estabais hace meses. Solo hace falta veros.*

—*No, no te confundas. Esto no tiene nada que ver con aquello.*

—*Pero os estáis acercando demasiado de nuevo.*

—*Tenemos una relación cercana.*

—*Cercana. Sí, claro. Cercana es lo que tú querías, porque quieres volver a follártela. Lo veo en tus ojos.*

—*Oye, tío, no te pases. No hables así.*

—*¿Sigues enamorado de ella?*

Silencio. Un silencio tan intenso que resulta ensordecedor. Siento mi corazón a punto de escapar de mi pecho y cruzar el pasillo hasta ir a buscarlo. «Enamorado». Amor. Neal y yo. Siento que me mareo.

—*¿Sabes qué? Da igual. No contestes. Sé que esto no es solo culpa tuya. Claire tampoco te deja ni a sol ni a sombra. Pienso hablar con ella también.*

—*¿Qué? No. Déjalo estar, joder. No lées las cosas.*

—*¡Es que estoy hasta las pelotas de ver lo ridículos que sois los dos! Creo que no os dais cuenta. Estáis en el mismo jodido punto. No podéis vivir el uno sin el otro.*

Intento no perder el hilo de la conversación, pero cada vez son más las emociones que siento que se abren paso en mi interior. Es duro escuchar algunas de las palabras que tanto me he esforzado en no creer en boca de otra persona; de un buen amigo. No, no podemos vivir el uno sin el otro. Lo hemos intentado, pero es imposible. Los ojos empiezan a escocerme y tengo que agarrarme a la encimera porque me tiemblan las rodillas.

—*Somos amigos, Matt. Es la persona más importante de mi vida. No voy a arriesgarme a perderla otra vez, y menos cuando ya he superado todo aquello. Así que saca las narices de este asunto. Somos mayorcitos, ¿vale? Lo arreglaremos*

nosotros, si hubiera algo que arreglar, que no lo hay.

—Pero...

—Basta. Esto no es asunto tuyo. Mézetelo de una puta vez en la cabeza.

Se vuelven a quedar callados y escucho que Matt dice algo que da por finalizada la conversación. Miro a mi alrededor y temo que salgan de la habitación de un momento a otro y que me encuentren aquí, escuchando. Sin pensarlo demasiado, me meto en el baño y cierro la puerta para intentar digerirlo todo.

Cuando salgo ambos están en la cocina y me miran con atención, como si quisieran averiguar si he escuchado algo. Yo saco fuerzas de donde no las tengo para fingir normalidad y juraría que ellos acaban creyéndose mi actuación.

Después de desayunar los tres, anuncio que me voy y en un tiempo récord estoy en el metro llegando a casa.

A partir de este momento, mi cabeza se adentra en el caos más absoluto. Soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea esa conversación. Tengo ganas de llorar constantemente, no sé si porque ahora sé por boca de Neal que ha pasado página o porque estuvo enamorado de mí pero ya no lo está. O, tal vez, porque me he dado cuenta de que yo estoy enamorada de él cuando es demasiado tarde.

Saber que él pudo quererme en algún momento me provoca un dolor al que no sé darle nombre. Es como si todas las esperanzas se hubieran roto ante una misma idea. Es la certeza de saber que he destruido algo que fue real.

Lo que más me duele de todo esto, es que parte de mí había empezado a pensar que aún existía la posibilidad de que él sintiera algo y, tras haber escuchado su conversación con Matt, debo hacerme a la idea de que no es así.

Las semanas que siguen intento fingir normalidad cuando estoy con él, pero dudo mucho que lo consiga. Creo que se da cuenta de que no estoy como hasta ahora. Supongo que necesito tiempo. Tiempo para asumir que debo olvidar toda esta historia para siempre.

—¿Te pasa algo, Claire? —me pregunta uno de los días que me recoge para ir a comer—. Llevas unos días rara.

—No. No me pasa nada.

—¿Estás segura? Sabes que conmigo puedes hablar de cualquier cosa que necesites.

Lo observo atentamente, como si en sus ojos pudiera encontrar una pista que me diga cómo puedo enfrentarme a esto.

—¿De todo, todo? —Arqueo las cejas.

—Eh... sí. Supongo.

—Bueno, ya sabes que hay temas que entre nosotros están vetados.

Él me mira, sorprendido de que haya soltado ese comentario. Yo misma no me puedo creer que haya dicho algo así.

Neal se revuelve el pelo, tratando de ocultar la incomodidad que puede traer esta conversación.

—Y... ¿te preocupa algo concreto relacionado con uno de esos temas que quieras hablar?

Me doy cuenta, por la manera en que me mira, de que piensa que puede haber

alguien nuevo en mi vida que me hace estar meditabunda. Interpreto tan bien mi papel que ni siquiera sospecha que solo él tiene cabida en mis pensamientos.

—No, no me preocupa nada concreto. Simplemente... tengo muchas cosas en la cabeza. No es que haya conocido a nadie ni nada que se le parezca.

Él traga saliva, y me parece ver una ráfaga de alivio cruzar su mirada. O igual no. Tal vez solo me lo estoy imaginando. Me toqueteo el pelo, algo nerviosa y tensa por esta pequeña charla.

—Bueno, si lo hubiera y tuvieras problemas... quiero que sepas que estaría aquí para escucharte.

El camarero aparece de la nada con un bloc de notas en la mano en el que apunta lo que vamos a pedir. No tenemos demasiado tiempo, puesto que mi hora de la comida hoy es prácticamente inexistente, así que ambos nos decantamos por un par de opciones rápidas.

Cuando nos volvemos a quedar solos, echo un vistazo a Neal y veo que consulta rápidamente su móvil. Debe de ser algo de trabajo; él no suele hacerle caso cuando está conmigo. Mientras lo observo, evalúo las opciones que tengo. Dice que estaría dispuesto a escucharme si yo estuviera interesada en otro. Supongo que debo interpretarlo como una señal más de que ha superado lo que sintió por mí en el pasado. Yo sería incapaz de aconsejarle acerca de mujeres tal y como están las cosas.

—La verdad es que mi vida amorosa lleva un tiempo parada —le explico, en un intento de introducir el tema e intentar normalizarlo. Si quiere que abramos la veda de este tipo de conversaciones, lo haremos. Aunque solo sea por tantear su reacción—. Hace tiempo que estoy cerrada a volver al mundo de las citas. Pero, no sé... Últimamente empiezo a pensar que tal vez ya va siendo hora de volver a empezar.

Me detengo mientras veo el movimiento que hace su garganta cuando traga saliva con fuerza. Sus puños se tensan sobre la mesa. Parece incómodo y, aunque no entiendo muy bien el porqué, ese sentimiento impregna su tono de voz cuando habla de nuevo.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, supongo. Somos jóvenes. Es normal que quieras seguir conociendo gente — responde, desviando la mirada y pasándose una mano por la nuca, en un gesto que en estos años he aprendido a identificar en él como signo de contrariedad.

—No sé si sabré estar en el juego —continúo—. Tenía dieciocho años la última vez que me propuse tener una cita. ¿Crees que esas cosas se olvidan?

—No lo creo. Es algo que se lleva dentro.

Me quedo un segundo mirándolo mientras intento descifrar su expresión. Si no lo hubiera escuchado decir claramente que ha pasado página, diría que le violenta la idea de que quiera empezar a salir con chicos de nuevo. Su cuello refleja tensión, al igual que sus manos. Pero se esfuerza por seguir con normalidad la conversación.

—Igual no es mi caso —sigo diciendo.

—Dudo mucho que vayas a tener problemas en encontrar a alguien que quiera salir contigo. Solo tienes que ser tú misma y fijarte en el chico adecuado. Lo demás fluirá solo.

—¿Tú crees?

—Sí.

Respiro hondo, sintiéndome molesta conmigo misma. ¿Qué pretendo con esta conversación? ¿Ponerlo a prueba? ¿Intentar sacar alguna reacción que me dé una pista de qué es lo que de verdad siente? ¿No es suficiente haberlo escuchado decir que ha superado lo que sentía? Me paso una mano por el pelo y exhalo lentamente, intentando tener presente lo que de verdad importa.

—Gracias, Neal. Eres un buen amigo.

Veo cómo contrae la mandíbula, pero es un gesto tan rápido que puede que me lo haya imaginado. Al observarlo detenidamente, me doy cuenta de que parece cansado. Deja escapar el aire en un suspiro prolongado y, a continuación, alza la vista para mirarme a los ojos mientras dibuja una sonrisa que no brilla como la otras que suele regalarme.

—Claro... Ya sabes... Siempre.

Lo miro fijamente y mi confusión se acentúa. Parece que esta pequeña charla le genera sentimientos encontrados. ¿O eso es lo que quiero ver? Dios. Estoy hecha un lío. Parte de mí se agarra a las palabras que le dijo a Matt, pero la otra... juraría que él está callando tantas cosas como yo.

¿Todo para ti?

Leo y releo el mensaje al menos media docena de veces. Es solo una línea, pero me basta para percibir que algo no va bien. Es extraño, ¿verdad? Que unas cuantas palabras reflejadas en la pantalla de un móvil te permitan adivinar el estado de ánimo de la otra persona. Supongo que cuando te comunicas a diario por esta vía con alguien, aprendes a vislumbrar su humor a través de las letras y emoticonos. Neal y yo somos adictos a mandarnos mensajes el uno al otro. A lo largo de todo este tiempo, he aprendido que cuando pone muchas interrogaciones al final de una pregunta, es porque está realmente interesado en mi respuesta, o que introducir muchas admiraciones es su forma de hacerme saber que está animado o sorprendido. Suele insertar algún emoticono para enfatizar sus comentarios y siempre se despide de mí con una sonrisa o un beso. Por eso, su mensaje: <No puedo ir a comer. Ya te llamaré>, me resulta extraño. Ni siquiera cuando está atrapado en el trabajo o cuando lo pilla durmiendo es tan seco. Y mucho menos si el motivo de que me escriba es hacerme saber que va a faltar a nuestra cita para comer.

Salgo del despacho y me dirijo al pasillo para llamarlo y aclarar el asunto. Sí, puede que esté exagerando, pero siento en los huesos que algo no está bien. Busco la opción de llamada y me acerco el móvil a la oreja mientras con la mano libre estiro nerviosamente de mi blusa color turquesa. Frunzo el ceño cuando salta directamente al buzón de voz. Repito la operación hasta tres veces en cinco minutos, y empiezo a mosquearme de verdad. Neal no apaga el teléfono nunca; jamás. Lo pone en silencio, en no molestar o simplemente lo ignora. Pero nunca lo apaga.

Decido llamar a Matt; él tiene que saber algo. Busco su nombre en la lista de contactos y espero durante cinco largos tonos a que me responda. Juro que nunca en su vida ha tardado tanto en contestar el teléfono.

—Dime, Clairens —contesta en voz muy baja, lo que me lleva a pensar que está en su nueva oficina.

—Oye, Matt, ¿sabes dónde está Neal? Habíamos quedado hoy para comer pero me ha mandado un mensaje muy raro y su móvil está apagado —le digo sin poder evitar sonar nerviosa.

Escucho el ruido de una silla y de una puerta, y deduzco que mi amigo está abandonando su cubículo para salir a hablar con tranquilidad.

—Seguro que está bien, Claire. No te preocupes.

—Pero ¿tú sabes dónde está? —inquiero con tono de urgencia.

Lo escucho resoplar al otro lado de la línea y puedo verlo claramente pellizcándose la nariz, como hace siempre que algo lo saca de quicio.

—Me ha dicho que si llamabas te tranquilizara diciéndote que está todo bien y que se pondrá en contacto contigo en cuanto pueda.

Se me encoge el estómago. No es típico de mis amigos ocultarme información.

—Vamos a ver, Matt. Si Neal no quisiera que hiciera preguntas, podría haber actuado con normalidad y haberme llamado para cancelar nuestra comida, o por lo menos haberme mandado un mensaje decente. —Mi voz suena más irritada de lo que pretendo, y varias personas que circulan por el pasillo me miran extrañados—.

¿Está...? ¿Se ha ido de fin de semana con alguna chica o algo así? ¿Es eso? Porque puedes decírmelo, te aseguro que puedo soportarlo.

—Claro que sí, Clairens. Estoy seguro de que podrías manejarlo. —Sus palabras destilan sarcasmo, pero no entro en su provocación—. Neal está fuera de la ciudad, pero no tiene nada que ver con lo que te estás imaginando.

Siento una oleada de alivio al corroborar que no está por ahí con otra, pero dura apenas un segundo antes de que el pánico se apodere de mí. Si no está fuera con ninguna chica, solo se me ocurre una posibilidad que explique todo esto.

—Matt —susurro—. ¿Se ha ido a Albany? ¿Ha pasado algo con su hermana?

El silencio al otro lado de la línea me hiela la sangre. ¿Por qué se calla? ¿Habré dado en el clavo? ¿O solo está sorprendido de que esté al corriente del problema con Sophie?

Matt suspira, y el sonido que emite distorsiona la claridad de la línea durante unos segundos.

—¿Te ha contado lo de su hermana?

—Sí, me lo dijo hace tiempo —confieso, y sé que Matt está sorprendido porque, fuera de la familia de Neal, los únicos que estamos al tanto de la situación somos él y yo.

—Dios, los dos sois imbéciles si seguís creyendo que sois solo amigos, Claire. Yo ya no me lo trago. Estáis haciendo los idiotas y os vais a acabar arrepintiendo.

Se me forma un nudo en la garganta que amenaza con ahogarme. ¿Por qué Matt insiste en verlo de ese modo? Está claro que se equivoca. Neal le dijo que había superado ese capítulo de nuestras vidas. Lo escuché claramente. Y yo... Lo mío es otra historia.

Hago un esfuerzo para apartar el tema de mi cabeza y centrarme en lo que de verdad importa en este momento.

—No me has contestado aún, Matt. ¿Es eso? ¿Le ha pasado algo a su hermana?

—Neal va a matarme por esto, Claire. Aunque supongo que si ya sabes lo de Sophie, tampoco es tan grave que te dé alguna pista —añade, empleando un tono de voz que me pone los pelos como escarpías—. Sí, Neal se ha ido a Albany. Sus padres lo han llamado esta mañana para decirle que Sophie está en el hospital y se ha ido hasta allí en tren a primera hora. No voy a darte más detalles, porque no me corresponde a mí hacerlo. No sé cuándo volverá.

Noto cómo la sangre abandona mi cara y me tiemblan ligeramente las rodillas. Me apoyo en la pared con fuerza para evitar caerme. ¿Qué habrá pasado? Se me revuelve el estómago al recordar algunos de los episodios que me ha contado Neal relacionados con su hermana. Millones de imágenes cruzan por mi mente y el nudo que sentía en la garganta se apodera poco a poco de mi pecho.

—Oh, Dios mío.

Debe de haber sido algo muy grave si Neal ha salido corriendo hacia su casa. Él no suele ir allí salvo en fechas señaladas o situaciones especiales.

A través del miedo que he comenzado a sentir, de pronto noto que una llamarada de indignación nace en mi interior. ¿Neal se ha ido hasta su casa, de repente, sin saber cuándo va a volver, y no ha sido capaz de decírmelo? ¿Simplemente me ha mandado un mensaje con nueve palabras?

Sé que no tengo derecho a enfadarme, pero eso me hace sentir dolida y rechazada. Siempre hablando de lo valiosa que es nuestra amistad para él y de lo mucho que le importo, ¿y al primer problema serio sale de Manhattan sin hacérmelo saber?

—Se ha ido sin decírmelo... Su hermana está mal, y se ha ido a Albany sin decírmelo —lo verbalizo en voz alta, como si tratara de convencerme de que es real. Matt no dice nada, pero lo escucho exhalar despacio y sé que sigue conmigo—. Como ves, nuestra relación no es tan especial como piensas.

Mis últimas palabras están cargadas de amargura, y no sé si es porque eso es algo propio de mí solo cuando estoy dolida o porque simplemente está alterado por la situación, pero cuando Matt vuelve a tomar la palabra prácticamente me está gritando.

—¡No puedo creerme que seas tan estúpida, Claire! —Su tono me obliga a separar la espalda de la pared y me pongo rígida en una fracción de segundo—. ¡Por supuesto que vuestra relación es especial para él!

—No me grites, Matthew, que no estoy sorda.

—Es que me parece increíble que hayas dicho eso... —Lo escucho resoplar, y yo comienzo a moverme nerviosa por el pasillo—. No sé por qué cojones no te ha dicho que se iba, pero seguro que tiene sus motivos. Él está loco por ti, Claire, y lo sabes.

¿Lo sé? Yo no lo sé. No sé nada de lo que siente él. Se comporta como mi amigo, como el amigo que era antes del incidente del año pasado. Y oí cómo él mismo reconocía que ya no estaba en ese punto.

—No, Matt. Te equivocas. Puede que sí que hubiera algo antes, pero lo hemos superado. Él ha pasado página, solo le interesa que seamos amigos.

—¡Y una mierda, Claire! Os veo cada día. Vivís el uno pendiente del otro y os conozco lo suficiente a los dos como para saber que hay más de lo que fingís que hay. Ni siquiera tenéis a nadie más en vuestras vidas. Ya, ya se que habéis acordado no hablar de eso —añade cuando trato de cortarle para hablar yo—. Pero sé que es así. Vivo con él, ¿recuerdas? —Mi pulso golpea tan salvajemente contra mi garganta que temo que lo esté escuchando a través del teléfono—. La única mujer que trae a casa eres tú, Clairens. Cuando salimos por ahí, algunas chicas se le acercan y le piden su número y él las rechaza a todas. Siempre. Y pongo la mano en el fuego por que tú tampoco has estado con nadie desde que os acostasteis el verano pasado.

Se me seca la boca mientras sus palabras calan en mí. ¿De verdad él tampoco ha estado con nadie más? Por una parte me resulta muy difícil de creer, al fin y al cabo es un chico atractivo y divertido y cualquier mujer haría lo que fuera por salir con él. Pero, por otra, es cierto que me cuesta imaginármelo en una cita con otra chica. Dedicándole a otra su sonrisa, haciendo una de sus bromas o haciéndola sentir que es la única persona del restaurante. Y del mundo. ¿Es posible que de verdad haya estado tan ciega? ¿O me estoy agarrando a algo que quiero ver pero que no existe? Noto que los ojos se me llenan de lágrimas, y aprieto fuerte los dientes para evitar derramar ninguna. Me duele tanto la garganta al hacerlo que soy incapaz de contestar a Matt.

—Eh, Claire, tranquila —susurra Matt en un tono más conciliador—. No pretendo echarte la bronca, pero es que estoy harto de ver cómo pasa el tiempo y ninguno de los dos hace nada por cambiar la situación. Tú también estás loca por él. Sé lo que sentís el uno por el otro. Lo veo en vuestras miradas y en vuestra forma de trataros.

No dice nada durante unos segundos, esperando a que yo hable, pero todavía no he encontrado las palabras. Finalmente prosigue.

—Él es mi mejor amigo y tú eres como mi hermana; quiero que seáis felices. Y hace tiempo que sospecho que solo seréis felices si estáis juntos.

Pasan varios segundos. Un minuto. Dos. Cuando me aseguro de que no va a temblarme la voz, me pronuncio.

—Ahora no puedo pensar en nada de eso, Matt. No es el momento.

Matt suspira con fuerza de nuevo.

—Está bien... Perdóname por meterme donde no me llaman.

—No te preocupes, no estoy enfadada —contesto con sinceridad. Al menos no lo estoy con él.

—¿Pensarás en lo que te he dicho?

—Supongo. Ahora tengo que colgar, Matt. Luego hablamos.

Y cuelgo sin darle la oportunidad de despedirse. Corro hacia el baño, esquivando la mirada de algunos de mis compañeros que me observan a través del cristal, y me encierro dentro. Me miro en el espejo y veo que estoy pálida y mis ojos están vidriosos. «No voy a llorar en el trabajo. No voy a llorar en el trabajo», me repito mientras me echo agua en la nuca para refrescarme. Los pensamientos se agolpan unos con otros en mi cabeza, impidiéndome seguir una línea de razonamiento coherente. Neal, Sophie, Albany, Neal, Matt, hospital, Neal, yo...

«Tengo que distraerme», me digo a mí misma. Ya que estoy en el trabajo, creo que mi obligación es distraerme con la larga lista de tareas pendientes que me esperan en la agenda.

Vuelvo a mi mesa con algo de mejor aspecto, y consigo centrar mi atención durante los primeros diez minutos enteros. Después compruebo mi móvil unas doscientas veces por si acaso recibo noticias de Neal, pero la pantalla solo se ilumina para notificarme que Amazon tiene nuevas ofertas para mí. Pongo los ojos en blanco, y continúo trabajando durante una hora y, aunque mis niveles de concentración son bastante dudosos, consigo organizar el catering para la gala benéfica del mes próximo y prepararles el borrador de nuestra propuesta de menú.

Al dirigirme al cajón para sacar los números de los DJ que solemos contratar para esa clase de eventos, me encuentro con el sobre de las entradas para el musical de Los Miserables que me regaló Neal en septiembre. Recuerdo que me las dio una noche que salimos a cenar por el Village; me pidió que no lo abriera hasta que se aproximara la fecha. Me explicó que solo me había dicho que había comprado las entradas por miedo a que me hiciera con ellas por mi cuenta. Sonrío al recordar ese momento. Como todas las veces que he salido con Neal, aquella noche fue especial. Miro el sobre plateado que solo tiene escrita la fecha de la musical con su destartalada caligrafía. No sé por qué me pidió que no lo abriera, al fin y al cabo ya sé para qué son y la única sorpresa que pueden contener es la ubicación de los asientos. Y conociendo a Neal, será en una de las primeras filas. Él no contrataría unos asientos al final del teatro donde no pudiéramos ver bien la obra. Abro el sobre con cuidado y vacío su contenido en mi mesa.

Frunzo el ceño al ver que hay cuatro entradas y no dos, como sería lógico. Pegado a una de ellas, encuentro un *post-it* color azul con unas palabras tuyas escritas:

Mi querida Claire, sabía que no aguantarías hasta diciembre sin echar un vistazo a las entradas. Y no porque pienses que he comprado asientos malos, sino porque te pedí que no lo hicieras y ambos sabemos que tu curiosidad tiene un límite. Como ves, hay cuatro entradas. Una es para ti y dos de ellas son para tus hermanas. Sé que te hará ilusión ir con ellas. La cuarta, si no encuentras a un candidato mejor, me gustaría que fuera para mí. Después de que me hayas obligado a ver la película y que me tortures con la banda sonora cada vez que tienes la oportunidad, me gustaría acompañarte. Un beso, pequeña, seguro que hablamos pronto. N x.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras leo la nota una y otra vez. Dios, Matt tiene razón. Soy una estúpida. Este es uno más de los miles de detalles que ha tenido Neal conmigo desde que nos convertimos en íntimos amigos. Detalles que tiene cada semana, cada día: darme los buenos días, las buenas noches, venir a verme cuando estoy enferma, acompañarme a casa, venir a recogerme espontáneamente para ir a dar una vuelta, traerme mi chocolatina favorita cuando quedamos, tragarse cualquier película que a mí me apetezca ver... Y entonces me doy cuenta de que yo hago exactamente lo mismo por él: yo también he cuidado de él cuando ha estado enfermo, voy a visitarlo por sorpresa aunque no hayamos hecho planes y siempre me aseguro de tener botellines de su cerveza favorita en mi nevera. Mi día no empieza hasta que no le doy los buenos días y no duermo tranquila hasta que él me desea buenas noches. Me he pasado los últimos meses fingiendo que entre nosotros solo existe una amistad por puro miedo a la posibilidad de perderlo. ¿Es posible que él haya estado haciendo lo mismo? ¿Que realmente sienta lo mismo?

Pienso en la conversación que escuché entre Neal y Matt el otro día y decido darle un enfoque distinto. ¿Y si él también está fingiendo porque tiene miedo? ¿Y si dijo que había pasado página, pero en el fondo no es cierto? Yo más que nadie debería saber que las personas a veces nos empeñamos en engañarnos a nosotras mismas.

De repente, tengo claro lo que tengo que hacer. Cojo mi bolso y algunas de mis carpetas y abandono mi lugar de trabajo para ir en busca de mi jefa. Recorro toda la planta, hasta que al final la intercepto en la puerta de los servicios.

Mi apartamento está a más de veinte minutos del trabajo, pero voy tan acelerada que llego en un tiempo récord. Mientras el portero del edificio me abre la puerta, llamo a Matt, que esta vez me contesta enseguida.

—Hola.

—Matt, necesito saber en qué hospital está Sophie —digo sin rodeos mientras aprieto el botón del ascensor.

—Está en el Hospital San Peter de Albany, he escuchado a Neal decirlo antes. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque me voy a Albany —contesto—. Ahora mismo. En mi coche.

Él ahoga un grito.

—Tengo que colgar, voy a subir al ascensor y se va a cortar la llamada —digo cuando veo que la cabina de los pisos impares va por la tercera planta.

—Está bien. Buena suerte, Claire. Llámame cuando estés con él.

—Adiós, y Matt... Gracias.

Cuelgo antes de que me conteste y subo enseguida al ascensor. Cuando entro en mi casa, sé que no tengo tiempo que perder. Me hago un sándwich de jamón y queso y me lo como mientras saco mi pequeña maleta del cuarto de invitados. Echo dentro lo imprescindible para dos días. Mi jefa me ha permitido tener la tarde de hoy libre con la condición de que el lunes esté de vuelta y que presente en su mesa los arreglos pendientes para la dichosa gala. Meto mi pijama, dos mudas limpias, bufandas y gorros, ropa interior, mi neceser, el portátil y algunas de las carpetas del trabajo que necesitaré.

Me cambio de ropa y me pongo unos *leggings* negros y los botines del mismo color y un jersey largo gris perla junto con un collar que era de Olivia. Meto una botella de agua en el bolso, me coloco las gafas de sol en la cabeza y cojo el abrigo antes de subir de nuevo al ascensor hasta el garaje.

No sé ni el tiempo que hace que no conduzco, pienso mientras compruebo que tengo los retrovisores bien regulados. Para moverme por la ciudad nunca lo utilizo, solo lo cojo en algunas ocasiones para ir de visita a Nueva Jersey, y últimamente ni siquiera para eso. Pero mi padre insiste en la importancia de tener un coche a mi disposición para posibles imprevistos. «Bingo, papá». Sin duda, en esta ocasión, tener mi propio vehículo facilita mucho las cosas. Introduzco en el GPS el nombre del hospital al que me dirijo, enchufo el cargador, conecto el móvil y arranco el coche.

Casi tres horas más tarde, aparco mi Golf en el aparcamiento del Hospital San Peter de Albany. Si alguien me pidiera que le relatara algún acontecimiento de mi viaje me resultaría imposible. Solo he parado un vez a mitad de camino para visitar el baño y comprarme un *donut*, y me he pasado todo el trayecto desde que salí de Manhattan reproduciendo en mi cabeza la conversación con Matt de esta mañana y repasando los momentos de las últimas semanas que he pasado con Neal, tratando de verlo todo desde un ángulo distinto. La única conclusión a la que he llegado es que tengo que verlo y hablar con él. Necesito estar con él.

Valoro llamarlo antes para no presentarme por sorpresa delante de sus narices en un momento como este. Ni siquiera sé cuál es la situación de su hermana. Pero no lo hago porque tengo miedo. Miedo de que me diga que no quiere verme y que me vuelva a Manhattan, sin darme la posibilidad de verlo. Al fin y al cabo, él no quería que supiera dónde estaba y venir hasta aquí sin ser invitada puede considerarse como una invasión de su intimidad. Suspiro escandalosamente por enésima vez en las últimas horas, compruebo mi aspecto una vez más en el espejito del coche y salgo decidida hasta la puerta principal.

El Hospital San Peter es mucho más grande de lo que había imaginado en un primer momento, lo que me lleva a preguntarme la gravedad del estado de Sophie. Ignoro el escalofrío que atraviesa mi columna vertebral y me dirijo hasta el mostrador, donde un señor de la edad de mi padre me sonríe amablemente cuando me ve acercarse.

—Hola, vengo a visitar a Sophie Cooper. Soy amiga de la familia —digo, mostrando una sonrisa cordial al auxiliar.

—Buenas tardes —contesta devolviéndome la sonrisa—. Veamos dónde se encuentra su amiga.

Siento una punzada de culpa por presentarme sin más aquí. No he visto a Sophie ni una vez, ni tampoco a los padres de Neal. Sé de sobra que tienen una relación algo distante, y aquí estoy yo, llegando por sorpresa al hospital en medio de una situación familiar delicada cuya gravedad desconozco, tras haber cruzado el estado de Nueva York para llegar al lado de mi «amigo» Neal, con quien mantengo una relación de estricta amistad que secretamente anheló que acabe siendo algo más, cuando se ha marchado de la ciudad unas horas antes sin decirme nada y que ha pedido expresamente que me mantenga al margen de la situación. «Brillante, Claire, muy brillante». Un sudor frío me recorre la espalda al ser consciente del lío en el que estoy metiéndome yo solita.

Observo al auxiliar mientras introduce los datos que le he dado y busca dentro del programa informático la ubicación de Sophie. Teclea con delicadeza, ensimismado en la pantalla durante lo que a mí me parecen horas, ajeno a los ruidos que envuelven el hall del hospital. Cuando vuelve a dirigirse a mí, lo hace con una sonrisa genuina que ayuda levemente a aplacar mis nervios durante un par de segundos.

—La señorita Cooper se encuentra en observación —me dice con amabilidad—, por lo que aún no tiene una habitación asignada. Sus familiares se encontrarán lo más seguro en la sala de espera de la planta cinco, por si quiere unirse a ellos.

—Eso sería estupendo. ¿Adónde debo dirigirme?

El señor Banks, según puedo leer en su placa de identificación, se levanta de su asiento detrás del mostrador para indicarme qué ascensores debo tomar.

—Cuando salga en la quinta planta, diríjase a la derecha y al final del pasillo verá la sala de espera.

Le agradezco sus indicaciones y me encamino hacia los ascensores. De repente estoy muy nerviosa por ver a Neal, lo cual es completamente absurdo teniendo en cuenta que apenas hace veinte horas que no nos vemos. Pero estoy nerviosa. Histérica. Es evidente por cómo han empezado a sudarme las manos y por los latidos desbocados de mi corazón.

Tras salir del ascensor cruzo el pasillo con paso inseguro, mirando a todos lados por si acaso Neal deambula por aquí cerca. Cuando me quedan aún unos metros para llegar a la puerta que hay al fondo del pasillo, lo localizo a lo lejos a través de las puertas de cristal de la sala. Lleva vaqueros, un jersey verde oscuro y unas zapatillas viejas que solo le he visto en un par de ocasiones. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre sus manos, con la mirada fija en el suelo. Solo con verlo empiezo a sentirme un poco mejor, porque su mera presencia ejerce un efecto relajante en todo mi ser. Cubro los metros que nos separan con cautela y me quedo observándolo en silencio desde el umbral de la puerta.

La sala está prácticamente vacía y tiene el aspecto de la típica sala de espera de hospital, con asientos de plástico y paredes demasiado grises que no ayudan a mejorar el estado de ánimo de los presentes. Además de Neal, hay una pareja joven que se abraza mientras la mujer llora en silencio. Clavo mi mirada en Neal que tiene un aspecto tan triste que se me retuerce el corazón.

No hago ningún ruido que delate mi presencia pero, como si estuviéramos

conectados el uno al otro, Neal alza de repente la vista y sus ojos encuentran los míos. Me parece detectar en su mirada un destello de alegría, pero desaparece antes de que pueda asegurarme de que está ahí. Sus ojos se achican cuando le sonrío tímidamente, y se levanta de su asiento haciéndome señas para que hablemos en el pasillo.

Nos situamos uno enfrente del otro, mirándonos con intensidad. Se muestra sorprendido de que esté aquí, pero su expresión no transmite que esté contento por ello.

—¿Qué estás haciendo aquí, Claire?

—Me mandaste un mensaje muy seco —contesto sin más, como si eso lo explicara todo.

Entorna sus ojos, que no abandonan los míos mientras se rasca con cuidado la barba.

—Creo que no te sigo.

—Me mandaste el mensaje más impersonal que me has mandado en toda tu vida. Me resultó muy raro y te llamé varias veces, pero tu móvil estaba apagado. Y tú... tú nunca apagas el móvil.

Recordar cómo se han desarrollado los hechos esta mañana me proporcionan algo de seguridad para enfrentarme a él. Como si por fin hubiera recordado los sucesos que justifican que haya conducido tres horas para estar a su lado y todo esto tenga la mayor lógica del mundo.

Él no dice nada, solo me mira, por lo que prosigo:

—Entonces... me preocupé un poco y llamé a Matt para ver si él sabía dónde estabas.

Su expresión adquiere de pronto un aspecto enfadado que le he visto pocas veces, pero que no me sorprende del todo. Sospechaba que esta podría ser una de sus posibles reacciones.

—¿Y qué te ha dicho Matt?

—Solo que estabas aquí. —Me encojo de hombros. Es una verdad a medias.

—Le dije claramente que ya hablaría yo contigo cuando pudiese.

Vale. Ahora es evidente está enfadado. Aprieta los puños a ambos lados de sus caderas y entrecierra los ojos al mirarme. No sé si está enfadado con Matt, conmigo o con los dos, pero no me gusta ninguna de las tres opciones. Me acerco un poco más a él y coloco mi mano con suavidad en su antebrazo, deleitándome al sentirlo bajo la tela de su jersey. Lo noto tensarse ante mi contacto y una presión bastante incómoda se instala de nuevo en mi pecho.

—No te enfades con él, por favor. Insistí mucho para que me lo dijera.

Abre los ojos como platos y cruza sus brazos, liberándose así de mi contacto. No se molesta lo más mínimo en ocultar lo cabreado que empieza a estar; lo demuestra con su lenguaje no verbal y con su manera de hablarme cuando dice:

—¿Sabías que no quería que lo supieras y le insististe para que te lo contara? ¿Lo sabías y, aun así, te pareció buena idea presentarte aquí sin avisar?

Yo retrocedo un paso, impactada por su tono de voz, pero sin romper el contacto visual en ningún momento. ¿Por qué está tan enfadado? Puede que venir aquí no haya sido la mejor idea que he tenido en mi vida, pero aun así su reacción está siendo

desproporcionada. Actúa como si no pudiera soportar mi presencia, cuando nos vemos prácticamente cada día. Cierro los ojos durante unos segundos para calmarme y no gritarle que está siendo un capullo. Cojo aire y lo suelto lentamente. Lo primero es expiar a Matt de toda culpa, así que decido contarle por encima mi conversación con él.

—Él no quería decirme dónde estabas y bueno... —digo, bajando la mirada por primera vez—. Pensé que... como habías actuado tan raro y él se negaba a decir nada, que te habías ido por ahí... Con alguien.

Neal se queda en silencio y noto sus ojos clavados en mí como dos puñales. Es la primera vez en meses que sacamos a colación este tema de manera tan directa y creo que mi comentario lo ha dejado fuera de juego. Me sonrojo de la cabeza a los pies y, cuando me obligo a volver a alzar la cabeza para mirarlo, veo que me está observando con una expresión indescifrable: el ceño fruncido, la boca ligeramente abierta y sus ojos brillando de rabia.

—¿Pensabas que estaba con una chica? ¿Qué cojones, Claire? ¿Qué te ha llevado a pensar eso? —lo dice con los dientes apretados y un tono de voz tan bajo que me asusto. Casi hubiera preferido que gritara.

—Lo sé, lo sé. En el fondo sabía que no era así, y Matt me confirmó enseguida que me equivocaba. Entonces, caí en que lo único que podía hacerte salir de Manhattan sin previo aviso eran problemas familiares. —Vuelvo a dar un paso al frente, hasta quedar a un palmo de su cuerpo. Tengo que alzar la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos—. Así que se lo pregunté directamente. No me ha contado nada, Neal, si eso es lo que te preocupa. Solo me dijo que habías venido al hospital esta mañana. Al principio no pensé en venir, reconozco que estaba molesta contigo por irte sin decirme nada. Pero después... me di cuenta de que lo único que quería era estar a tu lado. Por si me necesitabas.

—Pues ya ves que no te necesito. —Sus ojos prácticamente lanzan chispas y los míos se llenan de lágrimas al oírle decir eso, pero trato de contenerlas—. Gracias por preocuparte por mí, pero no hacía falta. Estoy bien.

Me quedo muda ante su tono condescendiente. No obstante, reacciono con rapidez.

—Creí que... Venir aquí... —balbuceo—. Pensé que te vendría bien la compañía de un amigo.

Permanece mirándome unos segundos y de repente cierra los ojos como si acabaran de dispararle a bocajarro. La expresión de enfado que ha tenido durante los últimos minutos se intensifica. Parece superado por la situación. Se lleva una mano a la frente y observo cómo hace un esfuerzo por tragar saliva. Lo miro con detenimiento, completamente desconcertada. Resulta evidente que está muy cansado, sin duda debido a los acontecimientos de la jornada. Cuando abre los ojos, la electricidad que viste su mirada me impacta en el pecho.

—Se acabó, Claire —dice con brusquedad—. No puedo seguir con esto. Hoy no.

—¿Qué estas diciendo?

—Hoy no puedo fingir, ¿de acuerdo? No puedo y no voy a hacerlo. No voy a fingir que tú y yo solo somos amigos. Hoy no tengo fuerzas para estar a tu lado y no demostrarte que lo eres todo para mí. Así que, por favor, te pido que te marches.

Me quedo completamente paralizada. No puedo creer lo que escucho. Su confesión, el dolor que hay en su voz incluso a través de la rabia, me desgarran de tal forma por dentro que todo a mi alrededor empieza a dar vueltas. Me llevo una mano al pecho, donde mi corazón late sin control. Miro a Neal, que ha desviado la mirada para no tener que enfrentarse a la mía, y lo absurdo de nuestra situación me golpea con tanta fuerza que estoy a punto de perder el equilibrio. Cierro los ojos, provocando que dos gruesas lágrimas rueden sobre mis mejillas. ¿Qué estamos haciendo?

Él no me mira; yo he perdido la capacidad de reacción. Él está furioso; yo siento que me voy a morir.

No soy capaz de soportar los centímetros que nos separan por más tiempo, así que me lanzo hacia él sin pensar, rodeando su cuerpo con mis brazos y apoyando la mejilla en su pecho. Él permanece tieso como una tabla, sorprendido, y no hace nada por devolverme el abrazo.

—No tienes que fingir nada, Neal. Yo tampoco quiero fingir. Deja que me quede aquí contigo, por favor.

Mi voz está quebrada y hablo en un tono tan bajo que temo que no me haya oído, pero lentamente sus brazos rodean mi cintura con cuidado y me acaricia el pelo.

Poco a poco noto que su cuerpo empieza a relajarse y yo me dejo envolver por su aroma. Huele tan bien como siempre. Huele a casa. La familiaridad de su presencia y la intimidad del momento que compartimos provocan que más lágrimas escapen de mis ojos y mojen su jersey. Neal se da cuenta, y me limpia las mejillas con sus pulgares sin decir absolutamente nada.

Espera unos segundos más a que me tranquilice y en silencio me dirige de vuelta a la sala de espera, que ahora está vacía. Sigue estando enfadado, pero al menos parece algo más contenido cuando tomamos asiento el uno junto al otro. Me siento fuera de lugar por lo que acaba de pasar, pero él no parece preparado para explicarme el significado de su declaración y yo tampoco lo estoy para preguntar nada, así que permanecemos un rato sin pronunciar ni una palabra.

No pasan ni cinco minutos hasta que sus padres entran por la puerta. Neal me presenta como una amiga de Manhattan, y yo me disculpo por presentarme aquí en un momento tan delicado como este. A los Cooper no parece importarles mi presencia, al contrario, se muestran agradecidos de que acompañe a Neal. Intercambiamos unas cuantas palabras con ellos y poco después volvemos a sentarnos todos en silencio.

El padre de Neal debe de rondar los cincuenta y cinco años. Se nota que es un hombre que se mantiene en forma y vislumbro algunos rasgos de Neal en él, como la nariz, la forma de la cara o la complejión. Por su parte, la señora Cooper no comparte apenas parecido con su hijo. A excepción, tal vez, de sus ojos. Pero incluso estos son diferentes. Aunque la forma almendrada y el color café son idénticos, los de esta señora carecen de la calidez de los de Neal. Su mirada no transmite dulzura ni me hace sentir que todos los problemas del mundo tienen asignados una solución. Aunque Neal se parece físicamente a sus padres, me doy cuenta de que sus gestos y su carácter no los ha heredado de ellos. De alguna manera, él ha salido así, tan diferente que eso lo hace aún más especial.

Antes de las siete de la tarde, un médico entra en la sala preguntando por los familiares de Sophie Cooper. Neal y sus padres se ponen de pie de inmediato, y yo

permanezco sentada para dejarles intimidad, aunque escucho sin problema lo que hablan.

—Sophie está fuera de peligro —dice con una sonrisa tranquilizadora, que provoca que los tres se relajen visiblemente—. Ahora está dormida y la están llevando a una habitación en esta planta. Le hemos hecho un lavado de estómago, por lo que estará muy débil las próximas horas.

¿Lavado de estómago? Un presentimiento me estremece el cuerpo.

—Tenemos que esperar al menos veinticuatro horas para que pueda seguir con su medicación habitual, y el equipo de Psiquiatría del hospital vendrá a hacerle una evaluación —continúa, y ellos asienten—. Los intentos de suicidio son comunes en los pacientes con la enfermedad de Sophie y han de ser tomados muy en serio.

La señora Cooper reprime un sollozo, y su marido le pasa un brazo por los hombros. Neal permanece quieto, pero veo cómo le tiemblan los brazos a ambos lados de su cuerpo. Lucho con todas mi fuerzas para no levantarme y correr a su lado, porque no sé cómo reaccionaría si lo hago.

—No podemos estar seguros de si pretendía hacerlo o si era una llamada de atención. ¿Lo había hecho antes? —pregunta, y los tres niegan con la cabeza—. Tendremos que esperar a que hable con los profesionales de salud mental para ver cuáles son sus opciones, pero primero es importante que descanse y que esté rodeada de su familia. —Les sonrío de manera conciliadora, y hasta yo me siento mejor—. En unos minutos pueden pasar a verla, aunque probablemente esté dormida. Puede quedarse alguno de ustedes a pasar la noche con ella.

La madre de Neal asiente con efusividad y doy por hecho que se quedará ella. Dan las gracias al doctor y se despiden de él cuando abandona la sala. Los padres de Neal suspiran para liberar tensión y vuelven a tomar asiento. Neal permanece de pie, sin mirarme apenas. Me siento terriblemente incómoda.

—Papá, mamá —dice, con cansancio en su voz—. ¿Por qué no pasáis vosotros primero a verla? Yo entraré después.

Sus padres lo miran a él, luego a mí, y se dedican una mirada entre ellos antes de asentir y levantarse. La madre de Neal nos sonrío con amabilidad y su padre le da una torpe palmada en el hombro antes de abandonar la habitación. Neal los ve marchar y continúa de pie en silencio durante unos minutos que se me antojan eternos. Yo, por mi parte, soy incapaz de articular palabra y me limito a mirarlo con disimulo. Después de lo que me parecen siglos, se sienta a mi lado y me mira a la cara:

—Ya ves que está todo bien. Deberías salir ya hacia Manhattan —dice consultando su reloj de muñeca—. Si no te vas ahora se hará muy tarde.

Frunzo el ceño y lo miro como si acabara de decirme que el sol sale por el oeste. ¿De verdad piensa que voy a marcharme? Pensaba que íbamos a dejar de fingir. Por supuesto que no voy a volver a Manhattan, no hasta que sea estrictamente necesario.

—¿Qué te hace pensar que voy a volver hoy a Manhattan? —pregunto alzando ambas cejas.

—Ya has visto que Sophie está bien y que yo estoy bien también. No tiene sentido que te quedes.

—Siento decepcionarte, Neal, pero no me voy a ninguna parte. Voy a quedarme aquí todo el fin de semana y nada de lo que digas hará que cambie de opinión. Así

que ahórratelo.

Me observa con detenimiento durante un rato y yo le desafío con la mirada a que me contradiga. Pero no lo hace. Cuando por fin habla, detecto en sus ojos el brillo que siempre tiene cuando está conmigo y, por primera vez desde que he llegado, se comporta como el Neal que tanto adoro.

Media hora más tarde, me deja sola en la sala para ir a visitar a su hermana. Sus padres han salido para decirle que iban a casa a recoger algunas cosas y que aprovechase para verla ya que estaba despierta. Mientras espero, busco en mis llamadas recientes el número de Matt y su voz suena al otro lado de la línea prácticamente al instante.

—Claire, por fin. Me tenías preocupado —detecto un nerviosismo poco habitual en él, y sonrío cuando acuden a mi mente todas las veces que se ha reído de mí por ponerme en plan madre.

Le cuento brevemente cómo están las cosas por aquí y la reacción de Neal cuando me ha visto llegar.

—Estoy en un lío, ¿no?

—No, no te preocupes —le tranquilizo—. He asumido la culpa de todo. Está molesto conmigo, no contigo.

Le hablo por encima de nuestra pequeña charla, pasando por alto su confesión y la supuesta tregua que nos hemos dado. Le digo que me quedaré aquí el fin de semana y que dormiré en casa de Neal. Él no hace ningún comentario al respecto, pero intuyo el escenario que se está montando en su cabeza. Hablamos durante unos minutos más y antes de colgar me hace prometer que le mantendré informado de todo.

A continuación llamo a Christina, aunque por la hora que es supongo que seguirá encerrada en el laboratorio.

—Hola, Clairens, ¿qué pasa?

—Hola, querida. ¿Te pillo trabajando?

—Lo creas o no —dice riendo por lo bajo— estoy de camino al metro. Tengo planes para cenar.

Escucho voces y cláxones de fondo, y me imagino a mi amiga atravesando las calles de Manhattan en hora punta de una tarde de diciembre con su maletín en la mano. Compongo una mueca de sorpresa, consciente de que no puede verme. Christina Sanders no ha abandonado el laboratorio antes de las ocho de la tarde por voluntad propia desde que empezó a investigar en la Universidad de Columbia. El doctor está obrando auténticos milagros con ella.

—Deduzco que es con el doctor Encanto, ¿no? —pregunto en broma, y su risa de quinceañera me dice todo lo que necesito saber.

—Muy aguda, Sherlock. ¿Tú dónde estás?

Le cuento mi viaje improvisado de esta tarde. A ella tampoco le hablo de lo que me ha dicho Neal, ni le confieso por fin que mis sentimientos por él cruzaron la línea de la amistad hace siglos. Pero lo sabe, claro. Christina y Olivia siempre han sido capaces de ver dentro de mí, y desde que les hablé por primera vez de la relación especial que había surgido entre Neal y yo han tenido clara la naturaleza de mis sentimientos por él. Da igual cuántas veces me haya negado a hablar sobre el tema.

Christina no se muestra sorprendida de que yo esté aquí y decide torturarme un rato. Es su forma de hacerme saber que ha detectado en mi voz que he decidido dejar de engañarme a mí misma.

—¿Entonces vas a dormir en su casa? ¿En su cama?

—Neal ha dicho algo de dormitorio de invitados. No van por ahí los tiros.

Christina suelta una carcajada que resuena en mi oído, y me arranca la primera sonrisa de verdad desde hace horas.

—No seas tonta, Claire. Por supuesto que te propondrá que durmáis separados. Neal es un caballero y ya atentaste contra su hombría una vez —dice divertida, y yo frunzo el ceño al recordar el momento en que le dije a Neal que el contacto físico entre nosotros quedaba descartado—. Por eso esta noche es crucial, Clairens. Tienes que ser tú la que vuelva a poner la carta del sexo sobre la mesa.

—¿Quién está hablado de sexo, Christina?

Mi amiga chasquea la lengua y noto cómo sus pasos pierden algo de velocidad.

—Nena, por favor, no insultes mi inteligencia. Estás coladita por Neal. Y él por ti. Pero él nunca tomará la iniciativa en este tema, porque fuiste tú la que dejaste claro que no os convenía seguir por ahí. —Me muerdo la lengua porque tiene razón—. Así que vas a tener que ir detrás de él. Demuéstrale que quieres más. Neal es un hombre. Te adora y te respeta, pero sigue siendo un hombre. No va a rechazarte, por si acaso te preocupa.

Christina me infunde ánimos a través de sus palabras durante unos minutos más y yo me hago la tonta durante el resto de la conversación. No puedo admitir que acaba de dar en el centro de cada uno de mis deseos. No estoy preparada para verbalizar nada de lo que siento. Quedamos en que la avisaré cuando llegue a casa y le deseo que lo pase bien esta noche.

Después de colgar, espero durante un rato más hasta que llegan los padres de Neal y toman el relevo acompañando a Sophie.

Cuando Neal sale de la habitación, tiene un aspecto horrible. Su barba, normalmente perfectamente afeitada, pide a gritos que la arreglen. Tiene los ojos rojos y la cara blanca como el papel. Ha sido un día largo para él, y el cansancio físico y emocional comienzan a pasarle factura. Juntos caminamos en silencio hasta el parking donde nos espera mi coche.

Atravesamos las calles de Albany en dirección a casa de sus padres y, salvo las indicaciones que me va dando Neal y alguna vaga referencia a lugares que solía frecuentar cuando vivía aquí, apenas me dirige la palabra durante el trayecto. Intento razonar conmigo misma que está cansado y asustado por todo lo que ha pasado con su hermana, pero no puedo evitar pensar que su estado de ánimo también está relacionado con nuestra situación.

Me dice que puedo aparcar en el garaje de su casa y, cuando llegamos, sale del coche para abrirme la puerta. Gracias a algún tipo de milagro, recuerdo cómo maniobrar en espacios pequeños y consigo aparcarlo sin problema al lado de un hueco vacío.

Neal cierra la puerta del garaje y saca su equipaje y el mío del coche. El espacio es amplio y tiene acceso a la casa a través de unas escaleras. A continuación abre una puerta que hay al fondo y entra dentro para dejar su pequeña maleta de mano.

—Esta sala es la habitación de invitados —dice encendiendo la luz y dejándome espacio para que me asome—. Aquí dormiré yo. Tú puedes dormir arriba, en mi habitación.

La estancia es bastante grande. Tiene una cama de matrimonio, un sofá, una tele y hasta un escritorio. Al fondo hay una puerta que deduzco que será un baño.

—Puedo dormir yo aquí, si quieres. No me importa.

—Estarás más cómoda arriba —insiste, y apaga la luz dando por zanjado el asunto.

La casa de los Cooper es más grande de lo que me había parecido desde fuera. El primer piso tiene un salón comedor, un baño, la cocina y un despacho espacioso presidido por dos imponentes estanterías. Recuerdo que Neal me ha contado alguna vez que su padre es el dueño de un importante concesionario de la zona y que es aficionado al mundo del motor, lo cual explica la infinidad de figuras de automóviles que decoran el despacho.

Subimos al piso de arriba donde cuento tres habitaciones y un aseo distribuidos alrededor de un estrecho pasillo. La de Neal está al principio.

—Esta puerta de aquí al lado es el baño —me dice—. Puedes usarlo tranquilamente, mis padres tienen el suyo dentro de su dormitorio.

Asiento y entro detrás de él a su habitación, donde aparentemente dormiré esta noche. Es bastante grande, casi del mismo tamaño que la mía. Tiene un escritorio enorme con un flexo y apenas hay objetos personales, a excepción de una hucha metálica con símbolos de dólar y una taza con unos cuantos lápices dentro. Las estanterías contienen varios números de cómics viejos y unos pocos libros. Miro a mi alrededor y trato de encontrar alguna pista que me diga que esta habitación es de Neal, pero a simple vista no encuentro ninguna. Él me observa mientras me paseo de un lado a otro, y se sitúa detrás de mí cuando me acerco a contemplar la única fotografía que hay a la vista. En ella Neal debe de tener dieciocho años como mucho y aparece rodeado por un grupo de chicos y chicas de la misma edad que supongo que son sus amigos del instituto.

—¿Quieres ducharte y cenar después? ¿O prefieres cenar primero? —pregunta de repente.

—¿Qué vas a hacer tú? —Me giro hacia él.

—No creo que cene, no tengo mucha hambre.

—Tienes que cenar algo. No vas a acostarte con el estómago vacío. Te conozco, te despertarás a mitad de la noche y atacarás la nevera —lo digo con la esperanza de hacerle reír, pero apenas le saco media sonrisa—. Venga, bajaremos a preparar algo. Ya me ducharé después.

No opone resistencia cuando lo empujo fuera de la habitación y apago la luz detrás de nosotros.

Mientras preparamos algo para cenar, resulta obvio que se esfuerza por no tocarme, y se pone tenso ante el más mínimo roce.

Nos sentamos uno enfrente del otro y mastica tan deprisa que me pregunto si está intentando que la cena se alargue lo menos posible. No soporto esta situación. Su actitud silenciosa me hace daño. Es como si otra persona se hubiera adueñado de su cuerpo.

—He hablado con Matt y con Christina antes —le digo, buscando un tema con el que podamos comunicarnos con naturalidad.

—¿Y qué te han dicho?

—Pues Matt quería saber cómo iba todo y Christina ha salido del laboratorio a una hora normal y se iba a cenar con el doctor Encanto.

Neal esboza su media sonrisa mientras se lleva el vaso de agua a la boca.

—Parece que van en serio, ¿no?

—Sí. —Sonrío—. Ya era hora de que encontrase a alguien que le durase más de un par de semanas. Ella está totalmente colada por él. No me extrañaría que nos lo presentara en un futuro próximo, y más ahora que Liv lo conoció en Vancouver.

Hablamos durante unos minutos más del tema hasta que llega su padre, que se sirve un vaso de agua mientras nos informa de que Sophie está bien y que se ha vuelto a dormir. Los médicos han dicho que está respondiendo bien al tratamiento que le han aplicado y que pasará buena noche. Él irá al hospital a primera hora para hablar con el médico. Tras pedirle a Neal que vaya mañana a recoger a su madre para que pueda venir a comer aquí, nos da las buenas noches y se retira a su habitación.

De nuevo solos, Neal parece haber retomado la conversación por monosílabos. Ponemos los platos en el lavavajillas y después me acompaña a mi habitación para darme toallas limpias para que me duche.

—Bueno, eso es todo. —Se apoya en el marco de la puerta con intención clara de huir de aquí—. Mañana cuando me levante iré al hospital. Puedes quedarte aquí si tienes que hacer cosas.

—De acuerdo, adelantaré un par de cosas pendientes para el lunes. Podríamos comer juntos.

Sonríe sin demasiada efusividad.

Hago el amago de acercarme a él para darle un beso de buenas noches, como hacemos siempre, pero antes de que pueda reaccionar se marcha, dejándome con una sensación de vacío en la boca del estómago.

Tras ducharme y ponerme el pijama me siento en la cama, con la lámpara de la mesita de noche como único punto de luz. Reviso mi móvil y veo que tengo un mensaje de Neal: *<Si tienes frío puedes encender el radiador. La casa tiene calefacción centralizada, pero bueno, por si acaso>*.

Sonrío al leerlo. No porque sea uno de sus mensajes adorables de siempre, porque está claro que no lo es. Sino porque Neal sabe que soy muy friolera y aunque su casa es sorprendentemente cálida, considera que es posible que pase frío

<He traído el pijama más gordo que tenía. Creo que sobreviviré. Pero gracias. Buenas noches :)>.

Su respuesta es inmediata, pero tan impersonal que hace que mi ánimo decaiga por completo: *<Buenas noches>*.

No sé cuánto tiempo llevo tumbada en la cama sin poder dormirme. Miro el reloj y veo que solo son las doce, por lo que se supone que solo debo de llevar una hora aquí metida, pero juraría que ha pasado la mitad de la noche. Debería haber caído inconsciente nada más posar mi cabeza en la almohada; ha sido un día largo y lleno

de acontecimientos.

Enciendo la luz de la mesita de noche y miro a mi alrededor, volviendo a sorprenderme por lo poco que esta habitación habla de Neal. No tiene apenas fotos, como en su habitación de Brooklyn. Ningún póster decora las paredes y no hay ni una sola copia de sus novelas favoritas. No hay nada que diga que adora el tenis y el *running* y los pocos discos de música que hay son de grupos que ni siquiera escucha. Esta habitación no tiene nada que ver con él y hace que me sienta incómoda en ella. Neal tiene muchas aficiones y pasatiempos que enriquecen su forma de ser, y esta habitación es demasiado sobria como para poder ser identificada con él. Este espacio no tiene su esencia.

Mi mente viaja a todas las conversaciones que hemos tenido sobre su adolescencia. Los innumerables problemas con Sophie y con sus padres, su sensación de no encajar aquí y las ganas que tenía de dejar este lugar. Recuerdo que me contó que Matt fue la primera persona que pareció escucharlo de verdad y cómo gracias a él tuvo la fuerza de empezar una nueva vida fuera de aquí. En Manhattan. Con nosotros. Conmigo.

Siento una presión en el pecho que me dificulta la respiración. A Neal, a pesar de conocernos desde hace menos tiempo, le pasa como al resto de nosotros: hemos encontrado los unos en los otros una familia. No compartimos genes ni los mismos apellidos, pero sí compartimos infinidad de momentos, lealtad y apoyo incondicional. Hemos creado algo que no se encuentra por mucho que se tenga la misma sangre.

Nunca había sido tan consciente de lo mucho que ha cambiado Neal desde que dejó su hogar hace siete años. Pero estar aquí esta noche, en este espacio tan impersonal que habla tan poco del Neal de entonces, me proporciona la pieza que me falta para descifrar al Neal de ahora. Porque es así. Para mí, conocer a Neal ha sido como resolver un puzzle. Un puzzle que me fascina desde el día que lo conocí.

Tal vez por eso está actuando hoy tan raro, me digo. Tal vez estar en esta casa le recuerda que no pertenece aquí y le produce dolor. El problema con Sophie tampoco ayuda, por supuesto. Descubrir que su hermana ha tratado de suicidarse debe de haberle supuesto un gran impacto y una angustia impensable.

Suspiro y me incorporo en la cama, cubriéndome con la manta hasta la barbilla. A mi mente acude nuestra conversación en el pasillo «Hoy no puedo fingir, Claire. No puedo fingir que tú y yo solo somos amigos. Hoy no tengo fuerzas para estar a tu lado y no demostrarte que lo eres todo para mí». El dolor con el que ha pronunciado esas palabras, la vulnerabilidad en sus ojos a pesar de su enfado... Solo de pensarlo es como si alguien me vaciara por dentro y me obligara a seguir viviendo. En el momento no he analizado el trasfondo de esas palabras, estaba en estado de *shock* tras escucharle confesar que lo soy todo para él. Pero ahora que he tenido tiempo para procesarlo, me doy cuenta de lo que me estaba diciendo. En un día triste y oscuro como este, donde sus emociones se han visto puestas a prueba, no se considera capaz de seguir fingiendo una amistad que hace tiempo dejó de ser suficiente. Se me llenan los ojos de lágrimas, y se me escapa una al comprender que no quiero que finja más. No quiero fingir yo más. Porque si existe alguna posibilidad de que él sienta lo mismo que yo, no tiene sentido prolongar esta situación durante más tiempo.

Cuando la cosa se complicó el año pasado, tuve miedo. Miedo de volver a sufrir,

miedo de no estar preparada para estar con nadie después de lo de Aaron y, ante todo, un miedo tan real a perderlo que me retorció las entrañas. Hace tiempo que me di cuenta de lo idiota que fui y del tiempo precioso que hemos malgastado los dos. Pero se ha acabado. Tengo que solucionarlo.

Quiero pensar que no es demasiado tarde para arreglar las cosas. Que ha llegado el momento de volver a poner las cartas sobre la mesa.

Las palabras de Christina de antes vuelven a mí: «Él nunca tomará la iniciativa en este tema porque fuiste tú la que dejaste claro que no os convenía seguir por ahí». Aunque mi amiga estaba hablando de sexo en ese momento, sé que esa frase esconde mucho más. Yo fui la que frenó las cosas, la que descartó la posibilidad de seguir avanzando y la que nos obligó a no desviarnos del camino. Lo sé, sé que fue cosa mía. Sé que en su momento Neal hubiera apostado por nosotros, pero yo nos obligué a ambos a fingir. Y siento que, ahora sí, hemos llegado al límite.

De repente me siento embargada por la certeza de que arreglar esta situación está completamente en mis manos. No puedo perder más tiempo.

Salgo de la cama, cojo mi móvil y me calzo mis zapatillas de estar por casa.

Abro la puerta de la habitación. En el pasillo reinan la oscuridad y un silencio sepulcral. Utilizo la función linterna de mi móvil para alumbrar mis pasos y comienzo a descender por la escalera. Agradezco en silencio que los escalones no sean de esos viejos que suenan, porque la idea de que el ruido despierte al señor Cooper y que me encuentre a oscuras, en pijama, caminando a hurtadillas para colarme en la habitación de su hijo no me hace ninguna gracia.

Llego al salón y sorteo el mobiliario hasta alcanzar la puerta que conduce al garaje, al otro lado de la sala. Tiro de la manivela, con cuidado de no hacer ruido, y cierro detrás de mí cuando cruzo el umbral. Alzo la mano en la que llevo el móvil para alumbrar mejor el camino, pues las escaleras que conducen al garaje tienen forma de caracol y temo caermme y abrirme la crisma.

Al llegar por fin al garaje, siento el cambio de temperatura de la cabeza a los pies. Llevo un pijama grueso y afelpado por dentro, pero aun así se me pone la piel de gallina debido al contraste. Me acerco a la puerta de la habitación donde está Neal, y poso la mano sobre el picaporte, pero no abro.

No sé cuántos minutos permanezco con la mano ahí quieta, pero al final reúno el valor necesario para entrar.

Tras pasar al interior de la habitación, apago la linterna para no deslumbrar a Neal. No dice nada, y por un momento temo que ya se haya dormido. La estancia está oscura, pero a través de una pequeña ventana en la pared del fondo se filtra la luz de los rayos de luna y de las farolas de la calle. Espero unos segundos hasta que mi vista se acostumbra a la oscuridad, y finalmente adivino la silueta de Neal bajo las sábanas.

Nerviosa, enredo los dedos en el bajo la parte de arriba del pijama y encojo los deditos de los pies dentro de mis zapatillas. ¿Y si está dormido y no se ha enterado de que estoy aquí? O peor, ¿y si está despierto y me está ignorando a propósito? Estoy a punto de acercarme y meterme en su cama, sin importarme cuál sea su estado, cuando su voz me alcanza en la oscuridad:

—Ven aquí, Claire, te vas a congelar.

Camino deprisa hasta él, dejo el móvil en la mesita de noche que hay al lado, me

quito las zapatillas y me subo a la cama, donde él aparta el edredón para dejarme entrar. Me coloco de lado, de manera que estemos enfrente el uno del otro. Neal nos tapa a ambos y se acerca más a mí. Me dejo envolver por el calor que emana su cuerpo y por su aroma, que me tranquiliza y excita a partes iguales. Me pasa una mano con fuerza por el brazo, como si quisiera que entre en calor y me mira a la cara sin decir nada.

—No podía dormir —murmuro.

—¿No estás cómoda en mi habitación?

—Creo que eso es parte del problema. No parece que sea tu habitación.

Él asiente, mirándome a los ojos, como si entendiera perfectamente de lo que le estoy hablando. Permanece unos segundos observándome, en silencio, hasta que al final dice:

—Duérmete, Claire. Mañana nos espera un largo día.

Se pone boca arriba y yo me quedo pegada a su hombro. Flexiono los dedos para contener las ganas que tengo acariciarlo; de tocar su piel y de enredar los dedos en su pelo. Lo oigo exhalar ruidosamente a mi lado, como si estuviera liberando tensión, y a los pocos minutos noto que su respiración se va haciendo más profunda y regular. Durante unos segundos pienso que se ha quedado dormido, pero la luz que se cuele por la ventana me permite ver que tiene los ojos abiertos. Permanezco un rato callada, sin decir nada ni emitir ningún sonido, pero sé que no voy a ser capaz de dormirme.

—Siento haberme presentado aquí de esta manera —susurro acercándome más a él—. Sé que no está bien que lo haya hecho. Querías espacio y no lo he respetado. Pero no he podido evitarlo.

Neal se vuelve a poner de lado y sus ojos escudriñan los míos.

—No te preocupes. No estoy enfadado. —Arqueo una ceja, causando que él sonría y añada—: Bueno... ya no lo estoy.

Se vuelve a quedar callado, pero su mirada no abandona mi cara. Veo claramente que quiere decir algo más, y espero en silencio hasta que lo hace, perdida en esos ojos de color café que me hacen sentir en casa.

—Lo primero en lo que he pensado esta mañana cuando me han llamado mis padres era que quería llamarte y pedirte que vinieras conmigo —confiesa—. Pero luego he pensado que no era una buena idea, y que probablemente era pedirte demasiado. —Yo asiento como si lo comprendiera, aunque en realidad tengo ganas de decirle que no tiene sentido lo que dice. Suspira y niega levemente con la cabeza antes de añadir—: Siento haber reaccionado así antes.

—No te preocupes. Lo entiendo —digo con media sonrisa, y tiemblo al notar que su brazo me rodea y posa su mano en mi espalda, acariciándola de arriba abajo.

—Pero ya ves, al final has venido tú hasta mí. Y después de un día tan horrible, la verdad es que me alegro de que estés aquí conmigo. No sé si podría pasar por todo esto sin ti.

Juro que me falta el aire. Me embriagan sus palabras y su proximidad. Siento en las entrañas que este es uno de esos momentos potencialmente decisivos, y que nuestro destino está en mis manos. Aquí y ahora.

—Yo siempre estaré contigo, Neal —contesto y, sin poder contenerme, acaricio su pecho, donde noto latir su corazón desbocado bajo mi palma—. De la forma que sea.

Quiero estar en tu vida siempre.

Buceamos en los ojos del otro, como si en ellos pudiéramos encontrar las verdades que ambos callamos. Mis palabras están cargadas de sinceridad, y rezo para que sea capaz de percibir en mi mirada la profundidad de lo que estoy sintiendo. En la suya veo brillar una emoción que siempre ha estado ahí y que nunca me he atrevido a explorar.

No sé quién de los dos inicia el beso. No sé si soy yo, encandilada por lo que descubro en sus pupilas, o él, arrastrado por la declaración oculta en mis palabras. O si simplemente somos los dos, porque nuestros cuerpos se han cansado de esperar para reencontrarse y nos obligan a fundirnos el uno con el otro.

Cubrimos el espacio que nos separa y nuestros labios se acarician con timidez durante un segundo antes de unirse por completo. Siento cómo suspira y cómo su aliento se entremezcla con el mío. Me cuesta creer que esto esté pasando. Acaricio despacio el mechón de pelo que cubre su frente para asegurarme de que está aquí y de que esto es real. Entonces Neal abre ligeramente la boca y su lengua se desliza entre mis labios, buscando la mía despacio. Nos besamos con delicadeza durante varios segundos, o minutos, o puede que horas. No lo sé. El tiempo ha dejado de existir para mí. Neal me acaricia con cuidado la espalda por debajo del pijama y yo también necesito sentirlo de verdad, por lo que me arriesgo a tocarlo piel con piel. Meto la mano por debajo de su camiseta y acaricio su pecho. Lo siento temblar ante mi contacto. Eso me excita aún más y aumento la intensidad del beso. Neal me abraza para acercarme más a él y yo gimo en su boca al notar su erección contra mi pelvis. Empezamos a besarnos con desesperación, apretados el uno contra el otro y recorriendo nuestros cuerpos con las manos.

En mi mente, me he torturado con el sabor de sus besos una y otra vez. He sentido sus manos sobre mí cada noche en mi cama y he evocado mil veces la sensación que me produjo sentir que Neal me deseaba. Pero esos recuerdos palidecen al lado de lo que estoy sintiendo en este momento. Aquí, en la oscuridad de esta habitación, perdida entre sus brazos y devorándonos el uno al otro, el mundo sencillamente no existe.

Neal lleva una mano hacia mi pecho, lo acaricia, y yo creo que voy a morirme aquí mismo. Reprimo un jadeo cuando lleva sus labios a mi cuello y me besa despacio, chupando y mordiendo con delicadeza en dirección a mi clavícula. Toda la piel se me ha puesto de gallina y empiezo a sentir que lo deseo tanto que me duele. Busco de nuevo su boca y enredamos nuestras lenguas con impaciencia. Besándonos como si se acabara el mundo.

Dirijo mis manos hacia abajo, y me aventuro a descubrir su erección. Cuelo mi mano derecha por la cinturilla de sus calzoncillos y acaricio con timidez su miembro, que me recibe duro como una roca y con una gota de humedad en la punta. Lo agarro con fuerza y se revuelve. Acto seguido comienzo a deshacerme de la parte de debajo de su pijama, mientras él desliza su mano entre mis braguitas. Lo escucho gemir con fuerza cuando sus dedos descubren lo húmeda que estoy. Entre los dos bajamos mis pantalones y mi ropa interior.

De repente Neal interrumpe el beso, como si acabara de darle la corriente y tuviera que separarse de mí. Lo miro, con expresión de desconcierto, y él clava en mí sus

ojos.

—No quiero que hagas esto por lástima o porque estés preocupada por mí —dice mirándome con intensidad.

—No lo hago por eso —le aseguro—. Lo hago porque necesito estar contigo tanto como lo necesitas tú.

Parece que mi respuesta lo convence, porque sin pronunciar ni una sola palabra más vuelve a besarme profundamente. No hay nada lujurioso en ese beso. Está cargado de sentimientos que conozco bien, porque ambos sentimos lo mismo. Aun así, la pasión entre nosotros es innegable, y enseguida nos rendimos a ella. Nos quitamos lo que nos queda de ropa con impaciencia, y volvemos a abrazarnos. Esta vez totalmente desnudos. El calor de su piel contra la mía es lo más reconfortante que he sentido en toda mi vida. Suspiro con vehemencia cuando dirige su mano a mi sexo y deposita dos dedos en mi clítoris. Empieza a acariciarlo con cuidado, pero tarda poco en comenzar a trazar círculos con ellos con mayor rapidez, arrancándome oleadas de placer que no puedo controlar. Lo deseo más de lo que puedo soportar. Lo llevo deseando meses. Y ahora todo ese deseo que se me ha instalado en el vientre empieza a enviarme señales de que pronto explotaré.

Me toca con habilidad, besándome de vez en cuando para acallar mis gemidos. Yo respondo activamente a sus caricias y lo muerdo con impaciencia en el hombro cuando noto que no tardaré mucho en irme del todo. Él busca mi cara en todo momento, como si no quisiera perderse ninguna de mis reacciones. Con sus ojos fijos en los míos me corro unos segundos después, con una rapidez que nos sorprende a ambos y una intensidad que me hace temblar entera.

Neal deja de ejercer presión sobre mí en el momento exacto en que lo necesito, y acto seguido lleva su mano a mi cadera mientras me besa con devoción.

De repente se incorpora, con una expresión de alarma en su rostro, y recorre con los ojos la habitación. Enseguida caigo en la cuenta de que está buscando preservativos, pero aquí no debe de haber ninguno. Yo me incorporo también y le toco el brazo mientras digo:

—En realidad no necesitamos... Sigo tomando la píldora. Y no he estado con nadie desde mi cumpleaños, el año pasado. No sé si tú has estado con alguien en este tiempo...

Agacho un poco la mirada. Una voz en mi interior me dice que no, pero necesito que me lo aclare antes de cruzar esta última línea. Lentamente busca mis ojos con los suyos y acaricia mi pelo.

—Claire, pequeña... Por supuesto que no. Ni siquiera lo pienses. Para mí hace tiempo que solo existes tú.

Y eso es todo lo que necesito oír. Sonrío tímidamente antes de lanzarle los brazos al cuello y besarlo con toda la pasión y el amor que siento. Tiro de él para que se tumbe encima de mí. Abro las piernas para permitirle instalarse en medio y deslizo mi mano entre nuestros cuerpos, en busca de su erección. Neal me mira como si no pudiera creer que esto esté a punto de pasar y yo le sonrío porque me pasa lo mismo. Dirijo su miembro, duro y palpitante, hasta las puertas de mi sexo que está tan húmedo que prácticamente lo succiona. Lo paso con cuidado por la zona, y tiro de él hacia mi interior. Él imprime fuerza con sus caderas y empieza a entrar muy

lentamente.

Nos noto palpar a ambos. Hace tanto tiempo de la última vez que al principio cuesta que entre entera. Lo escucho lanzar un suspiro cargado de placer mientras mi calor lo va envolviendo y yo creo que estoy a punto de desmayarme cuando mi cuerpo por fin se acostumbra a él y una oleada de placer me quema las venas. Nos miramos de nuevo y nos besamos, sonriendo. Y empezamos a movernos de verdad.

Las ganas hacen que todo cobre una intensidad aún mayor. Gemimos con cada embestida, nos deshacemos entre caricias, perdemos el sentido en nuestra piel. Sus labios absorben mis suspiros e insuflan realidad en mi interior, recordándome a cada segundo que esto está pasando de verdad.

Cierro los ojos para asimilar cada sensación que recorre mis venas mientras Neal se mueve dentro de mi cuerpo. Lo hace con rapidez y profundidad. Ambos gritamos mientras nos acoplamos para alcanzar un mismo ritmo que nos permita vivir este momento en sintonía.

En algún punto, Neal aumenta la velocidad de sus caderas, anunciándome que tal vez no pueda resistir demasiado. Sé lo que siente. El deseo también se me ha acumulado con fuerza y sé que en pocos segundos explotaré del todo.

Mientras perseguimos ese clímax compartido me obligo a grabar en mi memoria todo lo que siento. Su boca, que busca la mía, su cuerpo que me venera y sus ojos que me hablan de todos esos sentimientos que han crecido entre nosotros durante años.

Cuando por fin me embarga el orgasmo, clavo mis dientes en su hombro y lo escucho gritar mientras se corre con fuerza en mi interior. Sus labios me devoran para sellar todas las emociones que escapan de nuestros cuerpos y después me abraza con ganas, reteniéndome a su lado.

—Mi pequeña... —susurra entrecortadamente.

Permanecemos tumbados con las manos cogidas y las piernas entrelazadas mientras nuestras respiraciones tratan de volver a la normalidad. Pasados unos minutos, Neal sugiere que nos demos una ducha. Nos metemos rápido en el pequeño baño que hay al fondo de esta estancia, me hago una coleta alta para no mojarme el pelo y abro la mampara para entrar al interior. Neal me mira desde fuera unos segundos, como si valorase si debe entrar conmigo, pero enseguida se decide y me acompaña. Nos duchamos en silencio, entre sonrisas, caricias y algún que otro beso. Todavía me cuesta creer que esto sea real. ¿De verdad acabamos de hacer el amor en el garaje de casa de sus padres? ¿De verdad estamos duchándonos juntos?

Salimos de la ducha a los pocos minutos y Neal me envuelve en una toalla. Después coge una para él que, a juzgar por su tacto, ha sido usada recientemente. Supongo que es con la que se ha duchado antes. Mientras nos secamos, uno enfrente del otro, dirijo la mirada al espejo y no puedo evitar que me dé la risa. Sí que es real. Somos él y yo los que aparecemos reflejados en el espejo. Neal y Claire. Claire y Neal. Él mira cómo me río en la imagen que proyecta el espejo y se ríe también.

—Sí, es surrealista —dice, adivinando como siempre mis pensamientos.

—¿Surrealista bueno o surrealista malo?

Me sonrío con dulzura, me envuelve con los brazos por encima de mi toalla y me susurra al oído:

—Surrealista maravilloso.

Me da un suave beso en los labios y volvemos a la habitación, donde nos ponemos rápidamente el pijama y volvemos a meternos en la cama, que huele a nosotros y a sexo. El colchón se hunde bajo nuestro peso y nos acomodamos, cubriéndonos con el edredón. Me rodea con un brazo y yo apoyo la cabeza en su pecho, abrazándome a su cintura. Neal lanza un pequeño suspiro y me pasa una mano por la espalda, a la vez que nuestras piernas se enredan de nuevo. Es como si ahora que hemos superado la barrera física no pudiéramos dejar de tocarnos y nos negásemos a que una sola parte de nuestros cuerpos renuncie al contacto del otro.

No sé explicar la intensidad de lo que siento en este momento, es como si necesitase fundirme con él. Beso repetidamente su pecho por encima del pijama y lo abrazo con más fuerza.

—¿Estás bien? —me pregunta en la oscuridad.

Yo sonrío contra su cuerpo.

—Nunca he estado mejor —le aseguro. Y es la pura verdad. Jamás me he sentido tan cerca de otra persona ni tan completa como en este instante.

Neal suelta una pequeña carcajada.

—Es la dicha postcoital la que habla por ti, pequeña.

Levanto ligeramente la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Sí, también influye —admito—. Pero te aseguro que es más que eso.

Neal me devuelve la mirada con una intensidad que me asusta. De pronto me invade la necesidad imperiosa de decirle que lo quiero. Que estoy enamorada de él, que hace tiempo que lo sé y que he dejado de tener miedo de reconocerlo. Pero una vocecita en mi cabeza me aconseja que no lo haga. Hoy ha sido un día complicado. Confesarle algo así en plena crisis familiar no es justo, ni para él ni para nuestra historia. Neal necesita espacio para pensar en su hermana y solo en su hermana. Cuando las cosas se normalicen y volvamos a casa trataremos este tema con la importancia que merece.

Inclina un poco la cabeza para encajar nuestras bocas de nuevo y me da un beso tan dulce y cargado de sentimiento que provoca que todo el vello de mi cuerpo se ponga de punta.

—Sí, Claire. Es mucho más que eso.

Suspiramos a la vez y yo vuelvo a acomodarme sobre su pecho. Nos quedamos callados, abrazándonos y sintiendo el calor del otro, y poco a poco nuestras respiraciones se van haciendo más profundas. El sueño se apodera de mí en cuestión de segundos. Los párpados me pesan y se cierran solos y mi último pensamiento, como cada noche, es para Neal. Y hoy tengo la certeza de que el suyo también es para mí y que, tal vez, ha sido así siempre.

¿Surrealista maravilloso?

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente me cuesta entender varias cosas. La primera: ¿por qué entra tanta luz? La segunda: ¿por qué me duele todo? Y la tercera: ¿por qué hace tanto calor? Me concentro de repente en unos brazos que me aprisionan la cintura y esbozo una sonrisa. Es Neal. Me tiene abrazada por la espalda, con todo su cuerpo pegado al mío, e irradia calor. No quiero moverme para no despertarlo, pero no tengo que esperar mucho, porque enseguida empiezo a notar unos labios que depositan besos en mi cuello. También noto otras partes de su anatomía que están bastante despiertas y que dan los buenos días a mi trasero. Junto mis manos con las suyas, que están a la altura de mi estómago, y me doy la vuelta despacio hasta encontrarme con su expresión adormilada y su pelo enmarañado.

—Buenos días —dice, con una expresión de cautela en su rostro que me encoge el corazón.

Lo observo atentamente durante unos segundos intentando descifrar lo que transmite su mirada. ¿Pensará que me arrepiento de lo que pasó anoche? Recuerdo que aquella vez que despertamos juntos, después de habernos acostado, yo no tuve lo que se dice un despertar agradable. No ha pasado ni un día en el que no me haya arrepentido de mi actitud de aquella mañana, pero hoy tengo una segunda oportunidad. No solo estoy feliz de haberme despertado a su lado, sino que quiero repetirlo cada día hasta que me muera. No puedo decirle eso, claro. No sin haber tenido antes la conversación que ambos necesitamos. Así que intento tranquilizarlo de otra manera.

—Buenos días —contesto con una sonrisa, y me acerco más para besarlo.

Él me devuelve el beso al instante, con una mezcla de alivio y sorpresa. Me abraza con fuerza mientras profundiza más y más en ese beso.

—¿Es legal besar a alguien así por la mañana? —pregunta cuando nos separamos. Siento que me sonrojo. Anoche estaba oscuro y el ambiente resultaba más íntimo, pero ahora entra demasiada luz por las ventanas y es mucho más difícil afrontar el cara a cara.

—No sé, pero espero que lo sea, porque no me importaría repetirlo.

—¿Es una invitación?

—Tal vez —digo con una sonrisita.

Neal me mira con picardía alzando ambas cejas y volvemos a besarnos. Lo hacemos de manera lenta y demasiado intensa para ser el primer beso de la mañana, hasta que unos ruidos nos alertan de que hay vida en el piso de arriba. Neal suelta un gruñido y se separa de mí a regañadientes para mirar la hora en su móvil. Suelta el aire, resignado, y me pide disculpas mientras sale de la cama. Dice que tiene que hablar con su padre antes de que se vaya al hospital, así que me da un beso y sale de la habitación.

Creo que me he vuelto a quedar dormida unos minutos, porque el motor de un coche me despierta de pronto. Supongo que es el padre de Neal yéndose al hospital. Espero hasta que oigo la puerta del garaje cerrarse de nuevo, me pongo mis zapatillas

y salgo de la habitación hacia las escaleras.

Cuando abro la puerta del comedor, el olor a café y a tostadas inunda mis fosas nasales. Comienzo a caminar en dirección a la cocina, donde veo a Neal exprimiendo una naranja como si le fuera la vida en ello. Me acerco sigilosamente hacia él y lo abrazo por la espalda, poniéndome de puntillas para besarlo en el cuello.

—¿Qué te ha hecho esa pobre naranja? —pregunto.

Se da la vuelta y me besa, sin tocarme con las manos para no mancharme, como si esta fuera nuestra rutina habitual. Intento ignorar esa vocecita insolente que me pregunta por qué es todo nuevo y familiar al mismo tiempo.

—No había té de ninguna clase, así que te he hecho zumo para desayunar —me dice mientras se lava las manos en el fregadero—. También he hecho tostadas.

—Me mimas demasiado —le digo con una sonrisa, mientras lo observo colar el zumo para servírmelo sin pulpa.

—Siempre, ya lo sabes. —Me guiña un ojo al tiempo que trae lo que ha preparado a la mesa.

Mientras desayunamos me cuenta el plan del día. Dice que tiene que ir al hospital para traer a su madre a casa para que descanse, pero que antes se quedará allí un rato hasta hablar con el médico de Sophie. Yo aprovecharé para trabajar mientras él está fuera. Si no me entretengo demasiado, en un par de horas puedo acabarlo todo. Luego dice que vendrá a recogerme y que me invitará a comer a un sitio al que le gustaba ir de niño. Le pregunto si le importa que trabaje desde la habitación del garaje y él me contesta que no con una sonrisa. Incluso propone en que deje ahí mi maleta, junto con sus cosas.

Recogemos el desayuno y entre los dos trasladamos mi equipaje de un dormitorio a otro. Luego arreglamos la cama donde hemos dormido. Neal se cambia de ropa mientras yo me preparo para ponerme a trabajar, y le insisto en que se lleve mi coche para ir a recoger a su madre y hacer todo lo que necesite. Antes de irse nos besamos durante varios minutos, como adolescentes, y tengo que aguantarme las ganas de decirle todo lo que siento antes de que se marche.

Paso la mañana haciendo llamadas y preparando borradores y listas para la gala benéfica que estamos organizando. Cuando lo tengo todo listo, le mando un email a mi jefa con los detalles y me despido diciéndole que el lunes estaré allí a la hora de siempre. Mañana por la noche volveré a casa. ¿Vendrá Neal conmigo? ¿O se quedará más tiempo? Es cierto que Sophie está estable, pero la situación es delicada. Si en la oficina le hacen el favor, tal vez lo mejor sería que Neal se quedara aquí unos días más hasta que las cosas se normalicen. Supongo que tendrá que ir al psicólogo o acudir a algún tipo de terapia o algo por el estilo, e imagino que él querrá quedarse aquí hasta que no queden cabos sueltos.

No puedo evitar preguntarme qué pasará con nosotros cuando volvamos a casa y nos enfrentemos a todos estos cambios que han surgido. Es absurdo pensar que las cosas volverán a ser como eran antes, pero ahora mismo no sé cómo pueden desarrollarse los acontecimientos. Que tenemos que hablar está más que claro. Ya es hora de que ambos pongamos voz a todo aquello que hemos ido guardando en nuestro interior.

Neal ha confesado que no ha estado tampoco con nadie más desde que se acostó conmigo el año pasado. Eso son más de dieciséis meses sin sexo. Es mucho tiempo. Ya sé que es el mismo tiempo que llevaba yo sin acostarme con nadie, pero es que yo soy yo. Yo no puedo acostarme con un hombre sin sentir nada por él. Y no he sentido nada por nadie sencillamente porque mi corazón y cada uno de mis pensamientos pertenecen a Neal. Además, necesitaba tiempo para estar sola, para pensar en mí y no tener a ningún hombre a mi alrededor en el plano sentimental complicándome la vida.

La pregunta es ¿por qué no ha estado él con nadie? Sé, porque solíamos hablarlo en aquella época en la que las terceras personas no eran un tema tabú, que jamás le faltaba compañía femenina cuando la precisaba. Entonces, ¿por qué en este tiempo no ha sido así? Me juego mi casa a que candidatas no le han faltado.

En el fondo, sé que en el último año, desde que las cosas se normalizaron entre nosotros, si hubiera habido alguien en su vida me habría enterado. Por mucho que el tema estuviera tácitamente vetado, habría sido prácticamente imposible que me lo ocultara (o yo a él, de haberse dado el caso), porque siempre estamos pendientes de lo que hace o deja de hacer el otro. Pero hubo unos meses, después del incidente y antes de que volviéramos a ser uña y carne, en los que nuestra relación no fue tan cercana. Fueron cuatro meses enteros, con sus días y con sus noches. Y yo siempre he dado por hecho que en ese tiempo él pudo haber conocido a alguien con quien salir, o que incluso más de una chica pudo haber estado en su vida en ese periodo. Pero parece que no. ¿Por qué no?

No es que no me alegre, porque la verdad es que hasta tengo ganas de llorar del alivio que siento, pero tiene que tener una explicación. Me resulta imposible apartar la idea de que puede haberlo hecho porque él siente por mí lo mismo que yo por él, pero es que yo fui muy dura con él después de acostarnos. Le dije que haberme acostado con él había sido un error. Que solo me interesaba que fuéramos amigos. Que desearía poder borrar todo lo que había ocurrido entre nosotros.

«Para mí hace tiempo que solo existes tú», me dijo anoche. Suelto un suspiro y me agarro la cabeza con las manos. Por mucho que me dé por leer entre líneas, es posible que la cosa esté bastante clara. Solo tengo que atreverme a descubrirlo.

Me inclino hacia atrás en la silla y me quedo un rato mirando al techo. Al final decido aparcar el tema de momento, así que me pongo a ver cosas en el ordenador y más tarde me conecto a Skype. Cuando veo que está conectada Liv decido llamarla. Me contesta cuando ya estoy a punto de cortar la comunicación, y aparece en la pantalla con un estrafalario moño de los suyos, la cara cubierta de harina y un jersey verde muy viejo que creo que tiene desde que íbamos al colegio.

—¡Claire! Perdona, estaba haciendo una tarta.

Yo suelto una carcajada. ¿Quién esa chica y qué ha hecho con mi Olivia? Liv no sabe ni freír un huevo. ¿Qué narices hace con harina en las cejas y con un delantal?

—Vancouver te está afectando más de lo que pensaba. ¿Desde cuándo te va la repostería, Liv?

Me cuenta que esta noche va a cenar a casa de unos compañeros del trabajo y que se comprometió a llevar un postre casero. Dice que lleva toda la mañana metida en la cocina y que es la tercera vez que lo intenta.

Me relata unas cuantas anécdotas de esta semana y me río súper a gusto porque,

aunque sé que exagera, tiene una gracia para contar las cosas que hace que me olvide de todo durante unos minutos. Obviamente acaba preguntándome dónde estoy y yo le hago un pequeño resumen de los acontecimientos. Olivia me mira a los ojos fijamente a través de la pantalla, y lo hace de una manera que llego a olvidarme de que está a miles de kilómetros de aquí. Sé que se muere de ganas de preguntarme lo obvio: si ha pasado algo más entre Neal y yo. Pero no lo hace. Y no lo hace por la misma razón que Christina no ha llamado para preguntármelo. Saben que se lo diré cuando esté preparada. Yo les hablo de las cosas cuando realmente siento que quiero hacerlo. Pero Liv sabe que me estoy callando cosas, me lo indican sus ojos y su lenguaje no verbal que le cuesta horrores disimular. Me dice algo como que cuando lleguemos abriremos una botella «del vino ese que tanto me gusta» y retomaremos el tema. Opto por cambiar de conversación y le pregunto por Will y, por la expresión de su cara cuando lo menciono, sé que el tema de Neal ha quedado aplazado de momento.

Justo una semana antes de que se fuera a Vancouver, Will regresó a su vida con un perdón en los labios y ganas de volver acercarse a ella. Apenas tuvieron tiempo para hablar de lo que había supuesto a ambos el año que habían estado separados, puesto que la marcha de Liv era inminente. Desde entonces, él parece decidido a ir derribando los muros que mi amiga ha levantado para protegerse de él.

—Me escribe prácticamente todos los días, Claire. Para decirme cualquier cosa. No sé qué pretende —lo dice con tono de fastidio y tapándose la cara con la mano, de manera que provoca que toda la frente le quede blanca a causa de la harina.

Nos reímos las dos y se apresura a limpiarse con el delantal. Después nos ponemos serias y hablamos un rato del tema, y yo no soy capaz de ocultar que soy fan incondicional del Equipo Will. De verdad pienso que ese chico siente algo serio por ella, aunque haya metido la pata hasta el fondo. Christina se empeña en decir que pienso así porque soy una romántica empedernida, pero no creo que sea solo eso. La verdad es que me siento un poco identificada con él. Yo también he tenido miedo y he apartado de mi lado a la persona que quiero. Y eso no significa que lo quiera menos o que no lo quiera lo suficiente, simplemente significa que hay ocasiones en las que para querer bien a alguien primero tenemos que estar bien con nosotros mismos y vencer nuestros fantasmas. Eso es lo que me pasó a mí y estoy convencida de que fue lo que le pasó a Will cuando su empresa lo mandó fuera. Además, las circunstancias en su caso jugaron en su contra y fueron decisivas en las decisiones que Will tomó. No obstante, los gestos inequívocos de amor que tuvo con ella cuando estaban juntos y, sobre todo, la manera en que actuó cuando volvió y Christina le dijo que Liv se iba... Me dejó claro que los sentimientos de Will por Olivia son sinceros. Y yo sé que Liv aún lo quiere, por mucho que ella se empeñe en decir que lo ha superado. Solo hace falta verla hablar, aunque sea a través de una pantalla de ordenador, para ver que está tan loca por él que la asusta y que tiene miedo de pasarlo mal otra vez. Pero predicaré con su ejemplo y esperaré hasta que ella esté preparada para admitirlo.

Seguimos hablando unos minutos más sobre cotilleos (de la visita de Christina a Vancouver, principalmente) y colgamos cuando suena la alarma del horno con su pastel listo. Sonríe mientras cierro la ventana del Skype y doy gracias por que quede

tan poco tiempo para que vuelva a casa.

Después de hablar con Liv, reviso el correo y las notificaciones que tengo en algunas páginas de las que soy suscriptora. Leo las actualizaciones de un par blogs de decoración que me gustan, entro a leer los titulares en el periódico digital y entro a Facebook a cotillear las fotos de mi hermana Julianne, que acaba de abrirse una cuenta y me gusta echar un ojo de vez en cuando.

Horas más tarde, Neal y yo entramos en un restaurante no muy lejos de su casa. Ha llegado con su madre después de hablar con el médico de su hermana. Tras un poco de charla en la cocina, hemos anunciado que comíamos fuera y ella ha subido a su habitación a descansar.

El lugar es bastante grande para ser un restaurante de barrio y se respira un ambiente muy familiar. Las paredes son de piedra, solo decoradas con algún cuadro de paisajes. Por los ventanales entra la luz del sol del medio día, bañando la estancia con una luminosidad muy agradable.

Nos sientan en una mesa para dos al final de la estancia y nos dejan una carta a cada uno. Neal me cuenta que cuando era pequeño venía aquí con frecuencia a comer con sus padres y su hermana. Sonríe con melancolía al recordarlo y yo paso la mano por encima de la mesa hasta agarrar la suya. Él me sonríe y levanta nuestras manos unidas para depositar un beso en la parte interior de mi muñeca. Hay tanto cariño en ese gesto que se me ha puesto la piel de gallina.

Cuando ya hemos decidido lo que vamos a pedir llamamos al camarero para que nos tome nota, y acto seguido Neal empieza a hablarme de lo que ha pasado con su hermana, mientras yo lo escucho con atención.

—Como sabes, la cosa estaba más o menos estable. La medicación le iba bien, estaba trabajando en un sitio nuevo desde hace unos meses, había vuelto con el chico después de la crisis del año pasado... Todo normal. O todo lo normal que pueden ir las cosas tratándose de Sophie —añade con una sonrisa triste—. Sinceramente, Claire, no tenía ni puta idea de que tenía tantos problemas. Llevaba un tiempo sin hablar con ella, pero la última vez estaba bien. Mi madre me ha contado que hace un par de semanas volvió a pelearse con su novio. Esta vez la definitiva. Parece que Sophie tenía muchos altibajos. Había dejado el trabajo, salía de fiesta más de lo normal, no se tomaba nada en serio... Incluso dejó de tomar la medicación. Cuando volvió a instalarse en casa, tuvo una crisis maniaca bastante fuerte y su psiquiatra le cambió la dosis para estabilizarla. Así llegó el viraje depresivo.

—¿Qué significa eso?

—El trastorno bipolar son las dos caras de la misma moneda, creo que ya te lo he explicado alguna vez. Se van intercalando episodios depresivos con los maniacos, ya sabes, esa explosión, esa euforia desmedida... La medicación tuvo una especie... de efecto rebote, por llamarlo de algún modo, y cayó en un estado depresivo bastante fuerte. Llevaba unos días sin salir de su habitación, cuando... bueno. Ya sabes lo que pasó.

Neal desvía la vista hacia su bebida cuando termina de hablar. No parece muy animado a seguir ahondando en el tema. Detecto el dolor en cada sílaba que pronuncia y sé que parte de él se siente culpable por no haber podido ayudar a

tiempo; sé que, en todo lo relacionado con la situación de su hermana, siempre tendrá la sensación de no hacer lo suficiente.

Acaba de ponerme al día cuando nos están sirviendo los platos y a continuación permanecemos en silencio un rato mientras cortamos la carne, cada uno perdido en sus pensamientos. Tengo mucho que digerir de todo lo que me ha contado. Las otras veces que Neal me ha hablado de los problemas de su hermana ha empleado el tiempo pasado, comentado los acontecimientos en retrospectiva. Pero esto está pasando ahora, y hay que tomar decisiones de cara a un futuro cercano. En cuanto salga del hospital el lunes, empieza una nueva batalla, y Neal quiere permanecer cerca para luchar a su lado.

Lo veo masticar, pensativo, mirándome de vez en cuando. No sé qué puedo decir, pero está claro que tengo que decir algo. Al final me decido a romper el silencio, planteando una cuestión sencilla:

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

Sé que no ocupo explícitamente una posición en la que Neal tenga que hablar conmigo sus planes de quedarse aquí o volver a casa, pero también sé que no se siente cómodo no comentando el tema conmigo, y menos después de lo que pasó anoche. Así que decido ponérselo fácil dejándole ver que doy por hecho que va a quedarse.

Suspira mientras se pasa la mano por el pelo y da un sorbo a su vaso de agua.

—En principio pedí en la oficina hasta el martes, pero creo que lo mejor sería que me quedara más tiempo. Creo que plantearé la opción trabajar a distancia hasta que esta situación mejore.

Yo asiento y le sonrío.

—El psiquiatra ha recomendado que retome la terapia individual cuanto antes, y también que acudamos todos a terapia familiar. —Me mira mientras cojo un trozo de pan y lo muerdo—. Quiero asistir, y lo más seguro es que hasta final de semana no nos den cita.

Trato de infundirle ánimos y le aseguro que no tendrá ningún problema. Una de las ventajas de ganarse la vida con ordenadores es sin duda la opción del teletrabajo. Continuamos comiendo y hablando de otros temas, aunque este en concreto sigue flotando en el ambiente. Le hablo de cosas neutras para distender el ambiente, como de unas láminas enormes que he visto de oferta y que quiero comprar y de Liv y su nueva afición por la cocina. También comentamos la nueva estrategia de acercamiento que está intentando Will. Neal empieza a opinar como yo: que el chico la ha cagado, pero que quiere recuperarla. Evidentemente, hablar de una pareja nos lleva a fijarnos en el elefante que está sentado en la mesa con nosotros, y de repente la atmósfera entre los dos cambia de manera obvia.

No hemos hablado de nada relacionado con lo nuestro. Ni siquiera lo hemos mencionado. Estamos actuando como si fuera lo más normal del mundo que tengamos sexo, nos besemos en la boca y nos acariciemos como si tal cosa. Y sí que es verdad que todas esos gestos nos salen con una naturalidad que sorprende, pero eso no quita que tengamos que hablar.

Como me he quedado callada de repente, mirando mi plato embobada, Neal me observa con evidente inquietud en su rostro.

—Claire... —dice, y noto su angustia en esa única palabra.

Lo miro con los ojos desmesuradamente abiertos. Creo que aún espera que demuestre mi arrepentimiento con nuestra situación o algo por el estilo, y eso me preocupa. La única razón por la que me incomoda que salga el tema es porque sé que no es el momento de hablarlo como merece.

Sé que cada segundo que paso con esta cara de susto y sin pronunciar palabra su angustia crece más, pero no sé qué decir que pueda tranquilizarlo y que nos mantenga en esta especie de burbuja en la que estamos inmersos. Exhalo con una lentitud que me desespera hasta mí y comienzo a hablar con toda la calma de la que soy capaz:

—No quiero que te preocupes por esto, Neal. No me arrepiento de nada, te lo juro. —Él me mira con cautela, manteniendo su silencio—. Ha pasado lo que tenía que pasar. Los dos somos idiotas; demasiado ha tardado en saltar la liebre.

Todo su cuerpo se relaja visiblemente, y las comisuras de su boca se elevan haciendo que luzca dulce y sexi al mismo tiempo.

—Pero soy consciente de que tenemos muchas cosas que hablar —continúo—, y ahora no es un buen momento porque están pasando otras cosas que requieren de tu atención. —Lo veo cerrar los ojos y alargo mi mano buscando la suya. Él entrelaza sus dedos con los míos y se queda mirándolos mientras sigo hablando—. Hablaremos cuando vuelvas a casa, mientras tanto, solo quiero que tengas claro que estoy contigo y que no me voy a ir a ninguna parte. Te lo prometo.

Él vuelve a besarme la mano, como ha hecho antes, y me mira con dulzura. Se le ve tan vulnerable pero tan fuerte al mismo tiempo... ¿Soy yo la que provoca eso en él? Espero pacientemente a que diga algo, aunque sea para tranquilizarme un poco. No creo que él se arrepienta de nada, pero aún no se ha pronunciado al respecto.

—Estoy de acuerdo en todo lo que dices, pequeña. Tenemos que hablar, pero en un momento en el que podamos dedicarnos al tema por completo. Después de tanto tiempo, nos lo merecemos, ¿no? —Me sonrío y yo le sonrío de vuelta—. Yo tampoco me arrepiento de nada, de hecho todo esto me hace... feliz.

Se me derrite el corazón y noto que se me humedecen un poco los ojos. «Aguenta, Claire», me digo. «No te pongas ñoña ahora».

—Solo quiero darte las gracias, Claire.

—¿Las gracias de qué, exactamente?

—Por ser tú, y por estar aquí conmigo. Sé que no te recibí bien, sé que no estuvo bien que me fuera sin avisarte, pero no puedo explicar con palabras lo que significa para mí que estés a mi lado. Me haces sentir en paz.

Lo observo con detenimiento, notando cómo empieza a faltarme un poco el aire por la necesidad de tenerlo más cerca. Sin reflexionar demasiado, me levanto de mi silla ante su atenta mirada y me siento en su regazo para abrazarlo. Él busca mi boca con la suya y nos besamos. Sin más, en medio del restaurante. Es un beso diferente a los otros que nos hemos dado, porque en él intentamos plasmar todas las palabras que por el momento no podemos pronunciar.

Cuando regresamos a casa de Neal, su madre sigue acostada y ha dejado una nota en el recibidor diciendo que la despertemos cuando vayamos a ir al hospital. Neal quiere quedarse con Sophie esta tarde para que sus padres puedan cenar tranquilos,

así que lo acompañaré y me quedaré en la sala de espera leyendo.

Bajamos a la habitación del garaje para descansar un poco antes de irnos. No hemos cerrado la puerta todavía cuando Neal me arrincona contra la pared, buscándome con una necesidad tan primaria como la que me come a mí por dentro.

No me logro explicar, mientras Neal me toca con desesperación por debajo de la ropa, cómo nos las hemos apañado para haber pasado tanto tiempo solos sin dejarnos llevar por las ganas de estar juntos. Mis manos trepan por su cuerpo hasta deshacerse de su jersey y de la camiseta interior. Su pecho está caliente y solo puedo gemir cuando mi ropa también cae al suelo y su piel entra en contacto con la mía.

Caminamos entre tropiezos hasta la cama y nos dejamos caer sobre ella. Nos besamos enredados en nuestras propias extremidades y solo paramos para coger algo de aire. Mi corazón late sin control durante cada minuto que paso con él tan cerca de mí.

Después de tres orgasmos que dejan hormigueando cada parte de mi cuerpo, caemos rendidos entre las sábanas.

Nos despertamos un rato después como si hubiéramos dormido la tarde entera. Nos damos una ducha rápida para deshacernos del sudor y del olor a sexo y después salimos a la habitación para recuperar nuestra ropa.

—Has despertado a la bestia, pequeña —dice mientras se abrocha el botón de los pantalones.

Yo me río por lo bajo, y me quedo mirando al vacío con aire pensativo. Inevitablemente, acuden a mi mente las preguntas de antes sobre el tiempo que ha pasado sin estar con una chica, las razones que puede haber detrás y mi papel exacto en el asunto. Contengo un suspiro. Quiero preguntárselo. Necesito sacarme la duda, pero no sé cómo hacerlo.

—¿Pasa algo, Claire? —pregunta mientras se pone el jersey. Yo sigo en ropa interior sentada en la cama, quieta como un pasmarote—. Estás muy callada de repente.

Me está ofreciendo la oportunidad de preguntárselo en bandeja de plata...

—¿Por qué no te has acostado con nadie en todo este tiempo? —Lo suelto así, sin más, al más puro estilo Olivia.

Él me mira con los ojos bien abiertos y las cejas en alto. No se esperaba que le preguntase eso ahora, aunque no parece molesto. De hecho me sonrío burlón, apoyándose con los codos en la pared que queda justo en frente de mí.

—Dios, Claire, ¿es que no es obvio?

—No —suelto sin pensar, a lo que él responde alzando las cejas de nuevo en una expresión sarcástica. Me apresuro a añadir—: O sea, sí, pero es que no lo entiendo. Yo fui muy dura contigo. ¿Cómo es que aun así decidiste...? —Hablo muy deprisa porque me he puesto nerviosa, y me cuesta plasmar una idea completa en una frase. Se acerca hacia la cama y se arrodilla delante de mí, observándome muy atentamente. Suelto un suspiro y bajo la mirada hacia el suelo. No encuentro las palabras—. No sé.

Neal me coge la cara entre sus manos y me acaricia las mejillas con los pulgares, sin dejar de mirarme con atención.

—Al principio salí con alguna chica en un intento de seguir adelante con mi vida, no voy a engañarte. Pero no llegué a acostarme con ninguna. —Su tono de voz y el

brillo que hay en sus ojos me indican que está siendo sincero.

Lo imagino haciendo cosas con una chica sin rostro y no me gusta. Pero aun así me intriga que no llegara con ninguna hasta el final.

—¿Por qué no lo hiciste?

—¿De verdad quieres tener esa conversación ahora? —pregunta con delicadeza.

Yo lo miro y sonrío con cierto aire melancólico. Claramente es imposible separar las cosas, en nuestro caso todo está relacionado con todo. No podemos tratar los temas por separado. La lealtad, el sexo, la amistad y el amor no son entes diferenciados, sino partes del todo que es nuestra relación. Dependen las unas de las otras. Me viene a la cabeza eso de «el todo es mayor que la suma de las partes» y por primera vez en mi vida entiendo el significado de esa frase en toda su plenitud.

—No, tienes razón. —Sonrío—. Esperaremos.

Pasamos el resto de la tarde en el hospital. Los padres de Neal se van a casa a descansar y él se queda en la habitación de Sophie, haciéndole compañía. Yo permanezco leyendo tranquilamente en la sala de espera. De vez en cuando sale para ver cómo estoy. Me da un beso, me trae alguna chocolatina de la máquina expendedora que hay al otro lado del pasillo y me informa de los avances de su hermana.

Cuando cae la noche, los señores Cooper vuelven. Toman el relevo de su hijo pequeño y se organizan un poco para mañana por la mañana. Se muestran amables conmigo en todo momento y son muy discretos acerca del hecho de que esté instalada junto a Neal en la habitación del garaje.

Tras un rato hablando con ellos, llega la hora de que nos marchemos.

Nos subimos en mi coche y conduzco hasta un restaurante algo alejado del centro en el que Neal cree que es buena idea que cenemos.

Se trata de un asador bastante elegante, aunque no tanto como para que desentonemos con nuestra ropa de calle.

Mientras nos traen la cena, Neal y yo comentamos acerca del comportamiento que están teniendo sus padres con el tema de Sophie.

—Me asombra que se estén mostrando tan tranquilos y comprensivos con ella —admite—. Me han sorprendido, pero para bien.

—Me alegro. Parecen buenas personas. Conmigo están siendo muy amables. Estoy convencida de que si no lo han hecho mejor a lo largo de los años es porque no han sabido.

Neal asiente y pincha una hoja de la ensalada que hay en el centro.

—¿Estás cómoda aquí? En Albany, digo.

—Sí, la verdad que, a pesar de todo lo que ha pasado, me siento casi como en casa. —Sonrío con timidez—. Aunque creo que tú eres la única razón de ello.

—¿Te hago sentir en casa? —pregunta, tratando en vano de ocultar una sonrisa.

Parpadeo con cuidado y, lentamente, vuelvo a sonreír.

—Neal... Tú eres mi casa —confieso—. No sé cómo no te has dado cuenta todavía.

Sus ojos brillan al centrarse en la intensidad que viste mi expresión. Estoy segura de que a través de mis palabras puede detectar cada una de las cosas que siento y a las

que solo él puede poner nombre. Traga saliva con dificultad y alarga la mano sobre la mesa para coger mis manos entre las suyas.

—Y tú la mía, pequeña. Y tú la mía.

Cuando salimos afuera tras la cena, Neal insiste en que demos un paseo por la zona. No sé si quiere enseñarme algo o si solo quiere pasear un rato más a mi lado. Aunque es algo que hemos hecho muchas veces, hoy me siento como si fuera la primera vez. Nuestras manos cogidas, sus labios en mi sien cada pocos metros y la paz interior que llena mi pecho hacen de este paseo uno de los más especiales de mi vida. La ciudad está iluminada y caminamos junto al río, a pesar de que la humedad que desprende multiplique la sensación de frío por mil. Con el calor de Neal pegado a mi cuerpo, en este momento poco me importa.

—¿Esto es real? —pregunta al cabo de un rato, cuando nos detenemos bajo un árbol para besarnos despacio—. ¿De verdad estamos paseando cogidos de la mano por la calle?

—Es real —contesto—. Tan real que me da miedo porque es la primera vez y parece que lo llevemos haciendo años.

Nos miramos a la luz de las farolas y de los edificios iluminados mientras Neal acaricia el pelo que asoma bajo mi gorro de lana. La profundidad de su mirada, de pronto, me abrume. Me mira como si algo le asustara; como si algo dentro de mí tuviera el poder de estropear la calma que estamos sintiendo. Él no intenta ocultar las preguntas que se esconden en sus ojos y que se proyectan en los míos. Las dudas, el miedo, la incertidumbre.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¿Crees que seguirá siendo así? ¿En el futuro?

Lo miro, tomando una bocanada de aire mientras lo hago. Permanezco en silencio unos segundos. Quiero contestarle que sí, que es lo que creo y deseo. Que, si él me lo pide, seguirá siendo así durante todo el tiempo del que dispongamos. Pero ¿cómo decirle eso sin hacer referencia a todo lo demás? Sé que no es posible.

—¿De verdad quieres tener esa conversación ahora? —digo, imitando su pregunta de antes.

Sonríe.

—No, no quiero. Sé que no es el momento, pero... Todo esto es raro para mí.

—¿Raro?

—No en el mal sentido. Es raro porque lo estamos haciendo demasiado normal. Y... no me avergüenza decirte que me asusta. Me asusta que al volver a nuestra vida real te me vayas a escapar entre los dedos.

—Neal... No me voy a escapar. Sé que no te he dado motivos para creerme, pero tienes que confiar en mí. Solo quiero estar a tu lado. Te lo prometo.

Suspira, y se pasa los dedos por los ojos como si estuviera cansado. Parece que esté librando una batalla; no sé si contra mí, contra él mismo o contra la complejidad de lo nuestro. No se me ocurre nada para borrar la incertidumbre de su rostro. Solo abrazarme con fuerza a su cuerpo.

Pasamos varios minutos abrazados en la fría noche de Albany, con el sonido del río como único testigo de nuestras dudas. No volvemos a pronunciar ninguna palabra más al respecto. No sé qué puedo decirle para hacer que me crea en este momento, y

él se limita a enterrar su cabeza en el hueco de mi cuello.

Al cabo de un rato decidimos emprender el camino de vuelta al coche, aún en silencio pero abrazados al cuerpo del otro.

Cuando aparcamos el coche en el garaje, entramos en la habitación y de nuevo nos besamos. Condensamos nuestros sentimientos en un beso que parece no tener fin y vamos deshaciéndonos de las capas de ropa y de los interrogantes que nos rodean, hasta que solo quedan nuestros cuerpos queriendo fundirse en uno.

Nos seguimos besando tanto como podemos, mientras el deseo que sentimos el uno por el otro hace el resto. Nos rozamos la piel con tanta urgencia que todo nos quema. Nos disolvemos en un todo que llena cada rincón de nuestro ser. Y aunque ambos callamos palabras, nos las decimos sin sonido. Con cada beso, cada caricia y cada embestida. Nos hablamos con nuestro cuerpo como si desconociéramos la existencia de un lenguaje mejor.

Cuando por fin nos saciamos el uno del otro y nos metemos en la cama, las palabras de antes se cuelan en mi cabeza. «Me asusta que al volver a nuestra vida real te me vayas a escapar entre los dedos». Neal se aferra a mi cuerpo y me coloca en su pecho para que podamos dormir más cerca. Yo dejo un beso sobre la tela del pijama, a la altura de su corazón, y respiro profundamente para intentar relajarme, aunque mi mente sigue perdida en la vulnerabilidad que me ha mostrado hace apenas una hora. Recuerdo su expresión llena de incertidumbre y mi corazón se encoge al pensar en esas dudas que le acechan; dudas acerca de lo que siento y de hasta dónde sería capaz de llegar por esto que hay entre nosotros. Me doy cuenta de que soy yo la que tiene el poder de hacer que me perciba como una apuesta segura. Soy yo la que tiene la capacidad de hacer lo que es mejor para los dos. Soy yo la única que puede darle algo tangible a lo que agarrarse.

Me estoy quedando dormida, pero no me importa. Mis ojos caen por su propio peso, pero aun así necesito sacarlo. No puedo pasar un segundo más sin decirlo en voz alta. No quiero que pase un segundo más sin que lo sepa.

—Te quiero, Neal —digo sin más y lo abrazo con fuerza, mientras mi voz flota en la oscuridad que nos envuelve.

Él no reacciona. No mueve ni un músculo. Puede que ya se haya quedado dormido. Solo espero que mis palabras lo alcancen, aunque sea en sueños. Cierro del todo los ojos y noto cómo mi respiración se va tornando más y más profunda. Mi mente empieza a quedarse en blanco.

Entonces, lo noto suspirar despacio y aumentar la presión de sus brazos, que me envuelven como enredaderas. Cuando habla, lo hace con la voz preñada de emoción:

—Yo también te quiero, Claire. Más que a mi propia vida.

¿Qué necesitamos?

A la mañana siguiente desayunamos en la cocina justo cuando su padre sale camino al hospital. Nos tomamos el desayuno en silencio. Un silencio cómodo, sí, pero un silencio al fin y al cabo. Como si la noche anterior no hubiera existido; como si no nos hubiéramos declarado en la oscuridad.

Neal parece pensativo, y yo no me atrevo a sacar el tema. Es cierto que fui yo la que pronunció primero las palabras, pero él también las dijo. No sé qué pensará de ello. No sé si la ausencia de conversación en su caso está relacionado con ese momento, o si es por todo en general.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando me pasa una tostada sin abrir la boca.

—Sí. Claro —responde parpadeando en mi dirección—. Todo bien.

—¿Seguro? —insisto—. Estás muy callado.

Suspira con la vista fija en el plato. Si no supiera que tiene motivos de sobra para sentirse extraño estos días, pensaría que me esconde algo.

—Sí, bueno, demasiado...

—¿Demasiado en lo que pensar? —adivino.

—Eso mismo.

—Y... ¿puedo ayudarte en algo?

Levanta la cabeza y clava su mirada en mí hasta que, poco a poco, su expresión se dulcifica.

—Bueno... Puedes sentarte un poco más cerca.

Sonrío, sintiendo algo de alivio al escucharle. Me levanto de la silla lentamente y acerco la que está en la punta de la mesa hasta situarla a su lado. Cuando tomo asiento de nuevo, entrelazo mi mano con la suya que descansa sobre su muslo y apoyo la cabeza en su hombro.

—¿A qué hora tienes pensado irte? —pregunta.

—No sé. Después de comer, supongo. A no ser que me necesites aquí más tiempo.

—No, tranquila. Creo que cuanto antes te vayas mejor, así no se te hará tan tarde.

Cuando acabamos, bajamos a la habitación para recoger mis cosas. Meto lo poco que he traído en la maleta de nuevo y me pongo una muda limpia de ropa. Tendemos las toallas que hemos usado en el patio trasero y cambiamos las sábanas.

Más tarde, me despido de la residencia Cooper mientras cargamos mi equipaje en el coche. Conducimos hacia el hospital una vez más y repetimos la rutina. Neal se acerca a la habitación donde está su hermana y yo me quedo en la sala de espera. Llamo a mi padre para hablar un rato con él, y le cuento por encima cosas de mi fin de semana. Paso por alto la verdadera razón de mi presencia en Albany; lo resumo todo en un problema familiar de Neal. Tengo la suerte de que no haga demasiadas preguntas. Me cuenta que Sue y mis hermanas se han ido a pasar el fin de semana a casa de los padres de Sue y que él se ha quedado preparando cosas de la campaña de Cafeteras Wallace para Navidad.

—¿Qué ganas tengo de verte, garbancito. Menos mal que queda poco para las fiestas.

—Yo también tengo ganas de estar en casa, papá —digo con nostalgia. En este fin

de semana inmersa en la vida que tenía Neal antes de dejar su ciudad he sido más consciente que nunca de lo afortunada que soy de tener la familia que tengo.

A media mañana, Neal se reúne conmigo en la sala de espera. Salimos a toda prisa hacia un restaurante cercano. Me he ofrecido a dejarle mi coche para que se mueva con tranquilidad por la ciudad el tiempo que esté aquí sin que tenga que depender de sus padres, así que no tenemos mucho tiempo para comer porque en pocas horas sale mi tren.

Cuando a primera hora de la tarde llegamos a la estación cogidos de la mano, empiezo a sentir un remolino de tristeza crecer en mi estómago. No quiero separarme de él. No quiero que este fin de semana que, a pesar de todo, ha sido mágico, llegue a su fin. No quiero estar tantos días sin verlo ahora que nos hemos acercado tanto. Como cantaban The Foundations: «Ahora que te he encontrado no puedo dejarte marchar».

Por megafonía, una voz anuncia la próxima salida del tren que me llevará a Manhattan. Neal y yo caminamos hacia el andén y nos detenemos donde se inicia la cola. A mi mente acuden todas escenas de películas románticas en las que los protagonistas se dicen adiós en una estación rodeada de gente. Se me pone un nudo en la garganta, aunque sé que esto no es un adiós definitivo.

Antes de poder avanzar entre la línea de gente que da acceso al tren, me lanzo a los brazos de Neal, hundo la cara en su jersey y aspiro hasta llenarme la cabeza de ese olor a hogar que tanto me calma. Suelto un suspiro cuando noto que él me devuelve el abrazo con idéntica fuerza.

—¿Lo decías en serio? —pregunta cuando nos separamos, con voz suave pero seria.

—¿El qué?

—Lo que dijiste anoche.

Trago saliva con dificultad. Lo miro a los ojos y al fondo de ellos encuentro un atisbo de inseguridad que intenta ocultar sin éxito.

—¿Lo de que estaba enamorada de ti? —digo con un hilo de voz.

—No dijiste eso exactamente.

—Te... te dije que te quería.

—No tiene por qué ser lo mismo —apunta, en medio de un carraspeo.

—Bueno... pues... en este caso lo es —declaro, tratando de sonar firme. Neal clava sus ojos en los míos con fuerza y siento que me estremezco—. ¿Y... en el tuyo?

—No creo que sea necesario que conteste a eso —contesta crípticamente.

—Para mí es necesario —declaro—. No hemos hablado del tema. Ya sé que ya tendremos tiempo para hacerlo, y eso, pero... La verdad es que me vendría bien una pista para no sentir que me muevo a ciegas.

Agacho un poco la cabeza, desviando mi mirada hacia el suelo. Una voz en mi interior intenta hacerse oír gritando alto y claro que sí, que él siente lo mismo. Que es imposible, después de todo lo que hemos pasado, que Neal no se sienta de la misma manera. Pero él sigue mirándome sin decir nada. Su mutismo me desconcierta y consigue que mi estómago se retuerza sobre sí mismo, hasta que alza una mano y acaricia mi mejilla con sus dedos. Levanto la cabeza hasta encontrar sus ojos, que brillan.

—Llevo enamorado de ti tanto tiempo que empiezo a pensar que lo he estado siempre —confiesa—. No puedo creerme que tengas dudas al respecto.

Parpadeo varias veces seguidas mientras lucho por deshacerme de las lágrimas que poco a poco van llenando mis ojos. No sé si son de alivio o felicidad, pero sé que me proyectan un nudo en el pecho que casi me hace daño. Como si no fuera totalmente capaz de creer que, a pesar de los errores, las dudas, las peleas y las reconciliaciones, hayamos llegado a este momento. Me parece tan increíble que tengo que concentrarme en respirar despacio.

—Abrázame —le pido sin más—. Por favor

Neal tarda una milésima de segundo en dar un paso al frente y estrecharme de nuevo entre sus brazos. Cuando rodeo su cuerpo con fuerza y poso la cabeza en pecho, noto su corazón latir a toda velocidad. Siento el mío bombear también como loco y sonrío. Me dan ganas de volver a besarlo y de decirle de nuevo en voz alta un «te quiero» que selle este momento, pero sé que si lo hago no voy a ser capaz de irme.

—Estoy deseando que llegues a casa —susurro contra la tela de su jersey.

La semana sin Neal en casa es un infierno. No estoy nada centrada en el trabajo. Me paso el día pendiente del móvil, a la espera de noticias.

El lunes me cuenta que le dan el alta a Sophie y todos se instalan en la casa familiar. Aunque hablamos varias veces a lo largo de la semana, Neal se muestra distante en cada llamada de teléfono. Intento achacarlo al vaivén emocional que debe de suponerle volver a estar los cuatro juntos bajo un mismo techo después de tantos años. Intento ser paciente y agarrarme a los recuerdos de ese fin de semana compartido. A su cercanía, física y emocional. A su sonrisa. A su olor después de compartir conmigo un rato entre las sábanas.

Los días se suceden como una rutina programada. Trabajo. Hora de la comida. Más trabajo. Mensajes. A veces Matt. A veces Christina. A veces Liv. Metro. Llamada de Neal. Cama. Así durante el lunes, el martes, el miércoles y el jueves, hasta que por fin llega el viernes por la tarde y, nada más llegar a casa, recibo un mensaje suyo informándome de que sale desde Albany y que viene con el coche en dirección a mi casa. Siento un intenso burbujeo en mi vientre ante la idea de verlo en unas pocas horas. Me meto en la ducha, repaso mi depilación y después me pongo algo de ropa cómoda mientras me siento en el sofá a esperar que pase el tiempo.

Cerca de las diez de la noche, recibo una llamada del portero del edificio informándome de que mi coche está entrando en el garaje. Sonrío, porque eso significa que Neal ya está aquí. Me pongo en pie y espero unos minutos junto a la entrada hasta que por fin suena el timbre.

—Hola, Claire. —Su voz se cuela en mis oídos hasta alojarse dentro de mi pecho cuando abro la puerta.

Lo miro durante unos segundos y soy tan boba que apenas puedo creerme que esté aquí. Como si no estuviera acostumbrada a verlo cada día. Tan alto, tan guapo, con esa mirada dulce a través de su expresión de cansancio y con la sombra de la barba enmarcando el principio de una sonrisa.

Sin dejar pasar ni un minuto más, doy un paso al frente, me pongo de puntillas y

me cuelgo de su cuello. Sonríe contra su piel cuando noto sus brazos alrededor de mi espalda y respiro con calma por primera vez en varios días.

—Dios. Tenía tantas ganas de verte...

—Ya estoy aquí —susurra.

No nos besamos, pero me convengo a mí misma de que el roce de su cuerpo de momento es suficiente. Después de unos minutos pegada a él, decido separarme. Le cojo la chaqueta que ha empezado a quitarse y sonrío de nuevo, hasta que reparo en sus ojos. Sus ojos no son los mismos que me miraban entre el mundo de gente que poblaba la estación de tren de Albany. No son los mismos que se hundían dentro de mí sin nada que los enturbiase. En ellos ahora veo algo que no estaba antes. Neal trata de que no lo perciba, escondiendo su expresión en una especie de sonrisa, pero a estas alturas debería saber que soy capaz de leer incluso aquellas emociones que se esfuerza en ocultar.

—¿Quieres algo? ¿Cenar? —digo en un intento de que la situación luzca lo más normal posible—. ¿Te caliento un poco de sopa?

—Suena bien. La verdad es que me muero de hambre.

Ambos nos dirigimos a la cocina. Él se sienta junto a la bancada mientras pongo un poco de caldo en un cazo y enchufo el fuego. Mientras espero a que hierva para echar un puñado de fideos, voy mirándolo de reojo, sintiéndome tensa. No sé cómo comportarme. ¿Cuál es la forma adecuada de hacerlo con alguien que ha sido tu amigo durante años, a quien le has confesado que estás enamorada y que se muestra algo distante cuando volvéis a encontraros?

Un rato después, mientras observo cómo se toma la sopa, recuerdo que hoy era la primera sesión de terapia familiar. El presentimiento de que ha debido de pasar algo que ha provocado la actitud meditabunda de Neal se ilumina de pronto en mi cabeza.

—Tienes muy mala cara —digo para romper el silencio cuando casi ha terminado su plato.

—Sí, lo sé. Ha sido una tarde horrible.

Quiero preguntarle cómo ha ido la sesión. Quiero que me cuente todos los detalles de esta semana. Quiero saber tantas cosas que temo que una noche no sea suficiente, pero su mirada me impide indagar más allá de lo que él esté dispuesto a ofrecerme.

Cuando termina de cenar, nos trasladamos al sofá y nos sentamos bastante juntos. Reprimo las ganas de apoyarme en su pecho y me limito a observarlo con cautela, a la espera de sea él el que tome la iniciativa.

Tras varios segundos de silencio que se me hacen eternos, dice:

—Creo que lo mejor es que me vaya a casa.

—¿A casa? —Lo miro, sintiéndome un poco perdida. Pensaba que después de tantos días separados dispondría de algo más de tiempo para estar con él.

—No soy buena compañía, Claire. Mi cerebro ahora mismo es un caos total.

—Déjame ayudarte.

—No creo que puedas ayudarme. Estoy...

—¿Es por la sesión de hoy?

Mientras espero su respuesta, me aventuro a acariciar su rostro con la palma de mi mano derecha para intentar tranquilizarlo un poco. Quiero que me sienta cerca y que perciba en mí el apoyo que quiero ser para él. Deja escapar el aire despacio mientras

mi tacto se funde con el suyo y poco a poco empieza a respirar a un ritmo más pausado. Sus ojos se cierran y se abren, hundiéndose en mi mirada como si al final de esta se encontrara la respuesta a algún enigma.

—Mi familia es muy jodida —dice—. Pensaba que con el problema de Sophie todo estaría más calmado, pero... Solo han hecho falta un par de preguntas de la terapeuta para que empezara a salir mierda como nunca.

—Vaya. Lo siento.

Suelta una exhalación con una mezcla de tristeza y frustración que se refleja en sus ojos, que permanecen clavados en los míos.

—¿Es que no se acabará nunca? Sophie y yo ya somos adultos. No vivimos bajo su techo ni bajo sus normas. No entiendo que siempre haya algo que reprochar.

—Algunas familias son complicadas, Neal. Por mucho que pase el tiempo no siempre dejan de serlo.

—¿Sabes? A veces creo que tiene que haber un motivo para tanto rencor. Especialmente entre Sophie y mis padres. Algo que justifique tantos años de peleas, discusiones e incluso odio. A veces veo odio en los ojos de mi hermana cuando los mira. Debe de existir alguna explicación.

—Espero que la terapia os ayude —digo, incapaz de añadir alguna otra cosa que merezca la pena.

Asiente lentamente y deja escapar un suspiro que se escucha en cada rincón del salón. Su mirada se pierde por las baldosas de mármol que cubren el suelo. Parece cansado y triste. Me inclino hacia su cuerpo, con las piernas sobre el sofá y una mano cerca de su pecho. Él está prácticamente desplomado sobre el respaldo, perdido entre sus pensamientos.

Pasamos unos segundos en silencio. Quiero hacerle millones de preguntas de todo en general. De su familia, de lo que siente y, sí, también sobre nosotros. Pero algo me dice que no es buena idea. Creo que lo que necesita es intimidad y espacio para digerir sus emociones. Aunque reconozco que no es así como había imaginado nuestro reencuentro, no tengo intención de forzar las cosas.

—¿Puedo... puedo hacer algo? —pregunto un rato después.

Agacha la vista para mirarme y, lentamente, me sonrío.

—No, solo... Solo quédate aquí, así, a mi lado.

De pronto me abraza y me sitúa en su regazo. Nos observamos a esta distancia tan corta y noto mi pecho cargado de un sentimiento tan grande que me dificulta la respiración. Tengo la sensación de que ambos estamos estudiando al otro. Los ojos, la nariz, las cejas, las mejillas, la boca. Soy incapaz de evitar dibujar con la yema de mis dedos cada una de las formas que visten su cara. Cuando llego a los labios, Neal posa en ellos un beso que genera una pequeña corriente eléctrica.

—Te he echado de menos —susurro en una confesión que hace unas semanas me hubiera parecido imposible pronunciar en voz alta.

Neal traga saliva y se queda mirándome en silencio durante tanto rato que no sé si terminará respondiendo.

Cuando por fin reacciona, respira hondo y acerca su cabeza a la mía. Su nariz me acaricia y siento sus manos tocando mi cuerpo por encima de la ropa. Me estremezco de arriba abajo al sentir que su boca me busca y el calor de su lengua se propaga por

todo mi cuerpo, incendiando cada rincón. Me aferro a él, con las manos enredadas en su pelo y mis piernas situándose a ambos lados de sus caderas al tiempo que mis labios se separan invitándole a profundizar en ese beso que nos está devolviendo la vida.

La situación tarda pocos minutos en descontrolarse. El deseo que sentimos el uno por el otro es demasiado intenso, tal vez porque lo hemos acumulado durante muchos años y ha adquirido una magnitud desmedida. Arrastro las manos bajo su jersey y lo siento temblar. Su boca devora la mía, llenando cada uno de mis sentidos.

Cuando noto sus manos colarse bajo mi sujetador para acariciar mis pezones, me envalentono y dirijo mis dedos al botón de sus pantalones para deshacerme de ellos. Pero, justo en ese momento, Neal se detiene de manera abrupta y carraspea un poco antes de separarse de mí.

—No, para, para...

Me aparto, confusa.

—¿Qué? ¿Quieres que pare?

—No... No se trata de lo que quiero, sino de lo que es correcto —dice de manera crítica, incorporándose en el sofá.

—No te entiendo.

—Creo que antes de que pase nada más entre nosotros deberíamos hablar.

Me lanza una mirada de soslayo y se humedece los labios, como si quisiera retener mi sabor durante unos segundos más. Mientras trato de recolocarme la camiseta, pienso en lo que ha dicho. Sé que tenemos una conversación pendiente, pero lo único que me importa en este momento es perderme en él.

—Neal, ¿me quieres?

Sus ojos se cierran unos segundos y hace que su expresión luzca mortificada antes de contestarme.

—Ya sabes la respuesta.

—¿Me quieres? —vuelvo a preguntar.

Lentamente, abre los ojos de nuevo y escruta los míos con una intensidad tal que la siento vibrar contra mi piel.

—Más que mi vida —contesta—. Más que a nada.

—Pues... no necesito saber más.

Vuelvo a acercarme a él con la intención de besarle, pero me detiene apoyando las manos en mis hombros con delicadeza.

—Sí, Claire. Claro que necesitas saber más. Tienes que saber todo lo que he estado pensando estos días.

Algo en su tono de voz hace que me estremezca, y no en el buen sentido. La calidez que sentía dentro desaparece en un abrir y cerrar de ojos, siendo sustituida por un temblor que no se va mientras me acomodo de nuevo en el sofá, a su lado.

Veo que Neal se pasa las manos por la cara, en un gesto de agotamiento que me hace pensar que está cansado de luchar contra sí mismo.

—No quiero que malinterpretes nada de lo que voy a decir, ¿de acuerdo? Quiero que me escuches sabiendo que eres y serás lo más importante de mi vida. Da igual lo que pase de aquí en adelante. Eso no va a cambiar.

—¿Por qué esto parece una despedida? —lo interrumpo, sintiéndome inquieta de

pronto.

—Porque lo es. En parte.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo va a ser una despedida si esto se suponía que iba a ser el principio?

Un silencio llena de pronto la habitación. Un silencio sordo que camufla los sonidos que llegan de la calle, el tic tac de un reloj y hasta el de nuestra propia respiración. Un silencio en el que caben muchas cosas; las que callamos, las que ignoramos, las que sabemos. La manera en la que se pasa las manos por el pelo, mesándolo, mientras su mirada intenta evitar chocarse con la mía, me hace sentir en desventaja. Como si él supiera algo que yo no y estuviera buscando la manera de soltarlo hiriéndome lo menos posible.

—Claire, esto no puede ni será jamás el principio. Es importante que lo entiendas. Nosotros no podemos empezar desde cero porque llevamos siete años de historia a nuestras espaldas. Necesitaremos un tiempo para que eso ocurra.

—¿Tiempo? Tal y como yo lo veo, siete años son más que suficientes.

—Ojalá fuera tan simple, Claire, pero no lo es. No podemos precipitar las cosas. Ya tenemos experiencia en saber que eso no nos lleva a ninguna parte. Ya nos salió mal una vez.

—¿Me lo estás echando en cara? —pregunto a la defensiva.

—No, no te lo echo en cara. Entiendo perfectamente por qué las cosas salieron como salieron. No estabas preparada, pero es que te conozco y sigues sin estarlo. Y yo, muy en el fondo, tampoco lo estoy. Tenemos mucho en lo que pensar. Nos jugamos mucho, Claire. No podemos arriesgarnos.

—No es un riesgo, Neal. Esta vez no lo es, te lo prometo. He cambiado mucho. Tienes que confiar en mí. Yo... Yo te quiero.

—Y yo te quiero tanto a ti... Joder, Claire, no tienes ni idea. Por eso no puedo poner en peligro lo nuestro. Tenemos que hacer las cosas bien. No podemos ir rápido sin pararnos a pensar en las consecuencias o la cagaremos de nuevo.

—No compares la situación actual con lo que ocurrió el año pasado. Entonces estaba asustada por todo. Lo de Aaron estaba demasiado reciente y yo no estaba preparada para empezar algo contigo. Primero, porque el simple hecho de sentir algo por ti me parecía una locura, pero, además, tenía miedo de perderte si dábamos un paso más y no salía bien.

—Lo sé. He conseguido entender el porqué de tu comportamiento. Y también sé que la cagué al intentar obligarte a que abrieras los ojos. Las cosas se complicaron. Todo pasó demasiado rápido y nos vino grande. A ti, por todo lo que acabas de decir, y a mí porque me asustaba tanto perderte que en vez de darte el espacio que necesitabas te asfixiaba. No voy a cometer el mismo error dos veces.

—Te aseguro que lo último que necesito ahora mismo es que me des espacio. Lo único que quiero es estar contigo.

—Y yo contigo, pequeña. Pero por mucho que nos duela, la verdad es que seguimos necesitando tiempo. Es lo único que tengo claro.

—A mí me parece que ya hemos esperado demasiado.

Mi mirada es dura cuando digo esto último. Siento mis defensas alzarse en uno de esos ataques pasivo-agresivos que caracterizan mis batallas dialécticas, pero trato de

respirar hondo y de controlarme. Probablemente esta sea la conversación más importante que he mantenido con Neal hasta la fecha y no puedo arriesgarme a estropearlo todo poniéndome a la defensiva. Debo mantener la calma.

—Si queremos tener una oportunidad, debemos estar cien por cien convencidos de que esto es lo que queremos —sigue diciendo—. Hasta las últimas consecuencias, incluido arriesgar nuestra amistad. Y ese es un proceso que es mejor pasar en soledad.

—No lo entiendo. ¿No podemos estar juntos y avanzar despacio?

Neal esboza una sonrisa triste en la que se materializan cada una de sus dudas y de sus sentimientos.

—No, Claire. Cuando estemos juntos por fin, iremos con todo. Si llega el día en el que nos convirtamos en pareja de verdad, cogeré tu mano y no la soltaré jamás. Porque así de intenso es lo que siento por ti. Por eso necesito que nos demos tiempo para pensar en todo esto y que aclaremos nuestras ideas.

—Pero es que yo lo tengo claro —rebato—. Estoy enamorada de ti, Neal. Desde hace mucho. Y sé que me he comportado como una estúpida y que he tenido miedo durante mucho tiempo. Sé que la he cagado un montón de veces y que por eso ahora no confías en mí, pero tienes que creerme.

Neal deja caer las manos en el regazo y juguetea con sus dedos mientras da vueltas a lo que quiera que esté cruzando por su cabeza. Cada minuto que pasa lo siento más lejos de mí y eso es algo que me asusta.

—Me preocupa que sea el miedo de perderme lo que te obligue a comprometerte con esto. Pero eso no ocurrirá jamás, Claire, te lo juro. Quiero que te lo pienses, que nos demos tiempo el uno al otro para comprendernos. Quiero que pienses teniendo la certeza de que nunca me perderás.

Los ojos se me llenan de lágrimas en cuestión de pocos segundos al ser consciente de las dudas que sostienen la postura de Neal. También me emociona la lealtad que me demuestra al decirme que nunca lo perderé. Sé que no lo haré, pero no puedo evitar pensar que no tenerlo del modo en que necesito constituye una pérdida en sí misma.

—No puedo soportar la idea de separarme de ti justamente ahora. Después de lo de Albany me había hecho ilusiones, yo...

Sin que pueda hacer nada por detenerlo, una pequeñas lágrimas asoman por la comisura de mis ojos. Como siempre, mi emocionalidad me traiciona y Neal se da cuenta antes de que pueda fingir que no está pasando.

—Ven —susurra, rodeando mis hombros con un brazo y acercándose a él—. No creas que para mí esto es fácil. No creas que separarme de ti ahora cuando nos habíamos acercado tanto no me duele. Pero alguien tiene que mantener la mente fría. Necesito que ambos estemos cien por cien seguros de que esto es lo que queremos, de lo contrario no funcionará.

—¿Es que no lo tienes claro?

Para mi sorpresa, Neal niega lentamente con la cabeza.

—No si tú no lo tienes. —Y lo dice tan serio que sé que esa es la verdad que sostiene todo lo demás.

Es entonces cuando me doy cuenta de que tiene miedo. Miedo de que para mí esto solo sea una fase más en la montaña rusa de nuestra relación. Miedo de arriesgarse

por mí y que yo no esté a la altura. Miedo de que yo no tenga las cosas claras. Miedo de que vaya a volver a fallarle.

Permanezco un rato con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando cómo late su corazón y cómo sus pulmones van llenándose de aire. Reflexiono acerca de todo lo que nos hemos dicho esta noche y finalmente dejo escapar un suspiro, haciéndome a la idea de que hoy no voy a convencerlo de que soy una apuesta segura.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitamos? —me animo a preguntar al cabo de un rato.

—No lo sé, Claire. ¿Unas semanas?

—¿Semanas? —Lo miro sorprendida, limpiándome las lágrimas que han empezado a caer e incorporándome para tenerlo de frente—. ¿Y qué sugieres? ¿Que estemos ese tiempo sin vernos ni hablar?

—No. Dios, no. Claro que hablaremos y nos veremos. Puede que no con la misma frecuencia que siempre, pero estaremos en contacto. No voy a desaparecer de tu vida. Solo quiero que tengas tu espacio. Y quiero tenerlo yo también. Quiero que seamos sinceros sobre lo que queremos; de nosotros mismos y del otro. —Hace una pausa en la que se limita a calibrar mi reacción y a inhalar de una manera profunda que le permita mantener la calma—. No voy a irme, Claire. Mis sentimientos por ti no van a desaparecer. Pero quiero cuidar de ellos. Si vamos a tener una oportunidad real tiene que ser con unos cimientos sanos, no quiero que esto sea un rebote. No quiero construir mi relación contigo sobre dudas o miedo.

Trago un nudo denso de saliva y lo miro a los ojos. Lo tiene tan claro que me asusta ver que estamos en puntos tan diferentes.

—Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión, ¿verdad?

En realidad no me hace falta una respuesta, pero aun así espero unos segundos hasta que él niega con la cabeza sin dejar de observarme en todo momento.

—Está bien. —Suspiro, resignada—. Pues entonces... vete. Pretendo empezar a pensar ya mismo para acabar con esto cuanto antes.

—¿Entiendes por qué hago esto?

Me dan ganas de gritarle que no. Que no le veo sentido al hecho de que ponga distancia entre dos personas que lo único que quieren es sentirse cerca. Que parte de mí siente que esto es un castigo por mis errores del pasado. Que lo único que necesitamos para que lo nuestro salga bien es estar juntos.

—Claire...

—Sí. —Parpadeo—. Lo entiendo.

Suspira ruidosamente, como si no me creyera del todo.

—Esto es lo mejor. De verdad. Ya lo verás.

Hago una especie de gesto afirmativo y guardo en mi garganta todo lo que me gustaría gritar en este momento. Neal exhala una última vez antes de inclinarse hacia delante y ponerse en pie sin darnos opción a ninguno de los dos de añadir nada más.

Yo también me levanto y me dirijo hacia la salida, seguida por él, que camina arrastrando los pies mientras se pone el abrigo.

—Cuídate, pequeña —dice cuando llegamos a la puerta—. Seguro que hablamos pronto.

Da un paso al frente y se agacha para darme un beso en la frente. Un beso que dice

muchas cosas de lo que siente en este momento, porque está cargado de una mezcla perfecta entre amor y tristeza.

No soy capaz de decir ni una sola palabra cuando empuña la manivela y cruza el umbral que da a mi rellano, alejándose de mi vista hasta nuevo aviso.

Cuando consigo echar la llave y volver a moverme, me dejo caer en el sofá. Pensando en que tal vez esto sea lo mejor para los dos, pero que saber que quizá nunca volvamos enteros de esta decisión me duele como pocas cosas lo han hecho antes.

¿Cuánto tiempo?

Con Neal de nuevo en Nueva York asumo por fin la vuelta al mundo real, lejos de la burbuja que supuso Albany para nosotros. Solo que ese mundo ya no es como recordaba. Han dejado de existir los mensajes de buenos días y de buenas noches, las horas de la comida en compañía el uno del otro, los paseos tras la finalización de una jornada eterna.

Lo único que parece quedarnos de esa antigua vida son los domingos en The New, en los que toca fingir que nada ha cambiado en las últimas dos semanas. Que no nos hemos besado. Que no nos hemos querido. Que no hemos decidido cortar de raíz el inicio de lo nuestro en pos de un supuesto futuro en común. Parece que nos hemos vuelto unos expertos en fingir, porque ni Matt ni Christina hacen ningún comentario acerca de nuestra situación, a pesar de que ambos saben que pasamos el fin de semana anterior juntos en Albany. Siguen decididos a respetar nuestra intimidad y a esperar a que seamos nosotros los que decidamos dar el paso de contarles el cambio de rumbo de nuestra historia.

En cuanto a mis pensamientos, cada día que pasa me encuentro más confundida. Creo que no he superado el *shock* que han supuesto para mí los acontecimientos de las dos últimas semanas. En poco más de catorce días, he sentido haber alcanzado la meta de abrirle mi corazón a Neal para, una semana más tarde, volver a perderlo de nuevo. Esta vez, con la garantía de saber que si ambos fuésemos más valientes podríamos estar juntos.

En gran parte, entiendo dónde nacen sus dudas. No confía en que mis sentimientos estén a la altura de los suyos. Cree que para mí esto es una especie de capricho pasajero motivado por el miedo que me da perderlo. No es capaz de ceder a la evidencia de que estoy tan enamorada de él que lo único que tiene sentido en mi corazón es pasar el resto de la vida a su lado.

Sé que me pidió tiempo para que pudiera pensar en lo que de verdad quiero pero creo que, en realidad, ese tiempo debería servirle a él para empezar a creer en mi palabra.

Un par de semanas después de ese adiós en mi piso, es el musical de *Los Miserables*. Tengo el sobre con las cuatro entradas y con la nota que me escribió Neal pidiéndome acompañarnos a mí y a mis hermanas. Es el espectáculo de cierre del año y, aunque todavía no me he animado a preguntarle si nos acompañará, sé que ha llegado el momento de hacerlo.

Los dedos me tiemblan un poco cuando cojo el móvil para mandarle un mensaje. El primero que intercambiaremos en medio de este extraño silencio. Él porque está predicando con el ejemplo dándome espacio y yo porque, por mucho que haya madurado en el último año, sigo sintiéndome a la defensiva y considero que, después de la decisión que ha tomado, no merece que sea yo la que tome la iniciativa. No obstante, todos esos motivos pasan a un segundo plano en la tarde de hoy, en la que no estoy dispuesta a dejar que una de las entradas para el musical se pierda.

Desbloqueo mi teléfono y tecleo con agilidad: <¿Vendrás al teatro con nosotras?

>.

Mientras espero su respuesta, me meto a la ducha y después me seco el pelo, dándole forma con el cepillo para que mis ondas queden lo más naturales posibles. Cuando salgo al salón de nuevo, veo la notificación de su mensaje: *<No me lo perdería por nada del mundo. ¿Cómo quieres que quedemos?>*.

La tarde del teatro, mis hermanas llegan a casa con un par de maletas más grandes que ellas. Van a pasar el fin de semana conmigo, aprovechando que ya han empezado las vacaciones. El martes volveremos juntas a Nueva Jersey para pasar las navidades en familia.

El teatro no empieza hasta las siete, pero Neal pasa a buscarnos a las seis. Cuando bajamos a la calle, él nos está esperando frente a un taxi amarillo que contrasta con el color oscuro de su abrigo de paño.

Prácticamente me quedo sin respiración nada más verlo. Es absurdo, lo sé, porque no hace tanto desde el domingo, la última vez que lo vi. Pero no puedo negarme a mí misma que esta situación tiene algo de especial. No sé si es la ciudad iluminada por la inminente llegada de las fiestas. O el hecho de tener aquí a mis hermanas y verlas tan emocionadas por asistir al musical. O por saber que Neal organizó una tarde como esta cuando la creencia de que solo somos amigos aún regía nuestro día a día. O si es simplemente por el hecho de pasar con él unas horas.

—Hola, señoritas —dice sonriente saludando a mis hermanas cuando llegamos a la calzada junto a él—. ¿Preparadas para el espectáculo?

—¡Sí! —exclaman las dos al unísono, con esa mirada entre tímida y exaltada característica de la adolescencia.

A continuación se meten en el taxi, dejándome unos segundos sola con él por primera vez en lo que me parecen siglos.

Neal se me queda mirando en silencio y después se agacha para dejar un beso de fuego en mi mejilla. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener todas las emociones que su cercanía me genera y que se me enredan en el pecho, especialmente esa incómoda sensación de tenerlo tan lejos aunque cada centímetro de distancia lleve nuestros nombres unidos. Durante un instante, pienso lo diferente que sería la noche de hoy si estuviéramos juntos de verdad. Me estremezco pensando en una realidad paralela en la que eso hubiera sido posible.

—Estás muy guapa —me dice, observándome con cautela. Como si no tuviera claro si, dada nuestra situación, hubiera cabida para un cumplido.

—¿Ah, sí? Será la emoción previa al espectáculo.

Trato de restarle importancia a mi aspecto, pero la verdad es que me he esforzado por lucir bonita esta noche. Me he alisado el pelo y me he maquillado con más esmero del habitual. Llevo unos botines de tacón que estilizan mi silueta y, aunque él aún no lo haya visto, un vestido de lana se pega a cada una de mis curvas como una caricia. El resultado es bastante favorecedor. En mi fuero interno, quiero que sienta el mismo tirón de deseo en las entrañas que despierta en mí su cercanía.

El taxi nos deja en el Imperial Theatre justo cuando está empezando a formarse una cola de gente en la puerta. A pesar del frío de esta noche de diciembre, está bastante lleno. Se nota que hoy es el día en que el elenco se despide del año 2014.

Siento una emoción burbujear en mi vientre por estar a solo unos minutos de vivir esta experiencia.

Apenas tenemos que esperar para pasar al interior del teatro, que nos recibe tan imponente como lo recordaba. He estado aquí en otras ocasiones, pero siempre me parecerá increíble.

Un acomodador nos acompaña al patio de butacas y nos ubica en nuestros asientos, en cuarta fila. Mis hermanas se muestran asombradas por la majestuosidad que desprende el lugar, todo decorado en rojo y dorado, con grandes lámparas que cuelgan del techo y un escenario que quita el aliento, especialmente a Julianne, que sueña con ser bailarina y pasarse los días encima de uno.

Tras quince minutos sentados, se escucha por megafonía que quedan cinco minutos para la actuación. Julianne, Mary-Kate y yo lanzamos grititos de emoción y Neal nos mira sonriente, disfrutando de nuestras reacciones infantiles.

Cuando por fin apagan las luces y se ilumina el escenario, no puedo evitar emocionarme. Los musicales siempre lo consiguen, a pesar de que he visto un montón a lo largo de mi vida. Pero hay algo en la puesta en escena, la música en directo y la conexión que siento con las historias, que proyecta un millón de sensaciones en lo alto de mi pecho.

A mi lado, Neal se da cuenta de lo que estoy sintiendo. No es que me sorprenda, parece que está en tal sintonía con mis emociones que siempre identifica cuándo lo necesito cerca. En la oscuridad, y lejos de los ojos de mis hermanas, entrelaza mis dedos con los suyos sin decir ni una palabra y consigue que el calor que desprende su piel se funda con la mía.

La función supera todas mis expectativas. He visto la película mil millones de veces y, aunque el guion es exactamente el mismo, no soy capaz de separar mis ojos del escenario ni un solo momento, absorbida por la trama. Tengo la piel de gallina en la mayoría de números musicales. Me emociono sin remedio en *el I dreamed a dream* de Fantine, en *Suddenly*, cantado por Valjean y cuando Éponine nos rompe el corazón a todos con su *On my own*. Pero en el momento que suenan los acordes de *One day more*, las lágrimas empiezan a correr sin control por mis mejillas. Sin duda, para mí es el punto álgido de la historia y cada vez que escucho la canción no puedo evitar ponerme a llorar como una tonta. Claro que verlo a través de una pantalla no tiene nada que ver con lo que estoy experimentando en este momento, con la magia de las voces en directo que me ponen el vello de punta.

Mary-Kate, a mi lado, me mira con una risilla, porque siempre se ríe de mí y de mi facilidad para el llanto. Julianne también está emocionada, porque es sensiblera como yo. Y Neal, junto a mí, acaricia los dedos que mantenemos entrelazados y se los lleva a la boca para dejar un suave beso junto a ellos. Sus ojos me queman cuando nuestras miradas se cruzan, y lo veo tragar saliva como si se estuviera conteniendo para decir algo. Algo que termina callándose.

El final es apoteósico. Los finales de los musicales siempre lo son, pero se nota que el elenco se despide esta noche porque lo dan todo a la hora de decir adiós. El teatro entero aplaude durante minutos, dando su calor y la enhorabuena a cada uno de los actores y bailarines que nos han regalado casi tres horas de pura magia.

Cuando abandonamos el patio, mis hermanas insisten en que nos hagamos una

foto en el *photocall* que hay en el *hall*. Primero visito los servicios para arreglar mi maquillaje estropeado por las lágrimas y después hacemos cola para cumplir sus deseos. Neal nos hace una a las tres y después le prestamos el móvil a un desconocido para poder salir todos juntos.

—Bueno, chicas, ¿qué os apetece cenar? —pregunta Neal cuando salimos al frío intenso que baña la calle.

Tardamos poco en decidimos por una pizzería que queda muy cerca del teatro. Cuando llegamos, nos dan una mesa para cuatro casi enseguida. Pedimos tres pizzas para compartir y pasamos un buen rato comentando lo que nos ha parecido el musical.

Al principio, mis hermanas se muestran algo tímidas en compañía de Neal. Supongo que a los trece y dieciséis años, en plena adolescencia, un hombre casi desconocido, amigo de tu hermana mayor, y con cierto atractivo físico, es algo así como una criatura mística. No obstante, él debe de tener un tacto especial con las mujeres Wallace, porque con la segunda porción de pizza ya las tiene a las dos en el bote. Tanto que Julianne, que es la mayor, se atreve a contarnos cosas de un chico de su clase que le gusta.

—Creo que solo me ve como una amiga —dice—. Me acompaña siempre a casa, se queda a estudiar conmigo en la biblioteca casi todas las tardes y vamos juntos al cine muchos fines de semana, pero eso es todo.

—¿Te parece poco? —pregunto yo—. Tiene pinta de que le interesas.

—Claro, somos amigos. Le intereso, pero solo de esa forma.

—¿Te habla de otras chicas?

—No.

—¿Sale más contigo que con sus amigos?

—Sí.

—Pues hazme caso, cielo, ahí hay una historia. —Le sonrío.

—Que no —insiste ella—. Que solo somos amigos. Estoy claramente en la *friendzone* y de ahí ya no hay quien me saque.

—El otro día leí en una revista que la amistad entre hombres y mujeres no existe —dice de pronto Mary-Kate—. El sexo lo estropea.

—Pero ¿qué revistas lees tú? —pregunto, alarmada por que mi hermana de trece años lea por ahí cosas como esa.

—Una que había en la peluquería a la que va mamá. —Se encoge de hombros.

—Pero eso no es cierto, ¿verdad, Claire? —interviene de nuevo Julianne—. Por ejemplo, Neal y tú sois hombre y mujer y sois amigos.

Se me cae el alma a los pies tras la observación de mi hermana porque nosotros no somos precisamente una muestra de ello. Intercambio una breve mirada nerviosa con Neal, que trata de ocultar una sonrisa cómplice. Sacudo la cabeza. ¿Cómo le explico a mis hermanas que la amistad entre hombres y mujeres es posible sin sentirme una hipócrita? Aunque lo mío con Neal no sea un ejemplo, sé que existe, porque soy amiga de Matt desde hace años y jamás he sentido ningún interés romántico por él. Reflexiono unos segundos mientras pienso cómo exponerlo, pero, afortunadamente, Neal decide hacerse cargo de la situación.

—Si me permitís que dé mi opinión desde un punto de vista masculino —empieza

a decir—, os garantizo que la amistad entre personas de distinto sexo es más que posible. Pero, centrándonos en la historia que Julianne y su amigo se traen entre manos, creo que ahí hay algo más. Cuando un chico pasa tanto tiempo con una amiga, pero no se atreve a mencionar a otras chicas y ella pasa a ser su prioridad en los planes que lleva a cabo... no solo le interesa su amistad. En un noventa y nueve por ciento de los casos.

Recibo las palabras de Neal como un guiño a nuestra relación; un guiño que despierta un destello cálido en mi interior. A mi lado, los ojos de Julianne se llenan de esperanza y yo no puedo evitar sonreír y sentir nostalgia por que mis pequeñas estén creciendo tan deprisa.

—A mí también me gusta un chico —dice Mary-Kate de pronto con desparpajo—. Pero no es mi amigo, así que espero que no sea tan complicado.

—¿Quién es? —pregunto en un tono fingidamente dulce, intentando que no se me note que pienso que es demasiado joven como para andar con chicos—. ¿Alguien de tu clase?

—No. Está en último curso. Ni siquiera sabe que existo.

—¿Último curso? —pregunto alarmada—. Ni hablar, lo mejor es que te centres en los chicos de tu edad.

—¡Pero a mí me gustan mayores!

—Para los mayores tendrás que esperar unos cuantos años. Por lo menos hasta los dieciocho.

—¡Jolín! Suenas como papá.

—Lo que tu hermana quiere decir —interviene Neal—, es que a los trece los años de diferencia se notan mucho. Es mejor que te relaciones con gente de tu edad que quiera las mismas cosas que tú. Los chicos mayores tienen otros intereses.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque yo fui uno de esos chicos cuando estaba en el instituto —contesta con una sonrisa.

Mary-Kate observa a Neal con cierta fascinación adolescente reflejándose en sus ojos. Empieza demasiado pronto a impresionarse por el sexo opuesto. Yo a su edad aún jugaba a las muñecas.

El resto de la velada se caracteriza por la complicidad que Neal parece haber desarrollado con mis hermanas en una única noche. Les da consejos sobre los estudios, planes que hacer con sus amigos y, para mi desgracia, también sobre chicos. Ellas le sonríen de oreja a oreja, encantadas de tener su atención y de que les hable como a dos adultas, en vez de como a dos niñas. En algún punto de la cena, incluso los tres se alían contra mí y se ríen de que llore viendo películas de amor, de que me preocupe por todo siempre y de que, en el futuro, haré sufrir a mis hijos porque seré una madre pesada y súper exagerada. Yo finjo hacerme la ofendida, pero la verdad es que disfruto viendo cómo mis tres personas favoritas sonríen juntas, aunque sea a mi costa.

Un taxi nos deja a los pies de mi edificio un rato después, y Neal insiste en acompañarnos al portal para despedirse.

—¿Le habéis dado las gracias a Neal por todo? —pregunto a mis hermanas.

—Gracias, Neal —contestan las dos—. Lo hemos pasado genial.

—Yo también, chicas. Ha sido un placer haberos acompañado.

El brillo de sus ojos me indica lo importante que era para él formar parte de esta faceta de mi vida y ganarse a mis hermanas. Algo que, sin duda, esta noche ha conseguido.

—¿Por qué no vais subiendo vosotras? —les digo, sacando las llaves del bolso—. Enseguida subo. Decidle al portero que os acompañe arriba.

—Claire, somos mayorcitas para subir solas once pisos en ascensor.

Intercambian una mirada entre ellas y se ríen, girándose hacia Neal con diversión.

—¿Ves lo que te decíamos? —Julianne pone los ojos en blanco—. Pobres de sus hijos.

—Venga, vale, subid solas —concedo—. Id poniéndoos los pijamas. Tengo que hablar unas cosas con Neal.

—¿Qué cosas? —salta Mary-Kate.

—Cosas de mayores. No seas maleducada —la reprendo con dulzura.

Antes de que pueda seguir preguntando, Julianne tira de ella y las dos desaparecen dentro del portal del edificio.

Me giro de nuevo hacia Neal, que me observa con una de sus sonrisas cálidas dibujada en los labios. Nos quedamos callados y yo hasta me siento tímida por estar sola con él sabiendo todo lo que sabemos el uno del otro.

—Son estupendas —dice Neal rompiendo el hielo.

Sonrío con orgullo.

—Sí, sí que lo son. Me alegro de que hayas congeniado con ellas.

—Yo también. Esta noche era importante para mí.

—Pues has estado a la altura —le aseguro—. No me extrañaría que me saliera competencia.

—¿Cómo es eso? —pregunta con una mueca despistada.

—Puede que mis hermanas desarrollen un enamoramiento hacia tu persona. Creo que les has impactado.

Una expresión divertida cruza su cara antes de ser sustituida por un gesto solemne.

—Las dos son un encanto, es cierto, pero tú jamás podrías tener competencia. Solo tengo ojos para ti.

Con esas simples palabras, la atmósfera entre los dos cambia. El aire helado que nos envuelve se vuelve prácticamente irrespirable. Los ojos de Neal, iluminados por las farolas y por la luz que sale del portal, me analizan con sutileza. Suelta una exhalación que se materializa en una nube de vaho que resalta en la noche neoyorkina y se frota la cara, como si fuera incapaz de seguir manteniendo la distancias.

—¿Cómo lo llevas? —me pregunta con cierto aire reservado.

—Te echo de menos —confieso sin rodeos.

—Me has tenido toda la tarde.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Suspira, apoyándose en la barandilla que franquea las escaleras de piedra que dan acceso a mi portal.

—Sí. Sí, lo sé.

—Echo de menos los mensajes, hablar, comer contigo... —digo, acercándome unos centímetros más hacia él hasta tenerlo de frente. Por mucho que quiera mantener

mi amor propio, después de una noche como la de hoy soy incapaz de callarme cómo me siento—. Me cuesta acostumbrarme a que no estés.

—No me he ido a ningún sitio. Sigo aquí.

—A veces no lo parece.

—Te dije que nos hacía falta tiempo. Es normal que estemos algo distantes.

—Pero yo te necesito en mi vida. ¿No podemos empezar de cero y, no sé, ir viéndolo poco a poco?

Neal se pellizca el puente de la nariz y deja escapar un soplido de frustración. En el fondo sé que para él es difícil mantener su postura y mostrarse distante.

—Claire, por favor, esto ya lo hemos hablado. Necesitamos tiempo para asumirlo todo. No quiero discutir. Ha sido una noche perfecta. No lo estropeemos.

La aspereza que hay en su voz me indica que, por muy encantador que haya sido, en el fondo nada ha cambiado. Sigue empeñado en guardar las distancias. Noto mi corazón encogerse dentro de mi pecho y me abrazo a mí misma, intentando guarecerme del frío que siento en mi interior.

—Está bien. Como quieras —digo recolocando mi bolso y escudándome una vez más en mi actitud pasivo-agresiva—. Gracias por todo. Buenas noches, Neal.

—Espera. —Alza un brazo hasta sujetarme por el hombro y hacer que me gire hacia él. Por un momento pienso que va a decirme algo significativo, pero tarda una milésima de segundo en ocultar sus emociones en una expresión neutra—. ¿Nos veremos el domingo en The New?

—No. Mis hermanas se quedan el fin de semana. Haré algo con ellas. Ya nos veremos.

Me trago las ganas de quedarme con él unos minutos más y, sin darle opción a réplica, me doy media vuelta y espero a que el portero me abra la puerta.

—Buenas noches, Claire —lo escucho susurrar a mi espalda.

Sin girarme si quiera, desaparezco de su vista.

Cuando entro en mi casa y cruzo el pasillo, encuentro a mis hermanas en pijama tiradas en mi cama, con las piernas cruzadas y esperándome para bombardearme con un millón de preguntas.

Dejo el abrigo dentro del armario, me deshago de todos los complementos que llevo encima y empiezo a quitarme los botines.

—¡Nos encanta Neal! —gritan las dos emocionadas.

«Genial. Está claro que no soy la única».

—¡Es perfecto! Es guapo, simpático, divertido, ¡y le gusta ver musicales en familia!

—Sí, Mary-Kate tiene razón. Es el chico ideal.

Mientras me cambio en el baño del dormitorio, las oigo a las dos enumerar todas las virtudes de Neal. Sus pestañas infinitas, su sonrisa de buen chico, su sentido del humor, su amabilidad... Como si no las conociera todas y cada una de ellas.

—Vale ya —las increpo cuando pongo un pie de nuevo en la habitación y empiezo a guardar la ropa.

—No te pongas celosa, Claire —bromean.

—Eso. Es todo tuyo.

—¿Qué decís?

—Sois novios en secreto, ¿verdad? —pregunta Julianne.

—¿Qué? No. ¿Por qué decís eso?

—Por cómo os miráis.

—¿Cómo nos miramos?

—Como si guardarais un secreto, como mamá y papá.

—Queremos que te cases con él —dispone Mary-Kate.

Pongo los ojos en blanco. Como si no tuviera bastante con digerir su rechazo, ahora también tengo que lidiar con las ensoñaciones de dos adolescentes. Está claro que la vena romántica nos viene de familia.

—Venga, a vuestra habitación. Es hora de dormir. ¿Habéis avisado a papá de que ya hemos llegado a casa?

—Sí, pero no cambies de tema.

Las acompaño a su cuarto y corro las cortinas para que entre la menor cantidad de luz posible. Compruebo la calefacción mientras ellas abren la cama y se meten dentro. Como siempre que dormimos bajo el mismo techo, esperan unos segundos a que vaya a arroparlas.

—¿No confías en nosotras? —pregunta Julianne mientras arreglo su edredón para que esté más cómoda.

—Claro que sí.

—Cuéntanoslo...

Suspiro, pensando qué puedo decirles. Sé que no puedo ocultar una verdad que grito con cada célula de mi ser. Me paso a la cama de Mary-Kate y empiezo a estirar sus mantas.

—No somos novios —declaro simplemente.

—¿Por qué no?

—Es... complicado.

—¿Pero te gusta? —pregunta Julianne.

Me siento en el borde de la cama de mi hermana pequeña y las miro a las dos. No quiero mentirles y, además, no sé si llegados a este punto tendría sentido.

—Sí —confieso.

—¿Y tú a él?

—También.

—¿Entonces?

—A veces los problemas de los mayores son difíciles de entender. No puedo deciros más. Cuando haya algo que contar, seréis las primeras en saberlo. Os lo prometo. Ahora dejad de hacerme preguntas y dormíos. Es muy tarde.

Mis hermanas me miran sin entender pero detectan en mi expresión que no estoy dispuesta a dar más respuestas. Asienten dentro de sus camas y empiezan a parpadear, dejándose vencer por el sueño.

¿Podría ser sencillo?

Los siguientes días pasan como un suspiro en compañía de mis Julianne y Mary-Kate. A lo largo del fin de semana, hacemos todos los planes neoyorkinos típicos de estas fechas, como visitar el árbol de Navidad que preside Rockefeller Center, patinar en la pista de hielo que hay en Bryant Park y saquear Macy's en busca de regalos de última hora.

El lunes aún tengo que ir a la oficina, así que llegamos a Hoboken por la noche. Viajamos en tren junto con Neal, Matt y Christina, que también tienen unos días de vacaciones por las fiestas y van a pasarlas en casa.

Durante la escasa duración del trayecto, mis hermanas no se despegan de Neal, mientras yo, por mí parte, me esfuerzo por mantener las distancias. No me apetece demasiado estar a su lado y sentirlo lejos aun cuando solo nos separan unos pocos centímetros.

Paso todo el camino con la mirada perdida en la ventanilla, lejos de la conversación que mantienen Matt y Christina. Reconozco que no estoy teniendo un buen día. Estoy un poco pensativa y taciturna. Las navidades siempre me sumergen en un estado de melancolía que en ocasiones no sé cómo manejar. Pienso en mi madre y dónde estará. Cada año, suele escapar en estas fechas a algún punto del planeta donde sea capaz de olvidar las luces de colores y la decoración navideña, y solo tengo noticias de ella a través de esos mensajes de texto en los que nos felicitamos las fiestas.

También es época de hacer balance; de las metas que he alcanzado en el año, de las que me planteo para el siguiente y de afianzar esa sensación de que, desde que me convertí en adulta, el tiempo pasa demasiado deprisa.

Por supuesto, en esta ocasión también me sumerjo en esos pensamientos que me hablan de Neal y de todo lo que nos está pasando. Después de nuestra breve conversación la noche del teatro, estoy algo resentida con él. No dio señales de que este supuesto tiempo que nos hemos dado esté llegando a su fin. Ni siquiera parecía que nuestra situación le molestase ni la mitad de lo que me molesta a mí, mientras que yo cada día siento que me voy quedando sin fuerzas para hacer frente a este distanciamiento.

Cuando llegamos a la estación un rato más tarde y descendemos del vagón PATH que nos ha traído de Manhattan a Nueva Jersey, nos encontramos con una sorpresa: Liv está ahí, recién llegada de Vancouver, esperándonos. Enfundada en un abrigo y con un gorro del que sobresale su mata de pelo castaño, casi negro.

Ninguno de nosotros sabía que venía, así que nos pilla con la guardia baja. Yo suelto un gritito de emoción y le dejo la maleta a mis hermanas para ir corriendo a abrazarla. Si mi amiga no fuera tan dura para las lágrimas, creo que este reencuentro, después de tres meses, la habría emocionado. Los cuatro nos turnamos para achucharla. Yo, por supuesto, que me emociono como una tonta al verla tan guapa y contenta de estar aquí; Neal, que la estruja entre sus brazos y le da la bienvenida a casa; Christina, que habitualmente escasea en lo que a muestras de afecto se refiere,

la llena de besos y Matt, que le gusta ir de duro, la abraza tan fuerte que la levanta del suelo.

Cuando conseguimos separarnos de ella, Liv sonríe y empieza a parlotear, sugiriéndonos que vayamos a cenar algo para ponernos al día cuanto antes, así que acompaño a mis hermanas al coche de mi padre, que ha venido a recogernos, y enseguida vuelvo con mis amigos. Me engancha al brazo de Olivia y los cinco nos dirigimos a su coche, dispuestos a pasar juntos el resto de la noche.

Al día siguiente, como manda la tradición, tiene lugar la celebración del cumpleaños de Liv y Aiden. Este año se respira un ambiente diferente en la casa que tiene que ver con el accidente que sufrió la señora Gallagher meses atrás. Hay menos gente que veces anteriores, pero eso ayuda a que entre los presentes fluya una sensación de familiaridad muy especial.

Sin duda, lo mejor de la velada es la complicidad que hay entre nosotros, que casi consigue que me olvide de la extraña situación que hay asentada entre Neal y yo. Anoche, la emoción del reencuentro logr  enmascarar el resquemor que guardo dentro de mí. Hoy no lo llevo tan bien. Me gustaría vivir la felicidad de la reunión sin tener que esconder mis sentimientos. Y no es que quiera gritarlo a los cuatro vientos, ni hacer partícipes a mis amigos. Simplemente me gustaría poder dejar de contener lo que siento dentro de mí misma cada vez que mi brazo roza el de Neal o cuando me dedica una mirada penetrante. Me gustaría que la sombra de su rechazo no empa ase la ilusión de compartir esta noche en la que, además de los cumpleaños y la vuelta de Liv, brindamos por que su madre siga con nosotros.

Mientras vamos degustando los diferentes platos que se pueden encontrar en la planta baja de la casa, Liv nos habla de la sorpresa que ha recibido por su cumpleaños. Al parecer, Will se ha plantado aquí esta mañana dispuesto a pasar la mañana con ella y darle su regalo: un reloj de platino precioso que resulta ser una versión moderna de un modelo que la abuela de Liv tenía cuando era pequeña. Liv nos habla de eso y también de la propuesta de amistad de Will, que quiere pasar tiempo con ella por el simple hecho de estar juntos, sin que ello derive en nada romántico.

—Yo no me f o de él —sentencia Matt—. Ningún hombre se molesta tanto por una mujer si no pretende que acabe en su cama.

Todos hacemos un gesto de asentimiento. La verdad es que no termino de creerme que Will no aspire a un futuro con Olivia. A pesar de sus errores, siempre ha dado muestras de estar loco por ella. No creo que esos sentimientos hayan desaparecido de un día para otro.

—La verdad es que el reloj es precioso —dice Christina.

S  que lo es. Es muy Liv y es todo un detalle que haya decidido regal rselo.

— De qué habl is? —pregunta Aiden, que acaba de unirse a nosotros mientras degusta una copa de *gl hwein*.

Liv lo pone al día de lo que hemos estado hablando y extiende la muñeca para dejarle ver el reloj. Aiden observa el regalo y alaba el gran parecido con el que perteneció a su abuela.

—No puedes bajar la guardia, Liv —insiste Matt—. Tal vez solo es uno de los

muchos trucos de un don Juan del tres al cuarto.

—No creo que sea un truco —aporta Neal—. Pero Matt tiene razón, yo tampoco me creo que sus intenciones sean las que dice.

Liv clava los ojos en su copa mientras deja escapar un suspiro. Está claro que ella tampoco termina de creérselo y, lo que es peor, no sabe cómo la hace sentir saber que él quiere recuperarla.

—Pues yo creo —digo de pronto— que todo lo que está haciendo Will es muy romántico. Aparecer aquí, el reloj, pedirte pasar tiempo contigo... Es posible que estéis en lo cierto y que lo que él en realidad busque sea recuperarla, pero está bien ver a un hombre luchar por lo que quiere, para variar.

Mis amigos hacen un gesto con la cabeza, sin darle demasiada importancia a mi intervención. Suelo tener una visión bastante romántica de este tipo de situaciones, así que no les sorprende que haya dicho algo así. Pero Neal... es otra historia. Él sí capta el resentimiento que esconden mis palabras.

Noto una sombra cruzar sus ojos mientras me mira, como esperando a que le mande alguna señal que indique que no debería darse por aludido. Pero no lo hago, porque... está claro que sí debería.

Después de un rato más de conversación en el que Liv sigue contándonos todo acerca de ese peculiar desayuno de cumpleaños, abandono el grupo para tomar algo de aire. Mis amigos también se dispersan por el salón. Cojo una copa de champán que encuentro sobre una de las mesas y veo con claridad cómo Neal me sigue con la vista, como si estuviera esperando el momento preciso para acercarse a hablar conmigo de la larga lista de cosas que tenemos pendientes.

Sin mirar atrás, salgo del salón y me dirijo a la oscuridad que hay en a otra zona de la casa, en busca de algo de tranquilidad. Me aturde todo. La música que suena y habla de cosas que me parecen tan lejanas, la mirada incesante de Neal sobre mí después del comentario y la manera en la que trata de mostrarse impasible ante mi presencia delante de nuestros amigos, como si nada hubiera cambiado.

Cuando por fin llego a la puerta de la cocina, ha conseguido alcanzarme y me coge del brazo.

—Claire, ¿tienes un momento?

—Lo cierto es que no.

—Por favor. Solo serán unos minutos. Tengo que hablar contigo.

Me deshago de su agarre y entro en la estancia, sin molestarme en encender la luz. Siento sus pasos avanzar detrás de mí.

—¿Me estás evitando? —pregunta.

—¿Evitando? No, no exactamente. Simplemente no me apetece estar contigo.

Debido a la oscuridad, no puedo verlo. Pero percibo cómo cambia la pose hasta una menos conciliadora.

—Estás enfadada.

—Si tienes que preguntármelo es que no me conoces lo suficiente.

—No era una pregunta. Sé que estás enfadada. Lo que no sé es por qué.

—¿Crees que no tengo motivos para estarlo?

La cocina se queda de pronto en silencio. Solo nos llega el sonido amortiguado de la música que sale de los altavoces que hay en el salón. Su silueta apenas se distingue

en la penumbra, pero aun así soy capaz de identificar el escrutinio al que me someten sus ojos. Veo el movimiento de sus brazos cuando se frota la cara con insistencia.

—Claire, esto ya lo hemos hablado. Creía que estaba todo claro y que los dos estábamos de acuerdo.

—¿Perdona? Te aseguro que yo no he estado nunca de acuerdo con tu plan. De hecho, cada día le veo menos sentido. Estoy cansada.

Neal suspira y noto cómo da un paso más para acercarse a mí. El volumen de su voz disminuye cuando vuelve a tomar la palabra y en ella me parece distinguir ecos de un dolor que conozco bien, porque es idéntico al que me ataca a mí por dentro.

—No te pienses que para mí está siendo fácil.

—Pues se te ve estupendamente —contesto con cierto aire hostil, poniéndome a la defensiva, como de costumbre—. Se ve que lo llevas bien.

—¿De verdad crees eso? ¿Crees que no me muero por tocarte? ¿Por pedirte que huyamos los dos de esta fiesta y nos olvidemos de todo? —Vuelve a dar un paso y esta vez consigue que su pecho casi roce el mío. Alza la mano como si fuera a tocarme, pero finalmente la deja caer antes de hacerlo—. Ojalá fuera tan sencillo.

—Podría serlo —digo, sin hacer nada por recuperar mi espacio personal, que ha invadido por completo—. Estoy aquí. Estoy aquí y soy tuya. Métetelo en la cabeza de una vez para que podamos seguir adelante con nuestras vidas.

Siento que me observa con detenimiento, pero deja escapar el aire en actitud de derrota y, finalmente, retrocede hasta que nuestros cuerpos dejan de estar en contacto. Agacha la cabeza como si no pudiera soportar mirarme de frente; como si temiese que su fuerza de voluntad se fuese a diluir como azúcar en agua hirviendo si lo sigue haciendo.

—No es tan sencillo como lo pintas —dice—. Todos los errores que llevamos a nuestras espaldas no han desaparecido.

Mientras intento descifrar qué expresión llena sus ojos, me doy cuenta de que son precisamente esos errores de los que habla los que sostienen su actitud distante a día de hoy.

—Es eso, ¿verdad? Sigues cabreado conmigo por lo que pasó.

—No, no es eso, Claire. Es...

—Sí, es eso —le corto—. Y te pido perdón una vez más por mi actitud en el pasado, pero creo que ya he pagado con creces el precio de todo lo que hice mal. Siento haber tenido miedo de lo que sentía. Siento que mis sentimientos hacia ti llegaran en el peor momento posible. Siento haber estado a la defensiva tantas veces y, sobre todo, siento haberte hecho dudar de lo que hay entre nosotros. Lo siento de verdad. Pero hace tiempo que vencí todos esos fantasmas. Tienes que confiar en mí, Neal.

—Confío en ti, pero...

—No. Nada de peros. —Niego con la cabeza mientras trato de normalizar mi respiración—. ¿Sabes lo que creo? Creo que esto del tiempo nunca ha ido de mí y de mis dudas. Creo que va de ti y del miedo que tienes. Creo que eres tú el que necesita espacio para reunir el valor suficiente como para atreverte a confiar en que esto que hay entre los dos es de por vida.

Sé que la rotundidad de mis palabras le alcanza, porque sus ojos se cierran, y el

gesto que inunda su cara habla por sí solo. Cuando vuelve a mirarme a través de la oscuridad sé que ni siquiera esa declaración es suficiente. Lleva el miedo grabado en su rostro.

—No creo que este sea el momento de hablar de esto —dice, frotándose la cara con insistencia.

—A mí me parece que es el momento perfecto.

—No seas niña, Claire, por favor te lo pido.

—¿Niña? Me parece que lo que estoy siendo es adulta.

—¿Por qué no puedes entender todo lo que hay en juego? Necesitamos distancia. Me cruzo de brazos.

—No.

—Sí.

—No.

—Claire, por favor —susurra exasperado—. No me lo pongas más difícil.

—Tú lo estás haciendo difícil. Y yo ya me he cansado.

Veo su ceño fruncirse en la penumbra mientras dirige su mirada hacia mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que a partir de ahora estás solo en esto. Yo ya he tomado mi decisión.

—¿Cuál es tu decisión?

—Tú. Yo. Nosotros. Cuando lo tengas tan claro como lo tengo yo, ven a buscarme.

Está en tu mano ahora.

De pronto veo claro que esto es lo mejor. A veces hay que adoptar posturas drásticas para defender nuestros deseos. Me paso la mano por la cara, sintiendo mi cuerpo en tensión por toda esta situación: estar escondidos en mitad de una fiesta, estar hablando solos después de días evitándonos y estar lanzando un ultimátum de estas características.

Frente a mí, siento que Neal suspira sin dejar de mirarme y me da la sensación de que aún tiene más que decir.

—¿Por qué de pronto parezco el malo de la película?

—No eres el malo, Neal, pero estás siendo bastante cobarde.

—Lo dices como si tú hubieras sido siempre la valiente de los dos.

Retrocedo un poco, molesta por esas palabras. Cuando vuelvo a hablar apenas me sale un susurro.

—Eso es un golpe bajo.

—No me dejas demasiadas alternativas. —Vuelve a frotarse los ojos.

Trago saliva y asiento lentamente mientras me convengo a mí misma de que lo mejor es acabar con esta conversación.

—Está bien.

Hago el amago de darme la vuelta, pero el brazo de Neal me detiene cerniéndose sobre mi hombro.

—Espera. Quería que supieras que me voy mañana a Albany. No volveré hasta después de Año Nuevo.

—De acuerdo.

—Puede que estar unos días sin vernos nos ayude a ver las cosas de la misma manera —añade.

Sus ojos se clavan en los míos y siento cómo me mira, evaluando mi reacción y esperando alguna señal concreta por mi parte.

—Yo no voy a cambiar de opinión, Neal —digo con decisión—. Quiero que lo sepas. Espero que cuando tú lo hagas no sea demasiado tarde.

Y sin darle opción a mucho más me doy la vuelta y empiezo a andar hacia la puerta, siguiendo las luces que salen de la fiesta con la intención de perderme entre la gente.

¿Demasiado tarde?

Las navidades este año son más agrídulces que años anteriores. Por más que intento dejar la mente en blanco y centrarme solo en el día a día, me resulta imposible no reproducir en mi cerebro la última conversación que mantuve con Neal. Para colmo de males, tengo que lidiar con la sensación que me produce no saber nada de él. No verlo. No tener ningún mensaje suyo esperándome en el móvil. A excepción de la felicitación de año nuevo, no tengo noticias suyas en más de diez días.

Tras su vuelta a Nueva York cuando finalizan las fiestas, me quedo esperando algún tipo de acercamiento por su parte. No sé. Un mensaje, una llamada o una visita en plena noche en la que me diga que se ha cansado de perder el tiempo y que vamos a estar juntos de ahí en adelante. Cualquier cosa. Lo que no me espero es el silencio. Un silencio que se extiende durante los días siguientes a su vuelta y que va carcomiendo mi paciencia por dentro más y más con cada día que pasa.

Un par de semanas después de su regreso seguimos sin novedades. Lo veo en The New, pero en presencia de nuestros amigos actúa como si no hubiera nada extraño cociéndose entre nosotros.

Mi desesperación sigue creciendo. En algunos momentos me planteo presentarme en su casa para pedirle explicaciones a gritos, pero recupero la cordura antes de dar ningún paso. Yo fui clara con él respecto a mi postura. Le dije que había tomado mi decisión. Le hice ver que todo quedaba en sus manos ahora. Debo mantenerme firme, aunque eso no quita que mire el móvil de manera compulsiva, que me sobresalte cuando me llega una notificación, que lo busque con la mirada cada vez que salgo de la oficina. Pero nada. Neal no da señales de vida. Parece que se haya evaporado.

A finales de la segunda semana desde que volvió a casa, mi ánimo está completamente por los suelos. Es viernes de nuevo y he perdido la esperanza. Mis dudas han crecido hasta el punto de cuestionarme si saldremos de esta situación alguna vez en la vida. Tal vez Neal cambia de opinión para siempre. Tal vez haya llegado a la conclusión de que no merece la pena el riesgo, de que lo mejor es que conservemos nuestra amistad y no pongamos en juego las cosas que nos unen por aspirar a ser algo más; a serlo todo.

Intento mantener mi mente ocupada, así que me pongo música, hago limpieza general, muevo los muebles del salón en el sentido de las agujas del reloj, horneo un bizcocho... Pero nada de eso es suficiente. Nada templará mis nervios. Nada impide que mi cabeza dé vueltas. Nada trae hacia mí una ráfaga de optimismo.

A medida que avanza la tarde, me voy desesperando más y más. No sé cómo gestionar todas estas emociones. La frustración va llenándome el estómago gota a gota, y me siento impotente porque no hay nada más que pueda hacer; ya lo he intentado todo.

Me gustaría refugiarme en brazos de mis amigos para aliviar este mal rato, pero sigue sin ser una opción. Aun así necesito a alguien que me diga que todo va a ir bien. Alguien que me sostenga en este momento, que me susurre palabras de ánimo.

No quiero pasarme el fin de semana sola, dejándome llevar por la melancolía, así que, sin pensarlo mucho, tomo la decisión de escapar los próximos días. Me dirijo a mi habitación y lleno una pequeña maleta con libros, el portátil y ropa para un fin de semana casero. Mientras me arreglo, me las apañó para mandar un mensaje a mi padre y apenas veinte minutos después estoy montada en el coche, con ganas de alejarme de todo.

Llego a Hoboken a última hora de la tarde. El corto trayecto desde Manhattan no me ha servido para despejarme, más bien todo lo contrario. Cuando aparco los ojos me escuecen. Es como si toda esperanza estuviera abandonando mi cuerpo. Como si la distancia entre Neal y yo se incrementara con cada suspiro que exhalo.

Cuando me desabrocho el cinturón y desciendo del coche, me fijo en que mi padre me espera en la puerta de casa iluminado por la bombilla que alumbró el porche. Camina lentamente hasta donde yo estoy parada. No me extrañaría que su instinto paternal lo hubiera avisado de que lo necesito más que nunca.

—Garbancito... —dice cuando llega por fin a mi lado—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Me dejo envolver por sus brazos e inhalo el aroma que desprende su pecho, a café molido y esencia de vainilla. Lo aprieto con toda la fuerza de la que soy capaz.

—Ay, papá. Cómo duelen las decepciones, especialmente en manos de gente en la que confiamos. —Mi voz suena rota, pero me esfuerzo por reprimir un sollozo.

—Lo sé, Claire. Esas cosas pasan cuando te haces mayor.

Mi padre besa repetidamente mi cabeza mientras extiende uno de sus brazos para cargar con mi maleta. Abrazada a él, caminamos por el jardín frontal que conduce a mi casa.

Nada más poner un pie dentro siento que los problemas pesan menos, aunque los siento con mayor intensidad. Es el resultado de estar en casa, donde me siento a salvo del mundo pero donde las emociones se vuelven más reales. Mientras camino por el recibidor, cierro los ojos y me dejo llevar por los sentidos. Los grandes éxitos de Four Tops sonando muy bajito, como si te cantaran al oído, el calor que desprende la chimenea del salón y el resplandor de las llamas, los olores de la cena que está preparando Sue, los libros de mis hermanas tirados en la alfombra que hay junto al fuego y la caricia de papá sobre mis hombros.

Mis hermanas bajan del piso de arriba a toda prisa para recibirme, pero debo de tener peor cara de la que me pensaba, porque, en cuanto me ven de cerca, se detienen casi de inmediato.

—¿Qué te pasa, Claire? ¿Estás enferma? —pregunta Julianne mientras besa comedidamente mi mejilla.

—No, solo ha sido una semana complicada.

—¿Te has peleado con Neal? —Esta vez es Mary-Kate, que formula la pregunta con su desparpajo habitual.

Mi padre alza las cejas en un gesto interrogante justo en el momento en el que Sue sale de la cocina, secándose las manos con un paño arrugado.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado con Neal? —Me da un beso en la frente y después se me queda mirando, esperando a que dé alguna explicación.

Yo trago saliva, sintiéndome acorralada por las miradas de los cuatro. Me encojo

de hombros. No me apetece ponerme a dar explicaciones, aunque sé que el hecho de que haya venido en este estado para refugiarme en casa habla por sí solo.

Sue capta en mi expresión que busco una vía de escape para no tener contar los motivos que me han traído sin previo aviso al hogar de mi infancia. Se aclara la garganta y, con voz dulce, empieza a dar órdenes al resto de la familia para mantenerlos ocupados.

—Niñas, id poniendo la mesa. Cenaremos en veinte minutos. Sean, vigila lo que hay en el horno. Yo voy arriba con Claire a ayudarla a deshacer el equipaje. —Me dedica una sonrisa tierna y entre las dos subimos la maleta.

Pasamos el fin de semana metidos en casa, puesto que fuera hay una de esas tormentas que quitan las ganas de salir. Pero no hay queja por mi parte. Necesitaba algo así; algo que me recordara que soy querida, que pertenezco a un lugar y que siempre existen motivos para sonreír. A pesar de la tristeza que no me abandona, estos dos días rodeada de mimos son como un bálsamo para mí. Escuchamos música los cinco juntos en el salón frente al crepitar del fuego, vemos una larga lista películas, desde clásicos que nos sabemos de memoria hasta novedades de los últimos años, jugamos a juegos de mesa y vemos fotografías antiguas.

Sue debe de haber sermoneado a papá y a mis hermanas para que no traten de indagar en lo que me pasa, porque cuidan de mí sin hacer preguntas, aunque pillo a mis hermanas cuchicheando entre ellas en varias ocasiones tratando de indagar en el motivo que se esconde detrás de mi estado de ánimo decaído.

El domingo por la mañana, Julianne y Mary-Kate se levantan bastante temprano y se cuelan en mi habitación, ya vestidas, mientras yo aún estoy enredada entre las sábanas. Las dos se sientan a un lado de mi cama y empiezan a parlotear sin descanso.

—¿Nos llevas a desayunar? —pregunta la pequeña con carita de ángel.

—¿A desayunar? —repito yo mientras me paso las manos por los ojos llenos de legañas.

—Sí, papá y mamá no están. Podríamos ir a comer tortitas.

Me desperezo lentamente e intento arreglarme el pelo al tiempo que me incorporo en la cama. Mis hermanas me miran con los ojos cargados de ilusión.

—Si queréis tortitas, yo os preparo tortitas. Son las nueve de la mañana. No me hagáis vestirme. Ahí fuera hace mucho frío.

Ellas intercambian una mirada rápida que no me pasa desapercibida.

—No hay ingredientes para hacer tortitas. Ni siquiera hay naranjas para hacer zumo —dice Julianne—. Venga, Claire, llévanos a desayunar.

Las dos ponen cara de pena y se llevan las manos unidas a la barbilla, sin dejar de mirarme. Pongo los ojos en blanco, sabedora de que soy una blanda y que voy a acabar cediendo.

—Está bien... A ver, ¿adónde queréis ir?

—Al Elysian, por ejemplo —contesta con rapidez Mary-Kate.

Julianne la reprende con un movimiento de cejas, pero borra rápidamente su expresión cuando fija la vista en ella. Compone una sonrisa adorable en la que muestra sus dientes cubiertos por la ortodoncia.

—¿Queréis ir al Elysian?

—¿Eso es un sí?

—Vale, pero...

—¡Genial! Te dejamos para que te cambies. Te esperamos abajo en diez minutos.

Las dos salen de mi habitación y las escucho bajar las escaleras a toda velocidad. Me quedo unos segundos más extrañada aún dentro de mi cama y acto seguido me pongo en pie para empezar a vestirme.

Veinte minutos después, mis hermanas y yo entramos en el Café Elysian. Nada más poner un pie dentro, los recuerdos de los momentos aquí vividos se abren paso en mi interior. Las tardes de invierno resguardándonos del frío, las visitas exprés a lo largo de los años de universidad, las confesiones que han tenido lugar en estas cuatro paredes...

A pesar de que el local está prácticamente vacío, casi puedo escuchar murmullos de conversaciones cercanas y oler las partículas que el cacao suelta en el aire. La nostalgia se me acumula en el pecho mientras camino sobre las baldosas que cubren el suelo. Mis hermanas, a mi lado, caminan algo inquietas, dirigiendo la mirada a todas partes. Insisten en que nos sentemos en una de las mesas del final.

Por insistencia de Mary-Kate, tomo asiento de espaldas a la puerta. Tanto ella como Julianne actúan de forma extraña mientras esperamos a que vengan a tomarnos nota. Se miran entre ellas, como si se estuvieran comunicando sin palabras, y consultan sus móviles por debajo de la mesa.

Cuando llega el camarero, un chico joven que iba a mi instituto, le pido un té con leche y tortitas con moras. A continuación las miro a ellas.

—Nosotras no queremos nada —dice Julianne de pronto, causando que en mi cara se dibuje una expresión confusa.

—¿Cómo que no queréis nada? Si estamos aquí por vosotras.

—Ya, bueno... Pero... Es que tenemos que irnos.

El camarero pasea su mirada de ellas a mí al tiempo que anuncia que nos dejará unos minutos más para pensárnoslo. Me inclino sobre la mesa para verlas más de cerca, con los ojos entornados.

—¿Cómo que tenéis que irnos? ¿Qué está pasando aquí?

Observo con estupefacción cómo mis hermanas se ponen en pie y vuelven a ponerse sus abrigos de plumas. Intercambian entre ellas una sonrisita y a continuación me dan un beso en la mejilla.

—¿Pero adónde vais? ¿Qué pasa?

Hago el amago de levantarme para andar tras ellas, pero ambas me detienen apoyando una mano en mi hombro.

—Tú quédate aquí —dice Julianne—. Haznos caso. Luego hablamos.

Me giro para verlas andar a toda prisa por la cafetería en dirección a la salida. En cuanto desaparecen de mi vista, empiezo a ponerme nerviosa. ¿Qué está pasando? Mi corazón se desboca dentro de mi pecho y ni siquiera sé por qué. Me doy cuenta de que estoy sola en la cafetería, a excepción de otra persona que está leyendo el periódico. El camarero, tras la barra, está preparando mi pedido.

En serio, ¿qué pretenden mis hermanas? Me muevo con inquietud en mi asiento y, justo cuando tomo la decisión de ponerme en pie, mi vecino de mesa deja caer

lentamente el periódico que lo mantenía oculto y me encuentro cara a cara con un rostro conocido.

Muy conocido.

—Neal... —El pulso me retumba en la garganta mientras asimilo su imagen ante mí. Me dejo caer de nuevo sobre la silla, por miedo a que mis rodillas no me sostengan.

—Hola, pequeña.

Empieza a caminar los pocos pasos que separan nuestras mesas hasta tomar asiento a mi lado. Las comisuras de sus labios tironean para formar el esbozo de una sonrisa que me impacta en las entrañas.

No lo entiendo. ¿Qué hace aquí?

—¿Qué...? ¿Cómo...? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Desde que habéis entrado.

—Pero... no lo entiendo. ¿Cómo sabías que estaría aquí?

—He tenido ayuda. Dos compinches muy especiales. —Sonríe de nuevo.

Mis manos se agitan debido a un leve temblor que las sacude. Las dirijo hacia mis muslos, bajo la mesa, y aprovecho para secar la fina capa de sudor que empieza a cubrir las palmas. ¿Qué significado tiene todo esto?

—¿Mis hermanas te han dicho dónde encontrarme?

—Más que eso. Ayer me escribieron un mensaje por Facebook diciéndome que habías llegado a casa y que estabas triste. No sé cómo llegaron a esa conclusión, pero me dijeron que yo era el único que podía ayudarte.

Me muerdo el labio, que también empieza a temblar. Por supuesto que él es el único que puede ayudarme. Hace tiempo que todo comienza y termina en él. Retuerzo un mechón de pelo en mi dedo índice. Siento una dulce presión en el pecho, fruto de los nervios de tener a Neal aquí conmigo y de la intuición de que está a punto de pasar algo grande.

—¿Venir hasta aquí ha sido idea tuya? —pregunto, mirando a mi alrededor, el mismo escenario que el día que nos conocimos hace ya tanto tiempo.

—Sí. Aquí empezó todo. Lo recuerdo como si fuera ayer. Te vi entrar por esa puerta y al segundo supe que mi vida acababa de cambiar para siempre. Y así fue.

Esa expresión dulce y risueña tan característica de él, que hacía tiempo que no veía, no abandona su cara mientras habla. Hasta los ojos le sonríen. Su mirada permanece fija en mí, con un toque de cautela que evalúa cada señal que muestra mi cara.

—Sigo sin entender nada —confieso.

Neal deja escapar un suspiro sonoro y echa hacia delante su cuerpo, inclinándose hacia mí.

—No quiero ser el culpable de que se borre tu sonrisa —dice con voz suave—. No puedo soportar que seas desgraciada por mi culpa cuando lo único que de verdad quiero es que seas feliz a mi lado.

—Déjate de misticismos. Me estoy poniendo nerviosa. Dime exactamente qué haces aquí.

Suspira de nuevo, pasándose las manos por el pelo sin dejar de observarme.

—He venido a decirte que tenías razón cuando dijiste que todo esto del tiempo era

más por mí que por ti. Estaba asustado. No hay nada que me dé más miedo que perderte, y no estaba preparado para asumir esa posibilidad. —Hace una pausa en la que cierra los ojos un segundo, como si estuviera tratando de no perder el hilo de sus pensamientos—. Cuando tú y yo nos peleamos en su día, me dije a mí mismo que haría cualquier cosa por evitar que eso fuera a pasar, incluso aceptar que lo único que podría unirnos es una amistad. Me hizo feliz todo lo que pasó entre nosotros en Albany, pero me aterraba pensar en seguir adelante si para ti esto solo era un rebote y acabábamos separados de nuevo.

—Ya te he dicho que no es un rebote.

—Lo sé y no quiero dejarte escapar. Ser tu amigo para mí siempre ha sido lo primero, pero sé que solo tendré una vida plena si nos permito a ambos ser algo más; si nos permito serlo todo.

—¿Qué estás queriendo decir?

Se acerca un poco más a mí, de manera que nuestras piernas entran en contacto. La chispa de una sonrisa preciosa empieza a relucir en su rostro, aunque aún se muestra precavido ante mi reacción.

—Que se acabó eso de perder el tiempo. Que te quiero. Que iremos con todo, si tú aún me aceptas. Siento haberte hecho sufrir las últimas semanas. De verdad. Pero si no es demasiado tarde, prometo compensarte durante el resto de mi vida por haberte hecho esperar.

—¿Estás seguro?

—Totalmente.

Mis pestañas bailan en su dirección mientras registro el significado de todo lo que acaba de decir. Mi mente se queda en blanco, colapsada por las sensaciones que desprende este momento: la angustia, la nostalgia, las dudas, los temores, el amor y la amistad. Cierro los ojos para asimilarlo todo y cuando los abro me doy cuenta de que esto no es un sueño; es real. Neal ha dejado de cuestionarse las posibles implicaciones negativas de cara a nuestra amistad, ha asumido nuestra realidad, ha entendido que una vida sin el otro no sería una vida.

—Has tardado mucho.

—Lo sé. A veces tenemos más fantasmas de los que pensamos.

—¿Qué te ha hecho abrir los ojos?

Neal parpadea y lentamente acerca sus manos para coger las mías. El calor que desprende su palma se fusiona con mi piel en menos de un segundo.

—Aceptar que toda relación al principio implica un riesgo, y asumir que si hay alguien por quien merezca la pena arriesgarlo todo, sin duda es por ti. No quiero hacerte dudar de lo que siento por ti. No quiero que perdamos más tiempo. Quiero tener las agallas suficientes para alcanzar lo que llevo esperando toda la vida. Y ese algo eres tú.

—No volverás a alejarte, ¿verdad?

—Nunca. Nada nos separará. Te lo prometo.

Lleva las manos a mi pelo y acaricia un mechón, bajando poco a poco hasta tocar mi mejilla. Nos miramos a los ojos y noto sus pupilas clavarse en las mías, con el único objetivo de ver en mi interior. Siento nuestra conexión reverberar en cada una de mis terminaciones nerviosas. Mi respiración se acelera cuando Neal cubre la

distancia que separa su cuerpo del mío e inclina la cabeza para juntar nuestros labios. El beso que compartimos es dulce, corto y sentido, y habla de un futuro que recorreremos de la mano y que empieza hoy, aunque haya tenido el prólogo más largo del mundo.

Quiero llorar cuando nuestras bocas se abren para encontrarse después de estas semanas de separación que creí que no terminarían. Su lengua y la mía se abrazan con la intención de no soltarse jamás.

Cuando nos separamos, Neal me abraza y sus labios dejan una caricia en mi cuello que me pone la piel de gallina. A continuación se retira un poco para poder mirarme a los ojos, que sonrían con esperanza.

—Te quiero —susurro, incapaz de seguir callándolo—. Siempre te he querido. Siento haber tardado tanto en darme cuenta. Pero te juro que jamás dejaré de hacerlo.

—Yo también te quiero, Claire. Te he querido desde el principio, aunque ese amor haya tenido diferentes formas con el paso de los años. Empecé a quererte porque admiraba cómo eras; tan diferente a todo lo que yo había conocido hasta entonces. Más tarde, cuando empecé a conocerte, aprendí a amar la manera en la que veías el mundo y en la que quieres a los tuyos y, un día, años más tarde, sin más supe que estaba completamente enamorado de ti. Hoy te quiero de una manera absoluta. Con esos tipos de amor mezclados hasta ocupar un espacio que no me cabe dentro del pecho. Es más que la suma de todos ellos. Ni siquiera puedo ponerle nombre. No sé si es solo amor o si es que hay algo después y eso es lo que siento cada vez que te miro.

Mis ojos se humedecen cuando acaba su discurso; no podría ser de otra forma. Todas de pequeñas soñamos con la declaración perfecta. Deseamos con todas nuestras fuerzas que alguien nos quiera lo suficiente como para conseguir poner palabras a todo aquello que esperamos escuchar. Hasta ahora, siempre había pensado que esas cosas solo se decían en las películas. No puedo creerme que me esté pasando a mí.

Buceando en su mirada sentados juntos en la cafetería que nos conocimos, entiendo que todo lo que hemos pasado ha merecido la pena. Habría esperado siete años más con tal de acabar oyendo algo como lo que acaba de decir. Me habría enfrentado a cualquier cosa si hubiera sabido que él era lo que me esperaba al final del camino. Algo dentro de mí brilla tanto que hasta el aire me sobra. O me falta. No lo sé. Lo único que tengo claro es que acabo de descubrir que la felicidad tiene nombre; su nombre.

—Llévame contigo —susurro.

—¿Adónde?

—Me da igual dónde. Contigo siempre estoy en casa.

—Y yo contigo, pequeña.

Neal sonrío una vez más y se acerca para besarme de nuevo. Nos apretamos en medio de un abrazo eterno que se desarrolla entre lenguas que se acarician y suspiros entremezclados. Queriendo agotar los segundos y a la vez condensarlos en un instante infinito.

Salimos por la puerta con las manos cogidas, mirándonos mientras en nuestros ojos se reflejan todo lo que somos. Neal y yo. El amor. La amistad. Esa constante en la que el todo siempre será mayor que la suma de las partes.

Epílogo

Neal

El camino que había recorrido para llegar a Claire me había enseñado mucho acerca de la vida. De mí mismo, de ella, de las relaciones, de la amistad, del amor, de lo que significa luchar por la gente que quieres, por conservarla, por no perderla.

Conocí a Claire en la Navidad de 2007, pero no fue hasta el invierno de 2015 que ambos nos atrevimos a enlazar nuestras vidas. Pasamos por todas las fases posibles hasta llegar a un punto en el que dar un paso definitivo era la única opción si queríamos evitar perdernos. El día que fui a por ella al lugar donde empezó todo le dije que jamás volvería a soltar su mano. Y eso fue lo que hice. Y así sigue siendo a día de hoy.

Convertirnos en pareja fue un proceso complejo. No porque fuera difícil compartir nuestras vidas, sino porque en algunos aspectos era tan fácil que no hacía falta más, pero en otros había que reevaluarlo todo desde los cimientos.

Era fácil estar con ella, pero besarla cada vez que la veía era demasiado nuevo. Era fácil mandarle un mensaje de buenas noches, pero me ardía en los dedos cada letra del «te quiero» con el que me despedía. Era fácil quedar utilizando cualquier pretexto, pero decirle adiós al final de la velada se me hacía un mundo. Así con muchas de las rutinas que habíamos establecido en los años que habíamos sido amigos.

Después de ese primer fin de semana que fui a buscarla a Nueva Jersey, tomamos una de las decisiones más complicadas de nuestros inicios: acordamos mantener nuestra relación en secreto. Al menos por el momento. Las únicas personas que sabían que estábamos juntos eran sus hermanas, puesto que Claire les prometió en su día que serían las primeras en enterarse y, además, se lo debíamos.

No queríamos que nadie más lo supiera hasta que pasara algo de tiempo. Los dos lo teníamos claro, pero teníamos mucho en lo que trabajar. Queríamos nuestro espacio para marcar los límites de nuestro funcionamiento. Y ambos éramos conscientes de que sabernos en el punto de mira nos haría sentir presionados. Para los dos era una situación nueva y delicada. Estábamos seguros del paso que habíamos dado, pero no perdíamos de vista el hecho de que arriesgábamos mucho. Queríamos tener cuidado. Aprendernos el uno al otro de memoria. Adaptarnos a la nueva circunstancia. Dar con la clave para salir adelante.

Ocultárselo a mi familia fue fácil por razones obvias: no teníamos la costumbre de hablar largas horas al teléfono para ponernos al día. Que el padre de Claire y Sue no se enteraran fue un poco más complicado. Claire no solía tener secretos con ellos y, además, sus hijas pequeñas estaban al tanto y eran todo lo discretas que se puede esperar de dos adolescentes enamoradizas.

Sin duda, el mayor reto fue mantener a nuestros amigos al margen. Eran los que más cerca de nosotros estaban. Nuestra familia del día a día. Los que realmente habían sufrido nuestras subidas y bajadas. Pero precisamente por eso necesitábamos

que no se involucraran; estaban demasiado cerca.

Hubo varias situaciones delicadas en las que nuestra intimidad se vio comprometida. ¿Cómo no iba a haberlas? No solo nos habían acompañado desde el mismo momento en el que nos vimos por primera vez, sino que Matt, Liv y Christina nos conocían como la palma de su mano. Sabían que escondíamos algo, igual que sabían que lo más sensato era seguir haciéndose los locos, permitiéndonos llevar el tema a nuestra manera.

—¿Crees que se han dado cuenta de algo? —me preguntó Claire después de una de esas tardes en The New en las que nos esforzábamos al máximo por que las miradas del uno al otro pasaran desapercibidas.

—Puede que Liv se haya dado cuenta cuando te he cogido la mano por debajo de la mesa.

—Madre mía. Qué desastre.

—Tranquila. Eso no quiere decir que sospechen de nosotros —le contesté. Nos encontrábamos paseando por el distrito de Flatiron a la hora de la comida.

—¿No sería mejor que les dijéramos que estamos juntos, pero que no queremos hablar del tema? Empiezo a sentirme fatal por estar escondiéndonos.

Me detuve para mirarla a la cara y aproveché para besarla suavemente aunque estuviéramos en la calle a plena luz del día.

—Claire... ¿De verdad crees que estamos preparados para el escrutinio al que nos someterían?

—Ya sé que no, pero... No sé. Es que...

—¿Te preocupa que se enfaden cuando se enteren?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú y yo somos uno, pequeña.

Una sonrisa prendió en el rostro de Claire y su mirada se iluminó mientras se alzaba para besarme.

—No se enfadarán —le aseguré yo—. Nos conocen. Confían en nuestro criterio. Sabrán que hemos tenido una buena razón para haberlo mantenido en secreto.

Claire se abrazó a mí unos segundos y enseguida se soltó por si acaso alguien nos veía. Pero el calor de su cuerpo junto al mío se me quedó grabado el resto del día.

Por supuesto, esa no fue la única vez que pensamos que los demás podían sospechar de nosotros. Jugábamos con fuego, aunque teníamos mucho cuidado. En esos meses tuvimos que prescindir de dormir juntos la mayoría de las noches para que Matt no se oliera nada. Esperábamos a que él anunciara que no dormía en casa y yo aprovechaba para pasar esa noche con Claire. Cuando nos preguntaban por el otro, fingíamos que no estábamos al tanto de sus movimientos. Si salía el tema de salir con gente nueva, nos esforzábamos por disimular. Inventábamos coartadas acerca de qué habíamos hecho durante el fin de semana para no confesar que lo habíamos pasado enredados en el cuerpo del otro. Y así con todo.

Si había algo que nos costara por encima de lo demás, era tratarnos con normalidad cuando estábamos todos juntos. Estaba seguro de que cada vez que miraba a Claire los demás podían ver en mi cara cuánto la quería. Me costaba no tocarla ahora que sabía que su piel también reclamaba la mía. Tratar de aparentar que la conexión que nos unía no existía era un suplicio.

El tiempo fue pasando, hasta que finalmente tomamos la decisión de hacer pública nuestra relación. Claire y yo habíamos estado hablando de hacer un viaje antes de que empezara la época fuerte de trabajo en su empresa y sostener nuestra pequeña burbuja se convertiría en imposible. Teníamos que dar la cara.

—Estamos preparados —repetía ella una y otra vez los días de antes—. Estamos preparados. ¿Verdad, Neal?

—Pequeña, relájate.

—¿Y si no se lo toman bien?

Me acerqué a ella en el sofá de su casa y sostuve su cara entre mis dedos.

—Escúchame —dije mirándola a los ojos—. Te quiero. Te quiero muchísimo. Eso es lo único que va a importarles. Saber que nos queremos y que vamos en serio. Ya lo verás. Confía en mí.

Claire sonrió.

—No sé qué haríamos sin tu optimismo. Estaríamos perdidos.

—Todo saldrá bien. Estamos juntos en esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Nos costó decidir cómo se lo diríamos. Habíamos pensado mil opciones: besarnos delante de todos y que ellos se encargaran de sacar sus conclusiones, soltarlo sin más un domingo en The New, dar la noticia por separado (ella a las chicas y yo a Matt), hacerlo uno por uno, de manera individual...

Al final decidimos que Claire organizara una cena siguiendo su papel de anfitriona perfecta. Nadie sospecharía nada porque es algo que acostumbra a hacer y tendríamos algo de tiempo antes del postre para prepararnos para soltar la bomba.

Pensábamos que los pillaríamos por sorpresa. Nos había venido bien que las vidas de los tres hubieran estado tan ajetreadas en los últimos meses. Liv estaba tan volcada en su «amistad» con Will que no pensaba en mucho más, Christina estaba en crisis con el doctor Encanto y Matt seguía encaprichado con su compañera de trabajo que lo traía por la calle de la amargura. No puede decirse que Claire y yo fuésemos el centro de atención en esos momentos, así que estábamos seguros de que se sorprenderían.

—Qué rico está todo, Clairens —dijo Christina en mitad de la cena.

—Sí, y la casa está preciosa —añadió Liv—. ¿Celebramos algo?

—Sí. No. No sé. La vida...

Matt, Liv y Christina fijaron sus miradas extrañadas en Claire tras su contestación y yo clavé la mía en el plato para que mi expresión pasara desapercibida. Se notaba que Claire estaba inquieta. Iba acelerada de un lado para otro, no paraba de hablar y su lenguaje corporal reflejaba tensión. Si realmente no habían sospechado nada hasta esa noche, estaba claro que de un momento a otro empezarían a hacerlo.

—¿La vida? ¿Cuánto has bebido? —quiso saber Matt.

—No lo suficiente —contestó ella entre dientes.

Matt alzó las cejas y Liv y Christina fruncieron el entrecejo, alternando su mirada de ella a mí, que había estado callado casi toda la noche.

—¿Pasa algo? —preguntó Christina, haciendo gala de sus habilidades perceptivas.

Claire dirigió sus enormes ojos azules hacia mí, y en ellos vi una súplica. Me pedía que fuera yo el que diera el paso. Vi cómo se mordía el labio y supe que ella

estaba tan nerviosa que las palabras no le saldrían. Di un nuevo trago a mi copa y me pasé la servilleta por la boca.

—Bueno... —empecé a decir—. La verdad es que tenemos que contaros una cosa.

Se hizo el silencio en el comedor, a excepción de la música que Claire había seleccionado para aquella noche. Mi pequeña me miró parpadeando mucho, pero absorbiendo la serenidad que le lanzaban mis ojos. Intercambiamos una sonrisa y cuando me giré para mirar al resto todos nos observaban con mucha atención. Me aclaré la garganta.

—El caso es que no sabemos cómo deciros esto, pero...

—¡Ay, Dios! —exclamó Olivia de pronto—. ¿Estás embarazada?

—¿Qué? —gritaron los demás ante la cara de confusión de Claire y, por supuesto, la mía.

—¡No! —respondí.

—¿Entonces?

Vi a Claire tragar saliva con nerviosismo.

—No estoy embarazada.

—¿Entonces? ¿Cuál es la noticia?

Claire y yo intercambiamos una mirada tensa. No estaba saliendo como habíamos planeado. Pero no había marcha atrás.

—Pues... —Tomó aire—. Que Neal y yo estamos... juntos. Como pareja.

Volvió a hacerse el silencio, pero las caras de nuestros amigos no variaron lo más mínimo. No mostraron ninguna reacción ante la noticia.

—¿Chicos? ¿No decís nada? —pregunté yo, extrañado tras unos largos segundos en los que nadie habló.

Se miraron entre ellos e hicieron un movimiento afirmativo. Matt tomó la palabra.

—¿Desde cuándo?

—Desde finales de enero —contestó Claire.

—Eso es más de dos meses, ¿no?

—Sí.

Matt chasqueó la lengua y se volvió hacia Christina y Olivia.

—Joder. Os debo veinte pavos a cada una.

Claire y yo nos miramos sin entender.

—¿Cómo?

—Pues que había apostado contra estas dos que llevabais juntos desde que fuisteis a Albany. Ellas decían que habíais empezado más tarde. Han ganado.

—Un momento —intervino Claire—. ¿Sabíais que estamos juntos?

—Pues claro —dijeron todos a la vez.

—¿Qué? ¿Cómo es posible?

Los tres nos miraron con unas sonrisitas divertidas cruzando sus caras. ¿De verdad lo sabían?

—¿Cómo no íbamos a saberlo? —dijo Liv—. Bueno, al menos lo sospechábamos. Lo habéis escondido bien, pero no podéis engañarnos tan fácilmente. vuestras caras os delatan.

Claire permanecía con la boca abierta, sin terminar de creerse que todos estuvieran al tanto de lo nuestro. Yo, por mi parte, me había quedado sin palabras.

—No me lo puedo creer... —murmuró ella.

Christina hizo un gesto despreocupado con la mano.

—En fin, lo importante es que todos podemos dejar de fingir. Vosotros dejareis de esconderos y nosotros dejaremos de mirar para otro lado.

—¿Estáis enfadados? —preguntó Claire.

La expresión de las chicas se dulcificó.

—No. Claro que no. Sabemos que tendréis vuestros motivos.

—Yo sí que estoy cabreado —dijo Matt—. Tantos meses sufriendo por vosotros e intentando que entrarais en razón y vosotros ahí, dándole al tema en secreto.

—No ha sido exactamente así —contesté yo.

—Bueno... —intervino Christina—. Ahora que ya es oficial, ¿nos contaréis cómo ha sido todo?

—Eso. Y queremos detalles —añadió Liv.

—Eh... Es una historia privada...

—Se te acabó la privacidad, amigo —señaló Matt—. Demasiado nos habéis ocultado ya. Vuestra relación a partir de ahora es de opinión pública.

Claire y yo nos miramos y sonreímos. Sentí que sus ojos desprendían alivio. Nos habíamos quitado un peso de encima. Ya no tendríamos que escondernos más. Podríamos dejar de fingir ser algo que hacía tiempo había dejado de ser suficiente. Podría besarla en cada esquina, abrazarla delante de la gente, pasar tiempo con ella sin pensar en excusas, dormir junto a su cuerpo cada noche que quisiera. El presente era nuestro; suyo y mío, sin reservas.

—Está bien —dijo sin dejar de sonreír—. Trasadémonos al sofá.

Nos pusimos en pie y llevamos las cosas a la cocina. Cuando volvimos al salón, Claire me tendió la mano para que entrelazara mis dedos con los suyos. Estaba feliz. Le sonreí, atraje su cuerpo al mío y la abracé ante la atenta mirada de nuestros amigos, que nos miraban con una expresión tierna en la cara.

—Ohhh, qué monos —dijeron las chicas.

Matt, cómo no, soltó un comentario de esos suyos que consiguen sacarnos de quicio. Aunque el brillo de su mirada contradecía el tono ácido.

—No os convertiréis en los malditos osos amorosos a partir de ahora, ¿verdad?

—No vayas de duro, Matthew —le reprendió Christina—. Todos sabemos que estás a un paso de llorar de la emoción.

El resto nos reímos y nos repartimos por el salón de Claire con intención de contar nuestra historia. Y eso hicimos. Hablamos del día que nos conocimos, del primer adiós, de la llegada de Aaron, de nuestros años de amistad. Les contamos lo que fue reanudar la relación los dos solos cuando Claire ya no estaba emparejada. Los mensajes, las charlas, los momentos de tensión, la complicidad creándose, la necesidad de pasar tiempo juntos. Continuamos hablándoles de las confrontaciones, de la primera vez que nos acostamos, del tiempo que estuvimos separados, de la reconciliación, del reencuentro entre dos personas que se habían necesitado cada día... Les revelamos todo lo que pasó en Albany, la distancia que yo necesité después y el ultimátum de Claire para que tomara una decisión. Acabamos relatándoles lo ocurrido en el Café Elysian y confesamos que no nos habíamos separado desde entonces; que estábamos aprendiendo a funcionar. Y que nunca hasta entonces

habíamos sido tan felices.

Cuando por fin contamos nuestra historia delante de todos, tanto Claire como yo empezamos a sentir que nuestro futuro acababa de comenzar de verdad. A partir de entonces seríamos capaces de compartirlo con tres de las personas más importantes de nuestras vidas. Éramos una realidad en todos los sentidos.

Cada día, la vida con Claire fue volviéndose más fácil. Después de haber hecho partícipes a nuestros amigos, fuimos derribando límites que nos habíamos autoimpuesto. Paseábamos cogidos por la calle, dormíamos juntos, hablábamos del otro con naturalidad... Claire incluso insistió en que fuéramos a su casa un fin de semana para conocer a su familia. Bueno, a su familia ya la conocía después de tantos años de amistad, pero fue la primera vez que me llevó en calidad de novio. Incluso tuve la típica charla con su padre acerca de mis intenciones con ella.

—Claire es una persona muy especial —me dijo—. Hay que cuidarla y quererla mucho. Si no, se apaga.

—Le aseguro, señor Wallace, que nunca encontrará a otra persona que quiera a su hija tanto como yo.

El padre de Claire sonrió al percibir la seriedad con la que pronuncié esas palabras. Para mí no había mayor verdad que esa.

—¿Cuidarás de ella?

—Toda la vida.

No sé qué vio en mis ojos, pero los suyos se iluminaron de la misma manera en la que lo hacían los de Claire cuando la invadía la tranquilidad. Me tendió la mano y, con una sonrisa, simplemente me dijo:

—Puedes llamarme Sean, hijo. Bienvenido a la familia.

Las cosas con la familia de Claire fueron mucho más fáciles que con la mía. No podía ser de otra forma.

Sophie había mejorado mucho en los últimos meses. Había alquilado un apartamento cerca de su nuevo trabajo y había retomado el contacto con sus amigas de siempre. Seguíamos yendo a terapia familiar cada dos semanas y ella también continuaba con su medicación y las sesiones individuales.

Las últimas citas antes del verano habían sido algo tensas, como eran las cosas siempre con mi familia. Mirándolo en retrospectiva, no sé como no me di cuenta del caldo de cultivo que se estaba cocinando, preparándonos para la bomba que cambiaría nuestras vidas.

El día que explotó todo, tenía previsto pasar la noche en Albany y salir a cenar con mis padres para hablarles de Claire, con la esperanza de llevarla a casa en un futuro próximo como mi pareja. No obstante, mi plan se vino abajo durante la sesión. Cuando recibí la noticia que llevaba años esperándome me quedé en estado de shock. Apenas reaccioné. Dejé que Sophie destrozara verbalmente a nuestros padres y, cuando se hizo la hora, salí escopetado de la consulta, con la intención de coger el coche y volver corriendo a Nueva York.

—¡Neal! —gritó mi padre—. ¡Para, por favor! ¡Déjanos hablar!

—Todo es culpa tuya, Sophie —escuché decir a mi madre—. ¿Para qué has dicho nada? Lo has estropeado todo. Lo mejor era seguir guardando el secreto.

Mi hermana la ignoró y echó a correr por la avenida, alcanzándome mientras abría el coche.

—Neal, lo siento. Siento que te hayas enterado así. Pero no podía más.

Me froté la cara y respiré hondo para no pagar mi frustración contra ella. No era culpable de nada. Era la víctima. Nadie la había protegido.

—Tranquila, Sophie. No estoy enfadado contigo. Pero no voy a engañarte, necesito tiempo para pensar en todo esto.

—¿Por qué no te quedas conmigo? Es mejor que no cojas el coche en este estado.

—Necesito volver a casa. Albany ya no es mi casa. No sé si alguna vez lo ha sido.

—No quiero que estés solo esta noche—dijo con pesar.

—No estaré solo. Me voy con Claire.

Los ojos de mi hermana sonrieron tímidamente. A ella sí le había hablado de todo lo que había pasado entre nosotros. Ante la noticia de que me refugiaría en la que era mi chica para tratar de digerir el impacto, Sophie me dejó ir más tranquila, con la promesa de que la llamaría a la mañana siguiente.

Llegué al piso de Claire a las once de la noche. Me recibió bastante inquieta. La idea era que no volviera a casa hasta el día siguiente. El hecho de que hubiera adelantado mi llegada era signo de que había pasado algo.

—Neal, ¿qué pasa? —preguntó cuando abrió la puerta y me lancé a ella, abrazándola con ansiedad.

—Toda mi vida es una mentira, Claire.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado?

—Sophie no es hija de mi padre. Nos han engañado durante toda la vida.

Se quedó de piedra entre mis brazos.

—¿Qué? ¿Cómo?

Claire me preparó una infusión e insistió en que me pusiera cómodo. Nos sentamos en el sofá que presidía su salón y ahí empecé a contarle todo lo que había pasado durante la visita a la terapeuta de esa tarde.

Al parecer, mis padres se casaron de rebote cuando mi madre se quedó embarazada. A los pocos meses de que se celebrara la boda, perdieron al bebé que esperaban. Fueron tiempos duros en los que mis padres se negaron a tirar su matrimonio por la borda, pero en los que remaban en direcciones distintas. Por lo visto, en una de esas crisis que caracterizaban su relación de pareja, mi madre tuvo una aventura con un compañero de trabajo y se quedó de nuevo embarazada. Cuando se enteró, le contó la verdad a mi padre y ambos decidieron quedarse el bebé y criarla como hija de los dos. Así llegó Sophie.

Mientras le contaba todo eso a Claire, entendí por qué tanto mi padre como mi madre siempre habían sido distantes, especialmente con mi hermana. Tal vez porque a ella la unían sentimientos complejos. Por más que la hubieran criado como una Cooper, ella no dejaba de ser fruto de los errores de un matrimonio que día a día luchaba por sobrevivir.

—¿Cuándo se enteró Sophie de la verdad? —preguntó Claire cuando terminé de hablar.

—Según lo que han dicho en terapia, se enteró unos meses antes de que le diagnosticaran el trastorno bipolar. Encontró unos análisis de sangre que probaban

que era genéticamente imposible que fuera hija de mi padre. Por lo visto, confrontó a mi madre enseguida y ella no lo negó, pero la obligó a guardar silencio. Creo que cargar con ese secreto influyó mucho en la enfermedad de mi hermana.

—Es posible que sí.

—Son tan egoístas... Sobre todo mi madre. Con todos los problemas que tenía Sophie tuvo que cargar con ese peso sobre sus hombros... No se lo merecía.

—Lo siento mucho, cariño.

Suspiré y alargué el brazo para poder abrazarla y pegarla a mi cuerpo. Me sentía confuso, herido, aturdido. Lo único que me ayudaba a mantener la calma era la presencia de Claire, el calor de su cuerpo junto al mío, su dulce aliento haciéndome cosquillas en el cuello. Quería desaparecer, llevándomela conmigo.

—¿Qué necesitas? —preguntó, incorporándose un poco—. Dímelo y lo haremos. Si quieres estar solo, te daré espacio. Si quieres ir a Albany, iremos. Si no quieres que vuelva a sacar el tema, no lo haré. Lo que tú necesites.

Sonreí cálidamente y dejé un beso sobre su pelo.

—Creo que necesito dormir. Pensar. Digerir todo esto. Es como si hubiera encontrado una explicación a toda la rabia que siempre he visto entre mis padres y Sophie. ¿Cómo no iba a guardarles rencor? Le mintieron durante años acerca de quién era y, cuando por fin descubre la verdad, la obligaron a reprimir todos esos sentimientos. La obligaron a mentir, a los demás y a ella misma. Era una niña y ellos eran unos adultos que deberían haberla guiado en medio de tanto sufrimiento. —Hice una pausa y me llevé las manos al pelo mientras dejaba escapar el aire en ráfagas bruscas. Tenía mucha angustia y frustración creciendo dentro de mí—. Estoy decepcionado con mis padres por haber hecho que Sophie pasara por algo así y al mismo tiempo estoy aliviado, como si hubiera sido yo el que se ha deshecho de un secreto que pesa demasiado.

—Siempre has pensado que tenía que haber algo que explicara por qué tu familia era tan extraña, ¿no? Por fin has descubierto el misterio. Es normal que parte de ti sienta alivio.

Asentí mirándola a los ojos, maravillándome en medio de aquella situación de lo afortunado que era teniendo a alguien como a Claire a mi lado. Alguien que me conocía, que me aceptaba y que descifraba mi interior con tanta facilidad. Sabía que ella cuidaría de mí. Estaba en su ADN.

—Sí, supongo que tienes razón. Tengo mucho en lo que pensar. ¿Vamos a la cama?

Me sonrió, complacida por que no hubiera decidido pasar solo aquella noche. Preparó la habitación para acostarnos y cuando nos metimos en la cama se abrazó a mí.

—Neal —susurró en la oscuridad.

—Dime, pequeña.

—Sé cómo te sientes. Y siento que tengas que pasar por esto. Pero quería decirte que tienes otra familia que te quiere y que está contigo de manera incondicional.

Sonreí, aunque ella no pudiera verme.

—Lo sé, Claire. Soy consciente de ello.

La apreté entre mis brazos con más fuerza y besé repetidamente su frente, que

quedaba a la altura de mi boca.

—Te quiero mucho —dijo—. Siempre, siempre estaré a tu lado. No importa lo que pase.

Me besó profundamente y mi corazón se agitó dentro de mi pecho, sintiéndose a salvo por estar junto a ella.

—Yo también te quiero, pequeña. Tú eres mi verdadero hogar.

Claire

El secreto acerca de los Cooper que vio la luz en los inicios de nuestra relación, sirvió para hacernos más fuertes a Neal y a mí. Al principio de recibir la noticia, Neal estaba bastante destrozado. Se sentía engañado y dolido. Incluso culpable por que su hermana hubiera pasado sola por algo como eso durante años. No quiso hablar con sus padres. Estuvo tentado de dejar la terapia familiar, pero no lo hizo porque sabía que eso solo afectaría a Sophie. Se encerró bastante en sí mismo. No quería hablar del tema y estaba más meditabundo de lo habitual. Todo apuntaba a que nuestro trato se vería afectado negativamente, pero no fue así. Más bien todo lo contrario. Nos acercó como nunca.

Neal encontraba consuelo estando solo cerca de mí, tal vez porque sabía que yo no lo presionaría para que expresara en voz alta cómo se sentía. Empezó a quedarse más días en mi casa porque decía que a mi lado dormía mejor. Purgaba su angustia canalizándola a través de su cuerpo y convirtiéndola en caricias que llevaban grabado mi nombre.

Fui yo la que, pasado un tiempo, lo convencí de que tuviera una charla con sus padres. Finalmente accedió, con la condición de que fuera con él hasta Albany.

La tarde que llegamos, Neal se quedó en casa con sus padres y yo fui a un centro comercial a pasar la tarde.

Me recogió al cabo de dos horas y cenamos por ahí. Parecía más calmado después de la charla, pero resignado al mismo tiempo. Como si estuviera en proceso de asumir que aquella era la realidad que le había tocado vivir, y que no había más remedio que aceptarla.

Pasamos los días siguientes en el domicilio familiar, compartiendo espacio en la habitación del garaje donde nuestros cuerpos se habían reencontrado meses atrás. Tanto los Cooper como la propia Sophie fueron muy amables y hospitalarios conmigo, y se esforzaron por que me sintiera un nuevo miembro de la familia.

Cuando volvimos a Nueva York, Neal estaba un poco más calmado. Más sereno. Menos irascible. Pero hubo cosas que no cambiaron. Pasábamos juntos casi todas las noches, se aferraba a mí tanto en sueños como en estado de vigilia, cuando me buscaba para sacar de dentro todo lo que le atormentaba. Y yo, que estaba acostumbrada a que él fuera el optimista y el fuerte de los dos, me di cuenta de que mi héroe imperfecto también era frágil. Y de que tenía la capacidad de consolarlo y de hacer que se sintiera mejor. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que significa ser el uno para el otro? Complementarse, tirar de tu pareja cuando no le quedan fuerzas, amar sin reservas, estar ahí de manera incondicional. Eso es lo que él hacía conmigo. Y lo

que haría yo con él hasta mi último aliento.

Los meses fueron pasando y Neal, poco a poco, fue superando sus fantasmas. Llegaron de nuevo las fiestas de Navidad y nos reunimos un año más en la residencia Gallagher. Esa vez hubo un nuevo invitado: Will. Hacía varios meses que Liv había abierto los ojos y había decidido dar una nueva oportunidad al que, sin duda, era el amor de su vida. Mi amiga estaba en una especie de nube de felicidad desde hacía meses, lo cual contrastaba con el aspecto triste que últimamente mostraba Christina.

Su vida sentimental, como la de Matt, había tenido muchos altibajos en los últimos meses. Los dos se habían enamorado por primera vez en sus vidas, pero la cosa no había sido tan fácil como hubieran querido.

Matt no sacaba de su cabeza a la que él llamaba «la jodida niña», y Christina, por su parte, hacía meses que había perdido al doctor Encanto por una serie de circunstancias que prefiero no revelar, puesto que ese derecho le pertenece a ella. Para el resto de nosotros, que siempre la habíamos visto como «Christina la invencible», era muy duro ver cómo poco a poco se iba consumiendo de pena.

—¿Estás bien? —le pregunté acercándome a ella, que contemplaba ensimismada el fuego que salía de la chimenea de los Gallagher.

—Sí. Un poco melancólica, ya sabes.

—¿Estás pensando en él?

Mi amiga dibujó una sonrisa triste que me arañó por dentro.

—¿Acaso es posible que piense en otra cosa? No me lo saco de la cabeza ni un minuto, y eso que ya ha pasado mucho tiempo.

—Se te ha quedado muy dentro...

—Demasiado. Nunca pensé que viviría algo así. Siempre creí que tú y Liv os enamoraríais y que yo os miraría desde una esquina, sintiéndome feliz por vosotras pero sin aspirar a tener algo parecido. No me imaginaba llorando por mi amor perdido.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras escuchaba a mi amiga. Ver lo frágil que se encontraba me arrugó el corazón. Puede que yo sea una romántica, pero siempre he pensado que la gente como Christina solo se enamora si lo hace en serio. Con lo bueno y lo malo que eso conlleva. En su caso, había vivido cosas muy especiales que habían acabado desapareciendo. Y ahora le tocaba reponerse y volver a construirse de nuevo, llevando impresas las enseñanzas que ese amor había grabado en sus huesos.

Pasada la Navidad y el Año Nuevo, se acercaba una nueva fecha señalada. Pronto haría un año desde que Neal y yo estábamos juntos de manera oficial y quería hacer algo diferente que recordara siempre. Después de pensarlo mucho, decidí preparar una cena en mi casa. Sé que, a priori, no parece nada especial. Pero esa cena venía con sorpresa.

Neal llegó al piso casi a las ocho de la tarde, cuando yo ya lo tenía todo preparado. La iluminación, la comida, la mesa y la música. Sobre todo la música.

Nos besamos junto a la puerta y después tomamos asiento. La primera canción que sonó fue *This never happened before*, de Paul McCartney, seguida por un par más de

Los Beatles y después por *Ordinary World*. Mientras degustábamos la cena, Neal centró su atención en la melodía que sonaba y me preguntó por la elección musical. Él sabía perfectamente que yo siempre elegía las canciones con una intencionalidad concreta. Y en la cena de nuestro primer aniversario eso no iba a ser diferente.

—¿A qué se debe la selección de esta noche? —preguntó—. Primero Los Beatles, después esa canción de Duran Duran que siempre has dicho que te recuerda a mí... Seguro que tiene algún mensaje especial.

Sonreí mientras me llevaba la cuchara a la boca.

—Cómo me conoces... Me alegra que te hayas dado cuenta. Esta lista de canciones muestra nuestra historia.

—¿Nuestra historia? —repitió con una mueca despistada.

—Sí.

—¿Cómo es eso?

—Todas las canciones están relacionadas con momentos que hemos vivido. Los Beatles sonaban en casa de los Gallagher la noche que nos conocimos. *Ordinary world* es tu canción y esta que suena ahora, *Makes me wonder*, me recuerda a esos años de fiestas universitarias en los que coincidimos.

Seguimos escuchando durante el resto de la noche la sucesión de canciones que, a mi entender, hablaban de nosotros, mientras le iba exponiendo a Neal la relación que nos unía a ellas.

Así escuchamos *We've got a friend*, que se correspondía con la época que vinimos a vivir a Nueva York, *Broken strings*, que simbolizaba mi ruptura con Aaron, *Sway*, que sonaba en aquella fiesta de mi trabajo a la que fuimos siendo amigos y de la que volvimos como algo más complicado. Entre otras muchas también sonó R.E.M., su grupo favorito, *Hard to say I'm sorry*, que se reproducía en mi cabeza el día que fui a pedirle perdón, *Reach out, I'll be there*, que me recordaba a lo que sentí durante nuestra reconciliación. Oímos *If you leave now*, algunas canciones de Los Miserables y un largo etcétera.

—¿Qué canción crees que nos define en este momento? —preguntó sonriéndome.

Cogí el mando del equipo de música y busqué hasta que di con *And I love you so*, en la versión de Don McLean. Sonaron los primeros acordes y sentí la mirada de Neal clavarse en la mía con intensidad mientras escuchábamos la letra: «Te quiero tanto que la gente me pregunta cómo he vivido hasta ahora». «La vida empezó de nuevo el día que cogiste mi mano».

Neal se levantó de la mesa y me tendió una mano para que bailáramos por el salón la que era una de las canciones que mejor hablaban de nosotros. Nos movimos abrazados, respirando el mismo aire, mientras la melodía se nos metía en la cabeza. Para mí, que consideraba la música como un catalizador que ponía nombre a las emociones, no había mejor regalo de aniversario que ese momento en el que me comunicaba con Neal a través de unas palabras que, en boca de otros, hablaban de nosotros.

Permanecimos así unos segundos más hasta que la canción terminó, dando paso a los Beach Boys. Al principio, Neal se limitó a sonreír por el cambio de registro, pero al cabo de unos instantes reparó en el significado de la letra: *Wouldn't it be nice to live together?* ¿No estaría bien que viviéramos juntos?

Sus ojos se abrieron de par en par y atraparon los míos, que parpadeaban a toda velocidad por los nervios. Esta era la sorpresa que encerraba esa noche. Una pregunta. Un nuevo horizonte. La perspectiva de una nueva etapa, que podría ser la definitiva.

—Pequeña... ¿qué me quieres decir con esto?

—Creo que está claro, pero... ¿no estaría bien que pudiéramos despertarnos por la mañana cuando llega el nuevo día y, después de pasar el día juntos, abrazarnos el uno al otro durante toda la noche? —dije recitando la letra de la canción.

Neal me sujetó la cara entre sus manos y observó mi labio inferior, que temblaba un poco. El color café de su mirada se iluminó al hundirse en mí.

—¿Me estás proponiendo lo que creo que me estás proponiendo?

Encogí los hombros en un gesto casi de disculpa.

—¿No estaría bien?

La chispa de una sonrisa preciosa prendió en la comisura de sus labios y acto seguido me enterró entre sus brazos para llenarme de besos.

—Sería el sueño de toda una vida —respondió.

Sonreí.

—En ese caso... feliz aniversario, cariño.

Volvimos a besarnos, enredando nuestras lenguas en una especie de duelo en el que el único objetivo era sellar nuestro pacto. Íbamos a vivir juntos. Compartiríamos nuestra vida al completo. A pesar del tiempo que había pasado, seguía siendo increíble que hubiéramos llegado tan lejos.

La primera noche que dormimos en nuestro nuevo hogar, la pasamos en vela hablando de todas las etapas que habíamos atravesado hasta alquilar aquel diminuto apartamento en la zona de West Village. Habíamos tomado la decisión de buscar un piso que fuera solo de los dos. Yo adoraba mi casa, pero no dejaba de ser la residencia que mi familia tenía en Nueva York. En unos años mis hermanas crecerían y tendrían tanto derecho como yo a vivir allí, así que lo mejor era buscar algo nuevo.

Convertimos aquel pequeño piso de dos habitaciones en un hogar hecho a nuestra medida. Yo misma me encargué de rediseñar toda la decoración para hacerlo a nuestro gusto. Lo llenamos de láminas de lugares que soñábamos con visitar, de fotografías que contaban la historia de nuestra vida, de objetos entremezclados de los dos y de reliquias familiares que queríamos llevarnos con nosotros.

Compartir una rutina al lado de Neal fue una experiencia sencilla y mágica al mismo tiempo. Funcionábamos a todos los niveles, aunque a veces surgieran diferencias relacionadas con la logística doméstica u otros roces típicos de las parejas. Mi naturaleza pasivo-agresiva seguía jugándome malas pasadas de vez en cuando, y Neal había aprendido a ignorar mis ataques dejándome sola en la habitación a la espera de que me diera cuenta de que estaba fallando. Él a veces seguía encerrándose en sí mismo, rumiando en soledad algunas de sus preocupaciones como había hecho toda su vida. Aunque a raíz del problema con su familia se había abierto mucho a mí, en ocasiones todavía había resquicios de ese halo melancólico que escondía dentro y que no le gustaba compartir con nadie.

Fuimos superando baches, nuestras primeras discusiones serias como pareja, las

diferencias a la hora de ver algunas cosas, tanto las cotidianas como las más profundas y esenciales. Cedimos en algunas cuestiones y plantamos cara al otro para defender aquellas en las que debíamos mantenernos firmes. Fuimos moldeándonos para que la nuestra fuera una relación sólida y sana, y aprendimos a ser amigos, amantes, compañeros, enamorados y esa totalidad que abarcaba más que cada faceta por separado.

Nuestro nuevo hogar siguió albergando las cenas de amigos. Mi destino era ser la anfitriona por excelencia, daba igual dónde residiera. Pero no me importaba en absoluto; me encantaba. En mi nueva casa, mi momento favorito de la velada pasó a ser aquel en el que todos se marchaban y Neal me rodeaba la cintura con sus brazos tirando de mí hacia nuestro dormitorio, susurrando sin palabras que la noche todavía no había terminado.

Una de esas noches, en las que casi vimos amanecer entre besos, caricias y palabras, tuvimos una conversación de futuro. Hablamos de las metas que queríamos alcanzar a nivel profesional. Neal se planteaba cambiar de empresa con el fin de empezar en otra en la que tuviera una mayor proyección. En mi caso, mi sueño de montar mi propia empresa que aunara la organización de eventos y el diseño de interiores iba tomando forma en mi cabeza. Teníamos muchos planes y metas que conseguir, pero aún éramos muy jóvenes. Con esfuerzo y paso a paso iríamos consiguiéndolo todo.

—¿Seremos padres, Neal? —le pregunté en medio de aquella charla íntima que nos traíamos entre manos.

—Claro. Tenemos que dejar una prueba en el mundo de lo mucho que nos queremos.

Esa respuesta me aceleró la respiración. No es que no estuviera acostumbrada a las declaraciones de Neal, pero la verdad es que hasta entonces nunca habíamos hablado de ese tipo de cosas. Estábamos poniendo sobre la mesa la carta de la paternidad y el enfoque que había tomado confluía en una de las frases más románticas que había escuchado en mi vida.

—Sé que aún queda para que ese momento llegue —añadió—. Pero quiero que sepas que yo lo quiero todo contigo, pequeña. Nunca pensé que encontraría a otra persona tan hecha a mi medida. Nunca creí que querría a nadie de la forma que te quiero a ti.

—Yo tampoco. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. El verdadero amor de mi vida. Y también lo quiero todo contigo. —Tragué saliva, nerviosa de pronto, pero con las palabras que iba a decir a continuación quemándome en la garganta—. Quiero... quiero casarme contigo.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó él con el pulso de pronto acelerado, acercándose a mí.

Le dije que sí y nos besamos despacio. Tuve que hacer un esfuerzo por ignorar esa dulce presión que invadía mi pecho de pura felicidad. Ese beso reverberó en mi piel como toda una declaración de intenciones, anunciando un futuro que estaba al alcance de nuestra mano.

Neal se puso en pie, se dirigió a la cómoda y empezó a rebuscar algo en uno de sus cajones. A continuación volvió a nuestra cama con una pequeña cajita cuadrada de

color negro que, literalmente, me dejó sin aliento.

—No pensaba hacer esto hasta dentro de mucho tiempo —confesó—. Pero después de lo que has dicho no puedo aguantarme.

Cogí aire y sentí cómo mi corazón latía desbocado, amenazando con salirse por la boca.

—Ya nos lo hemos dicho todo, Claire. Sabes que lo eres todo para mí, y sé que yo soy lo mismo para ti. No tengo ninguna duda. Sé que haremos frente a todos los obstáculos que la vida nos ponga por delante y sé que nada nos podrá separar porque somos el uno para el otro.

—Dios... —Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero me obligué a no pensar en nada que no fueran las palabras de Neal.

Mientras me observaba, sonrió despacio y abrió la caja dejando ver un anillo muy antiguo de oro blanco con una pequeña piedra que brillaba como si contuviera toda la luz del mundo.

Con mucho cuidado, cogió mi mano entre las suyas y empezó a deslizar el anillo por mi dedo anular. Todo mi cuerpo temblaba.

—Sé que lo tuyo son los grandes eventos. Los momentos llenos de detalles, de música, de colores... Pero quiero que sepas que me daría igual cómo y cuándo quisieras hacerlo. Lo único que necesito es que estemos tú y yo.

Me quedé mirando el anillo que ahora resplandecía en mi dedo y alcé la mirada para encontrarme con los ojos de Neal que, a causa de la emoción, brillaban más que esa joya que acababa de darme y que lo simbolizaba todo.

Supe sin más cuál era nuestro destino. Tal vez no era el que había imaginado siempre, pero no sé explicarlo. Es el que mi corazón de pronto gritaba que era el correcto.

Sin más avancé hacia él sobre el colchón y rocé mis labios con los suyos, antes de preguntar:

—¿Y si yo tampoco necesitara nada más?

La vida está llena de locuras. De momentos en los que no te paras a reflexionar. De decisiones que se toman por impulso y que resultan ser más acertadas que esas que tomas tras meses de capacitación.

Eso fue para nosotros aquel día. La culminación de todos los pasos que habíamos dado hasta la fecha, caminando juntos a veces y a punto de perdernos en otras. Pero teniendo en el fondo la certeza de que nuestro destino era unir nuestras vidas.

Matt, Liv y Christina fueron puntuales. Nos hubiera gustado llamar a sus consortes, pero a última hora decidimos que lo mejor era que estuviéramos presentes los de siempre. Los que habían estado a nuestro lado desde los inicios de nuestra historia. ¿Quién sabe? Tal vez algún día nos decidiésemos a hacerlo por todo lo alto, dando a nuestras familias y a la gente que nos quería la oportunidad de acompañarnos. Aquel era solo el principio.

Nuestros amigos nos esperaban en la puerta del ayuntamiento con expresión confusa. Tal y como les habíamos pedido, se habían arreglado, pero creo que no sospecharon de qué narices iba todo aquello hasta que no nos vieron aparecer a nosotros: Neal luciendo traje y corbata y yo vestida de blanco.

Vimos los tres pares de ojos abrirse de par en par mientras subíamos calmadamente las escaleras. Cuando llegamos junto a ellos, creo que todos dejaron de respirar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Christina, aunque la respuesta empezaba a ser obvia.

—Joder. Joder. ¡Joder! ¿Queréis matarnos de un puto infarto? —Ese, por supuesto, fue Matt.

—Ay, Dios. Ay, Dios. ¿Esto es lo que parece? ¡Madre mía!

Neal y yo nos sonreímos y apretamos la mano del otro, que manteníamos entrelazada a la nuestra.

—Sí. Nos casamos —dije yo. Mi sonrisa era tan grande que era cuestión de tiempo que empezaran a dolerme las mejillas.

—Y queremos que seáis nuestros testigos —añadió Neal.

—Pero no lo entiendo —dijo Liv—. Claire, tú... A ti te encantan las bodas. Vives de montar eventos de los que todo el mundo acaba hablando. Siempre creí que...

—Lo sé —sonreí—. Yo también lo pensaba. Pero una boda por todo lo alto siempre es una opción que está ahí. Por ahora queremos algo que solo sea nuestro. Sin presiones de ningún tipo. Solos él y yo tomando la decisión de pasar el resto de nuestras vidas juntos.

Nuestros amigos se miraron entre ellos, después nos miraron a nosotros y en sus caras brotó una expresión mezcla de incredulidad, orgullo y alegría. Nos dieron un abrazo colectivo y los tres fingieron no estar emocionados.

—Estáis locos, ¿lo sabíais? —dijo Christina.

Neal y yo nos encogimos de hombros y nos abrazamos como única respuesta.

Matt negó con la cabeza, con expresión divertida, y salió corriendo escaleras abajo. Volvió unos minutos después con un ramo de flores azuladas que nadie supo de dónde sacó y con un lazo que ató a mi muñeca.

—Si vais a hacerlo lo haréis bien. Algo nuevo, algo azul y algo prestado —susurró mientras le quitaba su collar a Olivia y me lo pasaba a mí por el cuello—. Ahora sí. Ya está todo.

Sonreí una vez más y lo abracé con fuerza. Matt era el hermano que nunca había tenido y seguramente la persona que más había vivido nuestra historia, por más que le guste hacerse el duro.

Mis amigas me abrazaron también y me dijeron que estaba preciosa. Después le tocó el turno a Neal de muestras de cariño y, cuando lo dejaron de nuevo a mi lado, pude ver que todos estábamos muy emocionados.

—Nos alegramos infinitamente por vosotros —dijo Christina.

Neal y yo nos besamos por última vez como novios y empezamos a andar hasta la puerta del ayuntamiento, sintiendo a nuestras espaldas los pasos de nuestros amigos.

Minutos antes de que nos llamaran para la ceremonia, mientras esperábamos con los nervios bullendo en nuestro estómago, cogí aire y miré a los ojos del que iba a convertirse en mi marido. Vi pasar nuestra historia en su mirada y sonreí en paz. Supe que los dos habíamos aprendido quiénes éramos gracias a esa totalidad que conseguíamos formar solo cuando estábamos juntos. Y eso fue todo lo que necesité para volver a respirar hondo y sentir en mi piel que ambos habíamos encontrado

nuestro lugar en un mundo que recorreríamos de la mano. Los dos. Él y yo. Siempre.

Agradecimientos

No puedo creerme que esté aquí de nuevo escribiendo los agradecimientos de mi segundo proyecto.

Claire y Neal nacieron casi a la vez que Will y Olivia, y enseguida quisieron contarme su historia. De hecho, las primeras palabras de esta novela fueron escritas en octubre de 2014, lo que quiere decir que los tuve en pausa durante mucho tiempo esperando su momento.

Han sido muchos meses con ellos en la cabeza. Hemos pasado épocas buenas y otras difíciles, pero ha merecido la pena porque, como dijo Olivia un día: «Alguien tiene que escribir la historia de amor de Claire y Neal (...). Alguien debería apuntar todo lo que han vivido en una libreta y darle sentido con palabras».

Me alegro de haber sido ese alguien, y espero haber estado a la altura.

Durante todo este tiempo, he pasado muchas cosas con estos personajes.

No me olvido de que muchas escenas de esta novela fueron escritas en la sala de descanso de una oficina, a la hora de la comida, sentada en un sofá viejo con el portátil en las rodillas y mi compañera durmiendo la siesta a mi lado.

No me olvido de que *Pregúntame quiénes somos* viajó conmigo por Europa hasta encontrar su punto y final en un verano inesperado en Alicante.

Y no me olvido de toda la gente que ha estado en el camino y a la que debo darle las gracias.

En primer lugar, a Juan Carlos y Lorena, que fueron los primeros en conocer los avatares de la historia de Neal y Claire. Gracias por vuestros muchos mensajes de apoyo, por vuestras sugerencias y críticas constructivas en todos los aspectos que implica publicar un libro. Gracias por leer en tiempo récord, por los audios en los que suenan esas canciones con las que nos venimos arriba y por los *whatsapps*, aunque solo sea para decir: «*Over there*».

Gracias a René, por vivir a mi lado, por cuidarme, por respetar mi trabajo y por compartir tu vida conmigo.

Gracias a Marta por estar ahí día tras día, por preocuparte tanto por mí y por conocer mis avances en todos los proyectos en los que me meto. Porque contigo no hay distancia que esté lejos, mi Lin.

Gracias a mi madre y a mi tía Araceli, por tantas cosas que me quedo sin palabras. Gracias por devorar cada novela con tanto orgullo y ofrecerme vuestros puntos de vista. Gracias por entender mi forma de ver la vida y por aceptarme como soy.

Gracias a Susanna Herrero, mi compañera de fatigas y de lecturas, por haber querido ser mi «lectora cero objetiva» y haber acabado leyendo el manuscrito con el cariño de una buena amiga. Y gracias infinitas por todo lo que te has implicado en los «dramas» del proceso de edición. Sin ti, habría enloquecido. Has sido mi salvación.

Gracias a mi padre, mi hermano y mis abuelas por ser una parte tan importante de mi vida.

Gracias a mis tíos, en general, por haber recibido mi carrera literaria con tanta

ilusión.

Gracias a Víctor Ruiz por haber acertado una vez más con la portada.

Gracias a todas esas lectoras y blogueras que me escribís a través de Instagram, Twitter, Goodreads, Amazon y Facebook para comentar conmigo la historia, felicitarme o preguntarme cuándo volveréis a entrar a The New, porque os habéis enamorado de los personajes.

Por último, mención especial de nuevo a Juan Carlos, Lorena, Susanna, mi madre y mi tía por ayudarme a pulir el manuscrito. Ser autora autopublicada y con presupuesto limitado implica que el peso de corrección cae sobre una misma. Pero, como sabéis, mis ojos no están preparados para detectar todas las palabras que me como y todas las que repito, así que gracias, porque sin vuestra ayuda el resultado no sería el mismo.

Y, para terminar, gracias a ti, que ahora mismo estás leyendo estas palabras, porque con tu lectura has pasado a formar parte de este sueño.